

Compadre Lobo

gustavo sainz



se

¿Es el amor una batalla y son los amantes frenéticos guerreros? ¿Todavía es posible contar una historia de amor? En las noches de la ciudad de México, noches que generan sus propias formas de vida, sus propios peligros y sus nuevos mitos, dos hombres y una mujer se enfrentan en una sucesión de vertiginosas escaramuzas, a todos los roles que les ofrece una sociedad periclitada: amigos de infancia, compañeros de borracheras implacables y orgías sorprendentes, cómplices callejeros, esposos que develan su intimidad con desenvoltura poco común o pícaros adúlteros, dueños de un cinismo y una ironía devastadora. A su alrededor todo un mundo de divertidas e inolvidables comparsas participa en sus ritos: la abuela de las doscientas enaguas, el boxeador que siempre pierde, el que bebía como campeón, el librero emigrado, feroz y anticlerical pero comprensivo, el falsificador de arte prehispánico, el maestro de Química, el pintor homosexual, el crítico de artes plásticas y las mujeres reales que se vuelven imaginarias. La narración se desenvuelve entre una *épica lumpen* y la desenvoltura especulativa de un escéptico militante que se esfuerza en rescatar a la mujer amada mediante un discurso dramático en un mundo que no es dramático. ¿Para qué enamorarnos? ¿Es la ley de la vida la que nos exige estar enamorados? Esta novela propone respuestas más inquietantes e inimaginables, pretendiendo así llevarnos a formular relaciones entre amantes y entre estos y el mundo en términos constantemente renovados y lúcidos.



Gustavo Sainz

Compadre Lobo

ePub r1.0
Titivillus 23.02.17

Título original: *Compadre Lobo*

Gustavo Sainz, 1977

Fotografía del autor: José Antonio González y Arriaga

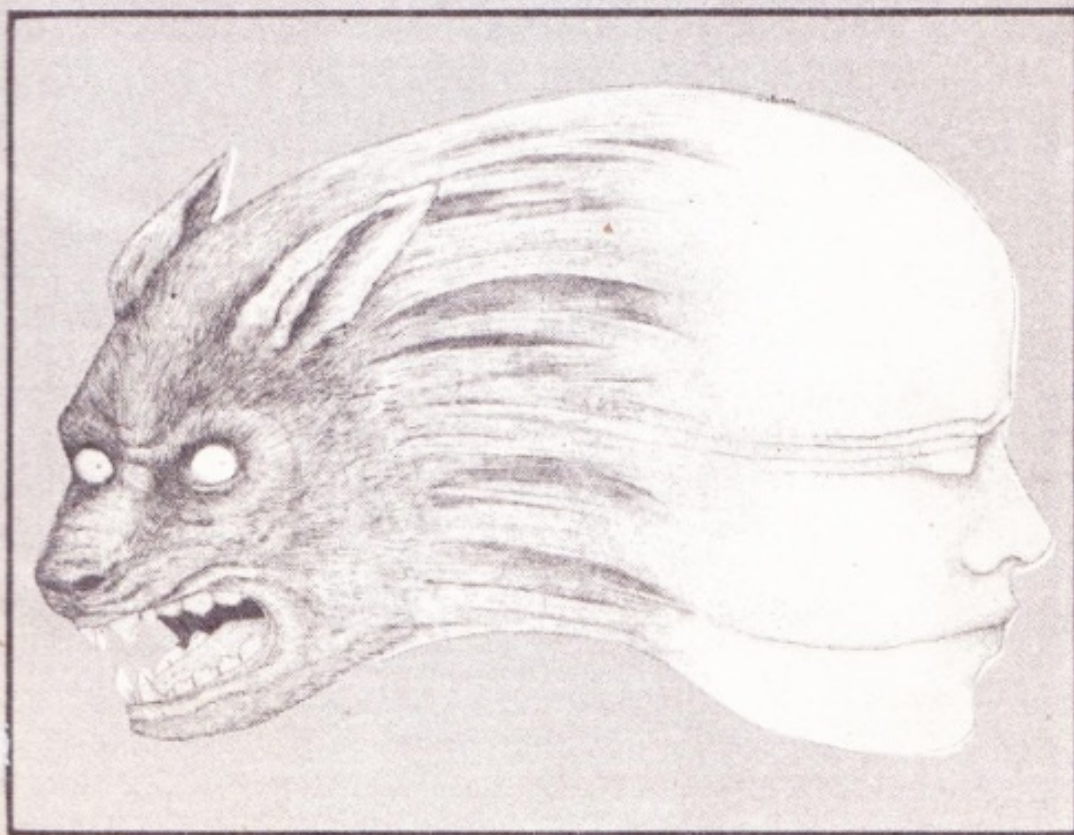
Ilustraciones: Margaret R. Sackman y Héctor García

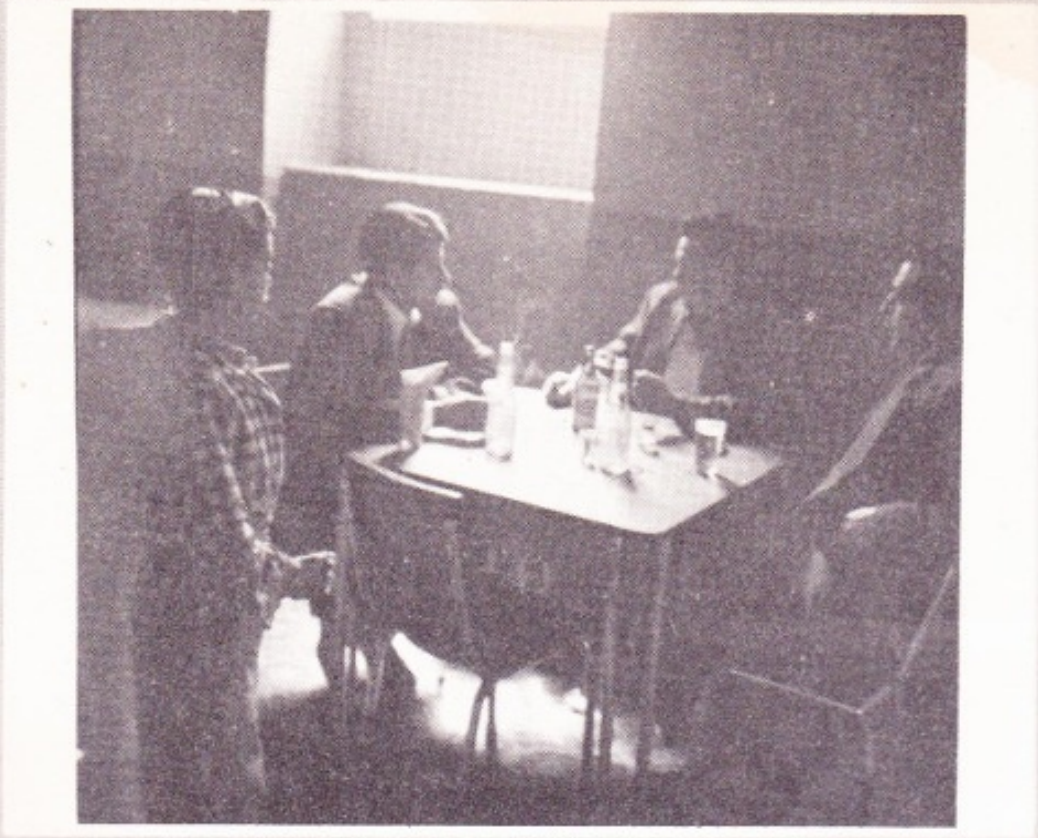
Diseño de cubierta: Alfonso Rodríguez Tovar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



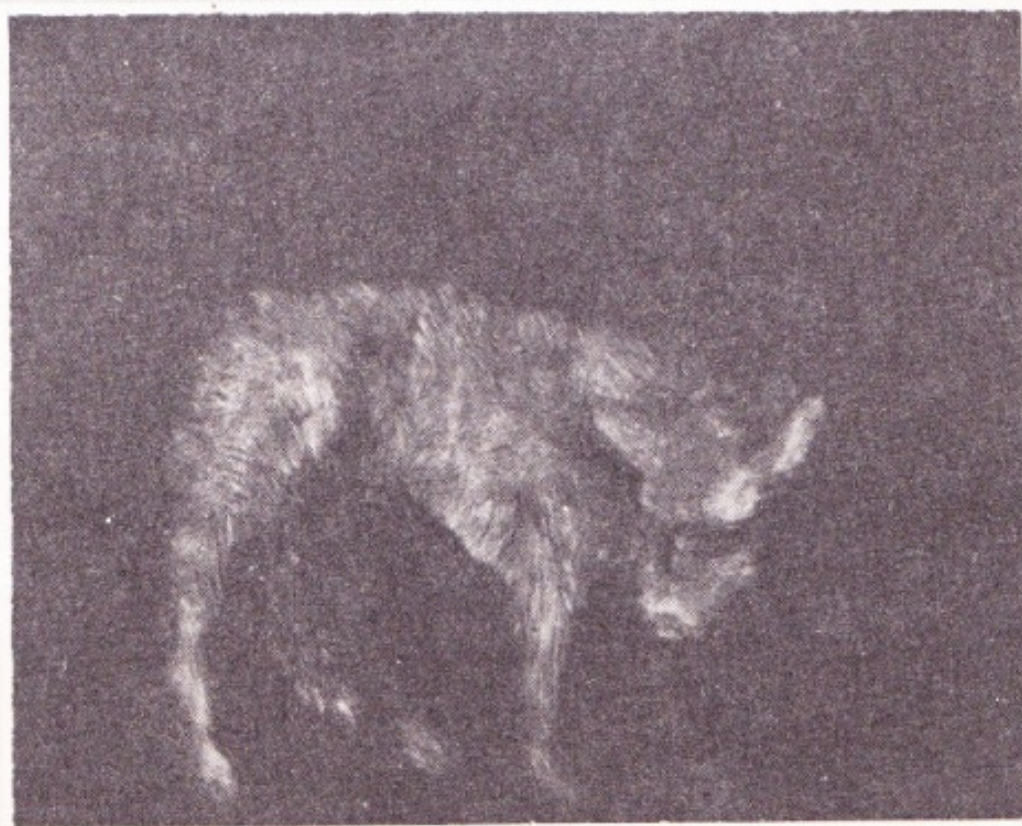






se

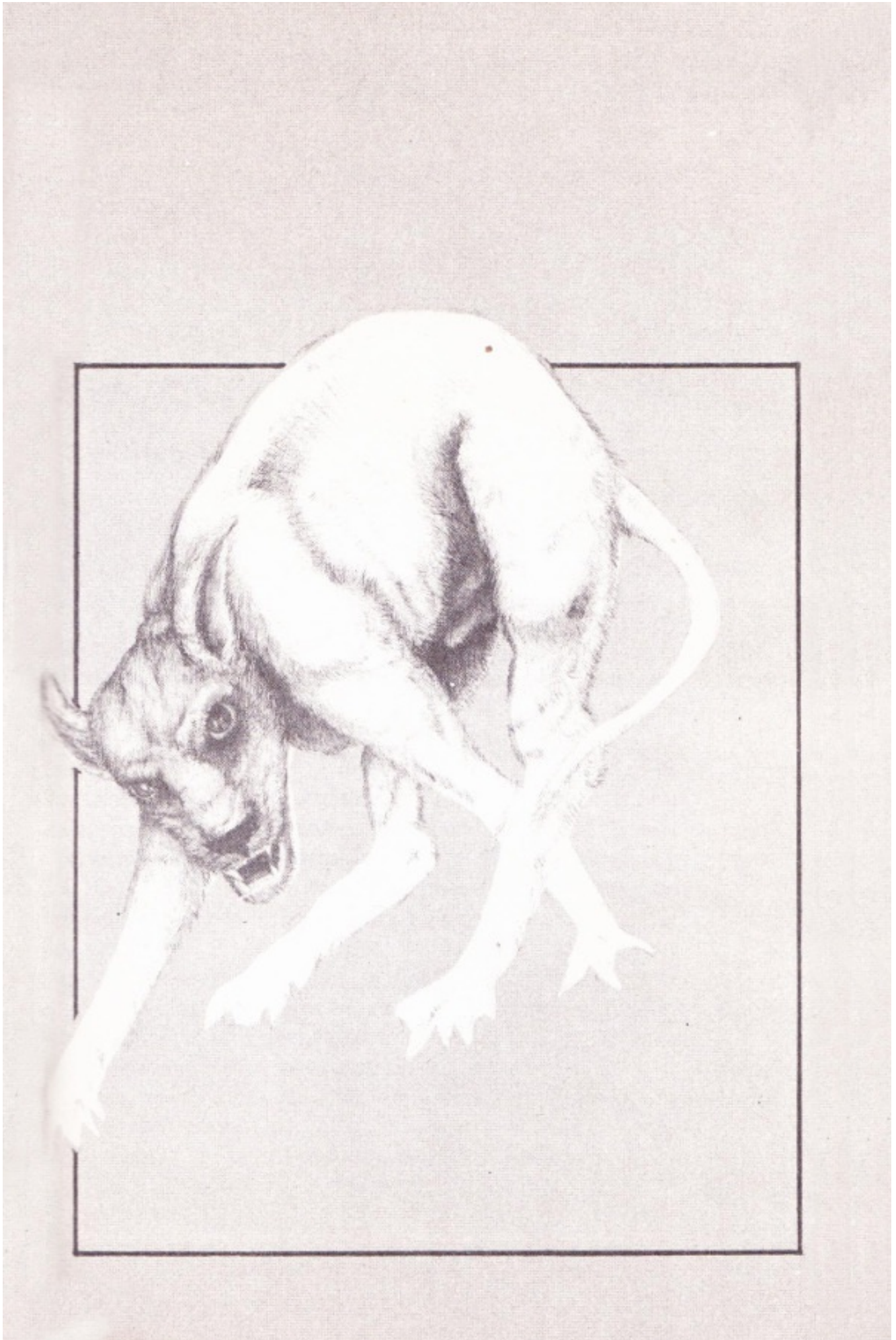








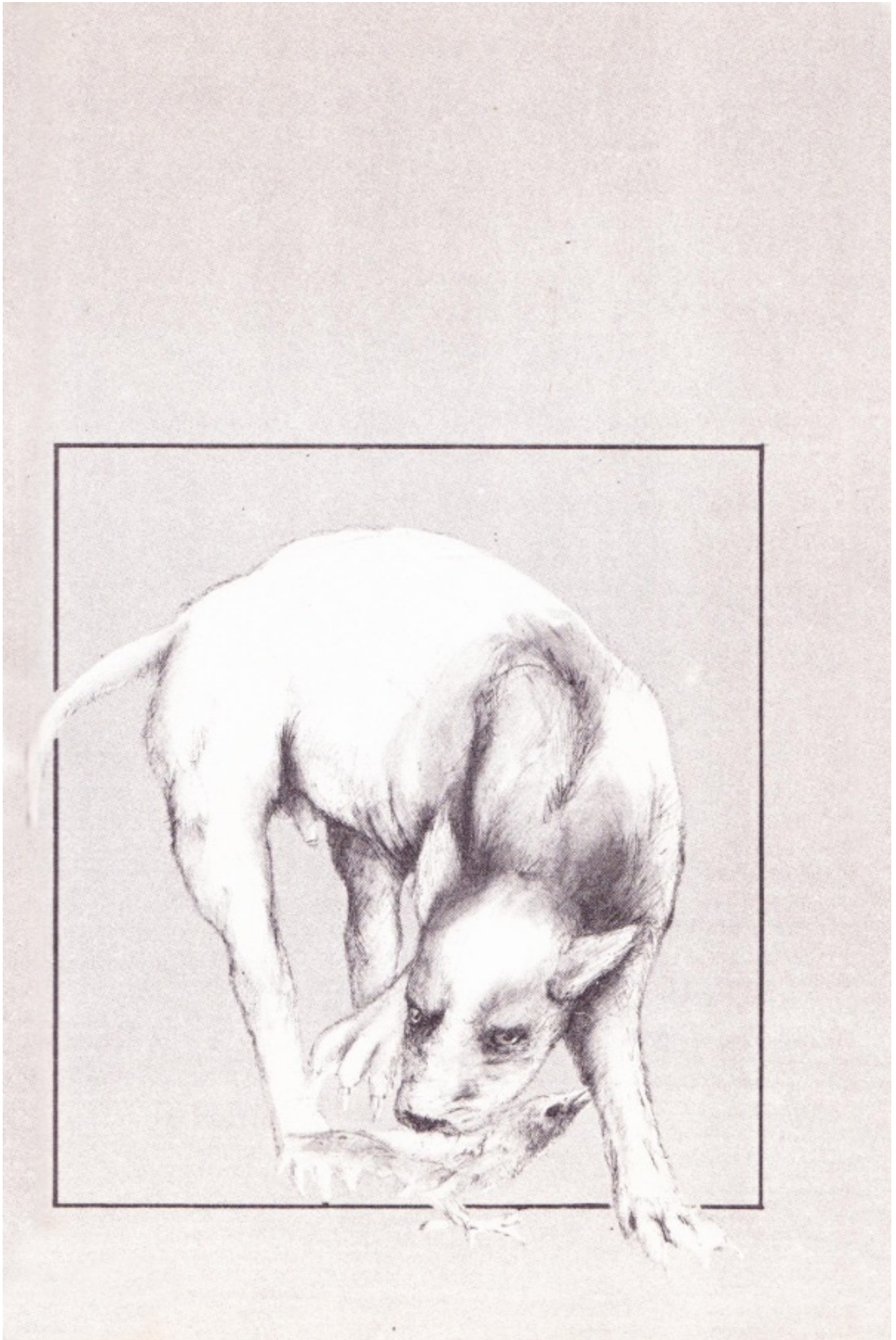




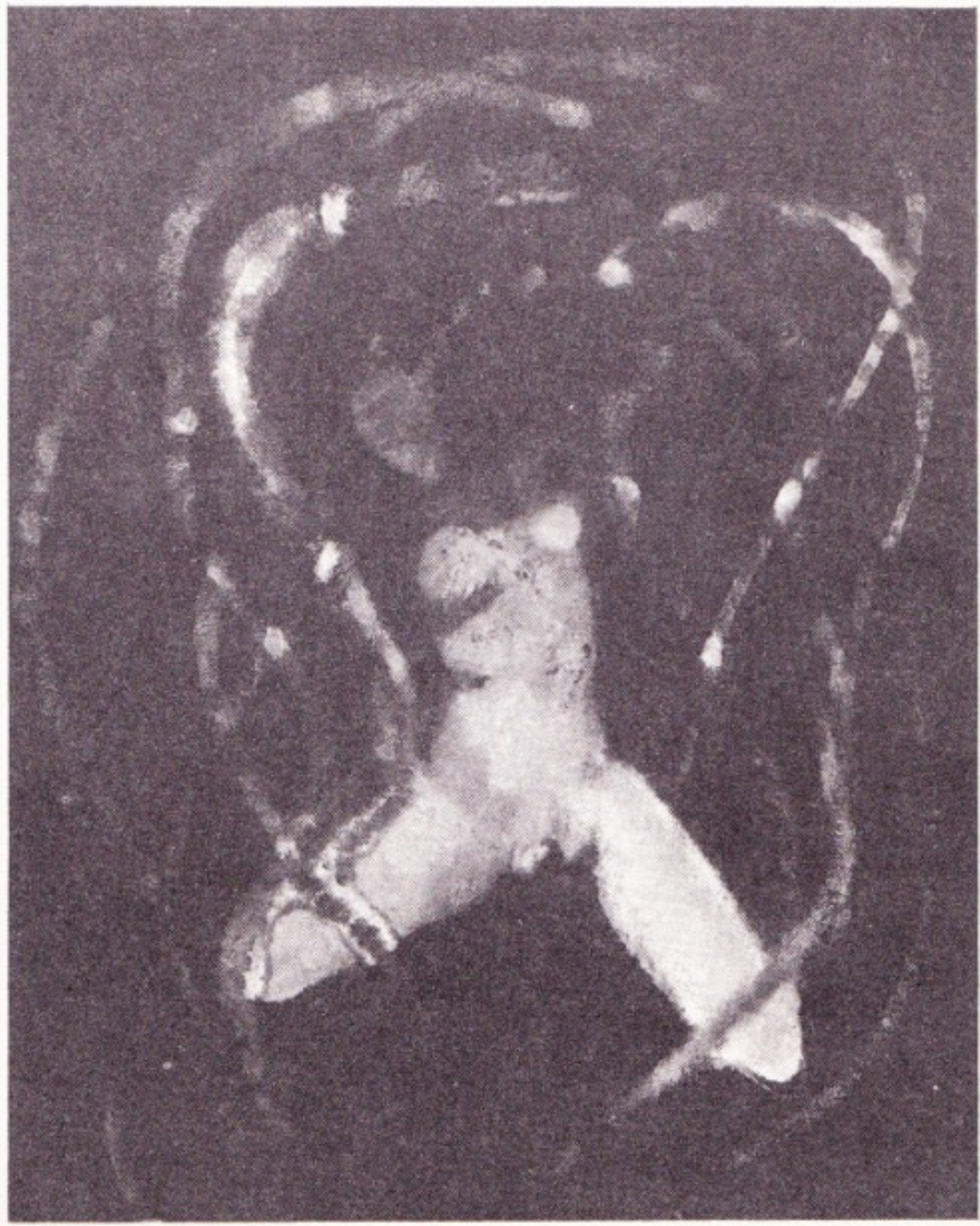


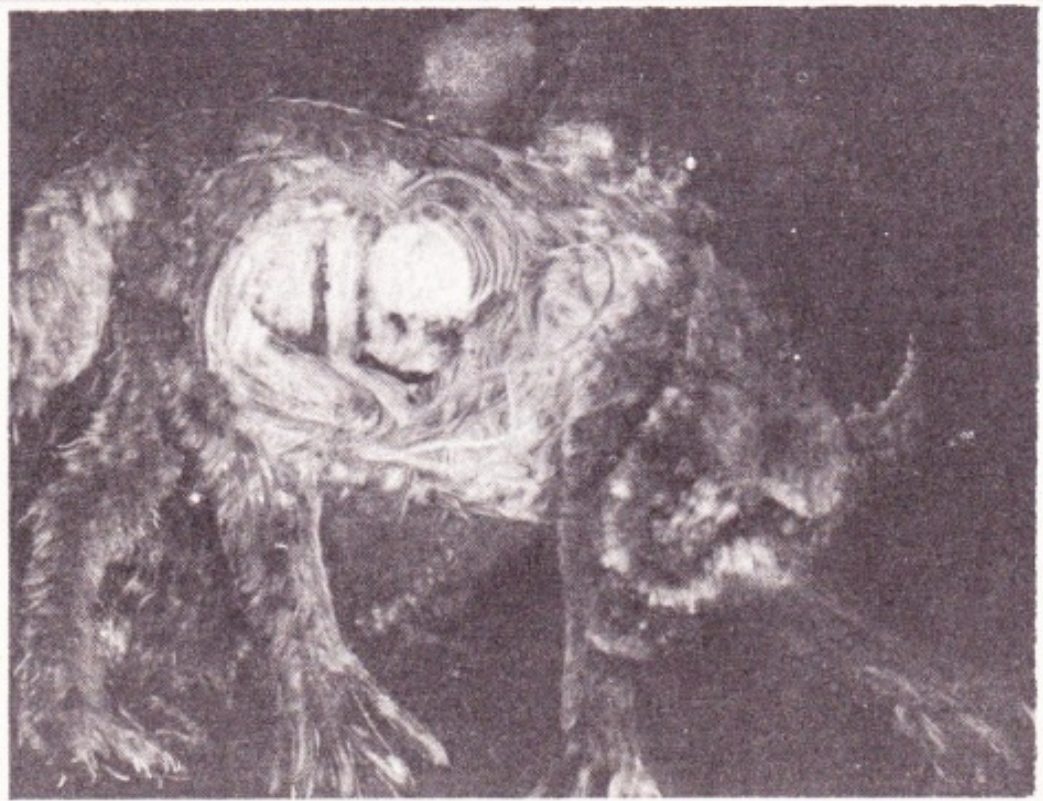












Este libro está dedicado.

El autor agradece aquí el patrocinio de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation para desarrollar y terminar este trabajo. Asimismo, la asesoría permanente de Armando Villagran, y el estímulo y la colaboración de innumerables personas, entre otras, Luz Arango, Margaret R. Sackman, Rosa Aurora Díaz, Alfonso Rodríguez, Héctor y Mary García, José Nemorio Mendoza, José Antonio González Arriaga, Guadalupe Dueñas, Leonel Góngora, Teresa Toffer, Francisco Corzas, Fernando Savater, Rafael Coronel, Victoria Meráz Tamayo, Rosita Lozano y Vicente Leñero. ¿De qué puede enorgullecerse un hombre, decía Stevenson, si no está orgulloso de sus amigos?

Amigo mío, estamos como en tu Barca de la Muerte. Ninguno nos sirve ya de los treinta y dos vientos; en torno a nosotros el mar feroz, y sobre nuestras cabezas, la roja nube de la tormenta. ¿Qué importa que te trague el tiburón o te deshaga el rayo? Viene a ser lo mismo, y ninguna cosa mejor te anunciará ningún profeta. Por eso tápate los oídos como yo lo hago y da libertad a tus apetitos más secretos; ése es el último derecho del consagrado a la muerte.

C. F. HEBBEL,
Los Nibelungos

A nadie importa la muerte, amigo mío, ni la tuya ni la mía, solamente a la chingada madre, a las cien putas muertes de su madre. Yo mismo construyo mi muerte para asesinar a la mía propia y, rendido acaso, la mortaja me espera, el vientre de la madre me llama con su boca llena de tierra. Caigo, me levanto de nuevo, dejo la tumba vacía, floto en la savia inédita, comienzo a deambular por esta tierra, presuroso tomo rumbo y el calor invade mi ser... Ahuecado en mí, llamo a la puerta de la vida.

PEDRO CORONEL,
Catálogo Sala Nacional INBA,
octubre noviembre 1975

*Y qué es lo que vas a decir
voy a decir solamente algo
y qué es lo que vas a hacer
voy a ocultarme en el lenguaje
y por qué tengo miedo.*

ALEJANDRA PIZARNIK,
El infierno musical

AL ASUMIR LA NOCHE fuera del Chivo Encantado, Lobo negaba los cartones de cerveza, las botellas de ron Potrero y las de coca-cola, su propia borrachera y hasta la presencia de sus más ruidosos amigos. Después de un enorme trago alzaba la vista como a la búsqueda de un platillo volador y permanecía inmóvil, petrificado, absorto en la noche... Mientras los demás alborotaban entre escupitajos y chasquidos de botellas, él calculaba las posibilidades de una guerra interplanetaria, el incendio de un avión de pasajeros, King Kong violando a la flor más bella del ejido, el juicio final o cualquier visión que fascinara su entendimiento. ¿Su entendimiento? Por anodina y plana que fuese, la noche superaba esas limitaciones...

Realmente no veía nada, y es que la noche no era nada, ni siquiera un espejismo de los colores, la promesa o el final de la oscuridad, el anverso o el reverso de la luz. Entonces ¿por qué contemplar la noche? Todo era insensible en ella, todo terminaba desvaneciéndose en ella... ¿Por qué perderse en la noche? Lobo pretendía comunicarse con lo desconocido de él mismo, con los misterios que se oponían y dominaban eso que a veces era él y que con tanta facilidad se desgarraba, dolía o se extenuaba. El escándalo de su verdad intestinal lo deslumbraba y poseía. ¿Era su naturaleza coloidal, ese amasijo de huesos y heces, empapado en sangre, lo que lo arrastraba hacia lo turbio? ¿O eran secretas maquinaciones de la noche las que lo llevaban hacia la decadencia y el mal?

A través de los anuncios luminosos y el resplandor de la ciudad sucia, y sobre las frases indescifrables y el entrechocar de botellas de sus amigos, creía ver algunos planetas solitarios antes de desembocar en penumbras religiosas o en imágenes provocadoras y reconocer, desconcertado y vacío, que estaba cerca de la nada. Nada: ni oscuridad, ni recuerdos, ni planes, ni palabras... *Nada...* Se obstinaba en estas ideas torciendo la boca, hostil a la razón, mientras el Mapache y el Ratón Vaquero trataban de rescatarlo para brindar en nombre de quién sabe qué despropósito.

—Pásate el Rompolano...

—Pásame a tu hermana, pendejo...

Si los otros hablaban la noche se negaba a acogerlo. Requería un silencio cómplice y unánime.

—Éste sí es el mero mero, manito...

Y como la noche no se abría, Lobo reclamaba la botella y bebía a sorbos. Se había creído llamado y se descubría profundamente desatendido. Iba a conquistarlo todo, a rebasarlo todo; iba a apurar hasta la hez todas las malditas posibilidades que le ofrecía la vida. ¿Llegaría a pensar sin pensamientos, a ser habitado, traspasado, confundido con la noche? ¿A ser, él mismo, *noche*? Entonces se extendería y algo invisible se haría ver al abrigo y a pedido de sus tinieblas...

—Ándale, buey —gruñía el Ganso frotándose vigorosamente las manos.

Pero él estaba sordo a lo que no fuera el llamado de la oscuridad, ese llamado que lo liberaría del ser, que lo llevaría a confundirse con las sombras para escapar de los innumerables desafíos cotidianos, a extraviarse en un universo negro e inhumano...

—Órale, pinche Lobo, vamos a quemar unos leñitos ¿no?

A duras penas entendía que querían hacer algo además de beber. Creía oír la respiración de la noche, creía verla, disponiéndose bajo su mirada. Planteaba así una relación desnuda, sin mitos, libre de religión, libre de sentimientos, privada de razón, que no podía dar lugar ni a goce ni a conocimiento. La noche era su proveedora de ideas negras.

—Agárrense las rejas de los arbolitos —ordenaba el Mapache—, al cabo son nuestras...

—Y si no, pues les hacemos otras ¿no?

A veces sus amigos le resultaban extraños, desconocidos. Entonces invocaba recuerdos para descargar el peso de esa angustia... Y los recuerdos eran la desgracia de su pensamiento...

Habían roto el pavimento de esa calle en cuadrillos, dos delante de cada casa. Y habían hecho rejas de madera pintadas de blanco para proteger los pequeños arbustos que eran su contribución a la ecología del lugar, entre El Chivo Encantado y la gasolinera, las mismas rejas que arrancaban ahora para armar una fogata y defenderse de las inclemencias nocturnas.

Lobo veía las llamas danzantes y los rostros iluminados, rijosos, destemplados. Pensó que cuando los árboles estuvieran más altos que las casas, todos habrían muerto. ¿Habrían muerto? ¿No estaban muertos aún? Esas preguntas necesariamente falseaban lo que pretendía atraer al ámbito de las preguntas. Pero le gustaba dramatizar y saboreaba la idea de que todo lo que veía, *alguna vez* estaría muerto, definitivamente muerto. ¿Muerto? Cuando trataba de pensar en esto lo invadía cierta desazón. En el espacio de ese miedo participaba y se unía a eso que le daba miedo. No sólo tenía miedo de pensar sino que él mismo era el miedo, es decir, la irrupción de lo que surge y se revela en el miedo. De manera que esos árboles y esas casas todavía estarían allí cuando él se deshiciera en intangible polvo...

Se sacudió violentamente...

Chapeados y entre humaredas, como si estuvieran en el infierno, sus amigos descubrían nuevas necesidades.

—Vamos a robarnos un pollo de la tía y nos lo asamos...

—Pero cómo lo vamos a asar...

—Pues aquí lo asamos —insistía el Sapo—, a ver qué chingados sale ¿no?

—¿Cómo nos vamos a organizar?

—¿A quién subimos?

Cada uno engañaba a los demás y se engañaba sobre ellos.

—El pinche Lobo es el más ligero.

—Para que se le quite lo distraído...

Lobo no entendía nada pero estaba dispuesto a creer que lo sabía todo ya que disponía de la complicidad de la noche, en la que supuestamente sólo bastaría integrarse...

—Ándale buey, y no te quiebres ¿eh?

Lo empujaban incitándolo a subir a la azotea, lo izaban y él creía que lo ayudaban finalmente a incorporarse a la noche. Poblaría el mundo con su cuerpo inaccesible, nos abrazaría a todos durante horas y horas. Arriba de la pirámide humana pidió un último trago y miró la calle deformada a través de la botella... Paradójicamente cobró más importancia que la anhelada oscuridad: parecía sacarlos de la noche, insertarlos en el texto social, comprometerlos con la realidad... Sintió el aire caliente que ascendía de la hoguera... Estaba bañado en sudor cuando se abrieron las fauces nocturnas y cayó entre pollos alharaquientos y gallinas puntiagudas...

—Órale pinche Lobo, apúrate...

Le pareció oír voces que le hablaban desde la Vía Láctea.

—Asústalos para acá...

No entendía si los pollos lo correteaban a él o si eran engendros de su imaginación exaltada. ¿O era el futuro que parecía tomar cuerpo en esos monstruos chillones e insaciables, blandos y agudos?

—Échalos para abajo, manito.

Todo era batir de alas y plumas dispersas. Atrapaba uno y los otros, innumerables y ruidosos, brincaban o revoloteaban alrededor hasta sofocarlo. Había dado el salto a una noche esencialmente impura, situación rara y peligrosa contra la que se sentía inclinado a reaccionar. Tropezaba constantemente y los pollos lo arañaban. ¿Qué infierno era ese? Si no escapaba perdería su bienestar, sus placeres, esa náusea casi feliz...

—Ya bájate —gritaba el Ganso entre aullidos de júbilo.

Un pollo maltratado había volado hasta la calle.

—Este es el gallito inglés, mírenlo con disimulo... —Era la voz del Ganso—. Quítenle el pico y los pies...

—Órale... —Los muchachos hacían una escalera montándose uno sobre otro, entre pujidos y risotadas.

Lobo se acercó a la orilla de la azotea, se sentó en el pretil y vio entre brumas cómo se derrumbaba la columna de amigos.

—Mejor me voy a jetear un rato aquí —bostezó.

—¡No seas buey!

—Bájate...

—No seas mamón...

—¡Te vas a caer!

—No, no me caigo —suplicó—. Aquí aguanto bien.

—Voy a subir por ti y te voy a bajar a chingadazos...

—Déjenme dormir —lloriqueaba.

—Bájate, no seas pendejo...

Hicieron la escalera otra vez. Deben haber sido tres o cuatro metros, pero para Lobo era una distancia imposible de precisar —*como la que hay entre quienes leen*

esta página y yo, que la escribo—, una distancia que de pronto ingresó en la esfera misma de su obsesión nocturna, de manera que se dejó caer sobre los muchachos como si fuera al encuentro del espacio interestelar...

El penetrante silbido del ferrocarril de Cuernavaca ahogó el impacto de su caída, pero no las mentadas de madre ni los golpes que le propinaron por todas partes.

—Ya déjenlo...

Lo arrastraron hasta aproximarlos a la hoguera que se movía con desplazamientos de amibas y mariposas.

—¿Qué pasó con el pinche pollo?

—Pues hay que cocinarlo...

—¿Cómo?

—Pues así nada más...

—No, chinga tu madre ¿quién se va a comer eso?

—Pues a ver a qué sabe, buey.

—Bueno, pues pélenlo...

—Cómo lo vamos a pelar... Primero hay que hervirlo, no sean pendejos...

—Hay que echarle agua caliente...

Lobo oía esas voces sin abrir los ojos. Por instinto, pensó, seguramente había alcanzado a recoger la cabeza. La tenía en su lugar, podía pensar, pero le dolía la espalda. Volvió a oírse el silbato del ferrocarril, pero ya muy lejos.

—¿Qué pasó? Vamos a tatemarlo...

—Espérate buey, hay que sacarle lo de adentro...

—No, pues que sea el relleno...

—¿Y la cabeza?

—No, pues ésa sí se la quitamos ¿no?

—¿Cómo?

—Préstamelo...

—Pues órale ¿no?

—¡Dale vueltas!

—Acérquenlo a la lumbre...

¿Era su embriaguez la que creaba esa escena? No podía desaparecer ni en la noche ni en el alcohol y por eso estaba allí, abandonado como un perro, arrojado estúpidamente a un lado de la hoguera...

—Huele a quemado.

—Nomás se está quemando de un lado...

La desgracia instaura disimilitudes increíbles, pensó, y luego se habla de la igualdad en la desgracia... *Una igualdad sin nada igual.*

—Pues todavía está cruda la carne...

—A ver, déjame a mí, nomás lo estás chamuscando...

Se esforzaba denodadamente por intervenir y sólo emitía débiles quejidos. Para no verlos necesitaba hablar, increparlos, reír de sus afanes y sus palabras. Hablar lo

desviaría también de los fantasmas que lo acechaban desde las llamas. ¿Y si cantara? Cantar liberaría sus pensamientos de esos dolores que le oprimían la espalda y los brazos...

—A ver, dále una mordida...

Era la jeta enorme de Sarro atrás del pollo casi vivo atravesado por una vara.

Lobo trató de incorporarse.

Todas las llamas parecían dirigirse hacia él...

—Digo que le des una mordida...

Le embarraron parte del pollo en la cara.

—A ver, dásela tú... —Era el Ganso que apartó al gordo Sarro mientras Lobo trataba de escupir dos o tres plumas atrapadas entre los labios sucios de sangre—. Con mi pinche padrinito no te metas...

El Ratón Vaquero gritó desgarradoramente a su espalda, apagando con su grito todos los ruidos. Lobo tosía y tosía y terminó provocándose una estrepitosa vomitona, abierto al más allá de sí mismo, entre las carcajadas de sus compinches...

Lejos de allí, en el Club France, el Grapa y yo asaltábamos a los que entraban al baño de hombres.

—Órale compa, una pinche copa por dos varos ¿no?

Habíamos metido vasos de cartón, hielo, cocacolas y tres botellas de ron, y al cuidador lo expulsamos con buenas maneras.

—Vamos a poner un negocito aquí adentro —dijimos—, pero no hagas pedo, nos echas aguas y te damos diez varos ¿ya vas?

Una escuela celebraba el fin de cursos. Entraban los adolescentes y brindaban con nosotros, sonriendo por el bajo precio de las cubas.

—¡Salud, compadre!

El Grapa era pequeño y prieto, pero gastaba tacón cubano y andaba siempre muy tieso y muy erguido. Les había declarado la guerra a los gatos y por las noches era común verlo rondar con un saco de ropavejero por los mercados y las vecindades.

—Bichito, bichito... —llamaba apenas descubría a uno con voz meliflua y cariñosa... Conquistaba su confianza, animaba su capacidad de gozo, le pasaba la mano por el lomo y los metía en su saco.

Nunca faltaba una señora suplicante con triple papada.

—Joven, devuélvame mi gato...

—¿Cuál gato, señora? Cálmese, por favor... —Y se escabullía con facilidad si es que no lo bañaban con agua sucia o lo zarandeaban a escobazos.

Al final de la noche se echaba a cuestras los cinco o seis gatos secuestrados y los llevaba a la escuela de Veterinaria o de Medicina Rural. Por los perros pagaban diez pesos, pero eran más difíciles de cargar, se necesitaba un coche. Y por cada gato le daban cinco pesos y hasta alcanzaba algún consejo.

—¿Sabes por dónde hay muchos? Por Pensil... No te imaginas, hay toneladas, date una vuelta por allí y verás...

Junto a la caja de refrescos, a un lado de los lavabos en el baño del Club France, se agitaba el saco de ropavejero. Nuestros clientes lo descubrían ronroneando o revolviéndose como si respirara.

—Es un gato —se precipitaba el Grapa y trataba de ocultarlo.

La risa nos quitaba de encima aquel vago mareo de tabaco, alcohol y exceso de charla.

Al final de la noche, casi siempre, caíamos en una taquería que estaba por San Cosme. Se adelantaba uno de nosotros, seguro, pérfido e inexorable...

—Pásate un taquito ¿no, Caca?

—¿Traes dinero, buey?

Estaba cacarizo y alrededor de los ojos sufría un cerquillo rosado, seguramente por conjuntivitis.

—Claro, pendejo, si te voy a pagar...

O si era Lobo, casi a gritos:

—¿Alguna vez te he dejado de pagar, cabrón?

—No, no, a ti si te doy, carajo, cómo diablos no... —Tragaba saliva y sonreía como un conejo.

—Bueno, dame catorce.

—No la friegues ¿cómo catorce?

—¿Y mis amigos qué van a comer, cabrón?

Aparecíamos entonces, bulliciosos e innumerables.

—No me vayan a joder —se retorció—. He tenido muy mala noche, en serio, no me chinguen...

—Ya dije que nos des catorce, cabrón. ¡Yo te voy a pagar!

—Compréndeme ñero, no es que desconfíe...

—¿Quieres mi chamarra? ¿Mi camisa? ¿Los pantalones? —Con grandes aspavientos Lobo empezaba a desvestirse. Enarbolaba su chamarra y amenazaba arrojarla contra la vitrina.

—Áhi déjala —proponía el cacarizo.

—¿La estás aceptando, infeliz?

—Digo que áhi la dejes...

—¿Estás queriendo decir que desconfías de mí, desgraciado?

Cuando no era Lobo era otro. Y cuando le tocó al Grapa por primera vez, parado de puntas y arrugando la jeta cetrina, vimos al cacarizo más incrédulo que nunca.

—Si no nos das los tacos —gritó el Grapa en el colmo de su desesperación—, te echamos al gato...

Y arrojó uno sobre la carne expuesta en la vitrina: un animal bilioso y casi

eléctrico que brincó entre el vapor de charola en charola, tiró platos y vasos y arañó lo que se interpuso en su histérica huida...

En El Sol Sale Para Todos, otra vez, arrojamos tres gatos adentro de un enorme barril de pulque. En las tepacherías amenazábamos con lo mismo, aunque al final siempre pagábamos. En el fondo teníamos miedo de ser lo que éramos, siempre retrocedíamos. Pero con el cacarizo teníamos confianza. Nos veía llegar y sonreía entrecerrando los ojos enrojecidos, rutilantes sus dientes de conejo.

—Ya les tengo sus tacos, muchachos...

Bromeábamos durante media hora, mientras cenábamos, pedíamos la cuenta y pagábamos reuniendo el dinero entre todos.

—Ahora —anunciaba Lobo con la bolsa del Grapa en las manos—, para que se te quite lo ojete te vamos a echar los gatos... —Y sacudía la bolsa sobre el mostrador liberando feroces y sarnosos felinos.

Sarro empezaba siempre pidiendo un taco de cabeza. Lo revisaba como si se tratara de un reloj descompuesto y reclamaba violentamente:

—No, chinga tu madre, pues échale más carne ¿no? ¿Qué pinche clase de taco es este?

A veces cedían, pero a veces no y Sarro volvía a la carga.

—Échale más carne, cabrón. Si te vamos a pagar.

Protestaban y les embarraba el taco en la cara. Volvían a protestar y empezaba a tirar golpes y a romper lo que podía.

Cuando nos veían con él, los taqueros cerraban sus expendios.

—Ábrenos pinche Caca, no te va a pasar nada, te vamos a pagar, no seas mamón, ándale... Por favor.

Sarro tenía una carcachita y como era sumamente hábil para la mecánica la mantenía bien afinada. Era su gran orgullo. En las noches recorríamos la ciudad buscando pleitos gratuitos, sobre todo él, que era un monstruo de 120 kilos y mirada lúbrica y adormilada. Cuando trabajaba lo ponían a escarmentar vendedores ambulantes. No podía dedicarse a otra cosa: era abusivo, arbitrario, despótico, tiránico y pedante... Nos llevaba a dar la vuelta procurando irritar, provocar, despertar animosidades...

—¿Qué traes, buey?

Lejos del crimen por timidez y cierta debilidad inculcada cuidadosamente en nuestros hogares, inmaduros para el manicomio pero coqueteando curiosa y apasionadamente con esa posibilidad...

—¿Qué traes, hijo de tu pinche madre?

Sarro descendía y tomaba al contrincante de las solapas y lo sacaba por la ventanilla.

—Ese era su chiste —afirmaba Lobo. Los extirpaba por la ventanilla totalmente dueño de la situación.

Y los otros, nada más de verlo tan sombrío y espectacular se derretían de miedo...

Sarro podía con todos... La noche del zafarrancho en la calle Edison un mesero lo golpeaba en la nuca, otro le pateaba las espinillas y una puta se abrazaba desesperada a sus muslos descomunales... Agarró al primero y empezó a girar hasta desprenderle el brazo de las articulaciones. La mujer aquella salió también despedida hasta chocar con un auto estacionado, y el que lo pateaba recibió encima al mesero desarticulado y después a Sarro que no dejó de cebarse en ellos hasta astillarles los huesos de las manos y las piernas con sus botas de excursionista...

Otra noche Sarro y Lobo golpearon a dos policías. Los habían sacado del Caracol y pretendían llevarlos a la Delegación, pero trataron de arreglarse antes de subir en la patrulla.

—Pónganse en medio ¿no? ¿Cuánto traen?

Sarro empezó a quitarse el cinturón.

—Pónganse a mano y ya no van... —insistía uno de los agentes lamiéndose los labios.

Sarro lo lazó del cuello y comenzó a estrellarlo contra la pared, una y otra vez, una y otra vez. Lobo también se quitó el cinturón y trató de estrangular al otro, pero era más corpulento que él y logró zafarse. En eso llegó otra patrulla. Los golpearon con las macanas y después los subieron a empellones advirtiéndoles que los encerrarían en la Séptima Delegación. Pero en el camino recapitularon...

—¿Cuánto traen?

Llevaban como sesenta pesos.

—Bueno, cabrones, echen los sesenta pesos y pírenle...

Regresaron al Salón César felices, orgullosos de haber cambiado golpes con cuatro policías y de que les hubiera costado sesenta pesos.

Acompañaba a Lobo a robar fruta a La Merced y conseguíamos veinte o veinticinco naranjas, por ejemplo, las distribuíamos sobre hojas de periódicos, en el suelo, en la glorieta de Avenida del Trabajo, y generalmente las vendíamos. O lo acompañaba a tirar basura. Nos daban cinco centavos por cada bolsa, o diez si el bote era muy grande, o veinte si era de noche y teníamos que arrojarlo adonde pudiéramos, a espaldas de vigilantes y vecinos. Claro que a propósito no acudíamos cuando el carro de la basura hacía sonar su campana y pasábamos por la noche, dispuestos al riesgo y a ganancias mayores.

- ¿Por qué no vinieron en la mañana?
—No pasó el carro, señora.
—Cómo no, si yo oí la campana.
—No, señora, se lo juramos que no pasó...

A mi padre le divertían mucho nuestras aventuras. Era un hombre que tenía grandes manos de chofer de autobús y que en esa época se enorgullecía de sus músculos y de su colección de timbres postales. Llegaba con un ejemplar de un periódico deportivo y con la ropa manchada de grasa. Se quitaba los zapatos y recostaba en un sofá adonde mi tía le llevaba una jarra enorme de café y algunos tamales.

—Pon el radio —decía.

Añoraba su infancia y su juventud; el primer amor, el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto; los viajes que no hizo y los amigos que lo abandonaron. Se imaginaba pensado por las mujeres en las que pensaba, gratificado por recompensas repentinas; importante y significativo, además de simpático. Los domingos salía de excursión, a subir volcanes o descender a ríos subterráneos. Y el recuerdo de esos paseos, adonde a veces lo acompañaba, se le imponía como una especie de rumor sordo, inconsciente, que servía de fondo a su cotidianidad poniendo en ella un punto de inexplicable zozobra...

Canturreaba canciones de Agustín Lara y se quedaba dormido sobre el sofá, roncando y babeando como un cerdo.

En la trastienda del Chivo Encantado había un gran patio que una vez adornamos con serpentinas y faroles de papel para celebrar la boda religiosa de unos tíos de Lobo y nuestra primera comunión. Sirvieron chocolate y pastel para todos los niños. Y como también se festejaban los quince años de la hermana del Ganso, con la comida llegó un escandaloso equipo de sonido. La abuela de las doscientas enaguas corría cargando cartones de cerveza o platonos con sopas, y quien menos llevaba dos o tres botellas de ron o de tequila.

—Órale pinche compadrito —afirmaba el Ganso—, te voy a poner un cartón para ti solito...

—Cómo vas a poner un cartón, buey, y los invitados que se chupen el dedo ¿no?

Destapaba botellas con los dientes, olisqueándolas como si se tratara de vinos finos y ofreciéndolas en consagración.

—Ésta es para mis padrinos —brindaba, porque habíamos hecho nuestra primera comunión—. Aquí están mis pinches padrinitos —alborotado. Y si alguien se atrevía a protestar o a agredir—, no —gritaba—, con mis pinches padrinitos no se metan, que nadie se meta —quitándose el cinturón y descargando cinturonzos feroces.

Por la tarde fuimos por Amparo Carmen Teresa Yolanda, ojerosa y alarmada, y al

llegar la orillamos a bailar mambo, Lobo, ella y yo entre las filas de los adultos, sin perder el paso.

*Yo soy el ruletero, que sí, señor, el ruletero
Yo soy el chafirete, que sí, señor, el chafirete...*

—¿No será pecado? —sonreía Amparo Carmen Teresa Yolanda—. Acaban de hacer su primera comunión...

—Pues luego nos confesamos...

—Que venga el mambo...

*Yo soy el matalacachimba, que sí, señor,
el matalacachimba.
Yo soy el icuiricui, que sí, señor,
el icuiricui.*

El Ganso estaba derrumbado junto a los lavaderos.

—¿Por qué te pones estas borracheras tan horribles? —inquirió Amparo Carmen Teresa Yolanda.

Guardó silencio un buen rato, zumbando como una calculadora antes de dar un resultado complicado.

—Pues por equis causa, manita...

Volvía la música y regresábamos a bailotear.

*Caba-llo negro, tú tie-nes la co-la blanca,
tú tienes la co, la co-la...*

Se acercó la abuela de las doscientas enaguas y fulminó con su mirada ultracáustica el cuerpecito de Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Óyeme hijo —le gritó a Lobo—, y ¿a esta puta quién la invitó?

—No, abuelita, es mi amiga, es una vecina...

—Pues me vale una chingada pero me la sacas de aquí...

Detuvo el tocadiscos.

—La señora es muy grosera —gruñía alguien.

—Es muy inconsciente...

—Pues ya nos vamos todos...

—Pues como quieran, pero esa pinche vieja se me va de aquí...

Amparo Carmen Teresa Yolanda corrió, corrió desesperadamente, asustada del episodio, del escándalo que seguiría al episodio, sin saber que su miedo no era más que la proyección de un miedo que se remontaba días, semanas atrás. El ruido y el odio, el desprecio, la vergüenza y la incomprensión estaban atrás, no delante de ella. Por eso corría y corría, furiosa, persiguiendo un verdadero vértigo.

Siempre había niños lavando coches en esa calle, y en El Chivo Encantado bullicio de canciones y risas estridentes de docenas de choferes y amigos de los choferes que bebían cervezas. Había también una sinfonola, y cuando la abuela de las doscientas enaguas veía que alguien iba a ponerle una moneda, se acercaba retadora y autoritaria.

—A ver, ¿a cuál le vas a echar?

—Pues no sé...

—Échale al veinte, o al treinta y cuatro, y si no, pues mejor ni le echas porque te la desconecto...

Y si veía que algunos clientes empezaban a alzar la voz, iba y les recogía las cervezas.

—¡A la chingada, cabrones! Aquí no es cantina...

—No, señora, espérese, mire...

—Se me van todos inmediatamente, pero ya, no quiero hablar más.

—Pero señora, es que...

—Yo con pinches borrachos no trato. ¡No hay más cervezas! ¿Entendido? Aquí no es cantina...

Los sacaba a empujones y malos tratos. Y si había algún taxista respondón, ya fuera por altanería o por borrachera, entonces intervenía Lobo.

—¿Qué te traes? —reclamaba ensombreciendo la voz.

—No, pues salte —retaba el tipo y desenvainaba un desarmador.

—Pues ya vas —respondía Lobo y tomaba la tranca.

A su alrededor crecía un mundo de murmullos: la calle hervía y allí estaba Lobo con una tranca de casi dos metros de largo y la expresión más feroz que podía conseguir... Titubeos, oscilaciones, incertidumbres... Los contendientes medían cada uno la fuerza del otro, acercándose y retirándose. Pero salía la abuela de las doscientas enaguas azuzándolos con una tea casi mitológica.

—A ver, pinches mugrosos ¿cómo creen que se van a pelear con mi nieto? Ni que fuera igual a ustedes, pinches rateros...

Y dispersaba a la muchedumbre.

—¿Soy o me parezco? Qué ¿tengo monos en la cara?

Luego nos invitaba a entrar, lánguidos y despeinados.

—Órale, raza, échense unos taquitos de sopa ¿eh?

Pero nos gustaban más las *mendozas*. Ella misma se encargaba de ponerles carne en medio y doblarlas, condimentadas con cebolla, ajo y perejil.

—¿Le ayudamos con los doblajes? —proponía la prima del novio de mi cuñada.

Movíamos también las cajas de refrescos, separando las botellas vacías de las llenas.

—La Superior hasta arriba —dirigía la abuela de las doscientas enaguas—, y luego la Corona, sí. La Manzanita déjenla porque viene hasta pasado mañana.

Arrugaba la nariz, olisqueándonos, y regañaba:

—Ya anduvieron con las pestilencias, desgraciados, me las van a pagar, van a acordarse de mí...

Una noche las muchachas del Java se presentaron a exigir un pago pendiente. Cruzaban una y otra vez, frente al Chivo, en busca de cualquiera de los amigos.

—Por ahí andan las pestilencias, hijos —advertía la abuela de las doscientas enaguas, un poco por avisar, un poco en son de reproche—. Miren nada más, párense un ratito allí afuera para que vean cómo dejan el jedor...

Amparo Carmen Teresa Yolanda empezaba a salir con Lobo, en parte mujer, en parte niña. Era esmirriada como un zancudo, pálida como sólo se puede ser en la adolescencia, pero de negro y entristecido mirar.

Invadía nuestros aquelarres.

—¿No han visto a Lobo?

—¿A quién?

—A Lobo.

—No, a ese buey ni lo conocemos...

—¿Se enojaron con él?

—Sí, con esos tipos no hacemos ronda...

—Con pendejos ni a bañarse —gritaba el que bebía como campeón, desde lejos.

—Pero por qué, ¿qué les hizo?

—No, no, pues para qué te vamos a decir...

—No, no podemos.

—¿Deveras se pelearon con él?

—Sí —escupía Sarro—, ese pinche ojete no vuelve a poner un pie en esta calle.

—Pero ¿por qué?

—Pues no te podemos decir porque eres nuestra amiga, luego hasta nos lo vas a agradecer...

—¿Qué fue lo que hizo?

—No, pues tú que culpa tienes...

—Que hizo, díganme qué hizo...

—No, pues son chingaderas ¿no? Qué ojete, digo, está bien que lo haga cuando no estás pero nosotros somos tus amigos ¿no? ¿Por qué hace esas cosas delante de nosotros?

—¿Pues qué hizo? ¿Andaba con otra?

—No, no, realmente, bueno, creo que no podemos decírtelo...

—¡Con La Bola de Humo!

—No, nada de eso...

—Sí, ella fue, por eso no me quieren decir ¿verdad? Siempre me anda viendo la cara. ¿Qué pensará que me chupo el dedo?

—Bueno, sí, pero no es como tú crees...

—Entonces ¿con quién fue?

—Bueno —terciaba el Ratón Vaquero—, La Bola de Humo realmente andaba por allí pero eso es aparte...

—Cómo que es aparte...

—Sí, es aparte. No es como tú crees...

—Pues díganme entonces, no sean desgraciados...

—Bueno —empezaba el Ganso—, mira, te vamos a contar todo pero son chingaderas, porque Lobo es también nuestro cuate ¿verdad? pero este, necesitamos quince pesos para ir al cine...

—Sí, se los doy, les doy lo que quieran —gemía.

—Bueno, y también necesitamos para el camión porque pensamos ir hasta el Balmori y está bien lejos. Y mira nada más cuántos somos.

—Está bien, les doy lo que quieran...

El Mapache reanimaba la hoguera casi exangüe.

A veces iba a visitar a Amparo Carmen Teresa Yolanda, aprovechando las ausencias de su madrastra. Me invitaba a cenar churros con chocolate y yo le hablaba de desnudeces voluptuosas y liberadoras fingiendo comentar el programa de televisión que divertía tanto a sus hermanas.

—¿Qué estoy pintada? —en tono de zarzuela—. Te he estado esperando toda la tarde...

Me inquietaba profundamente que ella, precisamente ella fuera el objeto de mis deseos. Y me preguntaba si era su ser de carne y hueso lo que me atraía, o era su pésima suerte, sin padre ni madre, atrapada en una maquinaria castradora y atrocemente represiva, con hermanas hostiles y amigos ocasionales y anodinos. ¿Habría realmente algo entre ella y mi necesidad inquietante de amar y ser amado?

—¿Quieres azúcar?

Lo singular de su situación no ponía realmente su vida en peligro, sino sólo su integridad, sus posibilidades expansivas y su lujuria. Su madrastra no la mataba cada día lentamente, pero la ensuciaba, la cargaba con miedos y ascos insuperables.

—Enderézala, que no está comiendo nada...

La más callada de sus hermanas le daba el biberón a la más pequeña, y al quitarle la mamila para reacomodarla, la hacía llorar furiosamente.

—Fíjate que Lobo me invitó a una bailada... —desatendiendo chillidos y angustias ajenas.

La niña sudaba al mamar y parecía sumergida en una intensa experiencia. Luego quedó amodorrada de satisfacción y se durmió. Parecía que soñaba en seguir comiendo: hacía movimientos de succión con la boca y toda su expresión denotaba felicidad.

—No debe tardar en venir por mí...

Nos animaba discutir las proposiciones de Lobo, caricias atrevidas o invitaciones grotescas que la abrían a juegos carnales y a un estado de ánimo más inquietante y estremecedor en el que no alcanzaba a precisar la naturaleza de sus deseos. ¿Y qué aprendería después de someterse cotidianamente *atenciones* sexuales? Buscábamos la respuesta hundiendo churros en el chocolate espesísimo: que ella sola no era nada, que el extravío sexual era una salida posible del hastío...

—Pero no la única, no me arruines —arriesgaba segura y satisfecha.

En efecto, la vida nos reservaba numerosas comunicaciones, pero nos atraían más que otras aquellas que nos ponían en juego volviéndonos penetrables el uno para el otro.

—Por ahora no me interesa más que ser una niña buena —murmuró con el timbre de feligrés apocado de su madrastra.

—La beatitud es intolerable —debí haber dicho en esa ocasión, pero no estaba habitado por otra idea que no fuera rasgar su vestido y acariciarla en la oscuridad del sótano o en la soledad de su cuarto de azotea. ¡No podía pensar!

—A mí lo que me gusta más, sinceramente, es asolearme y bailar... Te lo juro. ¡Me la pasaría bailando toda la vida!

Su entereza me llevaba a suponer que era posible ignorar o desconocer la angustia erótica, que incluso hasta yo podría lograrlo si reducía mis pensamientos al análisis, o si me plegaba a los cánones más ortodoxos del catecismo.

Llegaba Lobo y la antipatía que le tenían dos de las hermanas se nulificaba con la simpatía de las demás.

—Fíjense que fuimos al cine y no nos cobraron...

Le quitaban atención al televisor.

—Preguntaron ¿cuántos son, muchachos? Y dijimos cinco, bueno, en fin, los que éramos ¿no? Bueno, pues pásenle, invitaron, pero no hagan desmadre. Y nos portamos bien, me cae, discreta la cosa. Fuimos al César. Híjole, es como un pecado entrar en ese cine ¿no? Hicimos una fiesta retesuave allá en la galera, hasta arriba. Llevamos anforitas, papas, cacahuates, servilletas, vasos y quién sabe qué más. Fuimos temprano para agarrar bancas corridas hasta adelante ¿no? Y luego echábamos los vasos sobre los de abajo. ¡Qué chinga para el lunetario! —Y reía llenándose bruscamente el pecho de una respiración voluptuosa, muscular, nerviosa, mientras se rascaba las costillas con un tenedor.

—¿Tomas un poquito de chocolate?

Ante cada palabrota las mejillas de las hermanas de Amparo Carmen Teresa Yolanda se llenaban de un rubor licencioso.

—Siempre metemos al cine ocho o nueve anforitas —seguía Lobo—, y a la hora que ya estamos pedísimos armamos unos desmadres que para qué les cuento...

Le encantaba desvalorizar sus aventuras, divulgarlas, reiterarlas. El impudor parecía su regla.

—Como la tía de Judith ¿no? —planteaba Lobo—, ya saben que tiene como doscientos conejos en un patio ¿no?

Mi atención se fijaba en los contornos de Amparo Carmen Teresa Yolanda, en las arrugas de la ropa sobre su cuerpo, tratando al mismo tiempo de hipnotizarla y sin entender que su rechazo hacia mis partes sexuales no hacía más que componer los movimientos y aumentar la fuerza de la comunicación...

—Entonces siempre llegamos —recomenzó Lobo con voz ronca—, y Luchita, regálenos un conejito ¿no? Cómo no, muchachos, nomás no se lleven las hembras. Los correteamos, luego hagan de cuenta que nos vamos al cine Cosmos con cuatro conejos, vamos a decir, pero unos pinches conejotes así. Entonces los amarramos con un mecate de esos de tendedero y los bajamos al suelo, cuchi cuchi, los empujamos para que caminen hacia adelante hasta que de pronto, chíngale, cuatro o cinco filas más allá una vieja, casi siempre una pinche vieja pega un brinco de este tamaño y lanza un gritote destemplando. Entonces jalamos la cuerda y ahí viene otra vez el conejo y lo escondemos entre las piernas ¿no? Salimos enfermos de risa, me cae...

—¿Después del cine a dónde van? —preguntó una de las hermanas, atentas todas las demás.

—Pues nos vamos a otro cine —dijo Lobo riendo agresivamente—. Imagínense en el Venus... Pásenle, dicen, pásenle, pero no hagan escándalo. Y como entre semana hay mucha tira pues nos quedamos quietecitos, pero los domingos ¡híjole!, las grandes bailadas. Por eso elegimos puras películas musicales...

—Y si no hay...

—Entonces llevamos nuestras chamarras y nos tapamos con nuestras novias ¿no? Hacemos casita...

—¿Deveras? —Y no atinaban a murmurar ninguna otra cosa.

—Siempre nos preguntan ¿a cuál van a ir? Pues al Tlacopan. Y quedamos en vernos hasta adelante y del lado derecho, porque digo, cómo les vamos a pagar la entrada, si ni para eso están ¿verdad, compadre? Están para bailar y nada más. La Bola de Humo es caifansísima para bailar, cómo goza, caray, no se la imaginan. Báilame, dice, báñame, papacito, dame hartas vueltas. Y fíjense, nada más le digo con los ojos para donde nos vamos a mover y ahí va la condenada, pero así, de eso que dicen que hasta nacimos el uno para el otro. Y es que es pero si coyotísima para bailar...

Cuando Lobo hablaba era como si se originara una nueva disposición de su alma y su espíritu, como si reordenara la verdadera turbulencia de sus pasiones, su necesidad de aventuras trastornadoras.

—Siempre pasan las mismas —rubricaba—. Miren, siempre pasan *Música y lágrimas* y *El escudo negro*, o *El escudo negro* y *Música y lágrimas*... —Y ya con la taza de chocolate en la mano—. ¿No está demasiado caliente?

—¿Y cuando pasan *El escudo negro* qué hacen? —preguntó otra, su rostro alineado con las demás: cuentas de un ábaco familiar.

—Pues sacamos las chamarrotas —sonrió Lobo dando un sorbo de la espesa bebida y relamiéndose satisfecho—. Una vez nos decía la mamá del Ratón Vaquero ¿y por qué van siempre con esas chamarrotas al cine? Han de estar muriéndose de calor... No, señora, si hasta arriba hace mucho frío, deveras, hace un frío tremendo... —Y le guiñó un ojo a la hermana silenciosa. Quería probar que si llegaba a asaltarla, desvestirla y violarla no escucharía palabra, como si fuera muda realmente.

Y ella lo miraba y sonreía. Y sus ojos eran grandes y estremecedores...

—Fíjense, vamos al cine Goya, al Díaz de León, al Morelos, al Máximo, al Victoria, al Bahía, al Acapulco, al Ópera... Vamos al Aladino ¿verdad? Vemos las tres y a la salida pues nos vamos al Ritz a ver otras tres... —Sentía que la vida, en él, tendía a desbordarse.

Y yo comía a gran velocidad churros y churros, azorado del sueño de la bebida pese a nuestros gritos y carcajadas.

—¿Nos vamos? —dijo Lobo, dirigiéndose a Amparo Carmen Teresa Yolanda.

Ella se regía por el miedo a lo que fueran a decir sus hermanas y a las golpizas o los castigos que le infligía su madrastra. Yo centraba mi atención en la niña recién nacida, confundida con todos nosotros, creyéndose una misma cosa, especialmente con su mamá y con la mujer que la cargaba. No faltaba mucho para que aprendiera que no era el mundo entero. Al aparecer discrepancias entre sus necesidades internas y sus satisfacciones externas, descubriría que no era autónoma, que hay algo externo, un *no-sí mismo*, un otro que alimenta o del cual dependemos. Aprendería que ese *otro* es un ser separado y cobraría conciencia de su propia identidad...

No sabíamos en aquella época que nuestro completo sentido de identidad se manifiesta al tener que aguardar, esperar, soportar el retraso y confiar en que el *otro* vendrá...

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Lobo.

Miraba el fondo de una taza sucia de chocolate con estremecimientos libidinosos, quizá porque pensé en el sexo de Amparo Carmen Teresa Yolanda. Ella estaba a punto de salir, aunque parecía súbitamente arrepentida... Por encima de los diálogos televisados y durante unos segundos, una especie de región de silencio se introdujo entre nosotros imponiéndose de una manera hechizadora...

Cuando Lobo abrió la puerta del Java, Amparo Carmen Teresa Yolanda retrocedió:

—No, muchachos, no, no, no, mejor vámonos...

—No, pinche niña, pues ahora entras. No nos vas a dejar con la puerta abierta ¿verdad?

Yo me quité la corbata antes de entrar.

—Yo ahorita me regreso —seguía ella.

—Pues no te regresas ni madres —gruñó Lobo—. ¡Ahora entras!

Todas las mesas estaban ocupadas pero los meseros nos conocían.

—Quiúbo, maestros, ahorita les buscamos una mesita...

Pasaron unas ficheras que andaban por allí y nos sentaron.

—Yo hasta el rincón y ustedes aquí...

—Está bien —acepté.

—¿Qué van a tomar?

—Pues yo una cuba —murmuró Lobo.

—Pues yo una cerveza pero sin vaso —pidió ella.

—Pues yo tres cervezas —dije.

—Quiúbo, manito —saludó Margot. No dejaba de aplicarse al oficio ni una sola noche—. Uy, desde que andas con las de afuera ya ni saludas ¿no? Y qué ¿no vas a bailar?

—Sí, ahorita, espérame, nada más voy al baño.

—No te vayas —rogó Amparo Carmen Teresa Yolanda—, no nos dejes solos...

—Pero si nada más es aquí en el patio, y además áhi te cuida mi compadre. Ah, pero ya sabes ¿eh? Si te sacan a bailar les cobran cincuenta centavos...

—¿Qué? —Un poco desconcertada.

—Cincuenta centavos nada más ¿eh? No te vayas a mandar...

Regresó y se puso a bailar. Era el único que no parecía movido por un titiritero morbosos. Y en Margot encontraba el placer esperado.

—Vamos a echarnos otras cervezas —eructé entrecerrando los ojos como para escapar del lugar—, pues ¿cómo nos vamos a ir así nada más? Van a pensar que tenemos miedo. ¿O quieres bailar?

—¿No nos vamos a ir?

Lobo se acercó a la mesa.

—Salud —brindó y acabó con su cuba.

—Tráiganos las otras... —gruñí.

—Pues yo me tengo que ir —dijo Amparo Carmen Teresa Yolanda y se levantó bruscamente.

—Qué ¿no estás contenta?...

—Es que ya es muy tarde...

—Pinche vieja, pues qué le hicimos —escupió Margot palmeando a Lobo cariñosamente en la espalda.

—Espérame —aplazó Lobo y la hizo a un lado—, vamos a llevar a mi amiga a su casa porque tiene un compromiso y regresamos luego luego. No tardamos nada...

—Pinches niñas apretadas ¿para qué las dejan salir de su huacal? —resongó Margot y se marchó contoneando hasta el centro de la pista.

Lobo terminó con su nueva cerveza.

Cuando llegamos a la puerta un grupo de hombres empezó a acicatearnos...

—Uy, uy, uy, con esa vieja y con esas nalgas, hójole manito...

—Pues yo les voy más a las de los chómpiras...

—Qué frío hace —murmuró Lobo.

—No oigo nada —comenté.

—¡Me quiero morir! —chilló Amparo Carmen Teresa Yolanda. Sus pisadas sonaban en la calle como anhelantes llamadas de socorro.

Cuando en su casa supieron de esa visita la castigaron.

—¡Eres una puta! —decían sus hermanas una y otra vez.

Amparo Carmen Teresa Yolanda quedó cegada y ensordecida, experimentándose a sí misma como un objeto. Ser puta era un principio monstruoso que había residido, sin que lo notara, dentro de ella, y que ahora quedaba revelado como su verdad, su única verdad, su esencia eterna. Si buscaba refugio de esa condena escondiéndose dentro de sí, sólo encontraría en su interior una condena peor. Se convirtió en su propia carcelera, desinteresada de aclarar el episodio, incluso justificándolo e intentando comprender a sus hermanas. Pero su comprensión era la de una puta... Hasta sus deseos en apariencia más inocentes se convertían en los deseos de una puta...

—¡Eres una puta!

Y como era una puta, podía contaminar la pureza de sus hermanas, criadas religiosamente, y su madrastra la confinó a vivir en el cuarto de la azotea. Amparo Carmen Teresa Yolanda descubrió que ese accidente la había convertido en otra persona, que esa persona era un monstruo, y que hiciese lo que hiciese en su vida, en adelante le estaría prohibido olvidar este episodio. Las acusaciones de los demás habían penetrado hasta las profundidades de su corazón y dejado un residuo permanente de angustia, una parte de ella que era distinta de ella misma.

Yo alquilaba una bicicleta liviana y pedaleaba a menudo hasta su casa. Si no me recibía deambulaba sin rumbo fijo. La luz del poniente y las primeras sombras del atardecer me abrumaban de melancolía, y no atinaba con más solución que pedalear hasta cansarme. Convertía en mi esposa a cada muchacha en la que se detenían mis ojos. Tenía una enorme necesidad de enamorarme. Estaba hecho de risas pueriles, de agotamientos precoces, de vagidos de alegría y asombros inaprehensibles. Así me entregaba a la noche y a los golpes de la suerte. Pero con todo mi corazón, con toda la energía que podía reunir, quería enamorarme, quería estar desnudo, quería acariciar y ser acariciado. Y me atormentaba la idea de que amar era renunciar porque no quería renunciar.

A Amparo Carmen Teresa Yolanda la encerraban con llave.

—¡No estoy loca! —gritaba.

Ni sus hermanas ni su madrastra le hablaban nunca, como no fuera para insultarla.

—¡Eres una puta!

Permanecía acurrucada en el miedo, pronta a sollozar, dolida de soportar la

angustia de ser ella misma.

Junto a su casa había un árbol que podía escalar para acceder a la azotea. Amarraba la bicicleta y subía por allí, nudilleaba en su puerta y la oía acercarse. Le describía nuestras aventuras y ella guardaba tal silencio que parecía no estar allí y yo terminaba totalmente idiota, creyendo hablar solo, como un loco benigno.

—Lo malo de la vida es que de cien mujeres tienes que escoger una y vivir con la nostalgia de las otras noventa y nueve...

La puerta brindaba una ilusión de proximidad. Sospechar la respiración de Amparo Carmen Teresa Yolanda era excusa suficiente para padecer la frialdad, la estupidez, la vastedad, la crueldad de esa puerta. Pero pasada la primera ilusión de compañía la puerta también nos revelaba nuevas facetas de nuestro aislamiento.

Cada fin de semana me enviaban al mercado y me tocaba hacer fila en una tortillería confundido entre sirvientas y niños pequeños. De aquella tienda tiznada y caliente surgía una especie de radiación de vaho infernal, de calor ruidoso y destructor. Oían radionovelas de Mimí Bequelani o Félix B. Cagnet: dramas sentimentales con secretarias que se enamoraban de señores feudales para procrear hijos atípicos, o madres que perdían a sus hijos para encontrarlos cuarenta años después, reconociéndolos en aquellos que las estafaban o vejaban...

Yo no sabía aún que Amparo Carmen Teresa Yolanda escaparía cada noche a bailar, que ganaría frascos de vaselina, pares de medias y adornitos en concursos de baile, ni que su madrastra iba a esperarla una noche con unas tijeras, que discutirían y lucharía con ella, ni que finalmente sería dominada y tuzada; ni que luego iba a raparse y a mantenerse encerrada durante meses, hasta que el pelo volviera a crecerle; ni que volvería a las andadas pese a nuevas y más filosas amenazas:

—Vas a ver desgraciada, te voy a hacer lo mismo, ya sabes, nada más me colmas el plato, pero yo te voy a quitar esa maldita maña de irte a bailar...

Ni que habría otra lucha, ni que Amparo Carmen Teresa Yolanda dominaría a su madrastra, montaría en ella quitándole las tijeras y sonriendo sardónica; ni que desde entonces sería independiente y se sentiría más segura de sí.

No sabíamos pero ya sospechaba que mi historia, y mucho más las historias de quienes me rodeaban, eran infinitamente más impresionantes y más desgarradoras que aquellas que pasaban por el radio, y bailando en mi lugar dentro de la fila, como un fauno, agobiado por las bocanadas de aire caliente de la tortillería, empezaba a decirme:

—Seré escritor. Algún día llegaré a escribir todo esto que veo y hablarán de mí como ahora exaltan a Félix B. Cagnet, y mi padre, y Lobo, y Amparo Carmen Teresa Yolanda, y las ficheras de los cabarets y los amigos de la calle hablarán a través de mí y la gente nos escuchará...

Sólo me quedaba esperar que alguna vez mi lenguaje estallara a fuerza de irlo

depurando, de irlo despojando poco a poco de todos sus delirios; poblándolo de un vago horror cortésmente refrenado, aguzando sin cesar sus aristas hasta darle un filo de bisturí...

CONOCÍ A LOBO en pleno fragor infantil.

—Cuando me fue a entregar mi mamá por primera vez —contaba él, nostálgico y con una expresión de implacable franqueza en su rostro velludo y brillante—, la noche que me dio su bendición, y se hincó y me hizo hincar a mí... ¡Híjole, compadre! Y que Dios te cuide y que esto y esto otro... Hagan de cuenta que iba a la guerra. Lloraba muchísimo y me abrazaba y quién sabe qué... En la escuela la recibió el director y le dijo pues ahora sí, señora, su hijo ya no es su hijo... Mi madre aulló. Y yo estaba muy tranquilo, deveras, ni lloré ni nada, y veía a los otros cuates que los llevaban arrastrando como cochinos, así, al matadero, y se agarraban desesperadamente de los barrotes. Y decía está bien ¿no? ¿Cuál es el problema? Lo que quería era probarme el uniforme, jalarles las trenzas a las niñas, subirles la falda, tirarlas en la alberca. Me dijeron eres del primer pelotón, de la primera sección de la tercera compañía; tu cama está en el dormitorio Guanajuato, aquí vas a dormir y mañana ya sabrás qué... Era un dormitorio muy largo, dividido en brigadas de once camas cada una. A las seis de la mañana tocaban diana y entraba un prefecto que golpeaba con una regla las orillas de las camas...

—¡Arriba, haraganes! ¡Vamos! ¡Arriba! Y a tender su cama todos.

Entonces nos vimos las caras. Se disipaban las voces carnales de la noche. Estábamos en el mismo grupo, en la misma sección, y dormíamos en camas colindantes. Lobo era el 420 y yo, el 421. En esa época lloraba todas las noches y Lobo, intrigado, me interrogaba con los mismos ojos feroces con que captaba el mundo.

Mi tía me había arrastrado hasta la escuela y dos veces había logrado zafármele y correr hasta la casa. Me peinaban con jugo de limón y apenas se descuidaban revolvía mis cabellos, desarreglándome. Por la mañana el radio transmitía un programa terrorífico a cuyo ritmo había que lavarse, vestirse, desayunar y ordenar los útiles escolares...

Una vez entré en la recámara de mi padre y vi una mujer en la cama. Una incitante aparición, allí en la cama, y yo, con la imaginación encendida, observando, observando, fingiendo que buscaba algo... Mi padre trabajaba como chofer en la línea de camiones Lomas Chapultepec y había salido. Intuía golosamente que la mujer estaba desnuda bajo las cobijas y me acerqué: el empujón de la libido y la sangre en el rostro y a la mejor el pito de seis años estremecido al levantar la colcha despacio, despacio, muy nervioso... Entre sueños ella dio un manotazo, cubriéndose cuando apenas había logrado verla. Dije: se me cayó un botón de la camisa, lo ando buscando... Sí, claro, un botón al encontrar el umbral del misterio, la revelación del umbral. Me engarruñé debajo de la cama aunque mi imaginación quedaba arriba. ¡Me arranqué un botón! *Para muestra basta un botón...* Mi cuerpo allí, anonadado por la presencia turbadora de lo erótico, transpirando debajo de la cama, junto a la bacinica y las pantuflas, en la sombra, en ese pequeño abismo doméstico...

Le hablaba a Lobo de estas cosas para explicar mis sollozos nocturnos. ¿Cómo

justificar mis lágrimas infantiles que desde el fondo de la noche, todas las noches, murmuraban angustiosamente que en ese mundo yo era un extranjero, un extranjero que estaba *solo* en la noche animal...?

Cara a cara: su pequeño rostro de garbanzo transformándose repentinamente en una mueca frenética.

—¡Chilletas! —espetaba, feliz de su ferocidad.

Mi venganza se cumplía durante las clases. Lobo vivía ajeno al discurso del mundo, a cualquier tipo de respuesta, aberrante o no.

—¿Cuáles son las elevaciones máximas de México? —preguntó la maestra de Geografía.

—Putá, las elevaciones... —susurró Lobo, mirándome desesperado—. ¿Cuáles serán las elevaciones? —Y como estábamos en Geografía exclamó—: Rotación y traslación —seguro de sí mismo, casi orgulloso.

—Usted está perdido —rubricó la maestra, oscilando su rostro con incredulidad.

Jadeábamos de risa, una risa desenfrenada, desconocida, encarnizada, lúcida, espontánea.

Amparo Carmen Teresa Yolanda luchaba por destacar en esa clase. Decían:

—Los que se aprendan los ríos de la República se salen...

Los leía dos veces y levantaba la mano.

—¿Qué?

—Ya me los sé.

—No estés molestando...

—Ya me los sé, maestra.

—A ver, dímelos...

—Usumacinta, Lerma, Pánuco, Balsas, Grijalva, Chiquihuite, Cebollas, Tepehuanes, Coneto, Nazas, Cuencame, Sardinas, Nogales... —fascinada por las palabras arbitrarias, por los sonidos majestuosos, en el límite de una dicha intolerable, pueril, alocada.

En aritmética, Lobo no sabía dividir y restaba y multiplicaba sin ton ni son. Pero descubrió que la maestra no revisaba los resultados, que se conformaba con recibirlos. Entonces lo único que hacía era llenar su hoja de números: siete por ocho treinta y cuatro entre tres a seis y sacas cuatro, pones tres, cero y llevamos uno...

—Ya terminé, maestra.

—Salte.

Entregábamos los trabajos y salíamos juntos. Tras esas tensiones la soledad del patio de cemento nos hacía reír...

Amparo Carmen Teresa Yolanda era muy torpe o muy tímida para jugar. Subía a los

árboles, a unas ramas donde nadie subía, ni aún los muchachos más infernales. Tenía tarjeta roja y nos prestaba revistas de historietas y libros de aventuras que leíamos bajo las cobijas, en el dormitorio. Los recibía por debajo del portón, al final del patio, de un muchacho a quien nunca vio ni vimos nosotros, aunque Lobo simulaba encontrárselo algunos fines de semana y volvía con noticias sobre su corpulencia o el color de sus ojos. Ella lo conoció siempre como *una voz*. Al principio una voz que anunciaba merengues y otras golosinas.

Lo llamaba a través de la puerta.

—Oiga, pásame merengues, señor.

Lo insólito de estas situaciones era su suerte. Se fascinaba.

—¿Traes historietas?

Deslizaba dinero por debajo de la puerta y recibía dulces aplastados como tortillas.

—¿Viene mañana?

—Sí —respondía el merengero.

Siempre le contaba historias maravillosas y preguntaba cada vez con mayor pasión:

—¿Cuándo sales?

Sus proposiciones chocaban con la puerta.

—Quiero invitarte a pasear. Quiero ser tu novio...

—Eso no puedo —decía ella, con serenidad—. No, eso no puedo. Pero vamos a conversar. Hasta que me muera vamos a conversar por esta puerta...

Para entonces ya tenía fama de loca. Los compañeros secreteaban que hablaba sola. Y es que a veces se acercaban a la puerta y la oían decir cosas que ella inventaba para que no sospecharan la existencia del merengero. Entonces la acusaban con los prefectos y la tachaban de *trastorna* y desorbitada. Le escribían a su madrastra, la mandaban llamar...

Es extraordinario el poder que tienen los adultos para ensombrecer la vida por todos lados, la facilidad con que pueden ser envidiosos y mezquinos, obtusos e intolerantes...

A través de la cerradura de la puerta infranqueable, el merengero le hablaba suavemente. Le contaba películas, le describía las ferias y los circos... Ella ofrecía las mejillas, no los oídos... Las operaciones más sencillas y hermosas de la vida exigen que nos acerquemos al misterio. Y ese aliento que recorría su rostro infantil era misterioso. ¿Cómo es que rozaba los límites de la razón y la llevaba tan lejos, hasta el borde mismo del amor y la violencia carnal? Creía haber esperado ese aliento desde siempre, lo reconocía... Por unos momentos esa zona del patio se poblaba de figuras amables, el universo era legible... Como si hubiera música, una música que traspasaba su corazón y lo llenaba de indecible alegría, de una exaltación y desesperación infinitas...

La encontrábamos para cambiar revistas.

—Vi al merengero —decía Lobo—. Pobre niño, le falta un remo —insidioso y calculador—. Camina como pato...

—¿Deveras? —preguntaba en voz baja, mirándonos con dolor y asombro cada vez más intensos...

Pretendíamos dejarla sin recursos, sin ninguna clase de apoyo, abandonada en una incoherencia sin fin en la que sólo el diablo podría guiarla...

En su corta vida se acumulaban los sinsabores, los terrores, las vacilaciones...

Cada vez que regresaba a su casa se enfrentaba enloquecida de incompreensión y rabia con un nuevo hermanito. Mareada por el exceso de voces y bultos humanos, acechaba el momento de encontrarlo a solas, y desde la orilla de la cuna donde dormía abotagado y quieto, lo vigilaba con un ansia criminal que le nacía en mitad del pecho... Tardaba en decidirse porque un olor agrídulce de talco y orines, enrarecido por el calor que ascendía desde el piso, la exasperaba, distrayéndola, pero cobraba valor invocando al diablo y le apretaba las naricitas hasta ver el rostro rubicundo y rosado congestionarse, ahora azul, volviendo la vista hacia otra parte y apretando, apretando, apretando, apretando... ¡Le molestaban tanto los bebés! Era la séptima de nueve niñas y vivía con su madrastra y con cinco hermanas. Debían ser más pero algunas habían muerto... Y ella no era tan ajena...

Una vez cargó al nuevo bebé en la espalda sujetándolo con un rebozo, como hacen las indias, y se puso a trapear la recámara de su madrastra. La cama era de latón, muy alta, y ella la cruzaba por abajo sin dificultad. Se olvidó del niño y de pronto se atoró, jaloneó hacia adelante y oyó un ruido de castaña asándose que se revienta. El bebé resoplaba como una locomotora, cada vez menos encantador. Lo acostó en la cuna cubriéndole el golpe con la capucha de su chambrita, mirándolo de hito en hito. Nunca supo si sonrió o se quejaba. Se escondió en el sótano disfrazándose de pieza de vitrina, satisfecha de ser tan flaca y desalmada...

Amparo Carmen Teresa Yolanda tenía los brazos muy delgados y sus hermanas la obligaban a hundirlos en los frascos de cajeta. No podían sacarla de otro modo: no era posible voltear los frascos y no dejaban cucharas a su alcance. La crucificaban con los brazos embarrados de dulce y la lamían todas, hasta el gato, chupaban y chupaban, y a ella le gustaba. No podía servir para otra cosa ni sabía qué deseaba. Volvía sus enormes ojos hacia los brazos y veía las lengüitas ávidas, las lenguas rojas, las lenguas obscenas. Eran sus hermanas infinitamente pícaras y abusivas, sonriendo felices e hipócritas, relamiéndose como cachorros. ¿Cómo cachorros? Entonces ella debía ser como una perra...

Le intrigaba sentirse bien.

Las despertaban a las cinco de la mañana. Se paraban muy firmes a un lado de las

camas y cuando su madrastra asomaba gritaban al unísono:

—¡Viva Jesús!

Leían la Biblia a la hora de la comida y a ella le encantaban las batallas y las venganzas...

Los domingos las llevaban a misa de seis. La iglesia tenía tres altares y cuando el padre terminaba los ritos en uno, entraba otro sacerdote y empezaba en otro. Su madrastra se emocionaba y permanecía allí hasta la una o dos de la tarde, arrobada en éxtasis místico, y ellas enloquecían de hambre, pues las llevaban sin desayunar. De una misa se colgaban a otra y a otra y a otra y Amparo Carmen Teresa Yolanda acabó por llevar revistas. Nada más se hincaba en el momento de la consagración y cuando comulgaba. Todo el demás tiempo:

—Dios mío, perdóname... —y se ponía a leer azorada por la gravedad de la bóveda y los colores de los vitrales.

Cuando se confesaba los sacerdotes la perdonaban o cuando mucho le hacían rezar tres padres nuestros y tres aves marías. La iglesia era su salón de lectura...

En la escuela se organizaban kermés a las que nunca iba. Una vez su madrastra le prometió durante la comida que podría ir si terminaba con su carne. Sus hermanas le arreglaron un vestido de fiesta lleno de gasas y listones, rizaron sus cabellos, le esparcieron diamantina en las mejillas y le implantaron una estrellita plateada en la frente. ¡Parecía una reina! Cuando su madrastra volvió de sus ejercicios espirituales sonrió por encontrarla así, la tomó de la mano y la llevó hasta un espejo:

—Mira qué bonita estás —zalamera—, pero tú, como vas a ser una santa —le hablaba como si fuera retrasada mental—, vas a ofrecer tu belleza al creador y a renunciar a los bienes del mundo ¿verdad? De manera que no irás a esa fiesta...

No podía responder ni preguntar nada.

—Reza conmigo...

Hizo pedazos el vestido, se golpeó contra las paredes, rasguñándose. ¡Nunca había ido a una fiesta! Tomó a escondidas una caja con veneno para ratas y otra con chiclosos. Hundía los dulces en el trigo rojo, los mascaba y volvía a llenarlos de veneno. Quería morir un poquito, que amaneciera y la encontraran agonizante, toda torcida. Pero al primer espasmo se asustó tanto que empezó a llorar como si estuviera en juego su razón... La llevaron a la Cruz Roja. Estaba trabada y tuvieron que romperle los dientes para lavarle el estómago...

En el patio de la escuela, durante el recreo, nos rodeaban jetas desconocidas.

—Están validos a *maravilla* —afirmaban, sedientos de poder.

A partir de ese momento, si nos descubrían y señalaban *maravilla*, teníamos que inmovilizarnos completamente, hasta nueva orden, so pena de perder una ración de pan. Amparo Carmen Teresa Yolanda le llegó a deber a un jefe de grupo, que era un muchacho igual a nosotros, cuarenta raciones de pan. Llegaba la hora del desayuno y

ya estaba allí, furunculoso y rapaz. Teníamos que cederle nuestra chilindrina y quedarnos con frijoles y café con leche. Todo ocurría vertiginosamente en la penumbra del ruidoso comedor. Íbamos entonces a la mesa de sobrantes, adonde recluían a los muchachos que se habían inscrito tarde, y nos sentábamos allí y nos daban de desayunar nuevamente. Ella escondía su pan para mordisquear en la hora del recreo pero el verdugo terminaba por descubrirla.

—¿Quiúbo? ¿Cuántos me debes?

—Pues te debo treinta y ocho...

—Ya nada más treinta y siete —y se lo arrebatava, igual que a otros de nuestro grupo. Y claro que no podía comérselos todos: pisoteaba las piezas de pan, las arrojaba por encima de la barda, las colmaba de escupitajos.

Estábamos en clase y Lobo me hacía pedir permiso para ir al baño. Después me alcanzaba. Había vidrios rotos en muchos dormitorios, inclusive en el de las mujeres, porque era una escuela mixta, y allí nos metíamos. Todo parecía nuevo, pues los mismos alumnos se encargaban de la limpieza. Todo estaba limpio y ordenado. Allí, enroscados como fetos, caminando en cuclillas como ranas hemipléjicas a lo largo de todo el pasillo, nos cagábamos y batíamos la mierda con ayuda de una regla, una almohada o algún crucifijo, gimiendo desafiantes. Salíamos con sonrisitas solapadas y regresábamos a clase.

Nos formaban frente al astabandera.

—¿Quiénes son esos enfermos que se cagan? Nada más que los encontremos...

—Y otras expresiones del hampa cinematográfica.

Lobo sugería:

—Ahora en el de las viejas ya no, ahora vamos a cagarnos en el nuestro, así menos van a pensar que somos nosotros...

Volvíamos a pedir permiso. Los dormitorios permanecían cerrados porque se perdían las cosas, pero nos ingeniábamos para entrar sin ser vistos. Teníamos además que volver, sino el juego era imposible.

—Órale, tú cágate en la sección...

—¿De veras?

—Ahora nos cagamos en la cama del maestro...

Hacíamos tiras las sábanas, desfondábamos los colchones, las almohadas. Pero en pleno aquellarre preveíamos el reflujo de las aguas y volvíamos a clase, sigilosos y mustios.

En la prefectura conservaban una caja con objetos perdidos. Lobo me arrastraba hasta allí.

—Profesor...

—¿Qué pasó?

—Se nos perdió una llave. Vamos a la caja a buscarla...

—Sí, pásenle...

Hurgábamos entre lapiceros, llaveros, botones, silbatos, cuerdas de trompo, canicas, amuletos, y cargábamos con todo lo que podíamos.

—No la encontramos, profesor.

Y ya llevábamos tres kilos de cosas. Teníamos llaveros con cientos de llaves, argollas enormes totalmente cargadas. Cuando entrábamos en los dormitorios las ensayábamos en armarios y burós y hurtábamos gorras, corbatas, cinturones, libros, todo lo que queríamos...

—Aquí ya sacamos para el pan —gritaba Lobo alegremente, mientras nuevos proyectos se insinuaban en su fecundo cerebro.

Vivíamos en estado de concentración vandálica, desazonados permanentemente, iracundos. Durante varios meses escribí cada noche en las paredes de los baños *Las aventuras del Flaco Anemia*. Usábamos lápices de cera sobre los mosaicos brillantes y Lobo ilustraba cada episodio con monigotes desgarrados y escatológicos. Los prefectos se molestaban demencialmente y castigaban a los alumnos quitándoles el postre... Y al día siguiente aparecía el capítulo dos.

Todos querían entrar al baño. De pronto alguien daba el aviso:

—En aquel baño está el capítulo diez...

O el dieciocho, el treinta, el cuarenta... Y corrían los mozos con esponjas y alcohol industrial: fuertes pisadas sobre el cemento, miradas hoscas... Era nuestro frenesí que triunfaba sin grandes frases sobre los obstáculos que se oponían. Era el demonio desenfrenado del juego que se agitaba en los conductos de nuestra sangre, incansable y pícaro... Y era un secreto entre pocos, un escondite donde el Flaco Anemia —capítulo veintiuno—, escondía el sello de Netzahualcóyotl en la vagina de una princesita oaxaqueña...

Los jueves teníamos visita. Mi tía me llevaba revistas y la mamá de Lobo se quedaba parada en la puerta.

—Oye —rogaba—, grítale al cuatrocientos veinte...

Lo voceábamos por todos los patios.

—El cuatrocientos veinte... El cuatrocientos veinte...

De un momento a otro el internado retumbaba con ese número y Lobo estaba tirado allá lejos, muy lejos, en el pasto. La soledad lo preparaba para meditar...

—¡El cuatrocientos veinte!

Tirado en el pasto, viendo al universo expandirse, sintiéndolo comprimirse enloquecido en un solo pensamiento. Cada uno de sus ensueños, los escolares tanto

como los interplanetarios, los del bosque y los del ring o el campo de fut, se fijaban allí enseguida, en una nube, en la hebilla de su cinturón...

Sus pensamientos fermentaban en esa soledad.

—¡El cuatrocientos veinte!

En la giba de una nube deshilacliada ordenaba su vida de crápula. Allí estaban los hermanos que lo recibían con quiúbo pinche interno, cómo está el cuartel. O pásale, pinche sardo... Creíamos que estaba dormido y fantaseaba... Él me enseñó que la nube más anodina, fielmente contemplada, nos enfrenta a nuestros más secretos fantasmas... Llegado a este punto, o a uno semejante, interrumpía el castigo a su mamá e iba a su encuentro.

—Ay, hijito, cómo estás, cómo te va...

—Muy a todo dar —buscando en el tono tremenda trascendencia.

—Te veo muy flaco...

Cuando él se observaba, *él* era otro.

—¿Cómo vas en la escuela? —Le preguntaban a ese otro.

Recibía un peso y una bolsa de fruta, generalmente de plátanos verdes para darles tiempo a que maduraran. Lobito sentía que lo comprometían demasiado y decidía recomenzar, rectificar, componer. Caminaba hasta la cooperativa y cambiaba el peso por moneditas de cinco centavos y solemnemente, en un rito que tenía el poder de animar la noche, una por una, las arrojaba al fondo de la alberca. Nunca gastaba ni un centavo de lo que le daba su madre. Cada moneda que arrojaba trastornaba su ser íntimo, lo restablecía...

Después del timbre de silencio, a las nueve de la noche, cuando se animaban las dudas de nuestras almas nocturnas y crecían los atractivos cósmicos de la noche, Lobito y yo descendíamos de las camas. Esperábamos hasta que el último castigado terminaba con su sesión de sentadillas o lagartijas, y nos escabullíamos del dormitorio, bárbaros y subrepticios. Luego nos escondíamos nada más de los veladores, los únicos despiertos además de nosotros. ¿De dónde sacábamos fuerzas para atravesar la noche? Llegábamos a una fuente que había en el jardín frente al salón de actos, y penetrábamos en el agua fría. Había llegado el tiempo de ser duros: era preciso transformarnos en hombres, fortalecernos para resistir el tiempo de la desdicha, para hacer frente, incommovibles, a eventualidades catastróficas. Y para eso, abismarnos en nosotros mismos, ser blindados... ¿Respondería otra cosa a nuestro vértigo? Eran las doce de la noche o la una, nunca podíamos comprobarlo, y el agua estaba helada, era cruel e inhumana.

—Órale, pinche compadre, métete...

Lo hacíamos todas las noches y regresábamos casi desnudos, en ropa interior. Una vez nos sorprendió un velador iluminándonos de pronto...

—Quiúbo cabrones. ¿Quién vive?

—Córrele compadre...

Corrimos con tal ruidero que despertamos al director. Los prefectos salieron armados con palos de escoba o cuchillos cebolleros, pero nunca supieron quién había sido.

—Que andaban unos rateros ayer —susurraban en el dormitorio.

—Se querían meter en la casa del director...

—Les tiraron de balazos.

—¡No la chinguen!

Nuestras aventuras se definían por el secreto. No podían ser públicas...

Una vez nos castigaron porque rompimos una botella de ácido con la que limpiábamos alguna cosa en la Dirección. Construían unos cuartos al final de la escuela y nos mandaron a trabajar con los albañiles. Acarreábamos tabiques y alineábamos el yeso. Usábamos gorros del papel como navíos capaces de capear los más insólitos peligros, y no descansamos hasta que se terminó de construir una barda enorme.

Amparo Carmen Teresa Yolanda propuso:

—Vamos a escalarla ¿no?

La cabalgamos de inmediato, a horcajadas, y una, dos, una, dos, empezamos a balancearnos y a gozar el ligero vaivén de la barda que estaba fresca, apenas armada.

—Qué brutal se siente...

—Como pescaditos ¿no?

Cada vez más fuerte, hasta provocar un estrepitoso derrumbe.

—¿Qué nos irán a hacer?

Habíamos creado la noche entre nubes de polvo, estruendo y escalofrío...

—Ahora sí, nos van a fusilar —previno Amparo Carmen Teresa Yolanda con voz alarmada y conmovida.

Los fines de semana siempre estábamos castigados.

—El cuatrocientos veinte, castigado.

—El cuatrocientos veintiuno, castigado.

Teníamos tarjetas rojas. Las ponían después de no recuerdo qué número de castigos o qué faltas. Tarjetas que señalaban que no podíamos salir nunca, iguales a las de muchachos que no tenían padres o cuyos padres no los querían, como era el caso de Amparo Carmen Teresa Yolanda. Cada sábado arrinconados, sitiados, abandonados... Pero Lobo no se amilanaba y recorría el patio.

—Prefecto Pelagallo, estoy castigado...

—Ya sé que estás castigado, siempre estás castigado...

Iba a su oficina y sacaba nuestros expedientes. Ni mi tía ni la madre de Lobo lo

supieron nunca. Salíamos vestidos de gala.

—Vámonos a casa —decían, buscando ansiosamente nuestras miradas bajo las gorras.

—Y qué les enseñaron, hijos —como pidiendo ansiosamente noticias de un planeta desconocido.

—Pues muchas cosas de la guerra —afirmaba Lobo y desataba innumerables mentiras.

—¿Y qué más hacen?

—Pues marchamos...

—¿A qué hora marchan?

—Pues marchamos en las mañanas...

—Qué cosa tan horrible ¿no? Todas las mañanas nos sacaban a la calle a dar vueltas —comenzaba Lobo distraidamente—. Con un frío de la chingada —tosía y golpeaba la mesa con su vaso—, porque recuerdo que cuando regresábamos y me olvidaba del maquinaf, toda la semana era una tortura, compadre. A las seis de la mañana hacía un frío de diez mil demonios y yo me decía «Wama no tiene frío», «Wama no tiene frío». Y ahí me iba convenciendo de que si Wama no tenía frío y andaba desnudo, pues a mí tampoco me iba a dar frío ¿verdad? Y me la soplabo tranquilo... —Reía exuberante antes de llenar de nueva cuenta el vaso con Habanero Berreteaga, y proseguía—. Había cuates que marchaban descalzos. ¿Se imaginan el piso cómo estaba? Una vez le pregunté a uno: Oye ¿qué se siente descalzo? Pues cosquillitas, dijo el muy desgraciado. Y al día siguiente que me salgo descalzo, compadre. ¿Y los zapatos? Pues no tengo. ¿Cómo que no tienes? No, pues no tengo, profesor... ¡Hijos, compadre! Casi tuvieron que amputarme las patas, de veras, las tenía entumidas completamente —y reía, devastador y desdeñoso.

Nos retenía a jalones, asustado del hastío de la vida cerrándose sobre nosotros. A la tercera botella lo habitaba la nostalgia.

—No me acuerdo con qué frecuencia nos daban una cosa que se llamaba Pre. Nunca supimos por qué se llamaba así ¿verdad? Pero nos hacían firmar unas nóminas por dieciocho, por veinticinco pesos, y nos daban cinco ¿no?

Conjuraba el silencio con recuerdos, de otra manera caía en una bovina estupefacción. Se mantenía así, hablando y bebiendo incesantemente. Y cuando la danzonera desataba sus ritmos calientes y las ficheras ronroneaban invitándonos a la pista, desaparecían la angustia y el abatimiento. Siempre las mujeres, las nalgas y los senos de las mujeres nos inspiraban una alegría diabólica...

Una vez recibimos un Pre de quince pesos. Era el diez de mayo y se trataba de que compráramos un regalo para nuestras mamás.

—Voy a darle el dinero a mi tía —le dije a Lobo.

—Yo voy a comprar una caja de chocolates —sentenció.

Y compró una caja de cuatro pesos.

El dinero sobrante lo cambió por moneditas y lo arrojó a la alberca... Siempre elegía entre el ascetismo y el juego, y jugar para él, era una especie de renuncia. Renunciaba a la tranquilidad, a la seguridad, a sus recuerdos... La alberca se convertía en una extraña alcancía... Pero de pronto necesitaba veinte centavos para una tarjeta conmemorativa. ¿Cómo entregar la caja así, sin mensajes ni aspavientos conmovedores?

En esto apareció otro niño.

—Véndeme unos chocolates ¿no?

—Bueno, te vendo dos a diez centavos cada uno, porque necesito comprar una tarjeta...

—No —reclamó el otro—, a quinto, no seas desgraciado...

—Bueno, ya vas.

Abrió la caja y le vendió cuatro chocolates.

Las tarjetas las imprimían los muchachos de sexto año, allí mismo, en el taller de imprenta. De un reducido muestrario eligió una dominada por un ramo de flores. Invocó musas casquivanas hasta dar con un pensamiento retorcido cuya belleza y sinceridad le parecieron sospechosamente extraterrestres...

Un jefe de grupo lo miraba asombrado: por espacio de diez minutos Lobo había permanecido pensativo, apoyando el mentón en la mano, y de pronto escribía, arrebatado y lírico... Se adelantó hasta él.

—A ver, dáme eso.

Lobo le entregó la tarjeta.

—Ándale, buey, si esto está retebonito —y se la guardó, inquisitivo y prepotente—. Se la voy a llevar a mi mamá...

Lobo quedó perplejo, con la caja de chocolates empezada y sin tarjeta.

—Voy a tener que vender otros cuatro —reflexionó, levantándose bruscamente. No se sentía desilusionado, realmente no... Abrió la caja y empezó a gritar al mismo tiempo que deambulaba por los patios de la escuela—: Chocolates, chocolates, chocolates...

Muy pronto los vendió todos.

—Ahora ya no me alcanza para nada —se dijo—. Ni modo que lleve la pura tarjeta ¿no?

Arrojó las monedas en la alberca. Había dudado entre comprar un refresco o chicles, pero decidió echar todo en la alberca, incluso la caja. No había cólera ni alienación en ese gesto, sólo se trataba de rechazar sus propiedades. Y las monedas se hundían con chasquidos eróticos, provocando ondas que se esfumaban rápidamente como anuncio de quién sabe qué victorias...

Su mamá lo esperaba en la puerta de la escuela.

—¿No les dieron el Pre?
—No nos dieron nada.
—Pero ¿por qué? Si me habían dicho que les iban a dar...
—Bueno, pues no me dieron. ¿Qué quieres que haga?
Sus mentiras le provocaban placer.

Con un cuchillo en la manita mugrosa de sudor torpe y con tufo de recién salido de la cueva, Lobito aparecía y eructaba al regresar de la azotea adonde aislaba a su hermano, arrojaba el arma rutilante sobre la mesa y se restregaba los ojos despojándolos de iras y velos nocturnos, arrugado el uniforme escolar, pringoso el hocico de mermelada... ¿Monaguillo de qué culto, portador de qué noticias, dueño de qué diabólico secreto?

—Ni que fueran perros —gritaba su madre—. ¿Cómo es que le quieres dar una cuchillada? Si son hermanos... —Exuberante, abierta a su vez a la violencia.

—Entonces me voy —gruñía Lobo, desdeñosísimo.

—Pues no te puedes ir... Te vas mañana o te vas el lunes...

La abuela de las doscientas enaguas lo sujetaba de un brazo; el tío, agente de tránsito, de otro; el tío carpintero, por atraparlo, le quitaba una bota, y los primos vestidos de mariachi bloqueaban la puerta sin dejar de comer tacos.

—Pues ya me voy —perseveraba Lobo con una sonrisa plena de sorna.

—No, mijito, mejor échese unas *mendozas*...

Forcejeaba con todos y terminaba escapando... Dejaba atrás el letrero luminoso del Chivo Encantado, a la abuela de las doscientas enaguas y a toda su descendencia...

Una noche, después de otra discusión similar salió sin zapatos. Vestía de gala y debía regresar al colegio con sus botas altas.

—Así me voy —refunfuñó para sí mismo, escupió de lado y caminó marcialmente.

—¿Y las botas? —reclamaron en la escuela.

—No tengo botas... —provocador y deferencial.

—Pues no entra aquí hasta que no tengas tus botas —cortante y nervioso, mostrando los dientes.

Cuando regresó todavía estaba en El Chivo Encantado su padrino de bautizo. Lobo no lo sabía pero buscaba un guía, un consuelo entre las sombras de la noche.

—Ya llegó, mijo, órale, échese veiticinco *mendozas* —torciendo la cara al descubrirlo descalzo.

—No, padrino, nada más dieciocho...

—¿Deveras?

—No, pues cómo cree, padrino, quién cree que soy o qué, déme nada más dos y a ver si puedo...

—Eran unos quesadillones así —nos contaba, abriendo los brazos como si abarcara unas nalgas descomunales—. Debían pesar como tres kilos —ligeramente azorado, asintiendo con entusiasmo.

La abuela de las doscientas enaguas tenía un ejército de nietos. La madre de Lobo era la menor de dieciocho hijas y él era el último de siete hermanos. Así como la séptima hija está destinada a convertirse en hechicera nocturna, el séptimo hijo varón siempre es un hombre lobo.

Y él lo sabía...

Todos los sábados y domingos gran parte de la familia se reunía para sablear, reír y comer en El Chivo Encantado. Un rollizo sobrino requinteaba una vihuelita durante más de una hora y después tosía bruscamente y con voz chillona y alta se ponía a cantar sones veracruzanos: otro hablaba de sus hijos tuberculosos y de su ahijada que estudiaba inglés en una escuela de la calle Donceles... El gran viento nocturno los empujaba, a ellos y lo que eran, a las habitaciones llenas de humo y de grasa...

Había guajolotes desplumados al lado de cerdos degollados, cervezas y refrescos de todas marcas. Se abría la puerta de vidrios de colores y entraba un primo con un violín bajo el brazo olisqueando estúpidamente a su parentela. Irrumpía una comadre para contar que su vecina había envenenado a dos niños con sopa enlatada. Llegaba otro con vihuela y otro con guitarrón y entre *mendoza* y *mendoza* se ponían a entonar los instrumentos. Tardaban como dos horas en acoplarse...

Ay, ay, ay, ay, ay, cuánto me gustan las olas.

Ay, ay, ay, ay, ay, las solas no las casadas.

¡Cuánto me gustan las olas!

Y Lobito estaba allí, ardiendo, rogando con toda la pasión y la lucidez malvada que podía reunir, que la vida se desatara, se desanudara, se desnudara... Quería afirmarse en este mundo: alcohol, toda clase de excesos, éxtasis... Iniciar una avasalladora búsqueda de lo verdadero, desenmascarar a sus enemigos, transgredir todas las prohibiciones...

—A ver... Dáme el tono, Jesús María...

Ay, ay, ay, ay, ay, las olas de la laguna...

Ay, ay, ay, ay, ay, cómo vienen, cómo van...

¡Las olas de la laguna!

—Súbele tantito, tantito...

Llegaba el del guitarrón. Marcaba todos los tiempos y metía el orden.

—Anda usted muy alto, compadre.

—No la amuele, compadre.

De tierras abajo vengo de rezar una novena...

Ahora que vengo santito ven y abrázame morena...

—Échate un solito, Refugio...

Todos tenían nombres de mujer: Guadalupe, Eduviges, Rosario, Inés, José María.

—No le agarro el tono, compadre.

—Pues bájele...

Yo soy un gabilancillo que ando por aquí perdido...

A ver si puedo agarrar a una pollita en el nido...

Llegaba otra guitarra y se sumaba al desorden.

La mayoría de las canciones eran risibles. Lobo intuía que los lenguajes que hipnotizan, las amenazas, la violencia, el poder, pertenecen al silencio... Lo que esperaba de la vida no era expresable en palabras, pero los gritos agudos y desgarradores de los mariachis le estimulaban un ánimo salvaje... Se reunían más de veinticinco. ¡Parecían un mariachi *sinfónico*!

Y nunca se sabían los nombres de las canciones.

—¿Se acuerda usted de aquella...?

Cuándo me traes a mi negra que la quiero ver aquí

con su rebozo de seda que le traje de Tepic...

—Túpele, túpele, compadre...

Una marea de risa arrebatava el ánimo de Lobito. Tenía la sensación de bailar con la luz de los focos enormes que pendían sobre las carnitas... Se abandonaba a las delicias de la música, a padrinos que lo apreciaban, tías que lo querían y hermanos y primos a los que odiaba como sólo se puede odiar a un hermano...

Negrita de mis pesares, ojos de papel volando

a todos diles que sí, pero no les digas cuando...

—¡No te rajes, Jalisco!

Cuando el mundo reía de esa manera Lobo no soportaba el saco de botones y galones dorados...

Sudaba como un pecador...

Los domingos por la noche permanecía en casa y una vez descubrió que su madre, después de lustrarle cuidadosamente las botitas escolares, las besaba con cierto arrobo. Era ridículo e insalubre pero no trato de impedirselo. Franqueaba los límites, tenía algo de profanación, de rito secreto y de pecado...

Algunas palabras se debatieron en su garganta pero prefirió dar vuelta y retirarse...

Su corazón reía con delirio, regocijado por despertar amor, vibrante de júbilo y poder...

Marchaba la banda de guerra advirtiendo que era tiempo de pasar lista en los dormitorios. Ninguno de nosotros hubiera podido con un tambor, menos con una trompeta, así que íbamos atrás, siguiéndoles el paso, simulando tocar con apostura jubilosa. O nos quedábamos con Amparo Carmen Teresa Yolanda, en el fondo de la alberca cuando estaba seca... Soñábamos con quitarle el vestido y verla allí, crispada, descoyuntada de vergüenza, intolerablemente obscena... Oíamos el llamado de tropa allá arriba... Lobo aspiraría el olor a piel desnuda de ese cuerpo y comenzaríamos de pie contra la pared de mosaico, en el advenimiento de la noche, abandonados a las violencias del frío y al placer dulzón de la carne; lentamente, abriéndonos a la oscuridad, sintiendo palpitar las estrellas en nuestras mejillas...

¡Cuánto crecía en mí, en ese momento, por mi evidente impotencia de poseerla! Estábamos indefensos bajo el cielo negro, sin recursos para soportar el orden de las cosas, abandonados al deseo de desnudeces imposibles...

En El Chivo Encantado la abuela de las doscientas enaguas se irritaba:

—¿Todavía andas con esa pinche zopilota?

Lobo pretendía no hacerle caso. Se concentraba en nuestros planes, en lo que tendría de fiera y cruelmente dulce la desnudez de Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Búscate una que esté güera —insistía la abuela—, una más bonita. No seas zoquete...

Uno de sus hermanos había ido con el chisme y Lobito no podía golpearlo, ya que era mayor y perdería. Buscó entonces un arma y dio con un cuchillo. Lo persiguió por las recámaras y lo obligó a subir a la azotea, desgredado y feroz. Le quitó la escalera de mano por la que había accedido a esa altura y se sentó sobre ella.

—Tienes que bajar, desgraciado, aquí te estoy esperando... —rugía con labios apretados.

Una noche se presentó la madrastra de Amparo Carmen Teresa Yolanda en El Chivo Encantado.

—¿Qué deseaba? —preguntó la abuela de las doscientas enaguas.

—Quiero hablar con Lobo. ¿Es su nieto? —Todo en ella era falaz e irritante—. ¿No lo quiere llamar, por favor?

Lobo apareció relamiéndose e introduciendo los dedos en los cabellos hirsutos y negros.

—Dígame, señora...

—Ven conmigo, niño.

Cruzaron hasta el otro lado de la calle ante la mirada atónita de la abuela.

—Óyeme Lobo, fíjate que no estoy dispuesta a que hables con mi hija, en la escuela o donde sea, no me importa pero no quiero que vuelvas a verla ni a cruzar palabra con ella. ¿Entendido?

Los domingos pedía dinero en la iglesia y le hablaba con la voz que usaba para pedir.

—Ni una, pero ni una palabra más con ella. ¿De acuerdo?

Lobito no quería problemas, elegiría otras amistades, pero al mismo tiempo cierta sexualidad lo reclamaba, ávida e insaciable.

—¡Nunca más! ¿Entiendes? —La madrastra se agitaba cada vez peor. Parecía tener un cangrejo en la cabeza.

—Sí señora, claro señora, lo que usted diga, señora...

En El Chivo Encantado la abuela de las doscientas enaguas se remangaba la blusa. Había hecho a un lado el delantal y se había quitado los aretes...

De pocas cosas tenía más miedo Lobo...

—Compermiso, señora, no tenga usted cuidado, no se preocupe —sin quitar los ojos de la abuela, realmente asustado—, compermiso... —Y corrió hasta la tienda.

—Oye, hijo —tronó la abuela—, ¿qué tanto te manotea esa pinche vieja, qué trae contigo?

Lobo se restregaba contra su abuela como un gato. Si la azuzara, llorando, por ejemplo, la vería arremeter contra la mujer esa, golpearla y arrastrarla de los cabellos... Al final las arrastraba de los cabellos... De otra manera no quedaba conforme...

En casa de Amparo Carmen Teresa Yolanda, el día que cumplía años, todos los invitados interrumpieron su conversación cuando entramos. La festejada se puso de pie y acercó vacilante, con la dificultad y embarazo propios de haber tomado la iniciativa.

—No los esperaba —balbuceó en tono casi inaudible, y un poco más alto y como

exhibiendo su seguridad en público por primera vez—, no, pues este, no sé, — desgarrada por la angustia, la esperanza, el temor y la orgullosa incertidumbre de sus quince años. Y dirigiéndose a mí en especial—: ¿No te parezco bonita?

Su madrastra apareció y se precipitó hacia nosotros.

—¿Quién los invitó? Me hacen el favor de irse inmediatamente.

Al mismo tiempo un grupo de hombres jóvenes se acercaba.

—Sí, ¿a ustedes quién los invitó?

—Pues qué chingados les importa —respondió el Ganso, empujándolos.

—Agárrense el pastel —gritó el Mapache.

—¡Aguas con ese buey!

Siguieron otros empellones y gritos destemplados.

—¡Sálganse para afuera, hijos de la chingada!

—Pues métanse para adentro, cabrones.

Amparo Carmen Teresa Yolanda parecía ahogarse de furia. Sus hermanas intervenían con vestidos acampanados y peinados estrafalarios mezclándose entre unos y otros, evitando que aquello se convirtiera en una disputa violenta.

—¡Váyanse por Dios! —rogaban—. Por favor, por lo que más quieran...

Amparo Carmen Teresa Yolanda tuvo un gesto inesperado de zozobra y desesperación, y volviéndose, corrió escaleras arriba...

Tomé del brazo a una de sus hermanas.

—Déjame —dijo, sofocando un sollozo ronco y al mismo tiempo esquivándome para que un cadete del Colegio Militar me empujara.

Nos arrojaron a la calle brumosa y ultraterrena, donde el frío implacable, crudo y cruelmente penetrante se introducía entre la ropa calando los huesos. Lobo y el Ratón Vaquero fueron por piedras y las arrojamos contra la puerta, que era de lámina, produciendo un sonido ensordecedor. Salían los invitados más valientes y huíamos entre risas y palabras al amparo de esa noche cómplice, para atacarlos con mayor violencia apenas cerraban. Algo sutilmente privado de sentido se animaba cuando la noche se nos ofrecía de esa manera, disponible e interminable. El frío lastimaba como millares de agujas, y pese a eso, golpeando los pies ateridos contra el suelo, agitando los brazos endurecidos y soplándonos vigorosamente en los dedos para devolverles un poco de calor, arrojamos piedras y botes, golpeamos con palos y a patadas la puerta cada vez más endeble, y corrimos siempre que salían cadetes, primos y amigos de ellas cada vez más enardecidos y desconcertados.

Toda esa noche estuvimos entregados a las formas nocturnas que organizan la violencia y el miedo.

Frecuentábamos el gimnasio Gloria. El papá del Ratón Vaquero era boxeador.

—¿Me ayudan a cargar la maleta? Órale, para que vean los vestidos ¿no?

Íbamos con él y conseguíamos buenos lugares.

—Va a boxear la Marrana —corríamos completamente excitados y felices, tocando de puerta en puerta por toda la colonia—, vamos a ver a la Marrana...

Pero siempre perdía.

—¿Qué pasó, Marrana? Te noquearon...

—Es que traía el anillo puesto...

—¿Y eso qué?

—A ver, ponte el anillo —lo insertaba en uno de los dedos de Lobo y sin soltarle la mano explicaba—, fíjate, luego viene la venda, pás, pás —y le envolvía los dedos apretándolos ferozmente.

Lobo gritaba.

—¿Gomo creen que iba a poder? —Seguía la Marrana entre derrotado y satisfecho—. Si traía el anillo puesto...

—¿Y a poco no te dabas cuenta cuando te vendaban? —increpaba Lobito sobándose la mano.

Cada adulto era extraño a nuestro universo, pertenecía a otro mundo de comidas formales, responsabilidades y conversaciones oscuras que los encerraban en su particularidad y los dejaban en la ignorancia de todo lo demás...

—¿Qué paso, Marrana? Volvieron a noquearte...

—No, manito, es que estos zapatos se resbalan un chingo...

Siempre tenía una excusa.

—¿No quieren ser boxeadores?

Entrábamos con él en los vestidos. Nos aventaban las toallas o ponían las conchas en la cabeza.

—Sí, cómo no, sí, nos gustaría realmente...

—Pues órale, súbanse al ring.

Cada guante era del tamaño de nuestro tórax. Pesaban tanto que no podíamos ni alzar las manos.

—A ver, tú, déjate, ponte en guardia...

Era la época de Luis Castillo, el Acorazado de Bolsillo, del Canelo Urbina, de Fili Nava, de Manuel Ojeda, de Memo Díez, del Ratón Macías. A veces los boxeadores subían al ring borrachos de pulque, o había luchas de mujeres, o de parejas, en relevos, un hombre y una mujer contra otro hombre y otra mujer. Empezaba la televisión y comenzaban a hacerse populares el Santo y Gori Guerrero, el Cavernario Galindo y el Murciélagu Velázquez. Cuando lanzaban a un luchador fuera del ring la gente lo pateaba, lo escupía, lo mordía, verdaderamente molesta y delirante. No podíamos faltar.

—¿Nos llevas a las luchas, Marrana?

Tomábamos la casa del Ratón Vaquero como cuartel general, porque era el único que vivía en casa propia, en una privada allí mismo, en Santa Julia. Su mamá siempre

confundía a Lobo con uno de sus hijos. Había tenido nueve, así que cualquier niño que entraba pensaba que era uno de ellos. Y Lobo entraba y salía sin pedir permiso, se quedaba a dormir, y ella con frecuencia lo secuestraba, atrapándolo con sus manos crispadas, casi eléctricas.

—Lobo ¿tú crees? Estos cabrones me quieren matar porque ya no les sirvo para nada, ya los mantuve, ya les di mi juventud... —Y de pronto, con violencia y hacia algún lugar en la penumbra de la casa—, tú, ¿qué cosa estás oyendo? —Era la Marrana que andaba por allí, tonto de alcohol y marihuana—, lárgate cabrón, desgraciado, qué haces ahí, parando la oreja a ver qué oyes, lárgate de aquí...

Lobo se afligía y no sabía si llamarla madrina, tía, mamá, vecina, señora o comadre.

—Cálmese, no se enoje, no se pelee, no se enoje...

—¿Cómo diablos no? Si acabo de agarrar a patadas al cabrón...

En lugar de evitarlos ella profundizaba en sus problemas. Olía a alcohol y tartamudeaba al hablar. Sus ojos parecían darse vuelta.

—Y te lo digo, Lobito —se apoyaba en sus hombros como si fuera un bastón—, si un día amanezco muerta les doy a ti y a tu abuela todas las facultades para que me hagan la autopsia, y si estoy envenenada meten a la cárcel a todos mis hijos, aunque sean tus amigos, porque ellos son los que me quieren envenenar...

—Pero ¿cómo cree que vamos a meter en la cárcel a todos su hijos?

—Chingan a todos, a todos, pero a todos...

Quería mucho a Lobo y pensaba que era el único que no la traicionaría, hasta que una noche, invadido de odio por necesidad, él le gritó cosas desde la calle. Lo habíamos provocado.

—¿A que no les mientas la madre a los Vaquero? —propuso el Ganso con la nariz sucia de espuma de cerveza.

—A que sí —empezó Lobo desde la oscuridad de su primera o segunda borrachera—. ¿Cómo chingados no? —Tambaleándose y como aspirando a la incongruencia de un idiota, a la dicha de gemir por los otros, a un infierno ruidoso donde bailarían y reirían mientras derribaba todos los obstáculos... Tiró la reja de la entrada de la casa a patadas y mentadas de madre.

—Va a salir la Marrana —dijo el Mapache.

Pero no salió nadie. Sólo las persianas de la planta alta se movieron como si los hermanos del Ratón Vaquero o su madre vigilaran los acontecimientos.

—Bueno —seguía Lobo, casi apoteótico—, pues ahora ya tiramos la puerta ¿no? Entonces vamos a cagarnos en la puerta...

Y empezamos a desabrocharnos los pantalones, enloquecidos y turbulentos.

El padre de Lobo hubiera logrado sacarnos de la demencia, pero había muerto en un accidente. Era maestro de escuela en la provincia, y el camión en que viajaba a

México se desbarrancó en la carretera. La abuela de las doscientas enaguas lo evocaba con voz cavernosa.

—¿Tú crees, Lobito? Todas las noches tenía que esperarlo en la madrugada para lavarle el cuchillo. Todas las noches regresaba con el cuchillo lleno de sangre...

Su mamá se enojaba:

—Yo le voy a decir quién es la malvada, ya me están dando ganas de recordarle cuántas veces la he ido a sacar de la Delegación...

Porque la abuela de las doscientas enaguas se acercaba a los choferes que alzaban la voz después de la tercera o cuarta cerveza y les decía:

—Ya no pinche buey, porque luego te emborrachas, tiras todo y te vas sin pagar. No, ya no te vendo cervezas, vete a la cantina —decía—, aquí no es cantina...

O le contaba a Lobo:

—Hijo, no te imaginas... Me di una peleada con un cabrón que hasta corrió la sangre. Él con un machete y yo con el hacha...

O agarraba la plancha y les daba con la plancha, con las tijeras o con lo que encontrara... La mamá de Lobo acabó volviéndose a casar con un empleado administrativo de la Primera Delegación de tantas veces que fue a rescatarla...

—¿Qué tal, abuela? —llegaba Lobo irónico y complaciente—, ¿nos echamos un tequilita?

—Claro que sí, mijito, nos lo echamos, cómo chingados no... Nada más que no nos vea tu mamá...

—Lo abrazaba y le hundía la cara entre los enormes senos antediluvianos.

Lobito cerraba los ojos. ¡No había escapatoria!

—Hijo de mi vida, ¿no sabes que estuve a punto de regalar a tu mamá? Ya no podía con tantos hijos, y como era güerita, unos americanos querían llevársela a Estados Unidos...

Lobo se preguntaba si él sería *comerciable* o no.

—La escondí luego luego y le teñí las greñas...

—Hubiera dejado que se la llevaran, así por lo menos hablaríamos inglés...

—Cállate, hijo de mi vida, si eran unos desgraciados... ¡Sabría Dios en qué idioma hablaban!

Bebía una copa tras otra, y cuando la nostalgia la invadía, entonces suplicaba con frases suaves que traspasaban el corazón de Lobo con una compasión salvaje y sin nombre, con una pena y una lamentación infinitas:

—Hijito, cántame *Como dos puñales*...

—No, abuelita, me da mucha pena...

—Ándale, no seas rogón, cántame *Como dos puñales*...

Lobo se retorció de vergüenza. Podían oírlo sus amigos, podía verlo Amparo Carmen Teresa Yolanda. No accedía a cantar si no cerraban la puerta del Chivo Encantado...

—Ándale, hijito, no seas malvado.

Empezaba como extraño a sí mismo, como si sus gritos vinieran de otra parte con voz tipluda y canallesca, melodiosa y rítmica:

*Quiero ver
en tus ojos el atardecer
y cantar
la tristeza que hay en tu mirar.*

Miraba al techo, como si escuchase a sus nervios.

*Que asesinen tus ojos sensuales
como dos puñales
mi melancolía...*

Le pedían otra y otra. Le arrancaban gritos que comprometían la tranquilidad de la noche y el espíritu de nuestra edad. Seguían *Ladrona de besos*, *Se me hizo fácil*, *La mal pagadora*, *Cien mujeres*, *Aventurera* y muchas más.

¿Qué es lo que sé de compadre Lobo realmente?

Abierto a todo lo posible, desesperado e indómito, descreído de las palabras y de los mundos que construyen...

Mi vida en su compañía implica asombro, rencores, complicidad...

Este libro hablará de esa complicidad.

Lobito salía de la escuela vestido de gala, amanerado y prepotente.

—¿Cómo estás, mijo?

—Muy bien —seco, orgulloso, viril, fiero, automático.

—Déjame darte un beso —rogaba su madre, solícita como sólo ella podía serlo.

—¡No me beses porque soy militar!

En él todo era brutalidad, vanidad, soberbia...

En mí se cebaban aprehensiones de todas clases. Durante las noches despertaba sin cesar y, lo que quizás no he vuelto a hacer, gemía, gemía murmurando sobre la almohada, miserablemente...

—Dios mío...

Quería consuelo. Quería ser confortado. Quería huir con nuestra Amparo Carmen Teresa Yolanda...

Subiríamos las escaleras de la dirección y le besaría el rostro en cada rellano, con el cerebro desequilibrado por la risa; besos locos en la lisa frente, en los párpados palpitantes, en los labios niños. La besaría tantas veces como fuese posible, hasta que los esqueletos del Panteón de Dolores cayesen en impalpable polvo...

Sentía arder las mejillas.

El Flaco Anemia rebosante de risa iba a huir con su novia, la Reina de las Aves Zancudas...

Pero no pretendo desenmascaramme.

Dos PEDAZOS DE HIELO flotan en el vaso colmado de Habanero Berreteaga. También están la música y las mujeres pintarrajeadas, pero Lobo inicia un profundo descenso a la noche de su existencia, lejos de nosotros, del anodino y desproporcionado *ahora*. Persigue con cautela la ignorancia infinita, ahogarse, envolverse en la noche. Con una sonrisa torcida se desliza por encima de la niebla y las gotas que exuda su dulce bebida y en la oscuridad impenetrable trata de fundirse con las sombras, de ser él mismo *noche*, hasta que todas las frases suenen estúpidas, todas las respuestas ilusorias y sólo el silencio sin sentido de la noche responda...

Siempre en el Java, el Gusano, el Caracol, el Bremen, el Golpe, la Burbuja, la Camelia, el Barba Azul, el Infierno, la Lechuza, las Brujas, el Otro Mundo, el Dragón Rojo, el Tres Equis, el Jardín, el Olímpico, el Rondalla, el Okey, el Verde. Siempre en los límites de la memoria, apenas advirtiendo la disolución del pensamiento y resbalando ligeramente hacia la embriaguez, sin tristeza, sin ironía, sin sorpresa, respondiendo así, con suavidad, a las urgencias de la noche...

Las mujeres que trabajaban en esos lugares creían conocerlo: no era padrote, ni traficante, ni ratero. ¿Entonces? Iba así, porque la noche parecía abrirse a a vida, porque prefería estar en los cabarets a los quince años que ir a los cuarenta y ocho, porque le complacía ver gente derrotada que iba a gastar su dinero, vivir la noche, alcanzar la paz descansando lejos de todo y de todos en la semioscuridad de esos antros, ser él mismo la noche. Además, pensaba que era mejor emborracharse ahora y no cuando cumpliera treinta años. ¿Treinta años?

Trabajaría como obrero... O en una oficina...

—Cuando cumpla treinta años —solía decir—, voy a estar, uh, voy a ser...

Pero no sabía cómo. Llegaba al Java y les contaba cosas a las mujeres. Utilizaba a la parentela sombreruda y despilfarradora, a la abuela de las doscientas enaguas, a los amigos ruidosos atrabancados... Y en la rara liturgia de esas ceremonias reía hasta el alelamiento ignorante con una risa que lo zarandeaba en todas direcciones...

Tenía dos novias en el Java y una en el Rosales, quince años mayor que nosotros. Y Virginia, una del Olímpico, zorra preñada de ojos sanguinolentos y dolientes que al despedirlo le daba veinte pesos. Le decían la Maestra, nadie sabía por qué. Y la Güera, una del Caracol. ¿Cuál sería su verdadero nombre? Ella decía que Laura, pero alguien descubrió que se llamaba Lola... Los placeres más inquietantes de Lobo estaban relacionados con esas mujeres, pero al mismo tiempo, gustaba pensar que no enteramente subordinados. La risa y la embriaguez subsistían ligadas al escenario de esos cabarets pero podían ser también independientes; insertas en esa esfera, sí, pero libres, como los futbolistas en un estadio...

A veces recorría todos los antros de San Juan de Letrán, o los de Mina, o los de Bolívar. Conocía a todos, lo conocían y nadie lo molestaba. Una noche lo detuvieron los agentes de una patrulla. Siempre andaban por allí importunando carteristas o

expresidarios: les marcaban el alto, pero con él se arrepintieron...

—No, tú no. ¡Vete!

Se perdía entonces en la noche. Un oscuro deseo lo empujaba por calles desconocidas en busca de aventuras desconcertantes. Caminaba silbando con las manos en los bolsillos, la cabeza muy erguida, los ojos felinos, como una encarnación personal del demonio, de un monstruo feliz que negara y derribara los obstáculos.

*Nocturnando, caminado
buscando de la Luna su esplendor...*

A veces lo acompañábamos en esas inmersiones.

—Quiúbo, chómpiras.

Bebíamos y bailábamos con las ficheras de una manera enfermiza, persiguiendo cierto apasionamiento, aunque nuestros cuerpos no se entendían y los abrazos resultaban furtivos y superficiales.

*Virgen de medianoche
Virgen, eso eres tú...*

Había una que conocía de memoria las canciones de Daniel Santos y Bienvenido Granda y con *Virgen de medianoche* soltaba las lágrimas y nos ensuciaba la camisa de maquillaje.

—¿Fumas?

Cuando la conocí afirmó con la cabeza. Le encendí el cigarro y después comenté:

—Te veo muy chica para que estés en un lugar como este.

Ella respondió con un encogimiento de hombros.

—Y ni siquiera sé cómo te llamas.

—¿Deveras? —preguntó con tono áspero—. Nunca más nos volveremos a ver. ¿Qué diablos importa mi nombre?

—Y ¿por qué no vamos a volvernos a ver? Al contrario —dije—, si tú vienes aquí todas las noches yo vendré también...

—No vengo siempre —dijo ella—, y además ni sabes bailar.

—Bueno, pero voy a aprender. ¿Tienes novio?

—Coño, no tengo novio.

—¿Por qué no?

—Por que no y basta. ¡Qué preguntón eres!

—Y ¿no quieres ser mi novia?

—Ni muerta...

—¿Cómo puedes andar por la vida sin tener novio?

—Pues no tengo y basta, carajo... —Su mirada se enturbió y tornó desagradable

—. Y a ti ¿cómo te dicen?

—Me dicen...

—No me importa cómo te llamas. Y a mí puedes decirme Lupita —sonrió—. ¿Estás contento ahora?

—No, lo estaré cuando me digas si vienes mañana.

—Invítame una cuba —dijo—, y luego te digo...

El Mapache era fácil presa de celos y aspavientos, y las ficheras lo provocaban deliberadamente.

—No seas idiota —decía Lobo al regresar de la sinfonola—, están fichando y no hay pedo.

*Me dicen que las cubanas
tienen fuego en la cintura
bailando nadie les gana
cuando repica una rumba*

Había una que lo atraía y le resultaba irritante verla bailando con otros e ineludiblemente se levantaba.

—Pues aquí la señorita es mi vieja.

Ella protestaba:

—¡Lárgate! —y manoteaba despejando el humo y el tufo a pulcata clandestina de su pareja.

—Cálmense —insistía Lobo—, primero vamos a bebemos todas las cervezas.

Teníamos que distraernos, perseguir el momento en que los celos se disolvieran en la penumbra del cabaret o en alguna evocación traída de los cabellos. Hasta el recuerdo de los celos debía perderse.

*Ah, bárbara, pero qué bárbara
con otro poco y me vuelvo loco
requeteloco y no hay más que hablar...*

En mis vasos de cerveza la realidad se descomponía como reflejada en un cenote sagrado.

—¡Le tenemos que partir la madre!

Las ficheras apretaban a sus parejas simulando los movimientos del amor.

—Cálmense —susurraba Lobo—. Está trabajando...

Pedíamos veinte cervezas y veinte cubas.

—Vamos a partirle la madre —insistía el Mapache.

—¿A ella o a él?

—A los dos... —Su ira se abría paso por todos los caminos posibles. No podía controlarse—. Me cae que le tengo que partir el hocico.

—Espérate —farfullaba Lobo—, no vamos a armar ningún pedo.

Pero el Mapache, regordete y con cejas caídas que conferían a su rostro una expresión implorante, se levantaba e interponía entre la puta y su pareja.

—Oye —le decía al tipo, generalmente un cobrador que no soltaba su portafolios ni para bailar—. ¿Te quieres partir la madre con el novio de la señorita?

—Carajo —exclamaba sacudiendo su portafolios—, si hasta las manitas me cosquillean.

—Cálmate, no hagas pedo —seguía el Mapache—, salte y ahorita que salgas te voy a seguir...

—Pues me encanta romper madres para entrar en calor... —Y sopesaba el portafolios.

—Pues áhi te voy a alcanzar afuera...

Pero afuera esperaba el gordo Sarro. Le decíamos el Molino, el Cuadro, el Madrizas, el Bola, el Gordoglobo... Era una montaña extraterrestre que desbarataba en cinco minutos un ropero sin ayuda de nadie... Cuando empezaba con sus desmanes Lobo le decía:

—Ándale estúpido, ándale, demuéstales que eres una bestia, ándale, enséñales qué tan pendejo eres, qué tan estúpido y tan cerrado eres...

Terminaba desconcertándolo y se calmaba, resoplando pero se calmaba...

Se encontraban en la noche animal.

—Pues ya vas... —retaba el cobrador aquel y enarbolaba su portafolios.

Sarro lo derribaba de un golpe y ya en el suelo comenzaba a patearlo. El Mapache no hacía nada por detenerlo.

—Áhi muere —gemía el tipo con la boca destrozada y llena de sangre.

Regresaban listos a estallar de risa, los ojitos brillantes de adolescencia perenne y poderosa...

Las ficheras retaban:

—Oigan, qué les pasa a sus pinches amigos...

—¿No ves que andan enculados? —aceptaba Lobo medio aburrido.

—¿Deveras? —silbando disimulando una dentadura incompleta—, pues para que se les quite los voy a hacer sufrir...

Buscaban nuevas parejas y se arrastraban hasta el centro de la pista, restregándose y fingiendo pasiones devastadoras y urgentes.

*A medianoche empieza la vida
a medianoche empieza el amor...
Goza mi socio, vive compadre
deja la pena, olvida el dolor...*

Una de esas noches perdimos nuestra virginidad.

—¿Qué pasa, Lobo?

—Espérate, es que ando buscando a las viejas...

Habíamos bebido hasta el final un par de botellitas de Habanero Ripoll y no lográbamos conciliar nuestros nervios destempladísimos. No sabíamos hacia donde caminar hasta que nos detuvieron un par de mujeres.

—¿Qué pasó, güeritos? —coqueteando.

—Bueno, qué ¿cuánto va a ser? —bramó Lobo, mundano y casi abyecto.

—Pues cinco pesos...

—No, cómo que cinco pesos... Ni que dieran calendario...

—No sean mamones —reclamó la más gorda—. Tres pesos es lo menos. Si quieren... Y si no, pues no...

—Juega. Tres pesos sí —aceptó Lobo.

Entramos con firmeza en el umbral desconocido. Era un cuarto de techos enormes, con viejas sábanas colgando de unos mecates que marcaban las divisiones. Había catres llenos de mugre y una veladora en algún lugar que provocaba rincones de sombra densa, negros como cavernas. Una mujer, o por lo menos algo que olía a mujer, me tomó del brazo.

—Tú ven para acá... Dame los tres pesos.

Al caminar hacía un ruido extraño, como si arrastrara una cola de lagarto.

—Órale —dijo y se tendió en el catre, ajena a cualquier indicio de vergüenza, y dejando descubierta una pierna de palo, *su pierna de palo*...

Aspiré el olor sulfuroso y el olor a mercado de aquella habitación, asimilando la imagen de una marrana de piel estriada y una pierna postiza, de una bruja en un estercolero. ¿Asimilando? Esa casi mujer se sabía humana y sonreía, reía de la idea de que vivía como los puercos...

—Apúrate que no tengo tu tiempo...

No sabía qué hacer y me quité el saco. Empecé a desabrochar mis pantalones sin atreverme a verla de frente.

—¿Vas a encuerarte? —incrédula, cínica y retadora.

—No —improvisé nerviosamente—, es que tengo mucho calor...

—Estás loco —dijo, extraña a cualquier clase de angustia y especialmente a *mi* angustia—, qué encuerar ni qué encuerar, apúrate, así, ándale —y abrió las *piernas* con los ojos perdidos en las sombras—, anda, llégale...

La noche abría las fauces bajo su falda y allí estaba yo, en el límite de lo peor, de una experiencia intolerable...

—Ándale, papacito...

Revisaba con su lengua los repliegues de mis oídos y sentí la acritud, la viscosidad del placer. Así que eso era el placer. En el colmo de la exasperación me preguntaba si *eso* era: el olor a sudor, el olor soso de esa piel pública, la voluptuosidad que me abría al vértigo o la pierna de palo que me cerraba, puntual e inesperada, obscena y obsesiva, golpeándome en las nalgas marcando el ritmo. Tac,

tac, tac, tac...

—Apúrate, que se me va a ir la noche en pendejadas...

Con esas palabrotas rechazaba mi dignidad de adolescente.

—No puedo...

—Mala suerte —y se levantó sofocando las furias de mi deseo—. ¿Qué? ¿No me vas a dar propina?

Volvió con una palangana y me lavó muy bien.

—Sí, sí te voy a dar propina —y dos pesos. Después de todo no era el dinero lo que la degradaba, ni las tinieblas subrayadas por la veladora parpadeante, ni su pretendida clandestinidad.

—Ya sabes, cuando quieras volver tres pesos ¿eh?

De pronto siento que estoy escribiendo un libro falso: que esas no eran las palabras, ni esa precisamente la situación, y que mi impericia narrativa me lleva a buscar efectismos sin nombre.

—La escritura no es nunca un reflejo de la realidad —me leería años después un anciano librero—. O es reflejo de la única realidad: los nervios... La escritura es un reflejo nervioso...

En el Java, cuando alguna de las ficheras miraba a Lobo, fosforescente su pelo platinado a la luz mortecina de los focos pendientes del cielo raso, Lobo se sofocaba. Demasiada atención le quitaba el aliento. Se levantaba rápidamente y la arrastraba a la pista.

—No falles el sábado —invitaba, provocadora y con inflexión provinciana—. No falles porque es buen día ¿no? Y ya después de que haga una buena feria nos vamos a otro lado ¿no? A bailar tú y yo...

*Pero qué bonito y sabroso
bailan el mambo las mexicanas...*

Ella nunca dejaba de bailar.

—No, manito, yo no cojo —confesaba ante Lobo—, me cuido, digo, con ciertas gentes nada más. Y cobro uno y medio —y se relamía, burlona—, por menos no voy...

—Haces bien —rubricaba él sin perder el paso—. El pedo es que no te llego, pues, digo, uno y medio no, pues ni madres...

Pero al mismo tiempo la cercaba con prudencia.

—¿Sabes? Mañana va a haber una excursión. Te invito ¿no?

—¿A dónde?

—Pues a Las Estacas. Fíjate que vamos a ir en un camión. Lo alquilamos entre todos los cuates —medio atontado por el alcohol, abismado y abrasado por deseos intolerablemente obscenos.

—¿Derecho?

—Sí, derecho. Paso por ti. O llégale a la terminal a las siete y media ¿no?

—¿A lo macho? —Sus cabellos tenían resplandores fugitivos donde saltaba la luz.

—Me cae de madre —insistía Lobo, distorsionado entre los miembros entrelazados—. En serio, sí...

—¿Sabes qué? Mejor no voy porque luego luego me van a ver la fila...

—Pues qué te importa ¿no? Yo te estoy invitando y a mí no me importa...

Dejaban pasar un par de compases.

—¿Cómo hay que ir? —empezaba ella súbitamente esperanzada—. ¿De pantalones?

—Pues sí, de pantalones. Vamos a jugar y a nadar. ¿Sabes nadar? ¿Tienes traje de baño?

—Sí, pero es que... —y de pronto la derrota en su rostro, en la voz quebrada—. Lo malo es que tengo un chavo ¿sabes? No puedo dejarlo solo, pobre.

—Pues encárgalo en algún lado ¿no?

Lobo no esperaba más que la hora en que el placer, rabioso, tierno, jubiloso y pretendidamente agónico, los llevaría hasta los límites de la locura...

—Pues no sé, manito, a lo mejor con mi comadre ¿verdad? A ver si se anima ¿no? Y si se anima pues ya la hicimos ¿cómo chingados no? —Sus cabellos sueltos eran de un rubio oxigenado.

—Pues órale...

Se llamaba Margot y era rijosa. A la menor provocación se quitaba los zapatos de tacón alto y descalabraba albañiles a quienes pretendía reventarles los ojos...

Una vez nos invitó a comer y presentó a sus hijos. Y como Lobo aspiraba a la tontería más que a la metafísica, los niños lo dejaron encantado...

De pronto en el Java apareció Amparo Carmen Teresa Yolanda. Se había echado encima el abrigo enorme de una de una de sus hermanas y estaba allí, en la puerta, entrecerrando los ojos para ver en la oscuridad, semiborrada por el humo e intimidada por el ruido y los porteros que le impedían la entrada. Lobo se precipitó a recibirla, abriendo la cortina apenas lo suficiente para que pasara de costado. Los muchachos reían. Amparo Carmen Teresa Yolanda avanzó con disgusto entre las mesitas llenas, respondiendo con mohines de disgusto a las proposiciones de obreros y mecánicos trasnochados.

Ven pa'acá

cuidado con la culebra que muerde los pies...

—¿Me invitan? —dijo al llegar a nuestra mesa.

—Claro que sí —acepté, quitándome el cigarrillo de la boca y terminando de un solo trago con mi cerveza.

Las ficheras se arremolinaron alrededor del Ganso.

—¿Quién es? ¿Quién es?

—¿Quieres algo de comida?

Lobo chasqueó los dedos y vino el mesero.

—Una cerveza oscura —dijo ella—, bien helada y sin vaso...

Liberé su lugar de basura, ceniceros y botellas vacías.

—¿Qué haces aquí?

Sonrió con gratitud y reproche. Se había pintado los labios malamente y con un color demasiado violento.

—Una puta debe estar en el lugar de las putas —dijo y sostuvo un buen tiempo mi curiosidad hasta que prefirió revisar el lugar.

Unos obreros le hacían señas desde otra mesa.

—¿Te escapaste?

—No tengo necesidad de escapar, soy libre... —Su nariz, ligeramente respingada, frustraba todas sus actitudes de mujer fatal confiriéndole a su rostro un aire de niña—. ¿Sabes quién es el patrón aquí?

—No, yo he venido muy pocas veces. Quizá Lobo.

Ni él ni los demás se acercaban, brincoteando en grupo, despreocupados de nosotros.

*Es la cocaleca la alegre tamborera
con su dulce ritmo alegre el alma entera...*

Trajeron la cerveza.

—Dije oscura...

—Perdón, pero es que...

—Bueno, déjela, está bien.

Le ofrecí un cigarro. Antes de encenderlo se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿A quién hay que darle comisión?

Parecía que jugábamos.

—Cuando termines con tu cerveza te invito a bailar.

—No quiero bailar.

—Entonces te invito a caminar, afuera.

—Estoy muy cansada para bailar y para caminar.

—Entonces tomamos un taxi y te llevo adonde quieras...

Un mecánico medio borracho nos miró desde la sinfonola.

—¡Cógetela, buey!

Lobo y el Ganso rieron. Margot los coreaba. Amparo Carmen Teresa Yolanda empezó a toser y apagó el cigarro.

Un poco más y a la mejor nos comprendemos luego...

—¿Y tú de qué la giras? —preguntó Margot arrastrando a Lobo a un lado de la pista, lejos del Ganso y el Ratón Vaquero.

—Pues soy agente —gruñó, e iba a agregar *agente vendedor* cuando ella lo interrumpió con incredulidad.

—No mames —dijo—, ¿a poco eres oreja o andas buscando a alguien aquí?

—Sí —sonrió Lobo—, ando nada más echando ojo aquí, a ver qué pasa...

—Ah, pues a toda madre —exclamó ella, agitándose con sentimiento, marcando el ritmo con trotecillo piadoso y risa satisfecha. Y pasados tres compases—: Oye ¿no te puedes quedar a dormir conmigo? Anímate ¿no?

—¿Esta noche?

—Te vas a mi hotel y dices que eres mi viejo para que puedas pasar. Ándale ¿no?

—Pues yo creo que no puedo, no —meditabundo y aplazador.

—Sí, pues total no hay pedo, no te voy a cobrar ni nada...

—Es que...

—Como cuates ¿no? Y es más, invítame una cuba...

Dejó de dar zancadas y llamó al mesero.

—Cómo te voy a invitar —decía Lobo cada vez más inseguro y alborotado—. Es que yo...

—Bueno, pues yo te invito —arriesgó ella—. A ver, Juanito, sírvenos dos copas derechas... Y este es mi viejo —decía.

—Pues ya vas —brindó Lobo—. Soy tu viejo ¿no?

*Y mira si es grande mi amor
que cuando digo tu nombre
tengo envidia de mi voz...*

En mi mesa nos mirábamos uno en el otro.

—Te quiero mucho —dije casi en secreto, y tomé la mano de Amparo Carmen Teresa Yolanda sobre la mesa. Traía puesto un anillo de su hermana mayor.

—Quisiera creerte —sollozó confusa y ensombrecida.

—Y puedes hacerlo...

La invité a pararse y le puse un brazo alrededor de los hombros. Cruzamos entre las parejas que bailaban y Lobo me interrogó con la cabeza y yo le respondí, a señas también, que me iba, que nos veríamos luego.

—Y salud —brindaba Margot—. Y este es mi viejo —decía, golpeando a Lobo cariñosamente en la espalda.

—Te quiero mucho —repetí. Quería proteger a Amparo Carmen Teresa Yolanda, cobijarla con mi escasa experiencia y mi pretendido conocimiento del mundo. Pero observaba cierta incomodidad en ella.

—Entonces ¿por qué no fuiste a verme en la tarde?

—Estuve ocupado. Mi padre me mandó a empeñar unas herramientas... —Y me sentí abrumadoramente culpable.

—Estoy sola...

—¿Sola por qué? Tienes a tus hermanas, a tu madrastra, tíos y primos que te quieren, tienes salud ¿qué más puedes pedir?

—Me siento muy sola —repitió.

Por el modo en que apretó mi brazo me pareció que lloraba.

—Me tienes a mí, que te quiero, y a Lobo, que también te quiere... —No había convicción en mis palabras.

—Me siento y estoy estúpidamente sola y desamparada —gritó.

Estábamos menos en una calle que en el interior de una fotografía. Tranvías y automóviles que ya no existen, luces de tiendas y edificios que se erguían donde ahora hay cosas muy distintas, vinieron a distraernos de la improvisada intensidad que nos habíamos concedido.

—¿Qué piensas de mí? —Un poco por no caminar en silencio.

—Que eres un idiota.

—Y entonces ¿por qué vienes a buscarme?

—No venía a buscarte, venía a trabajar.

—Entonces la idiota eres tú.

—¿No trabajan las putas?

—Cálmate ¿quieres? Ni eres puta ni tienes necesidad de trabajar.

A la izquierda una iglesia colonial y los restos de un mercado de ofrendas mortuorias, a la derecha un parque oscuro y premonitorio. A lo lejos una tormenta eléctrica que hacía pensar en una lejana purificación.

—Si por lo menos creyese en algo —murmuró, despechada e iracunda, el rostro tenso, los ojos irritados por el maquillaje—. Si Dios ayudara en algo más que en pasar los exámenes...

Recuerdo que encendimos un cigarrillo, mismo que compartimos, ya que era el último, y que ella hablaba no para mí sino para sí misma.

—Tendría que mandar al diablo a los adultos —gruñía—, meterles sus malditas opiniones en el fundillo, sí, a la abuela de Lobo y a mi madrastra, y a su tía y a tu padre también, carajo...

Sin esos elementos turbios le faltaría energía a su decisión y quizá ni siquiera podría esbozarse.

—Orinarme en sus pinches catecismos y en sus consejos...

Disminuían las luces de la ciudad. El universo entero extendía su capa de Drácula arriba de nosotros.

—Qué valiente eres...

—¿Valiente?

Hubiera querido decirle:

—Porque se necesita gran valor para hacer lo que haces, para vivir lejos de esa tentación tan fácil de amar a nuestros familiares en la que terminamos por caer tarde o temprano, para liberarte de la insania de toda adoración...

Y le dije:

—Ven —ofreciéndole una mano—, no tarda en pasar el camión de mi papá. Vamos a dar una vuelta y en cuanto amanezca te invito a Chapultepec, alquilamos una lancha y remamos hasta cansarnos.

—Estás chiflado...

—Pero por ti... —Ganas súbitas de besarla, de acariciarle los senos, de pasar los dedos por sus mejillas, de lamer sus labios pintarrajeados.

—Te quieres mucho a ti mismo...

Aludí a la puerta de su cuarto, que no sólo nos separaba sino que también nos unía.

¿De qué más hablaríamos aquella noche?

¿Cómo conseguí su equilibrio si es que lo conseguí?

Mi padre no tardaba en iniciar su jornada de dieciséis horas de trabajo. Ganaba porcentaje sobre los boletos vendidos. Había empezado como cobrador en la ruta Peralvillo Cozumel, y consideraba un ascenso manejar un ruidoso y potente Lomas Chapultepec. Iba a brincar a la General Anaya, a los chatos de Villa Clara y a los Bellas Artes. Lo iban a despedir por azuzar a sus compañeros contra abusos y manejos fraudulentos de fondos por parte de la empresa. Y su nombre quedaría inscrito en una lista negra que hay en todas las oficinas de las líneas que pertenecen a la Alianza de Camioneros de México para impedirle trabajar nuevamente.

—En la otra esquina pasa el camión de mi papá, córrele...

—Dios me libre...

Creyendo en Dios ¿de qué cabe dudar todavía? Toda fe en Dios lo pone a nuestro servicio. Sustituimos nuestro desconcierto por una teología, el azar por un orden, lo desconocido por certidumbres.

Cruzamos frente a la iglesia de la Santa Veracruz y Amparo Carmen Teresa Yolanda se persignó vertiginosamente, ávida de atención cósmica y definida.

Caminábamos de prisa, pisando con pies ciegos, ebrios de contradicciones, con temas y contratemas mezclándose en nuestros corazones en una fuga enloquecida.

Otra noche decidimos *matar* al Mapache. Era una manera de introducir en el vecindario una perturbación suprema, de atraer sobre nosotros movimientos de asombro y horror, pero también de fascinación y agradecimiento. Ver el casi cadáver del Mapache les recordaría punzantemente que ellos estaban vivos, y si teníamos

suerte, que tenían que pagar por eso...

Así que el Mapache se tendió allí, en la banquetta, y le cubrimos la cara con un pañuelo. Compramos veladoras, las prendimos alrededor y nos alineamos muy serios y enlutados contra la pared de una tintorería... Para los transeúntes ese falso cadáver era la imagen de su destino. Y nosotros allí, viéndolo víctima de la violencia y preservándolo de nuevas violencias. La gente pasaba y se persignaba, se quitaban el sombrero, arrojaban monedas. Tan extraña era la esfera de la muerte que no tenían más remedio que oponerle pensamientos mágicos, oraciones, invocaciones. Pero de pronto pasaba gente conocida...

—¿Qué hay, muchachos?

—El Mapache, señora...

—Pero cómo...

—Sí, Luchita, fíjese, se nos fue la bola y este, lo estábamos subiendo a esa barda y se nos cayó, Luchita...

—Ave María Purísima...

Al Mapache lo hacíamos reír imitando una araña con una mano voraz frente a sus ojos, y a veces bastaba mover un dedo mientras conminábamos:

—Este dedito te hace reír...

Y desataba unas carcajadas de loco. No nos extrañó oír bajo el pañuelo un rumor de aguas despeñadas que no era más que su risa de manicomio aflorando impetuosa. Lo habíamos lanzado a una muerte rígida y él volvía con una hilaridad insensata.

Se acercaban otras señoras.

—Ay, pobrecito muchacho ¿quién le compró las veladoras?

—Pues aquí entre todos, señora.

—¿Y no tiene familiares? —Lo veían con cautela, como si estuvieran ellas sí, al borde del abismo.

—No, señora, pues nosotros aquí a ver cómo le hacemos...

—Bueno, tengan un peso...

Entre billetes y toda clase de monedas habíamos juntado bastante. ¡Y Luchita no se iba!

—Pero muchachos... Tú, Ganso, llévatelo a tu casa. Es tu primo.

—Es que no hay nadie en mi casa, señora.

—Pues tú, Ratoncito.

—Es que ahorita está cerrada y a mí ni me quieren, señora.

Una risa fresca, sin reservas, comenzaba a abrirse paso bajo el pañuelo y dejaba sospechar su presencia. Del mismo modo que un niño abandonado reconoce a su madre que llega de improviso y responde riendo, igualmente el Mapache estalló en una risa iluminada. Pero reía exactamente como si temblara por un ataque epiléptico... Luchita nos golpeó con su bolsa de pan y salieron volando todos los bolillos.

—Ay, desgraciados, cómo serán infelices, no tienen temor de Dios, con estas

cosas no se juega —y levantaba las piezas de pan y nos las arrojaba con furia—. Ya se los estaba creyendo...

Pero estaban otras mujeres.

—Así les va a ir —gruñían amenazantes y nos maldecían.

Una marea de risa nos arrebatava de su lado. Reíamos de dientes para afuera... Corriendo... Corriendo excitadísimo, trastabillando, sin aliento. Vivíamos y la vida (la risa y sus victorias cotidianas) estaba en nosotros. Nuestra alegría se elevaba sin esfuerzo y como un vuelo de murciélagos atravesaba la noche, infinitamente libre...

Nos deteníamos a recuperar el aliento.

El que bebía como campeón descubrió una vez a un teporocho derrumbado.

—Éste sí no se mueve —dijo el Ganso.

—Es que está dormido...

El Sapo había recogido las veladoras y las distribuyó encendidas a su alrededor.

—Está pedísimo —rubricó Lobo, y al mismo tiempo le cubrió la cara con el pañuelo.

—Tápalo con algo para que no se vea que es muy teporocho.

—¿Con qué?

—Con tu chamarra...

—No, chinga tu madre, con mi chamarra no...

—Sí, órale, échale encima tu chamarra.

Alrededor del falso muerto nuestra locura reinaba soberana. Era como si hubiésemos incendiado el mercado: las llamas de la risa chisporroteaban por doquier.

—¿Qué pasó?

—Pues a este joven lo atropelló un camión...

—¿Y qué tiene?

—Pues ya rindió...

—¿Llamaron a la Cruz Verde?

—Sí, pero no quieren venir...

Los hombres intuían que bromeábamos o nos intimidaban. Regresaban muy pronto a las sombras de las paredes. Así, que les pedíamos dinero a las señoras.

—¿No quieren cooperar para ayudar a la pobre familia del compañero que se murió?

—Cómo que se murió...

—Pues sí, señora.

—Y ¿por qué no le hablan a la beneficencia?

—Bueno señora, pero no se enoje. Veinte centavos nada más...

Siempre daban bizqueando con amargura. ¿De lado de la muerte? ¿De lado de la vida? Dejaban las monedas como en pago de peaje. Hasta una noche en que nos corretearon todas las mujeres de una vecindad con escobas y cuerdas de tendedores...

De pronto la mala suerte sucedía a la suerte extrema...

Lobo y el Ganso habían conseguido credenciales atravesadas por una franja tricolor. Eran de una compañía fumigadora, pero las avalaba la Secretaría de Salubridad, y esto lo destacaban con absoluta mala fe para deslumbrar a incautos. Entraban a cualquier tipo de expendio y pedían el último recibo de fumigación, veían su vigencia y si estaba vencido levantaban una orden igual, cobraban lo mismo y al cabo del día recibían 30% de comisiones. O mordidas. Porque de cada cinco tortillerías, o recauderías, o ferreterías, una estaba más o menos en orden y en todas se alarmaban y soltaban propinas para que los dejaran en paz.

Llegaban muy naturales y pedían los recibos...

—Es que está vencido...

—No se preocupe, señora.

—Jóvenes, por favor, ay jóvenes —y les daban diez, veinte pesos.

Trabajaban nada más un rato, hora y media o dos horas, y si cruzaban frente a un billar se metían a jugar hasta que daba la hora de ir al Java. Pero a la semana de estar operando, a Lobo se le ocurrió otra cosa.

—No, compadre —le decía al Ganso—, le tenemos que dar otro giro a este asunto, ya vi que se apantallan mucho con la credencial...

Se vestían de traje y cargaban con portafolios rellenos de periódicos viejos. Elegían tepacherías y pulcatas sospechosísimas...

—Díganme muchachos, ¿en qué puedo servirles?

Sacaban sus credenciales como si fueran pistolas.

—Ay, jóvenes, ay, pues este, ay, es que...

—Mire, señora, la verdad es que se han recibido muchas quejas del vecindario y es por eso que hemos venido —y dirigiéndose al Ganso—, a ver asómate a ver si viene la camioneta...

—Sí, por ahí viene, por ahí viene...

—No, jóvenes, cómo que la camioneta...

—Pues señora, es una queja y una queja es una queja. Nos han dicho que los borrachos arman aquí mucho escándalo...

—Por favor espérenme tantito, es que yo no sé qué hacer, voy a hablarle a mi comadre...

Llegaba la comadre escupiendo por un colmillo.

Qué agentes ni qué agentes —súbitamente gorilesca—, luego nada más andan espantando... ¿A ver, de dónde son agentes?

—Señora, no venimos a presumir con credenciales ni nada de eso.

—¡Ya viene la camioneta!

—Házles señas, no se vayan a pasar...

Y les soltaban ochenta, noventa pesos. Caminaban un par de calles y elegían otro lugar.

—No jóvenes, no tengo nada, no he hecho nada, pero si quieren vengan más tarde porque ahorita no tengo los papeles...

—Más tarde una chingada —murmuraba Lobo temiendo represalias inevitables, luminosamente despabilado—. Más tarde no podemos... ¿Hay teléfono aquí?

—Si no ha salido la camioneta chance y podamos hacer algo... —discurría el Ganso con los labios fruncidos.

—A ver, compañero, vaya usted a hablar por teléfono, aquí lo espero...

O iban los dos pisando fuerte en el piso de aserrín.

—Pues ya salió la camioneta.

—No, jovenazos, cálmense, tómense un pulquito...

—Nosotros no tomamos, señor. Estamos trabajando...

—Es que mi recibo se lo llevó el contador, lo tiene en trámite.

—Mire, estamos aquí porque nos reportaron que su negocio anda muy, pero muy irregular...

—No, jovenazos, dénese una vuelta al rato, por favor.

—Cómo vamos a estar dando vueltas al rato, no, de ninguna manera...

—Bueno, pues a lo macho, qué... ¿No nos podremos arreglar?

—Pues usted dirá qué clase de arreglo...

—Bueno, pues ustedes están jóvenes, así que se les puede hablar al chilazo... ¿Cómo recibirían cien pesotes?

—¿Cada quién?

—No, para los dos...

—¿Cómo la ve, compañero?

Si la victoria era inaccesible los invadía el vértigo. Pero les comunicaba mayor vértigo el júbilo de contar con dinero para pagar una ronda general en el Java. Cierta alegría diabólica los invadía al aceptar esos billetes...

Hasta que les dio por ir a una casa de citas.

—Pues sí —dijo Lobo—, si la hacemos en las pinches pulcatas también la hacemos en los bules ¿no?

Caminaban por la calle Edison y optaron por uno que les había recomendado Sarro. Fue como entrar en una alcantarilla. Les fascinó el tono turbio y decadente, la atmósfera pesada, oscura, casi angustiada, la afectación de las prostitutas... Pidieron dos cubas y preguntaron por el encargado...

Se presentó fajándose y afónico.

—Buenas noches —empezó Lobo poniéndose lentamente de pie—, este, pues ¿sabe? Queremos ver sus papeles de fumigación...

—¿Cuáles papeles?

—Los de fumigación. Mire, estas son nuestras credenciales...

—Tómense una cubita... A ver, tráiganles otras cubas aquí a los muchachos...

Les dieron bocadillos también, y cuando terminaron sus bebidas los invitaron a pasar al fondo. Atravesaron un corredor que era como el pasillo de una pirámide y cruzaron una puerta que daba sobre un patio sin sentido aparente.

—¿Con quién creen que están tratando pedazos de pendejos?

El suelo acabó cediendo bajo sus pies. De las paredes se desprendieron numerosos ogros ventrudos y los golpearon hasta hacerlos caer. El Ganso vomitó y lo hundieron en su vómito. Les quitaron los portafolios, las credenciales, el dinero, los relojes, las esclavas, los anillos y los zapatos. Los subieron en un auto y fueron a tirarlos por Santa Anita...

Llegaron hasta nosotros cojeando, hinchados y sanguinolentos, sorprendidos de haber sobrevivido. Estábamos en el Salón César, un restorán que era nuestro refugio después del futbol callejero. Nos querían porque solucionábamos problemas de broncudos que se negaban a pagar la cuenta.

—¿En dónde fue?

—En un bule de la calle Edison —dijo Lobo ante la mirada incrédula de Sarro—, eran más de quince y no estaban tan borrachos como nosotros...

Súbita excitación y rostros arrugados, prematuramente envejecidos de nuestras novias y su prudencia.

—¿Cómo es posible? —bramó Sarro azotando en el suelo una botella de cerveza.

—¿Y nadie los ayudó?

—Las putas más bien los instigaban —seguía Lobo sonriendo dolorosa, perversamente—. Incluso me dieron un taconazo detrás de la oreja, me clavaron, me estrellaron una botella en la cabeza... —Fingía delirar.

El Ganso, en cambio, no hablaba. Lo habían literalmente desgarrado.

Nos armamos con tubos, tarrajas, antenas de coches, bancos y hasta cinco o seis bombas molotov por si se negaban a abrir las puertas. Estábamos demasiado confundidos y para atacar requeríamos nuestra ingenuidad de niños. Sin duda no teníamos razón para ser ingenuos, como tampoco la había para ser feroces. Pero la venganza desmesurada que exigían las circunstancias nos atraía con fuerza casi eléctrica...

No sabíamos cómo responderían a la provocación, pero en cuanto llegamos el Ratón Vaquero y el Sapo lanzaron nuestro grito de guerra y Sarro arrojó la primera bomba de gasolina. Éramos más de treinta y nos excitaba y deslumbraba nuestra superioridad numérica. La segunda botella se estrelló con un chasquido diabólico y ya para entonces parecía que iba a incendiarse todo. Salieron los guardaespaldas a enfrentarse con nosotros y los meseros a sofocar el fuego, pero unos y otros desconcertadísimos. Nos golpeamos sin misericordia. Salieron los tres cantineros, los dos porteros, el velador, las encargadas del baño de la limpieza. Las putas se le arrodillaban.

—Ya no, ya no, perdónenlos, perdónenlos, por amor de Dios...

En el interior un grupo de clientes nos recibió con sillas y el Mapache rompió varias en pedazos y se las hizo tragar entre rugidos. Al Sapo le dieron un golpe en la cabeza con un alambre de púas y más tarde presumía cuatro hoyitos que le habían dejado en la sien y otros que tenían en el brazo con el que semidetuvo el golpe. Irrumpió con una botella en la mano y le cruzaron la cabeza con el alambre: puso los

ojos en blanco y su cabeza osciló un segundo y luego se derrumbó batiéndose en la sangre y los desechos de los otros...

En el Java, perseguidos por la lujuria y atraídos por la disponibilidad de las ficheras, siempre terminábamos por invitarlas al cine.

—No, con ustedes no —ronroneaba Margot—, no tenemos dinero y luego quieren que una pague...

A Lobo se le ocurrió convencerlas de que éramos ricos.

—Ah —sugerí—, hay que decirles que mi papá es dueño del edificio donde vivo, al fin que ellas no saben. Y cada vez que las llevemos a alguna parte pasamos por allí y fingimos que paso a cobrar la renta ¿no?

Bajo las luces tenues del Java, envueltos en humo de cigarrillos y el tufo de dos o tres alcohólicos, tratábamos de convencerlas.

—Las invitamos a una pozolada, van a ir puros cuates...

Lupita llegaba a nuestro lado deslizándose como un espectro, un fantasma desdentado y lleno de maquillaje.

—Ustedes nada más pura plástica.

—Pues sí, es que a nosotros nos interesa más la plástica.

—Y chupar —insinuó Margot.

—Bueno —aceptaba Lobo—, y también chupar...

—Dispárense una cuba ¿no?

—Ándale, pero vente mañana a una pachanga con nosotros ¿no? Vénganse las dos...

Lupita nos veía con desconfianza. No le gustaba nuestra seguridad y en cuanto podía se deshacía de nosotros.

—Entonces ¿qué? ¿Aceptan nuestra invitación o se van a apretar?

—Nada de eso, no, nada de eso...

Sarro nos prestó su carcacha y borrachos de entusiasmo, de impudor y juventud recorriamos la ciudad nocturna. En cuanto podíamos pasábamos por mi edificio.

—Oye Lobo, párate aquí porque tengo que ir a cobrar la renta.

Eran las ocho o nueve de la mañana después de una noche de vagancia total. Nuestras sólidas cabezas de campesinos resistían esas terribles desveladas capaces de matar a un guerrillero, con todo y los mazazos de alcohol y las eyaculaciones repetidas.

—Espérenme tantito ¿no?

—Ah, chingá... —respingó Margot.

—¿La renta de qué? —preguntó Lupita.

—Pues una renta. Ustedes espérenme ¿no?

Entraba y subía hasta mi departamento; sacaba los billetes que había logrado ahorrar en una larga temporada y bajaba con ellos en la mano, ostentándolos y

guardándomelos en las bolsas hasta estar delante de ellas. Lobo hacía arrancar el motor.

—¿Qué dijiste que venías a cobrar?

—La renta del cuatro. Es que la traían atrasada.

—Pues qué ¿trabajas aquí?

—No, no, es que a veces me mandan a mí, y como es lo que me toca, digo, es lo que me dan ¿no?

Se impresionaban realmente. Y cuando salíamos del Java las arrastrábamos a bailar al Verde. El Mapache decía que era un cabaret donde hasta a los soldados les daba miedo entrar... Nos fascinaba esa atmósfera densa de pesimismo recalcitrante, de fracaso y de sinrazón. En ocasiones, después de la tercera cerveza, felices y en medio de la pista, Lobo caía en un mutismo absoluto. Margot no se atrevía a verlo de frente. Sabíamos que la vida lo roía y sin embargo, de pronto, la tranquilidad se hacía con él y se engarrotaba así, como un zombie. Parecía invadirlo una paz de después del temblor o después del incendio.

—Y ahora ¿qué hacemos, tú?

—No, pues a ver a dónde lo llevamos...

—A mí se me hace que éste no está tomando de lo mismo que nosotros... —dijo Lupita.

—Vamos a meternos a un hotel ¿no? Y alquilamos un cuarto para los cuatro...

—Bueno, pero hay que comprar una botella de Ripoll...

—Pues sí, por ahí compramos una botellita...

—De los astros el Sol, de los habaneros Ripoll —canturreó Lupita y continuó con —: Virgen de medianoche, virgen, eso eres tú...

Lobo se dejaba conducir como si fuera un autómata. Y cuando llegábamos al hotel y cerrábamos la puerta del cuarto, no hacía caso de nuestras preocupaciones. Parecía discurrir, se le notaba.

—Pues yo ya estoy repeda —eructó Lupita.

—Pues yo también —dijo Margot—, me siento burrísima pero burrísima burrísima...

—Pues mejor vamos a dormirnos ¿no?

Me acostaba acariciando mecánicamente a Lupita, sintiéndome como un niño perdido...

Lobo se ejercitaba encarnizadamente en ser él mismo una suerte de campo de combate sentado en el borde de la cama, frente a la ventana y la noche, una noche más profunda que la que conseguíamos cerrando los ojos. Se quedaba atontado allí, inmóvil completamente, sordo a todo y con los ojos vacíos, absorto en su propio enigma.

—A éste se le subió más que a nosotros tres juntos —se encolerizaba Margot al ver a Lobo caer en esas extrañas parálisis. Era como si estuviera recarburándose, acumulando fuerzas. Ella lo sacudía—: Órale, pinche Lobo...

Si lograba volver en sí gritaba irridadísimo.

—Déjame en paz, hija de la chingada...

Ella sacaba las uñas. Los gritos le provocaban una necesidad urgente de morder y rasguñar. Volvía a sacudirlo.

—Ya vas, méndigo, ya vas...

La violencia de esas discusiones liberaba las fuerzas oscuras de su lujuria. Caían sobre nosotros convulsionados por movimientos más allá de su voluntad y sus costumbres, gritando palabrotas, ciegos y sordos a nuestras voces de alarma, de risa o de ira.

Cuando nos encontrábamos de nuevo, en el Java, Margot me sacaba a bailar.

—¿Qué crees? —empezaba—. Tres veces ¿te imaginas? ¿Sabes lo que es eso? Me partió la madre primero, pero bien y bonito. Lo adoro, no sabes. Pero ya después, bueno, tú lo conoces...

Me desarmaba siempre con su candor. Y mientras hablaba volvía a ver a Lobo desvistiéndola, cabalgándola, durmiendo con ella...

Otra noche estábamos Lobo y yo en el Olímpico, él sonriente porque algunas amigas le estaban dedicando piezas a grito pelado. Habíamos comprado una botella de Bacardí y estábamos allí tratando desesperadamente de emborracharnos. Festejábamos la turbulencia desatada por las falsas credenciales de Salubridad.

—Órale cabrón, vamos a clausurar pulquerías...

—No, chinga tu madre, luego nos madrean...

En eso llegó un desconocido.

—Oye —espetó—, yo te conozco a ti...

—¿A él? —intervino Lobo, incrédulo como un astronauta.

—Sí, a él...

—¿De dónde me conoces?

—Es que conozco a tu novia...

—¿A cuál?

—No te hagas payaso, a Amparo Carmen Teresa Yolanda...

El despertar de su lujuria animaba la inmensidad de mis noches.

—Ah, sí, pues qué bueno que la conoces...

—No, pero es que ¿sabes? Es que me gusta mucho...

Sus muslos nocturnos fluirían hasta atontarme...

—¿Quién?

—Tu novia...

Solo la intolerable alegría de desvirgarla estaba a la medida de mis deseos...

—Pues cántale, y quien quita y te dice que sí...

Lobo torcía la boca y susurraba:

—Pedazo de pendejo, se está fildeando a tu vieja y todavía le dices que le cante...

—Y subrayaba—: pártete la madre...

—Es que me gusta un madral, me cae —insistía el muchacho decidido a no separarse de nosotros en lo que quedaba de noche.

—Era increíble —contaba Lobo en el vestíbulo del cine Tlacopan—, a huevo quería incorporarse... —y se afianzaba una venda con un brochecito de seguridad.

Salimos y el tipo se vino atrás de nosotros.

—¿A dónde van?

—Vamos a conseguir fiada otra botella.

—Pongo diez pesos, diez pesos con cuarenta...

Caminaba a nuestro ritmo, los brazos abiertos a la noche igual que nosotros. Nos detuvimos a orinar en el primer predio que encontramos. Lobo diseñó en la tierra un perfil difícilmente humano.

—Tu vieja es a todo dar —seguía el advenedizo, inclinándose hacia nosotros...

Trémula e incendiaria, pensé. Mis amigos no la aceptaban porque parecía ser muy religiosa.

—Ya vas a ver a la pinche monja —reclamaban. O si no—: la monja, la monja... —porque usaba los vestidos hasta el tobillo y caminaba con la cabeza baja.

Cuando íbamos a cenar a su casa teníamos que rezar para agradecer la comida y otras cosas igualmente sin sentido. Corría la voz de que dos de sus hermanas se acostaban con todo el mundo. Lobo le decía:

—A ver cuándo haces una fiesta en tu casa y nosotros llevamos a las otras golfas...

Pero no pasaba de allí, no le interesaba realmente. Y yo estaba apenas en el prólogo esencial, fuera del libro, reconociendo el himen en un cuarto situado en la azotea de su casa, donde la noche se desenvolvía completamente...

Amparo Carmen Teresa Yolanda era por lo general bella y apaciguadora, y su torso se abría ante mí blanco —*como esta página*—, y yo leía en los poros de su piel como en las letras de este libro, y era dulce no tener que cerrar los ojos para ganar esa paz de espíritu, esa alegría radiante, ese delirio...

¡Me lanzaba de cabeza en su cuerpo!

La pensaba desvestida en la oscuridad y aparecida sin necesidad de pensamientos premonitores ni frases mágicas. No hablaría y se dejaría contemplar y besar y yo metería los dedos en sus repliegues húmedos y la sentiría próxima y excitada. Ninguna otra cosa excedería más violentamente los límites de mi entendimiento, y sin embargo, una visión de semejante naturaleza se insertaba plácidamente en mi mundo de cervezas y humor destemplado.

—Es que tu vieja me cae muy bien...

—Sí —decía yo.

—Le voy a cantar, me cae...

—Pues cántale, estudia en la Normal...

—Pero es que les juro que le voy a cantar...

—Cántale y a ver qué te dice —condescendiendo—. Anímate... Total, que ella decida ¿no?

—¡Pártele la madre! —insistía Lobo cada vez más furioso.

—Para qué, compadre.

Seguíamos caminando y nos alejábamos de nuestros dominios. En otros lugares titilaban las luces del Tres Equis, La Lechuza, El Okey, El Golpe, Las Brujas, El Tranvía, El Infierno, El Otro Mundo... Pero nosotros perseguíamos el final de la noche, su sentido último, abandonados a la oscuridad, reblandecidos, desconcertados, medio borrachos y modificados por el cansancio. Ya habíamos llegado a Pensil y Lobo estaba cada vez más molesto...

De pronto se detuvo y agarró al tipo de los cabellos.

—Como este pendejo no te quiere partir el hocico nos lo vamos a partir tú y yo, porque no es justo que le estés aventando los canes a su vieja... —Y le clavó la descarga de su violenta mirada—. Así que nos vamos a partir la madre...

—No, pinche Lobo, es cuate, déjalo...

Ya le había soltado el primer mandarriazo y se le iba encima a empellones, pero pronto perdió el equilibrio. El otro, en lugar de patearlo, muy caballeroso lo ayudó a incorporarse, y siguieron con fintas y golpes blandos, simulando entonces una pelea, casi acariciándose...

—Entrale buey, éntrale...

Sin que lo advirtiéramos al principio, de la oscuridad comenzaron a emerger rostros hoscos, tiznados, castigados, tristes, envilecidos, como de muñecos abandonados en la basura. Una extraña audiencia que cerraba cada vez más su cerco arrastrándose penosa, miserablemente. Lobo se sintió presionado.

—Y ustedes qué ven, hijos de su pinche madre...

Me cayeron cinco encima. Nos cayeron cinco a cada quien, viscosos, arrebatados y ubicuos. Diez a cada quien.

—Entonces nos han puesto una madriza —contaba Lobo ante un auditorio boquiabierto—, miren, es la peor que recuerdo. Porque están pavimentando las calles y echan chapopote o no sé qué, y después echan grava y la dejan suelta mucho tiempo ¿no? Entonces ese piso era peor que lija ¿verdad? Se imaginan caerse allí, retorcerse y rodar para esquivar las patadas y bueno —la cara llena de raspones y los brazos de quemaduras, la cabeza vendada—, es la primera vez que siento que se me afloja todo. Me oriné sin poder controlarme. Nos orinamos, es decir, el dolor era tan, pero tan cabrón, y estábamos tan completamente indefensos, digo, nos pegaban por todos lados. O quién sabe. Se le afloja a uno todo. Sentí algo así como un abandono en ese momento, un desvanecimiento y dije bueno, ahora sí ya ni pedo. Y lo único que hacía

era cubrirme pero ya sin tratar de protegerme, hasta que de pronto las cosas esas se echaron a correr, han de haber pensado que nos dejaban muertos o algo así, o se asustaron por la sangre. Y entonces oye tú ¿qué nos pasó? Ha de haber sido un pinche camión de granaderos, manito. Y empezamos a cagarnos de risa. Fíjense, nos levantamos y dónde está el otro cabrón. Se ha de haber echado a correr dijimos. Uh, pues qué ojete, se echó a correr. Pero a la media cuadra nos lo encontramos, al que peleaba conmigo, hójole, estaba allí también, todo madreado ¿no? Total, que nos abrazamos los tres y regresamos muy cuates.

—¿Deveras? —preguntaba asombrada la prima del novio de mi cuñada. Estábamos en el pasillo del cine Tlacopan. Pronto iban a apagarse las luces y empezaría la vida de Glenn Miller.

La prima del novio de mi cuñada salía con Lobo, pero nada más cuando iba al cine, ya que bailaba muy bien y bailábamos en los pasillos... Cuando no pasaban una película musical llevábamos un radio portátil. Se armaban unos zafarranchos horribles porque la gente nos callaba y siempre queríamos seguir bailando.

—¡Pues váyanse a bailar a otro lado!

Pero no hacíamos caso y bailábamos toda la noche. No había semana que no pasaran *Música y lágrimas* en algún cine de los alrededores. Y bailábamos hasta extenuarnos con la propia orquesta de Glenn Miller...

—Nunca pasé a ese buey —seguía Lobo, otra noche, despatarrado y comiendo palomitas—, pero él insistía tanto en pertenecer al grupo, que le cargábamos la mano, le hacíamos cosas muy pesadas y aguantó siempre, hasta que le dieron el balazo aquel y le jodieron la pierna...

—Pobre Grapa —lloriqueaba la prima del novio de mi cuñada.

Aquella noche caminamos todavía como diez cuadas y propuse que se quedaran a dormir en mi casa. Buscamos la paz y el reposo ignorando que el mundo no se entregaría sino a nuestros vicios. La camaradería experimentada al sobrevivir a esos horrores, esa comunión, esa afirmación, esa nueva identidad, nos invitaban a desear todavía mayores horrores.

Buscaba la llave, alarmado de haberla perdido. *Hubieran ido a ver mi confusión...* En eso nos marcaron el alto, tres policías, o dos o cuatro que habían descendido de una Julia detenida frente a nosotros.

—¿Qué les pasó?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Es que estábamos jugando tochito.

—¿Qué es eso?

Estábamos llenos de sangre y andaban localizando trasnochadores borrachos para asaltarlos.

—Pues tochito, futbol americano pero en las calles...

—No se hagan pendejos, vienen de un pleito. ¿Dónde se pelearon?

—No, deveras, nosotros estábamos jugando...

—¿Con quién estaban jugando?

—Pues nosotros tres.

—¿Cómo que ustedes tres?

—Sí, pues nosotros tres...

—¿Y por qué vienen todos raspados y con la ropa llena de sangre?

—Pues porque nos caímos. Se cae uno y se raspa ¿no?

—Total —recordaba Lobo—, nos llevaron a la Delegación, a la Novena —y recapacitaba—, la de Tacuba. Era como un infierno esa Delegación. Nos tuvieron media hora allí sentados hasta que nos tocó pasar a la barandilla y nos acusaron como de ocho delitos, ya ni me acuerdo cuáles ¿no? Pero que escándalo en la vía pública y que quién sabe qué y cuánto. Y que éramos ebrios incompletos y me acuerdo que reclamábamos ¡qué incompletos ni qué incompletos, si estamos bien pedos! Estábamos pedísimos, deveras, perfectamente pedos. Hasta que el agente del Ministerio Público nos pidió calma para que no nos fuera a ir peor. Entonces dijimos que sí, que estábamos jugando tochito. Jugando ¿qué? Tochito, decíamos, futbol americano pero en la calle... Dijeron ya váyanse, y nos dejaron ir sin más ni más. Yo creo que nos vieron tan jodidos que hasta les dio lástima. Nos dijeron ya váyanse. Entonces el otro cuate, que finalmente acabó llamándose El Grapa, por que no se nos despegaba para nada, sugirió que fuéramos a dormir al coche de su papá... Era una pinche carcacha horrorosa, sin llantas ni nada, que estaba abandonada enfrente de la casa donde vivía, pero ahí nos metimos a dormir... Despertamos como a las seis de la tarde del otro día, con un dolor de cabeza y un hambre espantosos ¿no? Imagínense esa sensación que le queda a uno como de estar masticándose los dientes. Esa vez tenía dos muelas rotas por un golpe. Entonces todo ese polvito como arenita que tienes en la boca y no sabes si es tierra o qué es, compadre, y son pedazos de diente ¿no? Y ese mismo dolor y ese mismo sabor a tierra y a sangre que se ha repetido tantas y tantas veces en mi vida, ese olor y ese sabor a sangre, a sudor y a tierra que he padecido tantas, tantas veces...

Llegamos al Salón César.

—Ay muchachos, miren cómo vienen...

Nos ayudaron a lavar, nos limpiaron las heridas con una toalla mojada en agua caliente, y después nos hicieron turbantes con las camisas deshilachadas. Con los ojos negros, irritados, morados y la boca rota parecíamos marcianos...

Comimos con aplicación pasional, ruidosos y extravagantes, y nos fuimos al cine. *No sólo de pan vive el hombre sino de espectáculos con los que se engaña deliberadamente...* La gente vacilaba cuando nos veía caminar golpeados y con

turbantes... Nuestros amigos se escandalizaron más aún.

—¿Qué les pasó?

Parecíamos huérfanos de guerra.

—Pues dónde...

—En la Pensil.

—Pues quién —cada vez más ofendidos.

—Pues sepa...

—No, pues vamos... —verdaderamente indignados.

—Es que no sabemos ni quienes, ni cuántos, ni dónde...

No tuve ganas de quedarme a la función y caminé dando bandazos. La calle negra, las rutilantes vías de tranvías, las densas copas de los enormes árboles en la orilla de la Alameda... Seguí sobre los rieles tratando de equilibrarme con los brazos abiertos, como los trapezistas en los circos, pero no conseguí ni extender los brazos.

Estaba cerca de la casa.

—Mira cómo vienes... —Mi tía casi se desmayó.

—No, pues nada.

—Cómo que no, mira, casi te matan... —solicita y agitada—, qué bueno que no está tu padre...

—No tengo nada, me voy a bañar —y entré al baño.

En cuanto sentí el chorro de agua caliente me desmayé. Buscaba el abrazo tibio del agua, un poco de placer. Pero sufrí un golpe infernal y perdí el equilibrio, caí en la tina y me di otro golpe siniestro contra la rodilla... Entre escalofríos creí que me arrancaban el cuero cabelludo y perdí el sentido...

Durante algún tiempo no pude bañarme bajo la regadera. Tenía la cabeza llena de protuberancias de las que sospechaba nacerían íncubos y súcubos de todas clases.

Mi tía me atendió.

—Te voy a curar...

Me bañaba en chorros de merteolate y yo gemía.

—Cállate, que me vas a matar de una preocupación —y una retahíla que conocía más que de memoria, en la que figuraban oraciones, recuerdos familiares y advertencias premonitorias...

Me acariciaba con sus manos viejas y era como si mezclara en el caldero de mi cabeza lastimada una buena dosis de dificultades, excitación frustrada, mala suerte, amenazas... No podía dormir. Y ni siquiera me sentía seguro de llegar a soportar la vida...

A cada cauterización, a cada nuevo ardor, repetía, me haré más duro, reiré de mis desfallecimientos, seguiré mis caminos como antes, cruzaré la noche y descubriré sus secretos. Amaré y seré amado... Pero entonces tenía los nervios a flor de piel y desarmado por la bebida me sentía desdichado por estar solo y a la espera... Quería enderezarme y seguir adelante, negar mi derrota...

¡Si hubiera podido escribir esa noche!

Escribir una palabra tras otra como si fuese la tarea más importante del mundo, con la condición de actuar, de tener algo que hacer, de rechazar el desamparo agobiante. Escribir... Como si la tarea valiese la pena...

Erguirme sobre mis derechos.

¡Endurecerme!

Sentir que actuaba...

No soportaba el vacío, esa sensación de inanidad, de perpetuo abandono, de absoluta saciabilidad. Pensaba en perseguir y liquidar a los bultos humanos que nos habían agredido. Eran sombras y tomaban las formas de perros, de botes de basura, de estiércol, de matas de abrojos, de bolsas de estopa, de muchas otras cosas y seres y luego nuevamente de sombras...

Amparo Carmen Teresa Yolanda me visitaría al día siguiente, silenciosa y estremecedora como un pensamiento pecaminoso, con el pubis lleno de letras bajo su vestido de colegiala...

Pero me faltaba atravesar la noche... ¿Cómo podría yo, desollado, tolerar la náusea que hacía flaquear mis fuerzas y mi ánimo, vacío e inoportuno? Decidí jugar y aposté... Pese a mi corazón ultrajado y mi cuerpo acostumbrado a toda clase de sobresaltos, aposté a sobrevivir y estoy hablando de mí aunque muchas veces estuve a punto de perder la apuesta... Las calles que muestro son las que he recorrido...

—Tu corazón está tan hecho al miedo —me dijo una noche el anciano librero—, pero tan, tan hecho al miedo...

Intentaba recordar a pedazos los mínimos detalles de un episodio pasado, los menores gestos, los ruidos más apagados. Bastaba querer, pensaba apretando los ojos, volviéndome hacia el corazón asombrado, pozo de aguas confusas, furores y resignaciones...

¿Qué puedo hacer sino escribir precisamente esto, este libro donde expongo mi desesperación por no haber hecho nada, y peor aún, por no tener nada, pero nada que hacer en este mundo?

ESCRIBO SOBRE EL escritorio de mi padre, un mueble viejo, de madera vetada, cubierto por un cristal bajo el cual se prensan diversas reproducciones de cuadros de la *belle époque*. Entre los cinco y los dieciocho o los diecinueve años de edad no hay noche en que no me siente frente a él: ceno, dibujo, manipulo absurdos monigotes de plastilina, leo, resuelvo pasatiempos y estudio o finjo que estudio. Bajo el cristal los cuerpos desnudos de ninfas saliendo del baño, bacantes jugando con cabras o sátiros, venus que representan al amor o adolescentes que duermen con los pezones erectos cubriéndose el pubis con una mano, aparecen rodeados por una aureola de fulgores espectrales y yo vivo ante estos fulgores... En la oscuridad de un bosque un codicioso sátrapa observa a una mujer sin ropas agazapado pérfidamente como un tigre... La desnudez de los senos y la sospecha de humedades maravillosas tienen la virtud de operar audacias infinitas en mis pensamientos. La voluptuosidad, sin embargo, llega a ser excesiva: abrasa el corazón, devasta. Las brasas del deseo, a veces, me llevan de estos sueños a masturbaciones vertiginosas...

Pienso en Amparo Carmen Teresa Yolanda con sed y satisfacción, con todo mi ser inclinado hacia ella, tumbada a mitad del mundo con los ojos perdidos en la geometría de la Osa Mayor, desnuda y sacrílega, abierta al desprecio infinito del firmamento...

¿Estoy enamorado?

Heme aquí sorprendido y silencioso recreando a mi amada, ávido de no saciarme jamás. ¿A mi amada? Pero ¿la he visto bien? ¿No me he saciado de mirarla por el amor que le tengo o por el misterio que, indudablemente, encierra? No es esto, no. Tal parece que no me esfuerzo en ver, sino en recordar. El amor es siempre recuerdo, radiante, henchido de sí mismo. Pero recordar ¿qué? Nada, precisamente nada: el enamorado no recuerda nada: la memoria se colma con el silencio de su amor...

¿Estaré enamorado?

El mundo me resulta ajeno e impenetrable. No es de aquí mi Amparo Carmen Teresa Yolanda, ni son de aquí su impetuosidad ni su extremismo, ni su juventud, su rebeldía, su libertad, su intransigencia. Presiento que no hay un lugar propio de ella, ni un tiempo, ni un aquí, ni un antes, ni un después. La he visto siempre, la conozco y la siento desde siempre, como a mi corazón, como a la vida... Pensándola, pierdo todos los puntos de referencia y confrontación: le vuelvo la espalda al espacio y estoy por despedir al tiempo. Busco el recuerdo olvidado de todo, el recuerdo sin principio ni fin. ¿O viven los enamorados literalmente oscilando entre el pasado y el futuro? No parezco ser del presente ni reposar en el pasado. Todo me arrebató de la incertidumbre del *ahora* y me conduce a la incertidumbre del *será*. Marea del ser en este momento. El amor es el recuerdo que no se acuerda nunca de sí mismo...

Lo que me atrae de las reproducciones bajo el cristal es la ruptura que establecen. Una ruptura que es como un cosquilleo y que sólo he vuelto a encontrar en momentos de intenso terror y en conflagraciones eróticas. Entre los sátiros y las bacantes hay un instante de violento contacto en que la vida parece deslizarse de uno a otro en un

movimiento de subversión radical. Esto está fuertemente expresado y retenido en estas imágenes: que la verdad no está donde los hombres nos consideramos aisladamente: comienza en la mirada y no tiene lugar más que pasando de uno a otro...

Lo he leído en un libro: *La experiencia interior...*

Entre los cinco y los diecinueve años estoy así casi siempre: ejercitándome en la contemplación esperando que entre esas mujeres desnudas y yo salte la chispa eléctrica... La comunicación que se establece entre mi mente de adolescente y estas imágenes turbadoras es comparable a las llamas. Ni siquiera requiere de formas exteriores al lenguaje, sino que se apoya en fulgores solapados análogos a la risa, la eyaculación o la descarga relampagueante del rayo.

Pero también me emborracho. En cuanto tengo dinero me escabullo en algún bar y lo invierto en alcohol...

No bebemos según lo que somos; más bien somos según aquello que bebemos...

O tal vez se trata de un cambio aún más radical, que no consiste en una nueva disposición del alma y del espíritu, que ni siquiera se contenta con alejarme de mí o con tratar de aniquilarme, que tampoco está vinculado al contenido particular de una botella, sino más bien a una exigencia fundamental y extraña de la noche.

La necesidad interior de emborracharse está ligada a la cercanía de ese punto donde no se puede hacer nada con las palabras, desde donde parte la ilusión de que si se guarda contacto con este momento, pero volviendo al mundo de las posibilidades, *todo* podrá hacerse y *todo* podrá decirse. Esta necesidad interior debe ser reprimida y contenida porque si no, se hace tan amplia que ya no hay sitio ni espacio para que se realice...

Estoy así, tomado, una noche, enfrente del Ángel de la Independencia, esperando un taxi que me lleve a casa. Bajo el impulso del alcohol el mundo parece sustraerse, el tiempo pierde su poder de decisión y nada puede comenzar realmente... Prefiero emborracharme hasta cierto grado, digamos cuando por astucia, por un salto feliz o por distracción de la noche, uno logra sustraerse a ese impulso a perderse que todo bebedor debe despertar y apaciguar, incesantemente, abrigar y apartar, dominar y probar en su fuerza indomable, movimiento tan difícil y peligroso que cada borracho se asombra cuando lo realiza sin naufragar... Y que muchos perezcan ahogados o congestionados por el alcohol es algo que nadie que haya mirado el riesgo de frente puede cuestionar...

Estoy así, tambaleante, en una esquina de Paseo de la Reforma, cuando se detiene un automóvil.

—¿Vas a tu casa?

—Pues sí.

Estoy tan fuera de mí que no acierto a atinar quiénes son. Cualquier borrachera nos transforma. Toda acción realizada por nosotros es acción *sobre* nosotros...

—Siéntate atrás ¿no? —y abren la portezuela de atrás.

—Gracias...

Avanzan media cuadra y se detienen. Suben tres hombres a mi asiento. ¿Será la borrachera misma lo que nos modifica, lo que hay de trabajo, de paciencia, de atención en emborracharse?

—Buenas noches —porque quiero pensar que estoy entre amigos.

Pero me golpean violentamente con un bóxer, me tuercen un brazo, apagan sus cigarros en la palma de mi mano.

—Y esto es para que dejes a —y dicen el nombre de Amparo Carmen Teresa Yolanda, un nombre aún más arbitrario y conjetural.

No atino más que a reír desde el suelo adonde parezco más débil y vulnerable que muchos otros, menos capaz de vivir y por lo tanto, más capaz de burlarme de la vida. ¿Qué puedo hacer atrapado así, borracho, contra tres basiliscos decididos a mancillar, a profanar, a destruir? Apenas si desconcertarlos con mi risa, con la risa de manicomio del Mapache, con la risa de matraca del Ganso, con la risa solapada del que bebía como campeón.

Pero de pronto no hay risa, sólo angustia sacrificial.

—¿De qué te ríes, hijo de la chingada?

Me bajan del auto y vuelven a patear. Desgarran mi saco, me quitan y se llevan zapatos y pantalones. Huyen repitiendo sus obsesiones, una y otra vez, exasperados e iracundos:

—No te acerques a —y vuelven a decir el nombre de Amparo Carmen Teresa Yolanda.

Faltan varias horas para que descubra que me han roto tres costillas, pero la quijada me duele endiabladamente. ¿Cómo decirles que tanto sus golpes como sus palabras han sido en vano? Que mi deseo por Amparo Carmen Teresa Yolanda va a permanecer como un desafío, incluso aunque no vuelva a verla...

Pensándolo, algo inmenso se abre y me pierdo como sobre el cuerpo de ella, entre sus piernas, entre sus cabellos, sobre su ombligo vertical... De nuevo la noche abre sus entrañas...

La borrachera es el círculo puro donde el bebedor se expone peligrosamente a la presión que le exige que beba, pero así también se protege. Por eso, al menos en parte, la alegría prodigiosa, inmensa y liberadora de un encuentro con lo desconocido, enfrentándolo sin huirle y sin traicionarlo, pero sin renunciar tampoco al dominio propio...

La borrachera, es obvio, me ha ayudado a soportar los golpes.

Es como si hubiesen vejado a otro y no a mí.

—¿No te parezco bonita? —me preguntó una vez Amparo Carmen Teresa Yolanda, con voz tranquila y hasta de elegante claridad.

Yo la escuché apenas conmovido, y me pregunto si esa inquietud es todavía

posible. Porque bonita no eras, no, ni bella, porque la belleza es una desgracia, una alienación, una herencia cultural impuesta por los que detentan el poder, algo prefabricado y profesional. La belleza es completamente ilusoria, pues es evidente que ninguna mujer es bella. Hay mujeres armónicas y mujeres seductoras, pero no hay mujer bella porque la belleza es algo imaginario. Ni las modelos en las revistas o las artistas en las películas son así: son más vivas y por lo tanto más imperfectas. Tratar de ser la más bella es una idiotez, porque *la más bella* no existe. La belleza constituye la alienación de la mujer, su desgracia. Y tú eras más que bonita y menos que bella, eras excitante, eras seductora, eras estimulante, eras también tranquilizadora.

Nos contaste que tu madrastra al final de aquella noche empezó a discutir con el padre de tus dos últimas hermanas, y que éste le aventó un vaso y ella agarró sus consabidas tijeras y lo correteó por la casa hasta que él consiguió encerrarse en el baño. Tú odiabas a ese hombre. Renunciar a la pelea, a la verdad de la violencia, a la masculinidad, a tu juicio debía dar vergüenza. Todavía no concibes pecado mayor.

—¿No vas a salir? —gritaba tu madrastra—. ¿No vas a salir?

Tus hermanas mayores llevaron a las otras a dormir, pero ninguna lograba conciliar el sueño, atentas como estaban al desenlace de ese episodio.

Tu madrastra fue al ropero y empezó a tijeretear la ropa de su marido. Cortó en tiras pequeñas los pantalones y hasta los sacos que se ponía una vez al año para no gastarlos; desgarró la ropa interior e hizo pedazos los calcetines y los zapatos; rompió las fotos de su boda y bailó sobre ellas.

Y tú veías todo con labios tensos y apretados.

En la iglesia, una mañana, un muchacho se acercó a Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Oye ¿cómo te llamas?

—Santa Sacrificio del Sagrado Madero en Llamas.

Al domingo siguiente volvió a preguntarle:

—¿Cómo te llamas?

—Santa Sotana de los Niños Prelados de Anenecuilco.

Insistió una tercera vez.

—¿Cuál es tu nombre?

—Santa Mundicia de los Siete Cuarteles del Señor.

Al siguiente domingo el muchacho inició el desarrollo de un lenguaje mímico, apoyado en movimientos de los ojos, los dedos y la cabeza. Amparo Carmen Teresa Yolanda parecía divertirse. Los dedos sobre el corazón, en la boca o en la sien significaban cosas. Cerrar los ojos también, cerrar y abrirlos, abrirlos en bizco, abrir uno sí y otro no. El índice en la nariz equivalía a mi madrastra nos está mirando. E inclinaba la cabeza una y otra vez implicando háblame, ven, pregúntame cosas, creo que te amo, sí, te amo.

Puesto que no podía librarse completamente de sus deseos eróticos, tendría al menos muchos amantes y combatiría la influencia de uno con la de los otros. La diversidad comportaría siempre algo de superficialidad, y bueno sería, dado que no podía purgarse totalmente de esas relaciones, que les restase al menos profundidad. Entre el muchacho de la iglesia, y Lobo y yo, tendría más posibilidades. Sería más fácil burlar a uno, hacerse amiga de otro, consolarse con otro más. La pluralidad garantizaba que lo importante en el amor era justamente el cambio y no la permanencia: poder variar de amores, odiar lo que antes veneraba, elevar o entibiar la intensidad del fervor según la época del año o su humor. ¡Esto es lo que en realidad contaría en materia de amores juveniles!

Subía en tranvías de los que ignoraba la ruta y viajaba de terminal a terminal. Su madrastra enloquecía y no entendía cuando Amparo Carmen Teresa Yolanda le explicaba que quería estar sola, simple y sencillamente *sola*... Era como si sólo pudiese tener conciencia de sus emociones manteniéndose aislada de la familia. Junto a ellos, en sus sesiones de retorcido fanatismo, nunca podía coincidir absolutamente ni con lo que era, ni con lo que verdaderamente sentía. Y se veía obligada a representar un papel con fin de realizarse y volver satisfactorias sus emociones... Quería enamorarse, sentirse amada y amar, pero algo construido por las frases hechas de sus hermanas y las amenazas de su madrastra se deslizaba perpetuamente entre ella y sus sentimientos...

Pensaba así sentada a un lado de la ventanilla, viendo pasar la ciudad polvosa. Hasta que una vez volvió a verlo, ya no en la iglesia sino a bordo de un coche rojo. Allí estaba el muchacho aquel, con quien había inventado un idioma de ojos y dedos, deslizándose al mismo tiempo que el tranvía, siguiéndola hasta la terminal y de regreso a casa, mirándola con insistencia. Sintió que para evitar caer víctima del romanticismo tenía que vigilar sus sentidos. Respiraba apenas, permaneciendo inmóvil y en silencio, entrecerrando los ojos... Ayunaría al día siguiente, y todos los días, y detendría los movimientos de su mente. ¡Se quedaría sin pensamientos y sin sentimientos! Prohibiría mis visitas y las de Lobo, se daría baños de pureza en el tinaco de la azotea: limpias rituales que la prepararían como a una vestal... Trataba de no respirar.

En su casa se asomó por la ventana. Allí afuera estaba el coche rojo. Lo vigiló hasta las dos o tres de la mañana, hasta que ya no pudo resistir y se acostó a soñar que sus cabellos crecían mucho, pero muchísimo, como en los cuentos, y que ella los arrojaba fuera de la ventana...

A la mañana siguiente el muchacho todavía estaba allí y le hizo llegar un avión de papel. Era un mensaje y Amparo Carmen Teresa Yolanda respondió que sí, que lo vería en la misa de seis. El muchacho asintió con la cabeza y se fue en su coche rojo.

A la hora de la cita Amparo Carmen Teresa Yolanda salió convencida de irrealdad, imbuida de historias pegosteosas de amores célebres. Durante el camino casi no habló. Después de todo era la primera vez que subía en un coche sola, con un

muchacho.

—Ahora sí vas a decirme cómo te llamas —propuso él con cierta prudencia...

Habían llegado y ella prefirió descender.

—Vamos para allá —dijo, con extraños aspavientos. Todos sus gestos sobrepasaban un poco lo preciso, como si su conducta estuviera dedicada a representar el papel de una muchacha en su primera cita de amor.

—Espérate tantito —dijo él, recargándose en un árbol para amarrarse los cordones de un zapato.

Ella no se atrevía a verlo de frente y él alargó un brazo hacia sus cabellos. Cuando creyó que la acariciaría vino un manazo atroz, y luego el chasquido en el suelo de un animalito que caía y el pisotón fuerte, decidido, preciso, casi militar.

—Lo traías en el pelo —dijo.

Era un azotador, deshecho en una mezcla de colores y densidades repugnantes. Amparo Carmen Teresa Yolanda engarruñó primero la cara y luego gritó. En la esquina de la iglesia cuatro muchachos se volvieron a verla y sonrieron. Por un momento pensó que la estaban esperando para violarla, que iban a detenerla entre dos, a besarla y acariciarla hasta hacerla enloquecer. El más cetrino de los cuatro se abriría la bragueta y blandería su pene. Los demás reírían. Y el muchacho del coche rojo se limitaría a mirar sin intervenir para nada...

Entraron en la iglesia.

En vez de escuchar la ceremonia estuvo pensando en ese gusano negro y con púas amarillas que algún día se habría convertido en mariposa. Lo ubicó entre sus cabellos: para no desmayarse de asco tenía que dominar la situación aceptándola. La cólera, el llanto, el fuego, todo sería mejor que esa obstinación fija. Pero ella no quería volver a asustarse y pensaba en sus dedos experimentando pacientemente el contacto horrible, en el gusano arrastrándose por sus mejillas, curiosa y desafiante...

Evocábamos el pasado todavía fresco en las excursiones, paseos dominicales en donde lo fundamental era no beber y sí derrochar todas las energías acumuladas durante la semana. Íbamos a Palo Bolero, a la Marquesa, al Ajusco, a las Estacas, a Amecameca, a Tulancingo, al Desierto de los Leones y hasta a Valle de Bravo. El mundo podía ser atroz más allá del cerco húmedo de las montañas o de la amplitud de los valles, pero entre nosotros, los que nos agrupábamos para conversar, la quietud y el silencio del paisaje nos tranquilizaban. Apenas y de vez en cuando un montón de hojas secas o alguna rama parecían sacudirse...

Y Lobo contaba:

—Se ponían sus chamarras rojas y no sé qué, y muchos traían cinturón de cadena ¿no? Les decíamos bueno, buey, pues si traes cinturón de cadena sácalo y pónnos en la madre ¿no? Y se culeaban luego luego. Qué te pasa, compadre, si es nomás un adorno. No, chinga tu madre, qué adorno ni qué adorno, saca tu pinche cadena. Y la

gente se abría ¿verdad?, casi siempre, y así la bronqueábamos. Pero de buenas a primeras pues no se abrían y empezaba la danza ¿no? Porque decía el gordo Sarro cuando estaba borracho ¿saben qué? Tengo ganas de bailar un oso. No mames, le decía yo. Sí, como no, a ver ahorita, a los primeros bueyes que pasen por aquí me los paras. No, yo no paro a nadie, ni madres, no quiero verme envuelto en nada, que no sé qué. Nomás tantito, no seas marica, les preguntas la hora o algo así, cualquier cosa, algo amistoso ¿no?

—¿Amistoso? —preguntaba Amparo Carmen Teresa Yolanda, siempre apoyada en una o dos de sus hermanas, fingiendo impartir clases de catecismo y en realidad fugándose a comer y jugar al campo.

—Dijiste ¿amistoso?

—Entonces venían de repente tres cabrones y me decían páralos. No, no los paro ni madres. Bueno buey, aceptado, los voy a parar, y ahí iba el gordo y los sorprendía. Quiúbo, jijos de su pinche madre ¿por qué pasan por esta calle? Pues qué no se puede, alegaba uno. Y otro: es que por aquí es vía pública ¿no? ¡Pues por aquí no se puede pasar!, así que a chingar a su madre, pero rápido. Y regresaban, daban media vuelta y regresaban. Y si no, empezaba el gordo, bueno, pues ustedes quisieron, así que nos vamos a poner en la madre, pero bien ¿verdad?, amistosos, una sopita amistosa y entonces sí ya pueden pasar todas las veces que quieran. Y entonces los otros se echaban a correr o dejaban a un buey allí, a morir solo, y Sarro le sorrajaba el primer madrazo y allí estábamos nosotros tratando de calmarlo, no, ya, nada más, déjalo, ya lo calentaste, ya está bien calentito, déjalo irse. Pero a veces el demonio se le metía y los zarandeaba bien y bonito...

Hablaba sin otra personalidad que la que convenía para sus anécdotas, completamente desatendido por nuestros más ruidosos amigos, los que se levantaban apenas comenzaba a deambular por los alrededores. Sólo Amparo Carmen Teresa Yolanda y alguna de sus hermanas lo rodeaban con atención, permaneciendo casi inmóviles, fumando, viendo como la cara feroz de Lobo se desvanecía hasta mostrar sus rasgos más inocentes, o la blancura borrosa de Margot, la marca de vacuna en sus brazos regordetes, los sobacos afeitados descubiertos cuando se arreglaba los hirsutos cabellos, los rastros de talco en sus ropas de algodón...

—Tenemos una cosa bien establecida —decía Lobo en otra ocasión—, y es que en las excursiones nadie chupa ¿no? Nadie. Si acaso una o dos cervezas a la hora de la comida y ya... Pero nadie bebe porque decimos no, pues vamos a nadar, vamos a echar un tochito, un partido o lo que sea ¿no? Pero nada de chupe. Y nadie chupa, me cae. Nada más cuando salimos de nadar pues una copita de Presidente para entrar en calor y comer ¿no? Y nada más. Y un día pues andábamos dizque nadando... Somos muy buenos para nadar ¿verdad? Y nos andábamos paseando de un lado a otro, allá en Palo Bolero, y a ver tú, buey, que ¿cuántas veces te atraviesas por abajo? Y cosas

así ¿no? Y en una de esas zambullidas submarinas alguien chocó con un cuerpo en la parte baja de la alberca. ¿Vieron a ese buey? Dijimos ¿qué le pasaría? A mí se me hace que está pedo, dijo el Mapache. Y pues sí, efectivamente, nos fijamos bien y el cuate ese estaba en el fondo ¿no?, en la parte baja de la alberca. Y entonces, pues hújole, que rápido lo sacamos, pero rapidísimo. Y nadie lo conocía, me cae, no sabíamos quién era. Uy, compadre, dijo el Ratón Vaquero, este cuate ha de haber estado bebiendo durante seis días ¿no? y es que le salía alcohol por todos lados. Y entonces dijimos hay que darle respiración artificial ¿no? Y lo pusimos boca abajo y todos sabíamos que los brazos y que las piernas un poco altas y cómo tienes que apretar y lo de boca ¿no? Y yo ya me cansé, ahora llégale tú un ratito ¿no? Y le empezamos a dar y el cuate este empezó a toser. Está vivo, decíamos. Tosía y echaba agua, bueno, y un poco de vómito, y estaba blanco blanco. Y miren, mitad en guasa y mitad en serio pues lo llevábamos de gane ¿no? Y de repente que llega el socorro de los boy escauts. Y a ver, háganse a un lado, que quién sabe qué. Y llegó un cuate mucho más gordo que el gordo Sarro, pero mucho más, y era así como el jefe de ellos ¿no? Y a ver, quítense, por favor, esto tiene que hacerse bien, no le quiten aire, háganse un lado, y se sentó y empezó a darle respiración. Y dijimos no, pues ese buey nada más con sentársele encima lo va a matar. Y empezamos no, pues mejor échenle cebolla, no, pues mejor sal, y párenlo de cabeza, párenlo para que arroje el agua, y entonces el otro como que empezó a titubear ¿no? Y de pronto dijo sí, es mejor, arrímenlo para acá, y dizque lo iba a cargar con técnica y nomás le tronaba la cabeza en los escalones, porque había unos escalones ¿verdad? Y dijimos no, pues este buey lo está matando, y pélate a llamar una ambulancia. Y cuando llegó la ambulancia de Cuernavaca el cuate ese ya había felpado. Y ya bajaron los médicos con sus aparatos de oxígeno y toda la cosa y hasta se nos quitaron las ganas de bromear ¿no? Y ya se murió y desde esa vez prometimos no beber alcohol en las excursiones...

Las risas y los olores de la montaña nos arrastraban a otros recuerdos... ¿Qué era hablar, contar algo de nosotros mismos, sino una pérdida de inocencia, un acto de agresión, una afirmación de aquello que confusamente reconocíamos como *nuestra* vida? En el río y en el cielo los colores iniciaban ya un descenso a sus tonos más sombríos y borrosos, mientras los verdes del bosque se hacían más espesos. Como quien se pierde en las faldas del Popocatepetl, Lobo añoró extraños paisajes de semanas atrás, y según se deslizaba en su nostálgica conversación, Amparo Carmen Teresa Yolanda al abrigo de la semioscuridad, tomó una de mis manos y la hundió más y más entre sus piernas, porque comprendió que estaba en tierra extraña y que lo mejor era esconderse en caricias y gestos que conocía, cerrando los oídos a esas palabras que la exasperaban más que divertirla...

Cuando Lobo hablaba aparecía con sus palabras algo, que sin estar vinculado al contenido particular de un recuerdo, implicaba la curiosa exigencia de ser otro, de

verse a sí mismo como si viera a otro...

—Había unos cuates electricistas enfrente ¿no? —Permanecía silencioso durante un momento, elegía un cigarro y se lo metía en la boca sin decidir encenderlo—. Me dijeron pues vente a chambear con nosotros ¿si? Y les dije sale, cómo no. Entonces me fui con ellos y me pagaban como veinticinco pesos a la semana. Pero no sabía hacer nada, para lo único que servía era para llevarles las herramientas, y a veces ni para eso, pues decían: tráete la veintidós, y yo pensaba que era una pistola, digo, no conocía las llaves ¿no?, no sabía nada de herramientas...

Intempestivamente apareció el Mapache.

—Andamos persiguiendo una pinche iguana.

Lupita gritó cubriéndose con las manos las fallas de su dentadura. La hermana silenciosa de Amparo Carmen Teresa Yolanda se incorporó sacudiéndose los pantalones...

—Tráiganse unos palos —promovía el Ganso—, vamos a matarla.

Lobo estiró las piernas y sacó un arrugado pañuelo del bolsillo. Yo también me levanté. Los muchachos corrían desafortunadamente encima de las piedras, saltando los matorrales y vadeando las riberas llenas de abrojos y lodo negro. El Ganso, el Mapache, el Ratón Vaquero y el que bebía como campeón parecían más encarnizados que nunca. Margot y Lupita los siguieron, gritando. La prima del novio de mi cuñada, Amparo Carmen Teresa Yolanda y dos de sus hermanas, fijaron su atención en los senos de las prostitutas: se balanceaban cuando corrían, desguanguilados y fofos. Lobo se quitó el cigarro apagado de los labios y resopló sobre su pañuelo.

—Agárrenla, agárrenla, que no se vaya...

La iguana era demasiado rápida y se escondía con habilidad infernal. A veces parecía correr sobre dos piernas, igual que sus perseguidores, capturando en sus escamas todos los matices de los colores del bosque, cada vez más espeso.

—Péguenle, péguenle —aullaba el que bebía como campeón.

Lupita arrojaba piedras, Margot trataba de enredarla con un sarape deshilachado.

Finalmente la acorralaron en un meandro del río. Era un animal insolente, inexpresivo y antediluviano. Su cola latigueó violentamente cuando el Mapache le atinó un palazo feroz entre los ojos. Después la remataron entre todos y la cargaron. El Ratón Vaquero la traía agarrada de la enorme cabeza, el Ganso de las patas traseras y el que bebía como campeón de la larga cola...

Margot y Lupita medio bailoteaban y silbaban a su alrededor, resoplando por la carrera...

—La trajimos volando arriba del camión todo el tiempo —reía Lobo—. Iban los cuates en sus bicicletas y de pronto les pasaba la chingaderota esa y hasta de la bicicleta se caían, me cae. Yo amanecí enfermo, no me podía ni mover y decía pues qué raro, como si me hubieran pegado ¿qué pasaría? Y era de tanto que nos habíamos reído con la maldita iguana. Estábamos todos inflamados ¿no? De la risa. Imagínense a la gente parada esperando que pase un camión y de pronto un pinche pterodáctilo

volando ¿verdad?

Ya en la ciudad me quedé con Amparo Carmen Teresa Yolanda y sus hermanas...

Los demás fueron al cine Díaz de León y se las arreglaron para meter la iguana y colgarla adentro del baño de mujeres...

Cada señora que la descubría salía despavorida.

Tuvieron que llamar a una patrulla, interrumpieron la función y encendieron las luces.

—¿Quién demonios fue? —bramaba el gerente.

Como eran conocidos los hicieron salir al pasillo.

—No sean desgraciados ¿por qué colgaron la iguana?

—¿Cuál iguana?

—No se hagan pendejos, ustedes trajeron la iguana...

—¿La qué?

—¿Que por qué colgaron la iguana?

—No, nosotros no trajimos nada... Nosotros traemos conejitos a veces, pero iguanas no, con iguanas de veras que no...

Cuando llevábamos a las ficheras de excursión, durante varias noches no se hablaba de otra cosa en nuestra mesa. Se acercaba Lupita sola y pintarrajeada, como si ingresara en una fiesta fantástica sabiéndose amada.

—No, pues estos bueyes no se afrentaron —afirmaba para meseros y clientes desprevenidos, y bebía de mi vaso.

Una noche llegamos al Java con el Sapo, el Ganso y el gordo Sarro. Margot se precipitó a recibirnos.

*Yo soy... la más cumbanchera del solar
la negra más linda que nació en la Habana
en el barrio de Bélem...*

—Qué bueno que veniste —le dijo a Lobo—. Ven para acá si me haces el favor... — Lo llevó hasta una mesa y lo enfrentó a un hombre sentado, arrebatada y lagrimeando —. Te quiero presentar —dijo—, a este hijo de la chingada que me quiere quitar el dinero y dice que soy tranza y que quién sabe qué... —Y dirigiéndose al hombre sentado—, a ver hijo de la chingada, a ver, este es mi viejo y es agente también, así que arréglate con él —retadora—, a ver si eres tan macho —apocalíptica y como brindando por su autonomía—. Hablen ustedes de cabrón a cabrón —y fue a perderse en medio de la pista.

—Pues mucho gusto —dijo Lobo, buscándonos con la mirada—. Pero yo creo

que aquí no se puede...

—Pues sí, vamos afuera, a ver qué pedo traes...

—No, yo no traigo ningún pedo —mientras salían—, pero si hay problema pues tú dirás, nos echamos una sopita o lo arreglamos de otro modo... —Le fascinaba esa pequeña angustia. Implicaba iniciar el juego y jugar era la condición para alcanzar cierta embriaguez del corazón. Le gustaba medir el fondo nauseabundo de las cosas—. De manera que si quieres pues nos partimos la madre, digo, si ese es el problema —decía con voz de agente de ventas—, pues nos la partimos...

Irrumpimos atropellándonos, aullando como aztecas salvajes. El Sapo embistió al hombre aquel y lo hizo caer al suelo.

—Vamos a romperte el culo, cabrón de mierda.

Trató de rodar y el Ganso le dio una patada en la ingle y Lobo un taconazo en la oreja y él gritó, lloró y empezó a suplicar hasta que un pie le rompió la boca.

—Déjenlo —gritaba—, no sean desgraciados... No sean abusivos, cabrones, déjenlo, por favor... —Había rodado cerca de mí tratando desesperadamente de respirar, jadeo tras jadeo, mientras la sangre invadía su camisa.

—Síganlo —gritaba Lobo.

El tipo aspiraba cuando una patada le quebró la nariz. Lo dejamos tirado allí, con las piernas abiertas como para una violación... Sarro le vació los bolsillos...

Sentíamos una fuerza a prueba de lo peor...

Reíamos de unos y otros...

Cada noche Lobo cree padecer una revelación, un sacudimiento que hace temblar los cimientos de su personalidad y lo lleva a reflejarse automáticamente en nociones extrañas. Es una especie de Quetzalcoátl, que cede y peca. Necesita sangre humana para asegurar el mantenimiento del equilibrio universal. ¿Su propia sangre?

Está de fiesta con Katuflin, un pintor norteamericano que lo ha contratado como ayudante. Se deslizan por el salón mujeres elegantes y maricones connotadísimos. Lobo arrebató las copas de las bandejas de los meseros, bebe de golpe y arroja los vasos sin fijarse donde caerán, pero su conducta no escandaliza a nadie; regresan los meseros y le dan nuevas copas.

—Y decía bueno, por pendejo —cuenta Lobo poco después—, me la tomaba y aventaba el pinche vaso, puta, nadie se alarmaba ni gritaba ni nada. Katuflin se porta muy bien conmigo ¿no? Y yo decía qué jijos de la chingada estoy haciendo aquí, pinches burgueses ojetes. Y luego el mesero venía y traía otra copa y me la tomaba de un chingadazo y volvía a aventar el vaso para atrás. Y en eso Katuflin que se acerca y me dice que está enamorado de mí y que la chingada. Y yo le digo que no, que no armara el pedo, que tenía mucho que agradecerle y era su ayudante, que además lo cuidaba con gusto de los padrotes y los chichifos ¿no? Porque si yo no estaba allí cuando él se empedaba, nunca faltaba algún huevón que le robara las mancuernillas,

los adornos de la sala o cualquier otra cosa. Con decirles que una vez le robaron la televisión y una licuadora. Todo se lo quitan los chichifos. Entonces, bueno, quedó establecido ¿no? que yo era su amigo nada más, que lo apreciaba y todo, bueno, pero que no *todo* ¿entiendes? Y esa noche nos fuimos de allí al departamento de su novio, y cuando desperté recuerdo que estaba acostado debajo del sofá, metido abajo del pinche sofá, con un pantalón negro así muy elegante que había llevado a esa fiesta, mi camisa blanca y un saco gris muy clarito. Katuflin estaba tirado al otro lado del sofá y espérate, decía, vamos a tomarnos un vodka. Agarró unos vasos y les puso un chingadazo así de vodka y brindamos como tarados. Total, salí con un dolor de cabeza horrible, fui a bañarme al Chivo Encantado y dije voy a salir a tomar una cerveza ¿no? A la esquina, por que la abuelita iba a negármela o me iba a confesar. Y en la esquina encontré al Ganso y al Mapache...

Algunos encuentros nos encuentran. Otros se afirman como interrupción, intervalo, cambio u obertura. Lobo cruza el umbral de la miscelánea Las Delicias y retrocede sorprendido por la presencia de sus amigos, pero los abraza alegre y resuelto.

—¡Pinche Lobo! ¡Hijo de tu pinche madre! —festeja el Ganso.

—Uh, ora sí pinche ñero —saborea el Mapache—. Te vas a poner en medio ¿verdad?

—Pues sí, ya van, a eso vengo, a echarme una cerveza...

Beben entre diez y once Bohemias cada quien, exasperados y más ruidosos que nunca.

—Ya está cansado aquí ¿no? —propone el Mapache—. ¿Por qué no nos vamos a echar un pulque a Los Tejanos...?

Avanzan inflexiblemente por calles estrechas, esquivando niños y árboles raquíuticos, sofocados por el calor de la mañana...

A medida que beben en la pulquería, hablar los irrita más y más. Sólo el silencio permite el descanso que busca Lobo...

—Mejor vámonos a otro lado ¿no? Este pinche pulque sabe a orines de gringa...

—¿Qué tal si nos vamos a San Juan Teotihuacán?

—¿Por qué?

—Pues por equis causa, buey...

Van en el carrito del Mapache hasta una pulcata al pie de las pirámides que se llama Los Tres Cochinitos. Casi está vacía y comienzan a jugar rayuela... El juego es vía de acceso al tiempo puro, es abrirse a otra vida que ni siquiera tiene límites, es brindarse al azar. Y el azar es a fin de cuentas la puesta en juego de todo lo posible...

Beben más de cuatro litros de pulque cada quién, pero el sentido todavía no los abandona. Siguen jugando.

—Quiúbo, pinches jícamas...

Son seis soldados que entran: llamarada momentánea de albuces y risas...

—¿No invitan a jugar rayuelita?

—No —dice Lobo—, estamos jugando nosotros.

Nadie ríe a pesar de lo ridículo y melodramático de esta respuesta. Todos parecen confabulados para dejar pasar diez minutos.

—Órale, pinches jicamas, vamos a jugarnos el pulque ¿no?

Tienen dieciocho o diecinueve años, pero su aire hosco, sus rostros brillantes de sudor, flacos, cetrinos, y en el que habla una nariz chata y fuerte, los hacen parecer mayores.

—No —dice el Ganso midiéndolos con la mirada—, nosotros jugamos por deporte, nada más, no estamos apostando nada...

—Sí, no vayan a perder las nalgas —silba otro de los sardos.

—Entonces qué —grita el chato, triunfante—, ¿no nos van a invitar a jugar?

El Ganso habla en voz baja:

—Pues ustedes dicen. Tres para el Mapache y uno para cada uno de nosotros...

—Chinga tu madre —dice el Mapache—. Y de todos modos sobran...

—Nos van a dar en la madre pero fácil —susurra Lobo—, traen marrazos y la chingada, no, yo opino que ni madres, está la cosa méndiga ¿no? ¿Para qué vamos a echarnos esta bronca? —Y dirigiéndose al Ganso—: al primer intento de bronca que hagas yo me voy, porque ya estoy hasta la madre de broncas y no quiero madrazos con nadie, así que si arman pedo yo me salgo ¿entendido? —Mira fijamente al Mapache—: me cae que me salgo, de veras. Y usted pinche Ganso no haga bronca...

—No, padrinito, tienes razón, ahí muere la cosa...

Pretenden divertirse en el juego y no hacer caso de las provocaciones; en la liviandad y no en la gravedad...

El Ganso va y vuelve del baño entre indirectas y abucheos vejatorios...

—Uy, pinche padrinito, vamos a ponerles en la madre...

—Si comienzas con eso yo ya me voy.

Están en juego ellos mismos.

Pero de pronto Lobo recuerda algo y se dirige al tinajero.

—Oye ¿dónde está el cuartel aquí?

—Pues aquí a la vueltecita, a media cuadra...

—No vayan a hacer pedo —les dice al Mapache y al Ganso—, voy a buscar a mi primo que trabaja aquí en la guarnición... Es de los que cuidan las pirámides o no sé qué madres... No me tardo...

Un soldado lo empuja.

—Perdón —dice.

—Uy, sí —el Mapache lo acompaña hasta la calle—, tráete al pinche primo...

—Ya con tu primo les ponemos en la madre, ya vas —goza el Ganso.

Sale Lobo de Los Tres Cochinitos. La esperanza de encontrar refuerzos no le hace olvidar nauseabundos dolores, cierta acidez estomacal, cierta náusea. Aprieta los dientes ante la violencia de la luz, los entreabre y le da sueño. Se siente atontado,

brumoso, torpe, una especie de animal que tiende a embestir las paredes para buscar el camino, no por ignorancia, sino por condenación, que necesita golpear, caer, sangrar y volver a golpear...

Un cabo de guardia le marca el alto.

—Busco al teniente Lobo.

—No es teniente, es capitán.

—Bueno, pues al capitán Lobo.

—Espérese.

Frente al cuartel que desemboca en la horrisona luz su primera sensación es la de extrañeza y separación. Se siente distinto... Tiene ganas de orinar y el mediodía es hostil y parece burlarse de él. En esto aparece su primo descamisado y bamboleante, bastante bebido también, ajustándose el cinturón con la pistola.

—Quiúbo —y le reclama al cabo de guardia—, hijo de tu pinche madre ¿por qué no lo dejaste entrar? ¿Que no ves que es mi primo? Y qué digo mi primo, es mi hermano, sí señor, mi mero hermano... —Y lo abraza con ferocidad y aspavientos—. ¿Cómo estás, hermano? ¿Cómo está la tía?

—Pues bien...

—¿Y la pinche abuela?

—Pues bien...

—Y tu hermano ¿y los demás?

—Muy bien todos ¿y tú?

—Pues a toda madre ¿que no ves? Y pásale, que tenemos un pinche pachangón aquí porque se fue el comandante y estamos esperando a otro nuevo...

—No, fíjate que este, pues no puedo quedarme porque dejé al Ganso y al Mapache allá, bueno, son mis dos cuates ¿no? Y están en la pulquería de aquí a la vuelta...

—No, pues que vengan, chingada madre, pues si aquí hay para todos...

—No, pero es que fíjate que están allí uno pinches sardinas medio cabrones y por eso vine a verte...

—¿Dónde?

—Aquí a la vuelta, en la pulquería...

Caminan los dos, Lobo detrás, *un poco ajenos a este texto que intenta rescatar sus toscas maldiciones, su espontánea sublevación, su irrupción en mitad del mediodía*. Pretenden rugir pero guardan silencio. *Caminan agitados como dos piojos que huyesen febrilmente por los renglones de este libro que habla de ellos*.

Entra el capitán en la pulquería y ni pregunta quiénes son los que están molestando. Arrea con los primeros que ve. El Ganso y el Mapache se animan y golpean también. Y los otros ¿cómo van a pegarle a un oficial?

—¿Qué tal, pinches ojetes? —resoplando ruidosamente—. ¿Ya están surtidos o quieren más?

—No, mi capitán...

—Chinguen a su madre. Qué ¿no están viendo quiénes son?

—Pues no sabíamos, mi capitán...

—Pues para la próxima, ya saben ¿eh?

—Sí mi capitán...

Y dirigiéndose al Ganso, al Mapache y a Lobo:

—Vénganse para el cuartel.

—Pues ya estás —acepta el Mapache.

—¿Cuánto se debe? —resoplando aún y hacia el tinajero gordinflón y obsequioso.

—No, mi capitán, no se debe nada...

—¿Cómo chingados no? ¿Cuánto se debe?

—Deveras que nada, mi capitán, deveras, no es nada...

—¿Cómo que no, carajo? ¿Cómo no me vas a cobrar?

—Bueno, pues son veintiocho pesos, mi capitán...

—Pues ahora no te pago, hijo de la chingada.

—No seas ojete —sonríe Lobo—, págale...

—No, que chingue a su madre... Vámonos...

—Págale... O si no yo le voy a pagar —insiste Lobo.

—No le pagues nada, cabrón, para que aprenda...

Caminan hasta el cuartel donde se encuentran con la fiesta.

—Mi teniente, a ver, aquí mis primos, mi hermano, a ver, atiéndamelos como se merecen... —También promete—. Les voy presentar al capitán Carro... —Y cumple—. Este es el capitán Carro, un gran cuate y además mi compañero de escuela, y estos son mis primos y mi hermano...

—Y ya empezamos a platicar —contará Lobo, más tarde—, y el pinche Ganso empezó ¿verdad? Porque mira, nos servían unos madrazotes así de Castillo, de Bacardí, de lo que fuera, y nosotros ya íbamos medio tocados ¿no? De manera que en un ratón ya estábamos pedísimos. Y el Ganso: Oye, me levanta nada hija el teniente Coche ¿no? Y empezó a chingar que el teniente Coche. Y ninguno entendía ¿verdad? Me levanta nada hija, es decir, que le caía a toda madre, esto es, que le caía en los huevos. Y yo le decía no, no, cálmate buey, espérate, no vayas a armar pedo. No, decía él, me cae de madre que no lo armo, no te preocupes, no sea que me vayan a pelar la verga, decía. Y yo preocupado, pues nada más faltaba que hiciera algo allí y entonces sí quién sabe cómo le íbamos a hacer. Total, que estaba chingue y chingue al capitán Carro. Y entonces nosotros tuvimos que prevenir ¿verdad? Y mejor vámonos, pues sí, vámonos, y entonces nos fuimos, subimos al carrito del Mapache y quién sabe qué. Llegamos a la carretera y cada diez minutos se bajaban a ponerle en la madre a alguien, al primero que veían caminando, o a algún buey que se dejaba apantallar, pues se le cerraban a los coches donde veían que el chofer iba solo y bajaban con una «T» de esas que usan para doblar los tubos ¿no? Bueno, armaban pedo, el Mapache abría la cajuela y sacaba su «T» ¿verdad? y yo gritaba. ¡No sigan

mamando porque me voy, aquí me bajo y agarro el pinche camión, o me voy a pie pero no quiero saber nada, pero nada de ustedes! No, que sí, que pinche Lobo, que no seas ojete, que quién sabe qué. Bueno, me costó mucho trabajo controlarlos durante todo el viaje... Y de pronto dijeron ahora vamos a casa del Mapache. Sí, quiero que conozcan mi casa que no sé qué. Y fuimos a la casa del Mapache, pero para esto nos bajamos en un supermercado, ahí por la Defensa, ya era tardecito, han de haber sido como las siete y media o las ocho, ya de noche ¿no? Recuerdo que saqué dos botellas de vodka y que dije no las voy a pagar, nada más me salgo así muy tranquilo. Y efectivamente salí muy tranquilo, pero ya en la puerta el policía vio que no llevaba ni bolsa ni nada, ya no me acuerdo bien. Dicen que el policía me paró y que luego luego le quería partir el hocico. Total, que se me armó la bronca allí afuera del supermercado. Dicen que yo la empecé pero no estoy seguro. El caso es que cuando salimos de allí nos fuimos a casa del Mapache y no recuerdo a qué horas ni cómo salí. Recuerdo que iba corriendo por la carretera, todo oscuro completamente, noche cerrada, y yo veía nada más los faros de los coches, los pinches faros, así, y de repente di el ranazo y me agarraron dolores que hasta me bajaron el pedo. Estaba tirado en una zanja, así, en la cuneta. Una zanja medio larga, medio honda y medio lodosa ¿no? Trate de levantarme ¿no? y la pierna, coño, no podía con ella. Entonces me arrastré hasta la carretera y dije aquí me planto hasta que alguien me de un aventón, compadre, así todo jodido, hasta que se paró un taxi ¿no? Y le dije adonde iba y me dijo son veinticinco pesos. Está bien, me subí con él y que empiezo a buscar y no traía ni un pinche peso, compadre, traía una pinche moneda de a veinte centavos, nada más... Llegamos ahí por Melchor Ocampo y ni siquiera me dejó en la lateral, me tumbó en el camellón. No me podía mover del dolor, carajo, y dije bueno, y ahora qué hago, cómo le pago a este buey. Traía un reloj que costaba como doscientos pesos, me lo quité y se lo di. Le dije pues ya está, ahí muere, estás de suerte, dije, saliste de gane. Y el otro se fue. Ha de haber dicho: está pedísimo y me regala un reloj... Pues se fue. Creo que ni me oyó. Y ya me quedé allí tirado en el camellón como un animal, jodido de una pata y lleno de lodo. Los coches pasaban y pasaban hasta que me vio un vecino, un conocido de un taller de por allí que me llevó cargando hasta la casa...

Siempre la misma ausencia de armonía, la resaca de la violencia, el odio de los otros, la victoria definitiva de los otros como balanceando raras ocasiones de felicidad, de bebida, de risas... Y sin embargo queríamos la fuerza y no la enfermedad. Queríamos instaurar permanentes fiestas de los sentidos, carcajadas, recompensas sin límite, y rechazar de una vez para siempre noches de bruces contra el suelo e imploraciones en voz baja...

Son las dos de la mañana y espero una señal convenida frente a la casa de Amparo Carmen Teresa Yolanda. Escalo un viejo encino que me ha derrotado un par de veces

por las heridas recibidas en nuestras peleas callejeras. Me deslizo hasta el cuarto de azotea adonde celebramos nuestros ritos nocturnos: es aquí donde hemos jurado una y otra vez negarnos al tedio y vivir únicamente lo que nos fascina. La oscuridad es tan densa que nada parece estar presente, excepto su cuerpo. La oscuridad no puede ocultarla: su cuerpo habla. Hay una lucha amable porque ella no quiere ser desvestida y yo la desvisto: luego vienen abrazos feroces, gemidos animales, lenguas ávidas, grandilocuentes, febriles, manos que buscan incesantemente respuestas definitivas a preguntas informulables. Rozo su frente, la beso, muerdo sus senos. El ritmo de la noche se acompasa al de nuestra sangre. Quiero leer en sus cabellos revueltos, en su boca angustiada, en sus mejillas ardientes, pero no parece estar hecha para ser comprendida, no hay nada que comprender en ella excepto esto mismo, que es *incomprensible*. No será la razón, sino el amor quien suministrará los últimos y más duraderos espejismos. Enamorados, nuestra vanidad no conoce límites. *Quiero leer en ella como en este libro*, pero a la vez ¿qué quiero saber si lo inefable que es ella entera se comunica a través de sus caricias y de su aliento?

—Te amo —suspira—, te amo... —O creo que suspira porque me estrangula violentamente en los espasmos finales. Hechiza, y sin embargo sus dedos hieren como garras, sus piernas ahogan...

—¿Terminaste?

Nunca responde. Nos comprendemos hasta que tenemos algo que decirnos, algo difícilmente formulable, cierta plenitud... ¿O nos comprendemos por aquello que no hemos dicho y que no podremos decirnos nunca? A veces llegábamos a pensar que si pudiéramos decirlo *todo* seríamos totalmente incomprensibles.

—¿Terminaste? —pregunto una y otra vez, hasta que la enajenación más completa nos confunde. Ya no somos dos sino uno; el cuarto entero, la cama abajo de nosotros, la ropa desperdigada en la oscuridad, o mejor, el mundo y nosotros somos una misma cosa. No existe un adentro ni un afuera, un sí mismo y un no mismo.

¿Expansión del ser?

Cuando el perfume de un cuerpo está cargado de reminiscencias, nos perdemos respirando ese cuerpo, interrogándolo, en la angustia del secreto que su dulzura nos entrega a cada instante. En la noche del cuarto mi atención está entregada por completo a ese calor que persiste como un halo sobre nosotros. Creo que ya no podré concebir otro desfallecimiento extremo que no sea como éste, envuelto en esta clase de alegría inhumana, desenfrenada y satisfecha, de regreso a uno mismo después de inmersiones en la desesperación, la locura, el amor, la risa, el vértigo, la pérdida de sí o la confusión y la insatisfacción...

Amparo Carmen Teresa Yolanda se persigna. Da gracias a Dios por comunicaciones así de agitadas. Pide perdón por no buscar una exaltación similar en la religión y llora, llora retorciéndose de felicidad y culpa. Y yo la abrazo hasta que nuestros cuerpos se confunden, se funden, se fundan...

Se siente sola y queremos que alguien nos describa la extenuante soledad de Dios;

perdona todo y evoca la dureza de Dios Padre haciendo sacrificar a su hijo en una noche de carnicería... Irá a confesar y su confesor va a chillar horrorizado: sus palabras lo violan...

Todos los domingos venimos a misa al Salesiano. Los muchachos integran el equipo de futbol y lucen chamarras que los identifican. El Grapa y el Ganso han organizado el club y se roban las cuotas para ir al Java o al Califa, pero en la iglesia se mantienen muy rectos porque pretenden ser ejemplo para los niños del barrio. A veces nos invita a desayunar el padre director. Hablamos de humildad, de arrepentimiento, de la buena obra diaria. Y Lobo compara absolutamente azorado y rencoroso nuestros desayunos con el atole champurrado que les dan a los niños que se forman afuera de la iglesia...

Esta vez traen una reliquia. Es una garrita encerrada en una custodia, un pedazo de intestino, una muela. No lo sabemos. Cada equipo puede mandar a dos representantes para que la besen. Nos miramos interrogativamente.

—No, no, que el pinche Lobo no la vaya a besar porque la derrite con el aliento alcohólico ¿se imaginan?

Nos checan en una tarjeta la asistencia a misa y al catecismo. Si los jugadores de futbol no vienen a misa, por ejemplo, no pueden alinear, y a veces entran en la cancha siete u ocho en lugar de los once reglamentarios...

Las clases de catecismo las imparte el autor de unos libritos que se llaman *El verdadero catolicismo*. Si lo escuchamos y nos perforan una tarjeta de control de asistencia, podemos entrar al cine. Semana a semana exhiben un cortometraje del Gordo y el Flaco y un episodio de *El Imperio Submarino*.

El catequista adopta aires mesiánicos y habla muy cerca del micrófono. Su voz resuena atronadora en la enorme nave de la iglesia.

—El principal enemigo del hombre es la mujer... No hay peor enemigo en el mundo que la mujer —gesticula, esforzándose por dar miedo. O bien—: Hay parejas de novios que llevan a tal grado su desvergüenza, que desarrollan a tal grado su falta de moral que, pena me da decirlo, hasta se besan...

—Pues en donde —comienza el Ganso.

—Este cuate está pendejo —murmura el Ratón Vaquero.

—Y ninguno de ustedes se puede casar —sigue el catequista—, hasta que no estudie una carrera y gane un mínimo de trescientos pesos diarios...

—Este viejo ya la está regando —murmura el Sapo—, porque si me ando aventando con veinte varos que gano en el taller, pues cómo, este cuate deveras que no...

—Cómo es posible —a todo volumen—, que los hombres anden mirando a esas mujeres que se entallan toditito, a esas desvergonzadas... Pasa una mujer —

mesiánico—, y cómo es posible, digo, que los hombres se le queden viendo a las nalgas... ¿qué tienen de extraordinario las nalgas de una mujer? Si son más grandes es porque fueron preparadas por Dios para tener hijos... Además, son más bonitas las nalgas de los hombres...

—Uy, este cuate ya se está cayendo del mecate...

El Mapache y Lobo gozan afirmándose como locos entre los locos.

—Nos da unos Ferronales —exigen en una farmacia—. Y un vasito de agua, por favor...

—Un momento —suplica el dependiente—. ¿Unos qué?

—Unos Ferronales y un vasito de agua. Es que aquí, mi compañero, trae un dolor muy fuerte...

—Bueno, pero esos qué son...

—Pues yo que sé, cómo quiere que sepa...

—Pues qué tiene.

—Le cayó Nebraska en el estómago... —Y es que todas las enfermedades se llaman Nebraska.

—No, pues ando rejodido —sufre el Mapache—, también tengo Nebraska aquí en la rodilla —y es un raspón.

—¿Nebraska? —pregunta el farmacéutico cada vez más preocupado—. ¿Pues cómo son?

—Pues son unos sobrecitos rojo con amarillo...

—Rojo con verde —agrega el Mapache.

—Sí, con verde —subraya Lobo—, pero tantito...

—Y azul —dice el Mapache sin soportar la alegría que asciende y está por desbordarlo.

—Es que son rojos pero también tienen verde —sigue Lobo hasta que se contagia con la risa esquizofrénica del Mapache.

Gnomos nocturnos, sin edad, más vivos que los vivos, los párpados levemente hinchados por el sueño feliz, seducidos e inmersos en sus mitos de rebeldía y superioridad.

Después de dos o tres cartones de cerveza abandonábamos el bien y la razón.

—Mira —chillaba Lobo—, un policía... Nunca me he orinado en un policía... —Se desabrochaba la bragueta y correteaba al uniformado fustigándolo con un chorro de orines. El pobre tipo se sacudía aterrorizado, como si estuviera enredado en telarañas.

—Órale, cabrón —y daba de manotazos.

Lobo tras él, sencillamente alborozado y satisfecho.

En la Delegación resultaba amigo de todos.

—No, compadre, pues vete tú —decía—, yo no puedo caerle a mi abuelita así como así, y ni modo que me vaya a tu casa ¿verdad? —Y volviéndose hacia el agente del Ministerio Público—, oye ¿me das chance de dormir aquí en el escritorio?

Imponía siempre su voluntad, elevándose sobre la angustia por la ligereza del cinismo y la pureza de su risa.

El que bebe como campeón trabaja en una boletería y vive con su novia porque la ha embarazado.

—No, mano, yo ya me chingué, pero ni pedo ¿no? Estuvo bien, áhi estoy, pues ni modo ¿no?, pues ya...

A veces viene a jugar futbol.

—¿Qué crees, compadre? —Habla moviéndose sin cesar, como si boxeara con su sombra—. La otra noche voy llegando a la casa con los ojos bien irritados y que dice mi vieja pues el limón es muy bueno... ¿Deveras? Sí, ven para que te ponga unas gotas. ¡Hija de la chingada! Nunca lo hubiera hecho, compadre. Mira, que me levanto y en medio de mi ceguera que la prendo con el oper y luego el cruzado de derecha y a chingar a su madre ¿no? Cayó sobre la cama...

Usa trajes negros entallados de abajo, hasta con zíper para poder meter el pie. Siempre lo encontramos parado en las esquinas.

—Quiúbo, pinche padrote de banqueta...

—¿Cuál de banqueta? —protesta—. Tráiganse dos de Bacardí, ya llevo dos de Tequila y órale, ahorita... —O presume—: Ayer estuve en el Salón México, agarré dos viejas. Primero fui con una y después con otra, regresé, bailé dos horas, me eché dos de Bacardí y aquí estoy listo para dar la pelea...

—¿Sabes qué? —Y el diablo brilla en nuestras pupilas.

—¿Qué?

—¡Vete a chingar a tu madre!

¿A qué se debe que no hagamos más daño ni cometamos venganzas o violencias más sutiles? Seríamos malos si no nos pareciese vano el serlo...

Vamos a comer pozole, medio borrachos, y al primero que se descuida le vacían un plato en la cabeza.

—Está bien, está bien —acepta el agredido—, yo aguanto, aguanto..., —pero si otro se descuida va y le arroja el contenido de su plato en la cara.

Vamos a cenar y ninguno come porque todos terminamos con el pozole encima.

—Lobo, mejor llévanos a doblajes ¿no?

Estamos nosotros mismos en juego y yo pienso en Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Éste ya se puso James —califican, por James Dean, desamparado y mudo en *Rebelde sin causa*.

—¿Qué tiene?

—Nada, este buey ya está James... —E inmediatamente—: Lo que necesita es una frotadita...

Todos cantan y después arremeten, insensatos y crueles.

Viene un hombre al campo deportivo y elige a Lobo y al Ratón Vaquero. Los revisa de arriba a abajo.

—¿Qué hay que hacer?

—¿Quieren integrarse al equipo de cigarros El Águila?

—Pues sí.

—Vengan a esta dirección para que los prueben...

—Uy, a estos bueyes ya los van a probar...

Les dan equipos. Es la primera vez que juegan con espinilleras y les pagan ciento cuarenta pesos a la semana.

—¿Qué tal? ¿Pasaron la prueba?

Durante varios días los vamos a llamar Los Probados.

—¿Quién los probó?

Corre Lobo controlando el balón, seguido por compañeros y enemigos. Su evasión es el deseo de lo imposible: querer superar lo finito para alcanzar lo infinito. Es la tentativa de querer aprehender el firmamento y encerrarlo en un momento de la actividad humana o en la historia de la humanidad. Su carrera es la persecución desesperada de lo eterno a caballo de una estrella o en alas del tiempo. Estira sus deseos en la esperanza de que, a fuerza de jalarlos con pasión coincidan con la meta. Pero un trapiés y pierde la pelota: el sueño se despedaza, el alma se encoge como por una ráfaga de hielo y la nostalgia recompone los momentos de una carrera que es bella sólo porque ya no es ni podrá ser nunca.

Después de un juego un espectador lo llama.

—Oye, tú sabes algo de títeres ¿verdad? Fíjate que andamos buscando un ayudante para que nos eche una manita con unos monos que necesitamos. No sé cuánto te pagarían, pero de que te van a pagar, te van a pagar...

Es un trabajo manual, fácil, y Lobo ha hecho piñatas, tiene cierta habilidad para manejar papel y engrudo. Forra pequeñas estructuras de lámina y somete sus materiales a sabrosas operaciones: estira, alarga, envuelve, distiende y hace coincidir, plantea y replantea, define, afirma, corrige y acaricia. El jefe del proyecto maneja títeres en el teatro Rosete Aranda y van a hacer más de cuarenta muñecos. Le entrega a Lobo un cuarto independiente en el jardín de su casa, le da de desayunar y le da de comer. Pero no acostumbra cenar y Lobo debe aceptar semejante dieta. Le pagan sesenta pesos a la semana que se suman a lo que gana en el fútbol, además de casa y

comida.

—De aquí tiene que salir algo —previene Lobo.

El titiritero le regala un traje que manda achicar y voltear. Ya tiene traje y domicilio. Vende calcetines en sus ratos libres. Compra en abonos un reloj imponente y se esconde de los acreedores, pero siempre paga los cartones de cerveza.

Escapa de las noches encerrándose en su cuarto, símbolo de la quietud, lugar de silencios solemnes y profundos donde es permitido soñar sin despertarse. Piensa en una noche en que del fondo emergerá la imagen de la muerte, esa señora blanca esperada, deseada, consoladora; piensa en noches llenas de grillos y murciélagos, en confundirse con los elementos de la naturaleza, en su propia existencia mezclada con el agua de un río, discurriendo hacia el mar y perdiéndose allí, sin retorno. Pero el titiritero golpea en la puerta.

—¿No se le ofrece nada?

—No, pues no se me ofrece nada, muchas gracias.

—Es que le traía un atolito... —Abre y se sienta en la cama, rotundo, tímido y a la vez obsequioso—. Ándele, tómeselo, está caliente... ¿O prefiere fumar?

—Es usted muy amable —puntualiza Lobo.

—No es amabilidad.

—¿Entonces?

—Usted sabe lo que quiero —acercándose.

—Mire —resuelto y desagradable—, si vamos a empezar con esas chingaderas yo me voy ¿eh?

—¿Cuál es tu precio? —fríamente—. ¿Veinte pesos? ¿Cincuenta pesos?

—¿Qué precio tiene tu madre?

—Mi madre no es una perdida como tú, pendejo —y casi involuntariamente lo amenaza con la mano abierta.

Lobo lo toma del cogote.

—Vete a dar unos baños de asiento si no quieres que te rompa el hocico. ¿De acuerdo?

Permanecen mirándose un rato.

—¿Me das un cigarro? —arriesga el titiritero.

Lobo toma el paquete de encima del buró.

—Pero tienes que encendérmelo tú.

Fuman en silencio.

—No sé que pensarás de mí...

—No pienso nada, no te preocupes —bosteza Lobo—, nada más no comiences con estupideces...

La noche siguiente están en una fiesta. A Lobo lo deslumbran las bailarinas, jóvenes y maquilladas como recién salidas de sus tumbas.

—Uy, manita, fíjate que me mordió por dondequiera...

Se alzan el vestido y enseñan las huellas de sus aventuras a la vista de todos.

Lobo no está acostumbrado: asombro de vivir y vanidad de la vida, animación de la noche y desolación ilimitada, conciencia nocturna de fraternidad y soledad sin remedio.

En la pandilla lo desconocemos.

—Ya llegó el Supermacho...

No se adapta a esas fiestas y es ajeno a nosotros.

—Vénganse —dice, pues no quiere cerrarse a ninguna posibilidad—, los voy a llevar a una fiesta de putos, para que vean lo que es bueno...

—No saben las corretizas que me pegan —cuenta Lobo artificial y narcisista—. Y fíjense que un compositor en cuanto me ve que me dice que cuando quiera pase a comer con él, los sábados, dice, sobre todo los sábados porque no trabajo. Y papronto, dije, y le caí un sábado porque me cayó bien y me iba a tocar sus composiciones. Total, que llego y que me explica cómo hace sus arreglos. Dice, mira, aquí van los cornos. Y yo digo los cornos, ah, pues a toda madre. Y aquí entra un oboe, y acá entran las cuerdas, y yo me divierto mucho porque él imita todos los sonidos. Hasta que un sábado en medio de un arreglo que me tumba en la cama. Me aventó y chíngale, entonces así, nada más forcejeando hasta que le dije bueno, ya, no seas pendejo, si podemos ser buenos cuates nada más ¿no? Y empezó entre nosotros una amistad muy suave. Bueno, dijo, tienes razón, esto ya murió, olvídale ¿quieres?, por favor... Y luego ya me presentó a Katuflin y pues entonces sí que subí de trabajo ¿no? Porque por ayudarlo a hacer un pinche mural me paga mucho más que por hacer los títeres ¿no?

Pero Lobo se relame goloso frente a una enamorada del compositor. Es una aspirante a actriz y el compositor nada más la incita por divertirse.

—Es una muchacha a todo dar —afirma Lobo—. Fíjense que vino con un grupo de provincia y yo le echo el tigre ¿no? Pero unas corretizas que le pongo que no se imaginan. Deveras, no, pues órale, vamos al cine, que qué pasó, te invito un cafecito ¿no? Vamos al Califa y cosas así ¿verdad? Pero casi nunca quiere porque anda derrapando por el compositor este...

Lobo también asiste a estas fiestas como presa. Tratan de emborracharlo y seducirlo...

—Traíamos un pedo sensacional —comienza. Lo encuentro en la Escuela Superior de Arte Aplicado. Aprende cerámica y me cuenta cosas sin dejar de trabajar—. Pero todos, todos, no te imaginas. Estábamos en casa de un cuate de aquí, Farfonflas, ya lo vas a conocer, es un cuate a todo dar ¿verdad? Y como el compositor no estaba, me dije bueno, ahora sí, y que le propongo a mi amigo, oye, qué tal si me le aviento a esa vieja y tú te quedas con esa otra ¿no? Y al final ya nada más quedábamos los cuatro. Y que me dice, tú te metes en ese cuarto y yo en este. Nos repartimos la casa ¿no? Y yo papronto, la metí en la biblioteca y ahí empezamos

un pedo terrible, pero un pedo loquísimo, rodando de un lado a otro sobre la alfombra y hablando de mamada y media. No podíamos hacer nada porque todo se confundía en una especie de lucha, bueno, entre lucha y cachondeo, porque se dejaba besar y agarrar todo, pero cuando la estaba preparando decía no y que la chingada, que nos van a ver, así que yo pensaba que otro poquito y ya iba a querer. Volvía a la carga ¿no? Una y otra vez, hasta que me cayó gorda y ya me levanté. ¿Sabes qué? Ve y chinga tu madre, porque a mí las luchas no me gustan. Y en eso le había pasado lo mismo a mi otro cuate y también había corrido a la otra vieja. No sé de dónde sacaron a estas pinches viejas, decía, a chingar a su madre, que quién sabe qué, y se paseaba de un lado a otro de la casa. Pues yo ya me voy, dije, y entonces me salí. La otra muchacha, la que estaba con Farfonflas, que se sale también y que me pregunta ¿tienes coche? No, le dije, pero voy a tomar un taxi para irme a la casa. Oye, pues dame un aventón ¿puedes? Ya vas, dije. Y es que no tengo lana. No te preocupes. Y ya estábamos en el taxi cuando le pregunté ¿por qué no te quedas en mi casa? Dijo pues fíjate que es lo que te iba a proponer. Pues órale. Llegamos al cuarto, en la casa del titiritero, y le pregunté ¿no te echas un vodka? Ya estábamos pedísimos, compadre, pero tenía una botella y sin refresco ni nada, con agua natural, vodka con agua de la llave, no sabes qué cosa tan horrible, carajo. Pero nos echamos como media botella y entonces yo advertí que sí, que el tiro era derecho ¿no? Brindamos y todo, y luego fuimos, nos acostamos y me la troné así, a toda madre. Y ella me dijo, tú, al final, supongo que te diste cuenta que era virgen. ¿Pues qué hacía yo? Allí estaba la sábana manchada y todo ¿no? O que a toda madre o qué horrible, no sabía qué decirle. Y entonces se pone seria y me dice: quiero que establezcamos qué somos tú y yo. Pues no somos nada, respondí. Pero cómo que no somos nada, contestó, somos amantes ¿no? Y le dije no, porque amantes son dos gentes que se aman, y yo a ti apenas te acabo de conocer, dije, y este, pues no somos nada, no sabía que eras virgen, digo, no sé, qué tan importante es para ti serlo, haberlo sido, no sé, pero yo creo que no somos nada ¿no? Y qué bueno. Ella me veía con incredulidad... Y mira, le dije, a mí para que es más que la verdad, a mí me gustó mucho esto que pasó contigo, aunque no me di cuenta muy bien porque estaba repedo. Pero si nos seguimos viendo, le dije, pues a lo mejor nace el amor entre nosotros y acabamos enamorados. ¿Quién sabe? ¿no? Eso no podemos establecerlo desde ahora, digo ¿para qué nos hacemos tontos? Y dijo no, pues está bien, no hay bronca, pero una cosa sí te voy a decir, y es que te prometo que nunca en la vida me vas a volver a ver. Y carajo, compadre, yo me reí y me cae que no la he vuelto a ver. Y fíjate que no sé ni cómo se llama, ni si se suicidó ni nada. Pinche vieja ¿no? Luego luego quieren hacer tragedia de cualquier cosa ¿no?

La masculinidad ideal es un obstáculo para la ternura, y de allí el amor saca su sustancia.

—No entiendo —dice Lobo cuando le desarrollo esta idea.

—La ternura sería lo sobrenatural cotidiano...

—No te la jales.

Y amar al amor es abrazar a nuestro verdugo, agrego, ahora que escribo y no durante aquella conversación...

Otra de esas noches, al final de nuestras correrías, tropezamos con la Marrana derrumbado en la calle; perdido de borracho.

—Órale Ratón, es tu padrastro, no lo vas a dejar...

Lo arrastramos entre todos y ya estábamos por abandonarlo recargado en la puerta de su casa, cuando la madre del Ratón Vaquero gritó amenazante:

—No se hagan pendejos, hijos de su pinche madre, vergüenza habían de tener...

La Marrana volvió bruscamente en sí.

—Cálmate vieja, que vamos llegando, gracias debías de dar...

Se apoyaba en el Ratón Vaquero para mantenerse en pie.

—Tú cállate, hijo de la chingada porque te voy a poner parejo.

—Pues ve y chinga a tu madre, vieja infeliz...

—Óyeme, pinche puto hijo de la chingada —respingó el Ratón Vaquero—, ¿a quién le estás mentando la madre?

—Tú cállate pinche escuincle metiche que por tu culpa estamos jodidos...

—Tú no te metas —subrayó la madre.

—Cómo no me voy a meter si te está mentando la madre...

—Que te digo que no te metas...

En ese momento se abrió la puerta y salió el perro ladrando salvaje y exuberante.

—Vieja hija de la chingada —empezaba la Marrana, respirando pesadamente—, si no te callas áhi te va la zurda infernal...

—Oyeme cabrón, pues a mí no me vas a amenazar...

—Sí, no vas a amenazar a mi madre —terciaba el Ratón Vaquero.

—Tráiganse al Bolillo —reía Lobo, atrás de la puerta—, no le vaya a entrar también...

Y allá estaba el perro ladrando desde prudente distancia, con increíble regocijo.

—Sáquense al Bolillo —insistía Lobo—, porque si no lo van a meter en la bronca...

La madre del Ratón Vaquero salía por las mañanas a barrer la calle. Salía la Marrana también, a ayudarle, con la cara borrada por innumerables arañosos. Se dejaban de hablar durante días y días.

—Oye, Marrana, ¿no vas al gimnasio con nosotros?

—No, manito, ahorita no puedo, uh, no, está rencabronada aquella... Ya hasta me suspendió el gorila...

Poco a poco fui prefiriendo quedarme en casa por las noches. No es que odiara a los

míos, a mis amigos y sus incertidumbres, encantados con su torpor y se diría que hasta deslumbrantes de embrutecimiento, sino más bien que me sentía enamorado, flotando en una especie de bendición. Me refugiaba a pensar en Amparo Carmen Teresa Yolanda. Daba vueltas y vueltas a sus palabras y escribía en mi frío departamento frente al Palacio de Bellas Artes. Mi perra le ladraba a la noche. Los aztecas colocaban un perro junto al cadáver del guerrero sacrificado, para que su espíritu pudiera trasladarse sobre las espaldas del animal por las aguas de los muertos...

Escribía sobre el escritorio de mi padre, junto a la cocina donde la tía, doméstica y feliz, se movía vehementemente y cantaba.

Yo trataba de describir mi asombro por eyacular la primera vez que miré el sexo de Amparo Carmen Teresa Yolanda. Pensaba en su piel que me turbaba y alarmaba. Dibujaba la curva de su espalda o el secreto de su clítoris sobre un papel que inmediatamente engarruñaba y arrojaba por la ventana. ¿Cómo estrujar el deseo con mayor seguridad y emanciparse de él?

Me imaginaba escribiendo en papel membretado con la huella de sus labios...

Mi tía ponía en el tocadiscos casi todas las noches *La verbena de la paloma*. Mi desesperación era tanta que desde ahí creía oír hablar a mi Amparo Carmen Teresa Yolanda con su religiosidad de cortapisas y telarañas y su coquetería adolescente...

*Que me dijo mi madre
que no me fiara
ni de tus ojos que miran traidores,
ni de tus palabras...*

Me veía reflejado en el cristal que cubría el escritorio. Tenía dos cabezas, cada una conformada por una obsesión igualmente violenta. Por un lado cierta aspiración a la soledad, una sed de oprobio, el deseo de arder en una condena inapelable. Por otro, cierta propensión a la acción y a la fantasía, ganas de saber muchas cosas, de hacer el amor con todas las mujeres que me gustaban, de beberme el contenido de todas las botellas.

Pero tenía miedo, me negaba a reconocer mi cuerpo como la medida de todas las cosas; temía entender que las palabras debían ser físicas antes de ser metafísicas, que conocimiento era conocimiento carnal... Escribía de Amparo Carmen Teresa Yolanda para abrazarla con palabras, para impresionarla ¿o para exorcizarla?

*Esta noche la paso
de broma y jarana
porque requiero, requiero y requiero
y me da la gana...*

Recuerdo otra vez, sentado con Lobo en la trastienda del Chivo Encantado con una

cerveza en la mano. Él asumía de pronto nuestra absoluta derrota, los ojos fijos, sufrientes, gritando casi que era necesario que amásemos y fuésemos amados apasionadamente, gritando su odio hacia un mundo que había hecho del amor un chantaje, una prisión o una propiedad privada, alelado por la bebida...

Yo no sabía que la suerte y el tumulto de la vida inexorablemente arrastran a los visionarios de sueños turbadores.

CAMINÁBAMOS POR LA NOCHE, todas las noches: nuestras piernas se movían con pesadez estimulante... Pero semejante vagabundeo nocturno atraía violentas sospechas: esa inclinación a errar cuando el mundo se atenuaba nos hacía aparecer culpables. Había que dormir si los demás dormían... Pasarse la noche escribiendo o con los ojos abiertos por defenderse de angustias intolerables era muy imprudente...

En la noche de los demás todo se esfumaba: horas de reposo, de ausencia, de silencio. Lobo y yo caminábamos al encuentro de aventuras inexplicables y los que dormían debían ignorarlo. Pero mientras todo desaparecía en la noche de los otros, todo aparecía en nuestra noche... Nuestra noche era aquello que surge cuando los sueños reemplazan el sueño, cuando los muertos caminan desde el fondo de la noche para ocultar y apaciguar la esencia de la noche. Eran noches con cosas que no podían dejar de verse, algo incesante que se hacía ver o sentir y que no podíamos traducir a palabras... Los otros encontraban el olvido e incluso la muerte en sus noches tranquilas y domiciliarias; nosotros nos enfrentábamos a una muerte que no estaba por ningún lado, al olvido que se olvidaba, a recuerdos sin reposo que se agitaban en la noche llena de ruidos...

Terminábamos en La Peña Deschavetada, un lugar de allí por Izazaga y el Salto del Agua, pletórico de tríos, mujeres que terminaban su jornada en casas de citas o cabaretuchos tempraneros, actores de carpas, toreros retirados, burócratas y diputados de los que emergía el diablo a esas horas.

—Era un lugar para políticos de segunda —decía Lobo—, y putas de primera...

Ahí nos quedábamos felices, oyendo a los tríos, discutiendo quiénes eran amanerados y quiénes no; estableciendo jerarquizaciones entre Los Tres Ases y los Espectros, las Sombras y los Panchos, los Duendes y los Tres Caballeros, los Martínez Gil y los Fantasmas. Llevábamos dinero para veinte canciones o más. Por cada diez cantaban una extra, y por cien pesos alcanzábamos veintidós canciones. Era común encontrar a Lobo allí, enfrentado a un Madero con Sidral, frente a una hilera de vasos o botellas y haciendo cuentas para apartar el dinero de las propinas, el taxi y un taco a la salida o alguna emergencia...

Cada vez que llegaba:

—¿Qué pasó? ¿Cuál va a ser?

—Échense *La gloria eres tú*, y luego *Mi corazón abrió la puerta*, *Sigamos pecando*, *No puedo ser feliz*, *Mil congojas* y *María Chuchena*...

Buscaba en las canciones sus propios suspiros, sus muecas, sus indecencias, sus humillaciones. Esa música le permitía expansionarse, verter vergüenzas, lágrimas, éxtasis difícilmente confesables en la intimidad, incontrolables en el silencio y la medida. ¿Le hubiera encantado que compusiesen una canción con sus pensamientos! ¿O era para legitimar esa aspiración que frecuentaba con tal intensidad y delectación a esos cantantes de voces tipludas y guitarras lustrosas? Muchas veces se vio como amigo de la farándula, como un fanático que hubiese conocido a todos los cantantes por la desesperación de no ser de los suyos.

*... y la esperanza se perdió
en otra noche sin amor...*

—Nunca les pedí menos de cinco —explicaba Lobo mientras trataba de trazar sobre una cartulina una penca de plátanos verdes—, y si no tenía cuando menos cincuenta pesos para los cancioneros, bueno, pues mejor ni les hablaba ¿no? Comentaba algo y que no, que ya me voy, que no sé qué, y me salía ¿no? O con cincuenta pesos me ponía a bailar, a tostón la pieza o lo que fuera. Entonces una noche estaba yo ahí medio pedo y se me ocurrió decirles a ver, acompañenme una canción a mí, a ver qué sale ¿no? Pero pues yo no sabía ni agarrar los tiempos ni las entradas ni nada de eso ¿no? Y con otras dos voces pues menos, compadre, porque o me iba con ellos o me descuadraba. Pero con todo y eso me aventé y quién sabe qué salió, pero que muy bien, tú sí la haces que no sé qué. De manera que otra noche pues acompañanos esa que te salió la otra vez ¿no? Y ya estaba más listo con las entradas, oía más al segunda voz y no te imaginas...

Me contaba eso para evitar mi estupor, otra noche, cuando se pusiera a cantar con el trío, duplicando la segunda o la tercera voz, y hasta ocasionalmente consiguiendo una armonía en cuarteto. Hablaba igual que una muchacha desvestiéndose, buscando mi asombro entre arrogancias y cálculos. Y al terminar su exposición me miraba sin el menor pudor, obsceno él mismo, con la misma deshonestidad que lo habitaba cuando salía de sí y se ponía a cantar.

*Una copa más
tal vez un poco amarga
por nuestro gran cariño
que nunca volverá
una copa más...*

Contagiado de energía, de entusiasmo, de calor, trataba espontáneamente de imitar a uno de Los Panchos, sobreponiéndose a los ruidos de ese centro nocturno.

Otra noche, salimos del Chivo Encantado y nos detuvimos en una esquina a esperar un camión.

—Oye, pinche compadre, ¿ya viste lo que te encontraste?

—¿Qué? —entre alarmado y satisfecho.

—Fíjate bien.

Es una caja de cartón al parecer abandonada. Surge de la oscuridad limpia y reluciente.

—No jodas, debe ser de algún buey que anda por aquí...

Permanecemos diez minutos más y nadie se acerca.

—Agárrala tú —le digo a Lobo.

—No, compadre, tú primero...

No me decido y él da dos zancadas y se deja caer blandamente, como si se hubiera desinflado, arriba de la caja.

—Si alguien brinca —susurra—, hago un chiste o cualquier jalada... —Ya se ve desbordando explicaciones—. ¿Cuál pedo? Aquí está su caja ¿no? Se la estábamos cuidando...

Pasan varios tranvías rumbo a Chapultepec y nadie se acerca. La cambiamos de lugar y volvemos a sentarnos sobre ella. Esta vez soy yo. Lobo habla y habla y finge leer los letreros de los camiones.

—Fíjate que llegó el pinche Grapa pero orgullosísimo ¿no? Trae ahora un sombrero así de ala y su cigarro colgando así ¿no lo has visto? Y quiúbo, bueyes, que quién sabe qué. Quiúbo, Grapa, qué hay de nuevo. ¿No han visto a Amparo Carmen Teresa Yolanda? Pues no está. Anda con el Ratón Vaquero ¿verdad? No, cómo crees. Pues dónde está. Se fue con el Ganso quién sabe dónde, creo que al pan. Ya sabes que siempre tapamos a la vieja esta ¿no? Somos sus alcanfores ¿verdad? Entonces dijo el pinche Grapa: acompáñenme a la piquera porque estoy muy encabronado. Entonces fuimos a la piquera ¿no? Y llegó y dijo el muy cabrón: un vermuth si me hacen favor. Y le dijeron sáquese a la chingada, aquí no le servimos a pendejos... Y lo corrieron ¿te imaginas? Y áhi tienes que se tuvo que salir y no pudo hacer ni pedo ni nada —ríe, copiando la risa del Mapache.

—Pues yo creo que ya nadie llegó...

—Entonces vámonos, buey.

—Pues cárgate la caja.

—Yo ya la cargué, no te hagas pendejo...

—No, ahora te toca a ti, yo ya me senté en ella...

—No seas mamón, no le saques....

Nos la echamos al hombro y después la arrastramos. Está llena de Biblias nuevecitas, envueltas en papel celofán. Son muchas.

—Esto es pecado, compadre.

—Qué pecado ni qué pecado —reclama Lobo con una risita satisfecha.

—¿Vamos a vender Biblias robadas?

—Pues ¿tú qué crees?

—Es que no sé dónde...

—Pues ahí por donde vives ¿no? He visto que venden un chingo de libros viejos, así que por áhi yo creo que las deben poder comprar.

—¿Todas?

—No seas buey, no hay que llevarlas todas. Hay que llevarlas de dos en dos y a distintos lugares...

—Puede ser ¿verdad?

—Y además hay que repartirlas entre los cuates, para no ser nada más nosotros

los que las andamos vendiendo...

Llevamos las dos primeras a una librería de la avenida Hidalgo. Un anciano atrás del mostrador sopesa los libros como si se tratara de cajas con fruta. Se quita los anteojos un momento y mira el título guiñando un malévolo ojo izquierdo de párpado caído.

—Conque aquí tenemos la Biblia —dice lentamente—. ¿Ya la leyeron? —desde la seguridad de su edad.

—Claro que sí —responde Lobo—, es donde viene la historia de Sansón y Dalila...

—Y también la del hijo de Dios, uno de los hombres más combativos, agresivos e intolerantes que han existido. Un verdadero aguafiestas que acabó en ídolo de viejecitas decrépitas y charros con sotana... ¿O van a decirme que no?

Desde el fondo de la librería nos vigila con cierta sorna un muchacho pecoso de nuestra edad. Acomoda revistas.

—Y su padre, Dios, el creador de todas las cosas —gruñe el viejo librero y vuelve a colocarse los anteojos—. ¿Hay algo más lamentable que este mundo a no ser aquello que lo concibió? Y los curas... —Invoca en el colmo de su desesperación y mientras abre un cajoncito—. No tienen más convicción que mantenernos sordos, ciegos, mudos... —Los anteojos le añaden cierto aspecto intelectual a su semblante rubicundo e inquieto—. Aquí hablan de un muerto cuyo padre también ha muerto sin lugar a dudas, de divinidades decrépitas o jubiladas... —Saca dos billetes y los introduce entre las páginas de una de las Biblias, como señalando una cita—. Lo escribieron y tradujeron sumisos subalternos que inciensan al Muerto en espera de golosinas... —Vuelve a hurgar en el cajón y saca otro billete que agrega a los anteriores—. Llévense un ejemplar —enérgico—, aquí no nos gusta vender Biblias, aunque nos quedaremos con esta para diarreas repentinas...

Nos entrega el libro con billetes adentro.

—Usenla como chantaje. Invoquen al Muerto. Mientras lo nombren todo les estará permitido, cualquier locura, cualquier desatino. El Muerto legitima cualquier matanza en nombre de su fe y sus dogmas... —Se frota las manos con ademán codicioso—. Aprendan a reprimirse, a ser prudentes, justos y salvadores, si les da la gana, pero no me vengan aquí tan santitos ni tan humildemente, porque aquí, preclaros muchachitos, prescindimos de lo edificante y de lo moral. ¡Queremos demonios blasfemos, aztecas belicosos, diablos malhumorados e inconformes!

Salimos casi corriendo.

—Valen más —gruñe Lobo revisando el dinero—, pero que se vaya al carajo, total, algo se podrá hacer con quince pesos...

—Y tenemos el libro —digo, hojeándolo de vez en cuando.

Compramos una anforita de Bacardí y entramos en el cine Variedades a ver por cuarta o quinta vez *Rebelde sin causa*. James Dean bebe con franqueza y violencia heladas botellas de leche y nosotros terminamos con premura imitativa el contenido

de la anforita...

Pienso en el viejo librero, gruñón, dando la espalda a nuestras costumbres, riendo, entregándose a los encantos de la vida sin remordimientos ni simulación de remordimientos. ¿Estaría bebido? Creo sentirlo muy próximo pero sin relación; pero creo anhelar esa relación. Nunca imaginé encontrar alguien así en una librería. Un anciano que es más joven que nosotros...

—El hombre no está, como Dios, condenado a juzgarlo todo...

Sus palabras se infiltran en mis pensamientos.

—El Diablo no aspira a fundar una religión...

Salimos del cine muy excitados, ardiendo en deseos de golpear, de vejar a cualquiera, de reír después de destruir cualquier cosa. Caminamos sin rumbo fijo y sugiero volver a la librería. Tenemos que saquearla, destrozarse el mostrador, incendiar los estantes, golpear al joven, pisotear los anteojos del viejo...

Un anciano librero parece arrebatar nos la exclusividad de la rebeldía. Es como si se hubiese roto cierto orden, eso que sirve para transmitir las señales, para que todo marche bien, las frases hechas de la costumbre. ¡Carajo! Siento la urgencia de levantar una muralla, de abogar por un poco de indiferencia: esa quieta distancia con la que se equilibran las vidas...

—Tendríamos que traer al Grapa con sus gatos ¿verdad?

Pero la librería está cerrada.

Nos refugiábamos en una oscura tepachería cerca del Instituto Politécnico Nacional. Nos sentábamos a horcajadas sobre las sillas a esperar pacientemente ser presas de lo desconocido, hablando de amores tumultuosos y borracheras apocalípticas, postergando con nuestra necesidad de aventuras ilimitadas un oscuro deseo de retar a la muerte.

Una vez se levantó un hombretón bastante borracho y se acercó a la mesa donde departíamos Lobo, el Ratón Vaquero, el Ganso y yo.

—¿Quién es el más huevón de todos aquí?

—Pues yo —dijo Lobo cacareando como una gallina—, me levanto todos los días a las once...

Festejábamos sus ocurrencias con agudas risotadas.

—No, derecho... ¿Tú eres el más huevón?

—Sí, yo soy el más huevón de todos...

—Ah —eructó el otro—, porque te vas a poner en la madre con el primero que pase por aquí...

—Oye, no —reclamó Lobo—, pues cómo que con el primero que pase... Mejor tú di con quién ¿no?

—Bueno, pues te vas a pelear con el niño ¿no?

Entonces se levantó un muchacho de cara serafinesca.

—Ha de haber sido bravísimo el cabrón —comentaba Lobo, más tarde—, si no, no me lo echan...

Y les dijo:

—No, con el niño no, mejor contigo ¿eh?

—Porque fue una cosa así como genial que se me ocurrió en ese momento —contaba Lobo como habitado por el furor de hablar—, porque si me peleaba con el niño y el niño me ponía un chingadazo, todos se iban a cagar de risa, hasta mis cuates ¿no? Y todo lo que el niño hiciera pues iba a estar bien porque el de la ventaja era yo ¿verdad? Pero si me peleaba con ese buey pues la cosa iba a ser al revés, porque se suponía que él era el más chingón de todos ellos ¿no? Y le dije no, pues mejor contigo, tú estás más huevón, con el niño para qué. Y órale ¿no? Y entonces me eché la sopa con él, pero es la sopa más horrorosa que he tenido en mi vida porque a cada chingadazo que me ponía, puta madre, me botaba contra la pared. Y jump, compadre, aunque no quieras haces el jump ¿verdad? Y me daba risa, porque cada vez que alguien hacía jump a nosotros nos daba mucha risa. Y entonces jump, y luego luego el sabor de la sangre, el sabor a sangre y a sudor y a tierra. Y entonces pues yo también le puse dos que tres ¿no? De repente se me abría y como él estaba muy pesado me le escabullía por todos lados. Y pues nos dimos así, muy sabroso, hasta que dijo áhi muere ¿no? Y es que nos estaba saliendo mucha sangre por la nariz. Es que tengo una hemorragia, dijo, y que la chingada. Bueno, está bien, áhi muere. Pues no ha de ser tan fregón el buey, decían sus amigos, ha de ser medio pendejo, decían, y desde entonces ya el respeto estaba con nosotros, y hasta el tipo ese se unió al equipo y como no había quien le ganara en el chupe lo bautizamos como el que bebía como campeón...

El viejo librero perfora y trastorna el universo con cada picotazo de su pensamiento. Y sin embargo, por las mañanas, lo veo conmovido dándoles de comer a las palomas. Saca de sus bolsillos pedazos de pastel envueltos en servilletas bordadas, los desmenuza y arroja manso como un cordero y delicado como un gato.

Seguirlo es abandonarse al mismo extravío que él... Las palomas le borran el mundo de los hombres. Palomas más allá de donde alcanza la vista, y luego palomas y más palomas: tristes, alegres, dolientes, contentas, alborotadas, inquietas. ¡Qué delicado este diluvio de plumas! La bóveda del cielo se rasga como una almohada... El librero ríe como un viejo sátiro. Es como si fuese a comerse a las palomas, a atraparlas una por una y secuestrarlas en su saco... Me atrae como una luz...

No atino a decirle nada, mis pensamientos más queridos no logran expresarse; si los expongo resultan extranjeros. Me parecen extraños a mí mismo...

—El conocimiento es otra expresión de lo demoniaco...

Con voz enérgica y codiciosa sacude la modorra que me impide actuar. Se apoya en mí para caminar hasta la librería, pregunta cosas, se escandaliza cuando le digo

que no he leído ningún libro. Las palomas lo siguen. Una se para sobre su hombro izquierdo, nerviosa y alerta, como si fuera a picotearle la nariz.

Me invita a trabajar. Hay que ordenar los estantes por temas y orden alfabético de autores. Aprendo rápidamente que leer es elegir ciertos puntos privilegiados de los textos, vamos a decir, los nudos del tejido. Y frente a autores que no se ofrecen sino hasta una segunda o tercera relecturas, acepto que leer es también trastornar el orden aparente en el que se constituyen los libros, acercar las partes alejadas, descubrir repeticiones, oposiciones y gradaciones, sacrificar la vida en aras de un misterioso tráfigo de símbolos y símbolos de símbolos.

Amparo Carmen Teresa Yolanda viene a buscarme aquí. Al principio los volúmenes no le despiertan ninguna curiosidad, pero a veces la invito a recargarse en mi hombro y leo para ella, con voz cálida, páginas que me gustan. Camina una paloma sobre el mostrador y entran estudiantes preguntando por textos que ineluctablemente están agotados. Cuchichea el viejo librero con su hijo y tratamos de seguir leyendo en un rincón, debajo de una escalera de mano. La lectura gusta rodearse de gestos clandestinos: silencio, soledad, abandono, posturas desguanguiladas y manías exclusivas y obsesivas. O nos sentamos a la luz del atardecer, bajo los altos árboles de la Alameda. Leer nos compromete y amenaza, incluso nos promete a la muerte, y de hecho es *ya* ver el mundo después de muertos...

Mírennos aquí, en medio del jardín, secretos e inmóviles, ajenos a todo lo que nos rodea, atentos a los sucesos impalpables de *otro mundo*, semejantes exactamente a nuestros cadáveres, derrumbados voluntariamente en una escalofriante y premonitoria pantomima... Todas las páginas que leemos vienen de fuera del silencio y entran en una nueva esfera de silencio. El silencio parece ser el gran proyecto. Y de ser así, las palabras son su delineación: por eso no encontramos ningún libro que cumpla nuestra vida... El silencio nos proyecta al infinito, o peor, nos enfrenta a un espejismo de infinito. Y si algo nos cumple, es la última palabra, es decir, la muerte, el silencio de la vida, ese momento en que adquirimos finalmente significación total...

—La muerte —deduce el viejo librero—, es la vida del silencio.

Nos regala libros con la condición de que discutamos su contenido. No es fácil sacar ideas por más que reflexionamos sobre acciones de los personajes de Cesare Pavese, Vasco Pratolini, Albert Camus y Ernest Hemingway, pero pasan las semanas y pronto marginamos posturas frías o neutrales y destacamos las cifras de la pasión. Leer no es una actividad entre otras... Para quienes se niegan a hacerlo, la lectura se presenta como ese cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y furor y que nada significa; pero, lo mismo que nadie puede entregarse ininterrumpidamente a ella, también es imposible no leer nunca. Y entre estas dos imposibilidades extienden los libros su discurso imposible.

—¿Así que no han leído *Vidas imaginarias* ni *El libro de Monelle*? —susurra el viejo preocupado y amable. Carraspea y se dirige a su hijo—: Polito, ve a la bodega y

a ver si das con un par de ejemplares para estos tórtolos amelcochados, o espérame, yo voy contigo... —Y hacia nosotros—: Ustedes cuidan la caverna, por favor...

Estamos solos en la librería y se me plantea la necesidad de abrir una válvula. No es falta de oxígeno, sino la distancia que me separa de Amparo Carmen Teresa Yolanda.

Pierdo las fuerzas lentamente ante su presencia...

Quema el oxígeno...

Trato de leer pero me estremece la temperatura de su cuerpo...

Besarla es como restablecer la circulación del soplo vital...

La beso tres, cuatro veces y doy un paso atrás.

—¿Crees que Jean-Paul Sartre besaba a Simone de Beauvoir en lugares tan públicos como este? —Sonríe y sostiene mi mirada sin pestañear.

¿Notan cómo las teclas de mi máquina saltan, gozosas, en cuanto comienzo a hablar de Amparo Carmen Teresa Yolanda?

Desde hace varios años, como un médico le recomendó asolearse, Amparo Carmen Teresa Yolanda decidió vivir en el sótano de su casa. No estaba identificada ni con el mundo ni con las emociones de los demás, se sentía románticamente sola y creía saber cómo soportarlo... Sus hermanas resultaban en el mejor de los casos, pésimas actrices representando papeles que no les correspondían...

Terminaba de cenar mientras todos se torcían hacia el radio y su Hora Mejoral, contenida y deliberadamente misteriosa, bajaba hacia aquella habitación donde la oscuridad le facilitaba imaginar abrazos apasionados de amantes y muchas otras cosas. No encendía la luz y cuando desde afuera algún automovilista iluminaba con sus faros el sótano colmado de trebejos, aunque fuera fugazmente, las sombras parecían animarse y disponerse según sus deseos. ¡Aquello bullía! Y luego volvía la oscuridad, el cuarto negro, los muebles negros sobre el suelo más negro aún, pero su corazón ya era una brasa a punto de arder, incendiarse e iluminar el firmamento.

—Cristina la Admirable —decía, buscando nuestro azoro—, la que se festeja el cuatro de julio, de veras, vivía en los árboles...

A veces nos convocaba allí, mustia y sigilosa. Nos sentábamos Lobo y yo a los lados de ella, siempre en la oscuridad.

—Y la representan rodeada de serpientes, en serio —entremeciéndose—, con serpientes por todas partes...

Expurgaba historias de los libros de su madrastra y las decía ritmadas como por las ondas de una plegaria, semejante a una resaca.

—Pues la virgen de Zapopan tiene estrellitas —murmuraba Lobo—, no me la imagino con animales, no. Y le acaba de llegar a mi mamá con todo y peregrinos. Fíjense, cada año nos caen y tragan y chupan en cantidades industriales ¿no? Debían de ver, allí, en El Chivo. Y es que mi padrino organiza las excursiones ¿no? Entonces

mete cien, ciento cincuenta pasajeros en cada camión. Bueno, renta como diez ¿verdad? Ahora sí que de esos que parecen ataúdes con ruedas... Y áhi se van todos a la peregrinación...

—Deposite su pasaje en el estribo —intervenía yo—, no viaje en la caja colectora...

Recordábamos las alteraciones que habíamos hecho en los letreros que orientaban al público en el camión de mi papá.

—Estrictamente prohibido a los pasajeros cargar este camión cuando el chofer esté tomando gasolina... Sírvase usted bajar y después tocar el timbre para que pueda dar el azotón con anticipación... No escupa al techo porque le puede caer en las narices...

Alcanzábamos en medio de la oscuridad risas alborotadas, libres, sin esfuerzo.

—¿Cuándo van a ir a ver a la santísima Virgen? —preguntaba el padrino de Lobo desde la cumbre de una panza catedralicia.

—Pues un día de estos —respondíamos—, al cabo que ni nos ha de extrañar...

Esas ceremonias secretas nos ayudaban a transgredir con seguridad los límites impuestos por los mayores. Simplificábamos cada episodio para sentir y distinguir los diversos planos en los que nuestras vidas se desenvolvían, como para poder armonizarlos o por lo menos entenderlos. ¿Entenderlos? Tomaba la mano de Amparo Carmen Teresa Yolanda y la ponía en mis piernas, sobre el pantalón, recorriendo sus dedos como si se tratara de un rosario; buscando, al concentrarme en la palpación de los nudillos, su sensibilidad vinculándose a mi cuerpo, masturbando cada dedito obnubilado en la oscuridad.

Cuando su madrastra descubrió semejantes aquelarres, decidió actuar con energía, y en la primera mañana que tuvo oportunidad llevó a Amparo Carmen Teresa Yolanda a la azotea y la dejó encerrada allí, expuesta al sol canicular sin más defensa que sus propias manos... En esa extensión desalmada y casi infinita no podían verse más que un cuarto permanentemente cerrado, una jaula para tender ropa y un tinaco enorme, redondo, como una nave espacial posada descuidadamente. Lo demás era luz, vibraciones centrífugas y dilatantes, calor, sudor, sed. Y el abatimiento del vacío. La soledad. La separación. El sufrimiento... Una alienación de lagartija...

El segundo día consiguió subir algunas revistas con las que se hizo un sombrero. El tercero se quitó la ropa y después de acostarse un buen rato al sol, como sacrificada, se metió al tinaco, llegando a gozar la densidad y la frescura espesa del agua...

Dos semanas después ya la dejaban recibir visitas y me acostumbré a pasar a hablar con ella. La sorprendía anestesiada de luz y le llenaba las manos de dulces. Desataba el listón de sus cabellos o le quitaba el suéter que se amarraba a la cintura y corría lejos de su alcance. Me enseñaba revistas, cuadernos o alguna otra cosa. Y cuando me iba:

—No me dejes...

Tiraba de mí como si en eso nos fuese la salvación.

—Si una mujer te dice que te quiere como a ninguno, averigua inmediatamente quién es Ninguno...

Me tomaba de la mano y echábamos a correr. O nos recargábamos en el tinaco, a su sombra de las tres de la tarde, y cruzábamos los brazos conversando como pícaros comparsas de opereta.

—Lo llaman el pecado original y es el menos original de los pecados...

Semejantes delirios ayudaban a vivir, suministraban escapatorias que requerían aquellas mañanas para no hacerse absolutamente intolerables...

—Personalmente creo que la radio nunca podrá substituir al periódico por la sencilla razón de que no se pueden matar moscas con un radio...

Por las noches Amparo Carmen Teresa Yolanda rezaba junto con sus seis hermanas.

—Perdón, oh Dios mío, perdón e indulgencia, perdón y clemencia, perdón.

—¿Ya se fue? —inquiría una de ellas.

—Ya —decía otra, pero asintiendo con la cabeza porque le disgustaba hablar.

Sacaban del ropero los hábitos que las mayores habían usado durante meses para cumplir determinadas penitencias. Se los enfundaban con todo y almohadas e iniciaban sainetes y melodramas.

—¿Cuánto os falta, sor Delia?

—Ay, dos meses.

—Pues no se os nota nada.

—Con el favor del catequista...

—¡El nuevo catequista!

—Sí, el bello catequista...

—¡Oh, me engañó el muy infeliz!

—¿Vos también del catequista?

—Mírenme nada más... ¡Siete meses!

—¿Siete?

—Y yo tres...

—Desgraciado...

Tenían un radio y bailaban sin despegar los pies del piso. La muda chillaba porque no la dejaban participar y le vendaban los ojos para que no viera nada y no fuera a acusarlas. Pero así y a pesar de múltiples amenazas una noche las denunció y les quitaron el radio. Entonces se imaginaban las canciones. Pensaban en *Sombra verde*, en *Quinto patio*, en *Viajero* o en *Bonita*. Contaban hasta diez, como si estuvieran sintonizando, y empezaban a bailar todas excepto la vendada de ojos, muda y sentada a los pies de su cama.

—Pobre de ti si haces ruido o vas con el chisme.

Se establecían tres parejas, cada una de las cuales hacía un número. El mejor era

aplaudido con las manos en el aire, sin hacer ruido, y las triunfadoras eran *los novios* de la noche: desde la boda en el altar hasta la luna de miel y el primer bebé. Quienes perdían hacían de relleno: el casamentero, los padrinos, el galán despreciado, la solterona abandonada, o los abuelos, los curiosos, la suegra... Se desataban epidemias de celos: quienes querían al varón de la prójima, quienes lo defendían, siempre bajo el más absoluto silencio. Ley suprema.

O se aburrían de bailar y representar y cambiaban de programa: exponían los secretos más secretos en solemnes disertaciones ilustradas con dibujos y libros que tratasen del tema. Amparo Carmen Teresa Yolanda dirigía la luz de una lámpara de buró y se paraba junto a la pared. Usaba las manos como brochas y silueteaba a petición de la concurrencia un peine, un elefante, una ranura, un espermatozoide, una raíz cuadrada...

En Egipto, supimos tiempo después, que la sombra y el conjunto de las sombras designan tal vez nuestra proyección exterior, o sea nuestra conciencia de sí mismos. Se dice que el dios creador (Khremm) se unió a su sombra para crear, de modo que las sombras serían nuestra parte femenina, pasiva, refleja. En el camino de la vida otras sombras, perversas y equívocas, nos hostigan.

Poco después empecé a plantear mi destino en términos aparentemente lúcidos. ¿Quién era y qué hacía? Por la noche, mientras Lobo cantaba en La Peña, mi padre salía en patines hacia la terminal de los camiones Lomas Chapultepec. No podía permitirse gastar en taxi y le correspondía sacar el primer camión...

—Además —afirmaba, dulcemente convencido—, así hago un poco de ejercicio...

Dejaba a Lobo cantando y me dirigía al departamento rumiando mis discusiones vespertinas con el anciano librero, gozando el olor de Amparo Carmen Teresa Yolanda que permanecía entre mis ropas, o sospechando que el silencio era mi palabra interior, que era en vano escribir, buscar palabras que tradujeran mis desgarrones de esas noches o las intemperancias que me zarandeaban como a un barco ebrio.

—*El silencio es la aspiración prohibida de las palabras* —leía en un libro que me ayudaba a resistir las presiones de la noche—, *pero es también la pausa vital de toda palabra, el trampolín de las mejores ideas...* —Y deducía—: Por cada silencio significativo ascienden a los labios millares de palabras estúpidas... —Y rubricaba—: Debo aprender a guardar silencio, un astuto y tonificante silencio...

Me armaba con razonamientos semejantes para defender ante mi padre episodios en los que no lo saludaba. ¡Pasaba junto a mí, patinando como un cirquero, escandaloso en el silencio nocturno, siempre retrasado y veloz, casi iracundo, como pateando no el pavimento sino el país mismo que le negaba otras posibilidades! Y yo lo saludaba con la mano, de lejos, si es que lo saludaba, muchas veces desde la

obnubilación del alcohol y el vértigo de una avalancha de ideas nuevas y abracadabrantas...

A un lado de la cama empecé a acumular libros para placer de mi padre y mi tía que saboreaban este giro repentino de mis actividades. Incluso mi padre intentó involucrarse, asustado por mi entusiasmo, y me pidió prestados volúmenes que forraba con cartulina amartillada azul cielo y llevaba a todas partes. No entendía *La muralla china* ni *Los cantos de Maldoror*, textos excépticos y corrosivos, incluso ponzoñosos, que lo orillaban a una tristeza de hiena... No tardó en desconfiar de los libros que se alineaban en la habitación donde dormíamos. Parecía tener miedo de verse obligado a actuar por semejantes motivos, de creer en esos fantasmas, de dejarse ahogar por las mismas embriagueces; miedo, finalmente, de delirar en común y expirar con *El cuaderno negro* o *Trópico de Cáncer* entre las manos...

Igual que mi padre, Lobo esperaba miramientos, agradecimientos y admiración constantes, consuelos, complicidades. Sólo el viejo librero parecía no esperar nada. Frente a él, esa permanente preocupación de delicadeza que presupone toda amistad resultaba antinatural. De manera que comenzamos a escindirnos un poco... Yo en la Escuela Nacional Preparatoria por las mañanas, con el viejo librero en las tardes, con Amparo Carmen Teresa Yolanda en las noches, lejos de mi padre y mi tía, admirado de todo y sin preguntar, diciendo sí a cada paso, sí... Lobo en la Escuela Superior de Arte Aplicado, afiebrado en medio de ficciones, lo bastante insensato como para creer que podía hacer algo, expuesto a incontables sinsabores y destinado sin duda a herejías temibles, viviendo casi a la deriva, desprovisto de alforjas, casi a pique pero alegre siempre, casi danzante... Amparo Carmen Teresa Yolanda triunfaba ya en la *comedia familiar*, se apoyaba en ella para arrancarse, niña aún, al destino que le fabricaban; traicionaba la influencia brutal de su madrastra sustituyéndola por la más cálida de su vocación de maestra, encarnizada, en fin, en convertirse en su propia causa, en autora de su propio nacimiento...

—Y entonces una vez en una mesa —contaba Lobo, con sus nervios ardiendo y las manos, crispadas en vano para estrangular, modelando un macetón, flagelándolo igual que si nalgueara a una mujer—, estaba un señor medio pedo, bueno, estaba él con otro cuate y como con cuatro viejas ¿no? Y entonces le habló al trío. Bueno, manís, dijeron ellos, vamos a echarnos unas allá. Sí, está bien, les dije. Pero no, el señor quería que fuera yo, no sé, imagino que me había oído cantar en otras ocasiones ¿no? Los del trío se asustaron. Puta, dijeron, te vas a tener que echar una paloma con nosotros, no te vayas a apendejar... Entonces empezaron a decir todos mis defectos, aquello que antes no me decían ¿no? Te adelantas mucho, fíjate bien, yo me voy por acá y tú por allá, que quién sabe qué, y como queriendo y no queriendo me tuvieron

que soltar cosas que eran como claves ¿no? indicaciones que de una manera o de otra ya conocía ¿verdad?, pero que nunca hubiera sabido aplicar sobre mí mismo. Total, ya bien aleccionado fuimos y nos echamos como trescientos pesos de canciones. Luego ya no podía ni hablar, quedé ronquísimo, con la garganta jodidísima ¿te imaginas? Tres horas así, a puro grito pelón. Y es que no sabía, digo, nunca supe. En fin, pasó la cosa y nos repartimos la feria. Saqué ochenta pesos y dije pues ahora nos los vamos a quemar ¿no? Pinche dinero, nos lo quemamos ahoritita. Y órale, me senté con los cuates del trío y nos empedamos bonito y sabroso...

Emborracharnos profundamente era lo único que nos hacía escapar de lo que había en el fondo de la noche. Cuando llegábamos a esas horas la vigilancia consistía en beber... Si no bebíamos no podíamos permanecer despiertos... Pero beber poco o mal nos abría al miedo, sin duda porque hacíamos la noche presente en una época de nuestras vidas en que no podíamos soportarla más que borrachos o dormidos. Porque la noche era la ausencia de Amparo Carmen Teresa Yolanda, la cama sin ella y el sueño que hacía emerger al ser de los primeros tiempos, y no sólo al niño, sino más allá, lo más lejano, lo mítico, el vacío y la vaguedad de lo anterior...

¡Cuántas veces di saltos mortales en la noche interestelar o caí interminablemente por el vacío galáctico! ¡Cuántas noches levanté el vuelo! Y mis brazos como alas de pájaro me empujaban suave e impetuosamente fuera del mundo, a un afuera en que no había sueño ni reposo ante el júbilo de mi exaltación y mi risa...

—Dormir no es un refugio —dijo el anciano librero una vez, como aclarándoselo a la paloma posada en su hombro... Su hijo Polo traía capuchinos del café de la esquina, y sorbíamos la espuma acanelada hablando de descensos a las profundidades, aproximaciones a la oscuridad y experiencias de la soledad y la muerte—. Dormir es una salida por donde no buscamos escapar del día, sino de la noche, que es sin salida...

Pretendía escribir un cuento que se llamaría *Muchacho volando sobre la ciudad*. Noche tras noche perfeccionaba mis técnicas de vuelo: bastaba una flexión de las piernas, un esfuerzo del estómago, y ya no era más el que dormía, era otro, otra persona, pero también el presentimiento de lo otro, lo que ya no podría decir yo, lo que no podría reconocerse ni en sí ni en nadie... ¡Otro!

Al terminar los capuchinos el buen librero me prestaba un libro y su hijo un poco de dinero. Llegué a deberles más de cuatro mil pesos que les pagué doce años después...

—Ya ganarás dinero cuando salgas de la escuela —decía el viejo librero. Y a medida que caminaba, hosco y jorobado, boqueando como un pescado fuera del agua, con ese gesto de inaudita zozobra que conservo desde la infancia, gritaba—: ¡Enderézate, muchacho, yérgete! Alza la cara. Que la gente vea que eres algo...

Cada libro nuevo era motivo de cuchicheos en la escuela. No sospechábamos lo desafortunada que había sido siempre su creación, sino que los veíamos como bombas de tiempo, instrumentos insólitos que daban lugar a una experiencia —la lectura—, esencialmente afortunada...

—*El escritor es el chivo expiatorio de la humanidad* —leía el viejo librero en un libro de cartas de Kafka—; *gracias a él, los hombres pueden gozar de sus pecados inocentemente*, bueno, casi inocentemente...

Los libros eran noches que se hacían días, astros extraños, casi planetoides artificiales que iluminaban apaciblemente... La lectura era esa luz apacible... La lectura transformaba en luz lo que no era del orden de la claridad...

Leía *Pedro Páramo* en el salón de clases, ocultando el volumen con el libro de Química, considerablemente más grande. Su vocabulario reducido a una simplicidad angustiosa me desquiciaba. La sordidez del paisaje central, al que concurrían todos los demás, era como una metáfora de mi desolación. Planeaba enmascarar a Amparo Carmen Teresa Yolanda con la imagen de Susana San Juan: la única mujer que Pedro Páramo no llega a seducir, enloquecida de deseo, codiciada por todos, conservada en castidad por un sacerdote, el padre Rentería... En esto el maestro me llamó, y en la confusión de levantarme sin hacer notar la novela de Rulfo, rayé un párrafo sobre alógenos o algo parecido.

—¿Qué pasa con los cromosomas si sometemos a la célula a una fuente potente de radiación? —inquiría el maestro.

¿Morían? En los libros la muerte nunca constituía un problema. Al morir Pedro Páramo no moría, sino que nacía, accedía a la presencia, se establecía en la memoria...

—Podría decirnos siquiera si sabe ¿qué son los cromosomas?

—Cintas de proteínas y ácidos nucleicos que fijan el crecimiento y la herencia —vociferó otro.

Me senté derrotado y escéptico. Así que pretendían *enseñar* la vida, analizarla, examinarla, develarla. Y todo esto con eufemismos a los que los llevaba su rígida moral, y que disimulaban actos inconfesables como desflorar, desgarrar, cercenar, incidir, estrangular, penetrar, satanizar, violar; acciones que para impedir el vuelo de la imaginación disimulaban con sinónimos como saber, conocer, interrogar, descubrir...

—Éste es mi libro —le dijo un estúpido a otro—, lo reconozco por esta raya ¿verdad? —Y a mí—. Así que tú lo tenías, pinche buey, vas a ver con el maestro —y me lo arrebató—. Químico... —La clase había terminado y reinaba en el grupo cierto desorden—. ¿Recuerda que le dije que me habían robado un libro? Éste es, este muchacho lo tenía, Químico, lo reconozco por esta rayita, la hice delante de él ¿verdad, tú?

—Sí, maestro, yo soy testigo...

¡La raya de lápiz que acababa de trazar! Permanecía en mi lugar, estupefacto. Querían sacudirse su aburrimiento provinciano y aspiraban a carnicerías y maldades memorables. Competirían a arrojar el semen lo más lejos posible; se entrenaban en la mentira y el sinsentido y sin embargo, no pasaban de muchachos tambaleantes y raquíuticos... Carecían completamente de interés...

—¿Robaste el libro? —preguntó el maestro irguiéndose confiadamente.

—No tengo necesidad —dije con rapidez—, a mi padre le regalan todos los libros, ni siquiera los compra...

—Este muchacho dice que el libro es suyo...

—Que diga lo que quiera. El libro es mío, usted puede preguntarlo allí en Libros Escogidos, en la avenida Hidalgo, o si no, directamente a mi padre...

—No tiene tu nombre por ningún lado...

—No acostumbro ensuciar mis libros, además, mire los útiles de mi compañero, vea en qué estado están, y mire el libro de Química. Parece nuevo ¿no es cierto? Como todos mis libros ¿ve usted?

—¿Qué dices a esto? —preguntó al muchacho.

—Pues es que me lo robó cuando lo acababa de comprar, maestro.

—Bueno —dijo el Químico, no del todo convencido—, me voy a quedar con el libro hasta aclararlo todo... —Y después de un instante, mientras caminábamos hacia el patio, echando ufanamente los hombros hacia atrás—. Dices que a tu padre le regalan los libros ¿no?

—Sí, maestro, y a mí también...

—Entonces ¿por qué no le damos este ejemplar a ese muchacho y que tu papá consiga otro?

—Lo que necesita ese muchacho es una frotadita, maestro...

—Ven —sonrió—, acompáñame a la Dirección, te voy a enfrentar a nuestro Detector de Mentiras... Más de dos se han muerto con eso...

Tal vez la vida exigía jugar con la muerte, introducir un juego, un poco de electrónica allí donde no había recursos ni dominios. El Químico no necesitaba alarmarme con eso. Siempre he sentido profundamente que la vida es caminar con la muerte, exponerse, abrirse como una herida y verse de par en par: desvergonzado, mentiroso, ruin, traidor... Quien dispone de sus miserias dispone de sí, está ligado a todo, establece integralmente relaciones de soberanía...

—¿Y el Detector de Mentiras?

—Espérame un momento...

En la penumbra de la Dirección traté de pensar en el viejo librero. No podía leer.

Hay dos pecados capitales de los que derivan todos los otros... —¿Citaba a Kafka?—. La impaciencia y la negligencia. A causa de su impaciencia fueron echados del paraíso. A causa de su negligencia nunca volvieron...

El libro de Química, en realidad, lo había robado en la librería, no se lo habían

regalado a mi padre. A mi padre no le regalaban nada en ninguna parte. ¿Registraría eso el Detector? ¿Me expulsarían de la escuela? Me resultaba tan natural la sed de oprobio de los niños que me acusaron... Rompían conmigo para aspirar a la soledad... Pensé orinar, eyacular o cagarme en ese vestíbulo: la Comedia del Mal contra la Comedia del Arrepentimiento; defenderme con estrepitoso mal gusto de las descargas fulgurantes de la vergüenza; defecar para demostrarles que era un marrano obscuro, para renegar de la escuela y que ella renegase de mí...

Desde que comencé a leer me convertí en sospechoso para los otros. Llegaba mi padre a casa y mi tía lo increpaba, señalándome:

—Allí está el cretino de tu hijo —decía—, leyendo idioteces, fabricándose una vida interior porque no puede vivir como los hombres.

Y no se engañaba. Buscaba desconfiadamente la profundidad de mis actos, viéndola como una dimensión imprecisa que dañaría mi espontaneidad o mi fuerza... Leer era oír en las venas el fluir de la vida, sentir animarse la sangre... ¡Arrojaba el libro sobre la cama y me iba en busca de Polo, del viejo librero, de Lobo o de Amparo Carmen Teresa Yolanda!

Regresó el Químico.

—Vámonos...

La escuela estaba desierta y en silencio. Debían haber pasado más de dos horas.

—¿A dónde vamos?

—Al Detector de Mentiras, está aquí a cuatro calles... —Me dio un coscorrón—. ¿Robaste el libro o no? Díme la verdad...

—Ya le dije que todos los libros se los regalan a mi papá.

Comenzamos a caminar. Llegamos a su coche.

—¿Por dónde vives?

—En la avenida Hidalgo, frente al Palacio de Bellas Artes...

—Lástima, voy por otro lado. Toma —y me dio el libro—, pónles nombre a todos y este no lo traigas durante unas dos semanas. ¿Tienes dinero para el camión? —Plegaba los labios, haciendo una mueca cómica con la boca que me gustaba porque era prueba de su sinceridad.

—Sí, maestro.

Me dio una palmada en la nuca y subió al coche.

Bastaba ser paciente y las cosas se arreglaban por sí mismas. Pero los maestros no tenían paciencia. Muchos no nos dejaban entrar tarde a las clases. Jugábamos trompo, canicas o rayuela en la parte de atrás del salón. El maestro mandaba llamar a los mozos de la Dirección porque no podía con nosotros. Venían ellos, apáticos hombres de rancho y nos pedían que saliésemos amenazándonos con llamar a la patrulla... Todos los días cambiábamos la decoración... Arrinconábamos hasta atrás cincuenta pupitres o más y dejábamos un espacio descomunal en el frente. Llegaba el

maestro...

—Quiúbo, qué pasó aquí...

Todos sentados hasta atrás... O si no, hacíamos un ruedo y dejábamos a la maestra de literatura en medio, o a la izquierda, o a la derecha. Los pupitres tenían asientos de lámina, e incendiábamos periódicos abajo de ellos hasta dejarlos calientes. Escupíamos encima y la saliva se evaporaba con un chasquido. Guardábamos un silencio monacal, llegaba el maestro de matemáticas... Apostábamos si rugiría, si iba a aullar o a berrear, a decir groserías o a llorar. Se sentaba y levantaba bruscamente. Hacía venir al Director, o al Químico, que tenía aún más autoridad que el Director, y nos formaban al sol sin dejarnos salir hasta que alguno confesara...

Una vez amontonamos los pupitres contra la puerta y nos salimos por la ventana. Cuando llegó el maestro no se animaba a entrar. Muchachos y mozos trataban de vencer esa resistencia y no lo conseguían...

—Pues cómo vamos a hacerle...

—Pues vamos a llamar a los bomberos ¿no?

No había consecuencias de esos actos. Lo que seguía eran *nuevas* secuencias...

Salía de la escuela y me iba en busca de Amparo Carmen Teresa Yolanda. Ya no podía recibirme en su cuarto de azotea y la tenía que llevar a hoteles inhóspitos. Nos costaba seis pesos el alquiler y a veces sufría mucho para conseguir ese dinero. Cruzaba frente a la pandilla hundido en mis preocupaciones.

—Es que ya se va con la monja —decía el Ratón Vaquero—. Déjenlo, tiene que ir a misa con la monja...

Íbamos a un hotel que estaba casi llegando a Pensil. Al fondo del pasillo había un bañito. El encargado, fuerte y saludable, colorado y lustroso, nos daba pañuelos de papel... Si teníamos más suerte caíamos en otro, de a ocho pesos, que por lo menos tenía el baño adentro. Hacía meses que habíamos dejado de bailar en los pasillos de los cines, cada vez más alejados de Lobo y el Ganso, el Mapache y el Grapa...

—Préstenme unos pesos ¿no? —cuando los veía.

—Mejor vamos a robar tapones.

—Es refácil. Nos vamos a la salida de un cine y en cinco minutos cargamos con veinte tapones. Valen cien, ciento veinticinco pesos cada uno. Tú dices...

—Órale, por lo menos que salga para los cartones ¿no?

Esas noches eran ellas mismas transgresión y embriaguez del pensamiento. La vida volvía a empezar y atontado me dejaba llevar por la corriente... Enriquecerse era tentador...

Fui una vez. Un tapón se me resbaló de las manos y cayó con escándalo de fanfarria circense. El cuidador empezó a correr soplando con su silbato, repentinamente sublevado. Yo corrí también, en desacuerdo violento con mis amigos

que caminaban muy tranquilos, despreocupados y hasta aburridos. El cuidador atrás de mí... Ni siquiera se me ocurrió subir al coche, no pensaba sino en correr, impetuoso, asustado... Los muchachos dieron conmigo cuando casi no podía respirar, extenuado por la carrera, neurótico y gimoteante.

—Pues dime qué necesitas —rogaba Amparo Carmen Teresa Yolanda con aparente placidez, aplazando nuestra clandestina y entrañable turbulencia. Pagaba el hotel con un billete grande y me regalaba el cambio—. Cómprate un libro ¿no? Y leemos juntos lo que más te guste... —Tenía algo que dar y siempre era capaz de dármelo.

Dejábamos atrás el pequeño hotel, recogido en la sinceridad y en la plenitud de la noche, contentos de contar con la vida por delante, con sueños, proyectos, en fin, con docenas de coartadas. Nos faltaban los hijos y algún oficio, innumerables bienes muebles e inmuebles pero teníamos nuestros cuerpos y nuestra juventud, cierta vida privada, recuerdos amorosos, alojamientos y cada vez mejores amigos; ignorantes de que la vida podía ofrecernos otro destino y ya un poco preocupados por tener que ajustarnos a formas de relación determinadas: amigos, amantes, esposos... La vida parecía constituirse en red, en una red en la cual ya no jugaban ningún papel ni la honestidad de los sentimientos ni nuestra madurez incipiente, en la cual la única condición previa estaba limitada por nuestros roles sociales...

Un fin de semana El Grapa le regaló un gatito a Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Y necesito hablar contigo —balbuceó—. Quiero decirte algo.

—¿Qué tal mañana? Cuando vaya a misa...

El Grapa la acompañó a la iglesia.

—Pues dímelo a la salida ¿no?

Porque quería distraerla en mitad del oficio.

—Es que yo... —Había aprendido su discurso viendo una película cuatro o cinco veces. Si elegía las palabras precisas volvería apasionante algo que carecía de interés, insertaría lo cotidiano en un plano ideal, lograría que ella gozara una sonrisa satisfecha y feliz.

—No, pues luego —dijo ella, al salir de misa—. Voy a ir al mercado. Acompáñame al mercado...

El Grapa gruñía y caminaba a su lado. Pasaba de depresiones a exasperaciones insospechadas. Trataba de encontrar la calma y no sabía cómo. Creía que con un poco de firmeza bastaría...

—Pues qué me querías decir, yo te ayudo...

La verdad era intolerable.

—Es que yo, quiero decirte, bueno...

Era un muchacho deslumbrado el que debía hablar. Era una muchacha tentadora quien lo escuchaba.

—¿Qué me quieres decir?

La esperó en la calle mientras comía. Sobrevivieron a la ceremonia del rosario y fueron a comprar pan. Caminaban en la noche vacía, ella cada vez más locuaz, él deprimido, presa de ligeros temblores, mirando hacia todos lados como buscando gatos descuidados, pleno de angustia irrazonada...

—Ya sé lo que me quieres decir —exclamó ella, casi alborozada—. Quieres decir que me quieres mucho.

—Pues sí. Eso es lo que te iba a decir...

—¿Aunque sea la novia de tu mejor amigo?

Siguió una charlatanería mezquina, en la que la vanidad de los dos, después de hipócritas rodeos, se vio a sí misma aislada en esa noche negra y cargada de premoniciones en la que en vano añadían su discordancia. Amparo Carmen Teresa Yolanda se mantenía inaccesible y desconocida. Parecía que iba a escapársele, pero de pronto lo besó, un poco por curiosidad y otro poco por lástima, con la bolsa del pan entre ambos.

Dejémoslos así, atontados, arrojados románticamente en ese abrazo...

Meses después elegí una iglesita enfrente del Colegio Militar. Entré y le dije al sacerdote:

—Oiga, este, cuánto cuesta casarse.

—No, hijo, qué te pasa, ¿estás loco? Casarse no cuesta nada, es un sacramento que impartimos...

—Bueno, entonces me quiero casar, dígame cómo le hago ¿no?

—Mira, lo único que se cobra es la misa...

—Bueno, pues cuánto cuesta la misa...

—Cincuenta pesos.

—Bueno, pues una boda de a cincuenta pesos...

—¿A qué hora la quieres, hijo?

—Pues me gustaría que fuera a las doce del día, a las doce en punto. ¿Es posible?

—No, a las doce no se puede, porque el cura no puede estar en ayunas hasta esa hora.

—Pues entonces a qué hora se puede...

—Tiene que ser en la mañana.

—Pero es que nadie puede venir a una boda a las siete de la mañana, digo, es muy temprano. ¿Deveras no se puede a las doce?

—Es que a las doce cuesta veinticinco pesos más...

—Bueno, está bien, entonces una de a setenta y cinco pesos a las doce del día...

—¿La quieres con reclinatorios o sin reclinatorios?

—Pues con reclinatorios.

—¿Ocho o doce?

—Los que sean necesarios.
—¿Te parecen bien doce? Son veinticinco pesos por cada uno...
—Bueno, pues mejor que sean ocho...
—¿Con música o sin música?
—No, pues sí, con el órgano...
—Es que el órgano no va solo. Se incluyen también el violín y el cantante...
—Está bien, que vayan...
—Entonces son doscientos cincuenta pesos más...
—Sí, está bien.
—¿Con flores o sin flores?
—Pues con flores.
—Trescientos pesos para las flores.
—Pues sí, realmente se vería muy feo sin flores ¿no?
—¿Con alfombra o sin alfombra?
—No, pues con alfombra.
—Entonces son doscientos pesos más...
—Bueno, está bien. ¿Ya no se necesita otra cosa?
—Nada más tienes que traer tu papelito de la Parroquia, donde conste que ya te confesaste, porque sino, no te puedo casar. Ah, y tu boleta de que te casaste por lo civil...

Fui a confesarme con el párroco de San Antonio, un hombre pequeño, duro, delgado y voluntarioso.

—Pues a ver, dime tus pecados...
—No tengo ninguno.
—¿De veras?
—Francamente no encuentro nada de qué acusarme, padre, nada que pueda considerar pecado mortal. En serio, considero que no tengo nada arrepentible, digo, ningún pecado...
—Piénsalo bien; tómalo con calma...
—Bueno, pensándolo bien, creo que tengo nada más uno, pero no sé si es pecado o no es...
—A ver, dímelo...
—Es que ya no creo en Dios ni en la Virgen ni en nada...
—¿Estás seguro de que no son ganas de presumir?
—Nada, no creo en nada... —Quería gemir como un niño enfermo. Perdía años y años de comulgar los primeros viernes. Me enfrentaba a preguntas sin solución, disonante e inseguro.
—Es muy grave lo que estás diciendo, muy grave, muy grave...
Permanecía en silencio en espera de una respuesta que pudiera oponer a los

argumentos del anciano librero.

—Bueno, pues rézate tres credos antes de comulgar y prepárate a rezarlos todas las noches antes de acostarte...

—Está bien...

Recibí su bendición, comulgué sin rezar los tres credos y recogí el papelito. Ya no necesitaba encarnizarme con nadie... Cierta sensación de seguridad, de no ser un juguete más que en concordancia con el juego, me dominaba. Lobo me acompañó al Registro Civil. Necesitábamos cuatro fotografías de cada quién, análisis, llenar una solicitud de matrimonio y la autorización de los padres de Amparo Carmen Teresa Yolanda.

Al salir de allí un sujeto nos empujó y el reloj de Lobo cayó al piso.

—Pinche buey —dijo Lobo—, por poco y sale de gane.

Revisaba su reloj. Apenas había reunido dinero suficiente y había comprado uno de la marca más prestigiosa y aparatosa. Significaba su única inversión.

Un saqueador de centros arqueológicos lo iba a contratar para que lo ayudara a restaurar diferentes piezas.

—¿Cuánto quieres ganar?

Lobo se debatió.

—¿Le diré quince o veinte? No sabía si pedirle quince o veinte pesos diarios —contaba después.

Se es de este mundo por el deseo. En cuanto se deja de desear ya puede uno reconocerse como un espectro.

—Bueno —dijo el saqueador de centros arqueológicos—, piénsalo y me dices mañana...

A lo mejor podría comprarse otro reloj para reemplazar el que trataba inútilmente de componer: se había roto un perno que sujetaba la correa. O no, ya no gastaría más dinero en relojes. Había tantas razones para comprar uno nuevo como razones para no comprarlo.

—Deseamos por gusto del deseo ¿no es verdad?

Cruzábamos frente a una sucursal del Monte de Piedad.

—Acompáñame a empeñarlo, compadre, vente...

—No empeñes nada, yo te presto...

Pagada la iglesia me quedarían doscientos pesos para la fiesta y la luna de miel.

—No seas buey, acompáñame...

—Yo te presto, compadre, no te preocupes...

Pero hicimos la fila, llegamos a la ventanilla y le ofrecieron trescientos sesenta pesos. Los aceptó y me los dio al salir.

—Es mi regalo de bodas —gruñó—, perdóname, no puedo darte más...

Lobo montó un departamento con dos amigos en la calle Artículo 123. Yo renté un

cuarto de servicio en Río Po 130, en la azotea de un edificio de cuatro pisos. No teníamos baño y nos limpiábamos la cara en los lavaderos, a las siete de la mañana, con un frío atroz. Amparo Carmen Teresa Yolanda impartía clases en una escuela primaria, y yo escribía colaboraciones para un par de periódicos e iba a la Preparatoria. Los domingos Lobo nos dejaba ir a bañar a su departamento y nos regalaba diez pesos. Íbamos al cine Monumental, que costaba dos, y a la salida gastábamos el cambio en El Palacio de las Quesadillas. Al final teníamos que elegir entre el camión y una quesadilla más, y siempre terminábamos regresando a pie.

Amparo Carmen Teresa Yolanda hacía uso del dinero de la cooperativa de la escuela, y al llegar la quincena lo pagaba con su cheque. En nuestro cuarto no podíamos cocinar, ni siquiera hacer café, así que ella comía con su madrastra y yo una torta o unos tacos cerca de la escuela. Durante cuatro o cinco años comí solamente una torta de jamón con crema, enorme, y un refresco, aunque en las mañanas tomaba café, pan y a veces hasta frijoles con huevo porque nos habíamos hecho novios de la mesera de un café que estaba a la vuelta de la Preparatoria...

Llegaba con dos o tres amigos a desayunar y pedíamos la cuenta.

—Tres cafés —decía ella, la boca dibujada con gran precisión, las piernas largas y ágiles, la figura esbelta, norteña y de muy graciosas proporciones—, ocho panes, tres huevos, unos frijoles y dos cocas. Siete por ocho cincuenta y seis, entre cuatro y van dos... ¡Cinco pesos!

Es decir, la tercera parte de lo que debía cobrarnos. Sus compañeras de trabajo, una morena y sosegada, otra trigueña y nerviosa, cuchicheaban en cuanto nos veían entrar. Un día vino ella y preguntó con familiaridad:

—¿Verdad que tú y yo somos novios?

—Claro —acepté mordisqueando un bolillo duro como caramelo.

—Áhi está, ¿no que no? Me deben diez pesos —les cobró a la morena y a la otra.

—Bueno —murmuré, casi atragantándome—, pues ya quedamos pero en serio ¿eh? —Y la invité al cine.

Pero le gustaban las películas sentimentales y lloraba desde el comienzo, así que no podía besarla, aunque nos sentáramos hasta atrás. Reía cuando hacíamos el amor: me miraba a través de los cabellos y lucía su sonrisa; y yo la besaba y continuaba el amor. Todas las veces, cuando sentía la inminencia del orgasmo, iniciaba un largo beso que sostenía retorcido hasta el final, a punto de ahogarse y de ahogarme, aspirando con desesperación.

Cuando la llevé a la librería le gustó la timidez de Polo.

—Óyeme compadre —le dije, atrás del mostrador—, pues fíjate que no podemos perder el desayuno, así es que tú a ver cómo le haces, al fin que no soy celoso, tú dices...

—Llégame ¿no? —insistió un nuevo amigo.

Ella dijo que sí, que ya era novia de Polo, y en las tardes me la encontraba en la librería. Después fue novia de Molina, un muchacho de Celaya que nada más sabía

dibujar coches. Tenía un MG, dos ranchos de alfalfa y aspiraba a estudiar veterinaria.

—No, mi viejo —le aconsejábamos—, la estás regando, deveras, mejor vete a la alfalfa ¿no?

Lobo nos visitaba algunas veces, o más bien íbamos a verlo nosotros, sobre todo para cambiar el ambiente sofocante de nuestro cuarto por su departamento de dos recámaras con baño y cocina. Lo compartía con Farfonflas, un muchacho muy depresivo con quien estaba en la Escuela Superior de Arte Aplicado, y con el Gran Caruso, un pintor que conoció en las reuniones de Katuflin...

—Tiene complejo de jodido —decía refiriéndose a su compañero de escuela—, y lo peor es que *le gusta* estar jodido. Hagan de cuenta que vamos a comer y si hay dos bolillos empieza no, cómetelos tú. Pero cómo ¿por qué me los voy a comer yo? Tú te comes uno y yo me como el otro. No, cómetelos tú. O el guisado. Pero si yo tengo el mío. No, cómetelo tú. Total, ya hasta me está gustando ser sufrido a mí también... Pero fíjense que llegó un cuate allí a la Ciudadela y habló con el maestro. Buscaba a dos muchachos que modelaran bien y yo más o menos le doy a la cerámica ¿no? Y Farfonflas pues ya tiene mucho tiempo allí, tiene facilidad. Entonces que si queríamos la chamba, nos iban a pagar veinte pesos diarios, pero nada más teníamos que ir en las tardes. ¿De qué horas a qué horas? No. ¿Pues a qué horas pueden? Pues yo salgo de la escuela a las dos, canté, y una hora de camión y que la chingada, porque era hasta por el Teatro de los Insurgentes, total, que iba a entrar a las tres y a salir a las siete. Bueno, acepté, pues me pierdo el taller de escultura, que es en las tardes. Y ahí tienen que tomo todos los días mi camión allí en la Alameda y cabeceo hasta que llego al Teatro de los Insurgentes, con un calor del carajo, y ya me bajo todo apendejado. Entonces trabajo con este señor que es saqueador de centros arqueológicos. Tiene gente que trabaja en los alrededores de donde se hace una excavación, gentes del lugar, naturalmente, que saben cuándo llegar, cuándo hay vigilancia y cuándo no, cuánto hay que dar de mordida si es que hay que dar, en fin... Tiene cajas gigantescas llenas de pedacería. Es difícil que consiga una buena pieza, una pieza completa, imposible ¿no? Pero das con cabecitas increíbles, o con cuerpos sensacionales a los que les falta un bracito. Y cada caja reúne cosas de una sola cultura, digamos Tlatilco, Tlapacoyan o quién sabe qué, toda la costa de Occidente, jainas, y por allá toda la costa Maya, en fin, tiene sobrantes de todas las culturas y ya estoy aprendiendo a distinguir una cosa de otra ¿no? Y de repente nos presta libros para que copiemos las cosas, para que veamos cómo eran ¿verdad? Y nos dijo el trabajo de ustedes es por ejemplo esto... Sacaba el cuerpecito de una bailarina de Tlatilco al que le faltaba una pierna, un brazo y hasta la cabeza. Mira, me decía, por ejemplo esta manita le queda aquí. Y cualquier cabecita, cualquiera, le quedaba. Es decir, la rompía, la acomodaba y se veía más o menos bien. Él nos enseña todo esto ¿no? Nos enseña por ejemplo con un taladro a perforar la cabeza y el cuerpo y luego

a meterles pernos. Nos enseña también a hacer los pernos, bueno de alambre ¿verdad? Y nos enseña a preparar una pasta con material de dentista y arena del lugar de donde es la pieza, tierra de ese lugar, y a mezclar todo con agua y una gotita de limón, porque el limón retarda el efecto del fraguado ¿no? Hay que hacer todo rapidísimo, sí, porque la pasta fragua en un ratito. Y a veces se me olvida ponerle el limón y a los dos minutos la pasta se me empieza a desmoronar... Como tiene arena y hay que hacerla muy bofa, entonces, pues, se te vuelve nada, como un dulce de esos que se llaman alegría ¿no? Total, nos enseña el cuate este toda la técnica y ya empezamos a hacer piecitas... Que a esta le falta una pata. Pues ya no hay. Pues yo me la echo. Y patita nueva o bracito y oye, que esta cabecita está muy fea. Pues componle el ojo, échale la pasta. Y ya con la grandina le damos la forma y claro, el cuate está retrefascinado con nosotros, pero a veinte pesos diarios, caray, tenemos que ir todos los sábados en las mañanas porque nos paga al mediodía, ciento veinte pesos a cada quien, aunque hay ocasiones en que nos sale con cien y que nos debe veinte para la semana que entra. Y este tipo, puta, imagínense nada más la casa donde trabajamos. Es un caserón increíble, inmenso, allá por la colonia Florida. Trabajamos en un estudio construido especialmente en el jardín. Él lo levantó. Es medio arquitecto y le gusta pintar y a veces nos metemos para ver qué está haciendo. Y puta madre, carajo, pinta unos desmadres horribles, no se imaginan. Pero casi siempre anda en la calle. Y cuando llega, fíjense, llega con estelas mayas. Una vez llegó con unas cisternas de Palenque pero rotas. Llegó bien apurado el hombre. Y este trabajo urge, muchachos, que no sé qué. Nos dio unas fotos amplificadísimas que seguramente tomó él mismo y dijo miren, esta tiene que quedar más o menos así. Y ese era el problema ¿no? Porque la pasta encoge al fraguar y tienes que calcular a puro ojo, siempre trabajando de manera que quede un poco más gordito para que ajuste a medida que va secando. Y si la riegas pues tienes que raspar todo con una lima, una joda horrible... Pero cualquier cosa la hacemos, no se imaginan, las pátinas, porque si no cómo diablos disimulamos las uniones ¿no? Todo queda bien resanadito, así, pero con lupa ¿no? Y luego va la pátina echa con resistol y politec, perfecto ¿verdad? Nadie nota la diferencia. Entonces que los mascarones... Y órale los mascarones. Y eso no lo puedes hacer con pastillaje, hay que modelarlo primero en barro o en plastilina, sacar un molde de yeso, para tres o cuatro piezas, según, y luego ya hacemos la pieza, más gordita, la limamos, la pulimos y si nos queda un poco rara le damos un martillazo para romperle unos pedazos, un golpe así como muy accidental ¿no? Y después le echamos su pátina. Y a veces le ponemos otros pedacitos de manera que se vea luego luego que está añadida, con la pasta muy obvia, ya ven cómo ponen en los museos lo que es restauración ¿no? Lo que es falso, digo, lo que no existe, lo que se perdió de la pieza lo ponen de tal manera que se note que eso es nada más para completar la pieza. Y hace unos días nos dijo ¿saben qué? Ahorita ya no vamos a hacer piezas chicas, vamos a hacer puras piezas grandes porque tengo unos clientes gringos y no sé qué. O el doctor Stavenhagen quiere que

le arreglemos estas jainas, unas de su colección, pónganse buzos, hay que aprovechar para sacar moldes, pero con mucho cuidadito, que no se vayan a manchar, que no se note que les sacamos moldes. No, pues no se va a notar, decimos, y si se nota pues se las arreglamos, no se preocupe, le echamos otra pátina y ya... Total, después de los moldes hicimos como treinta o cuarenta copias que el cuate este vendió a tres mil y cuatro mil pesos, baratas ¿no? Y nosotros seguimos ganando nuestros veinte pesotes diarios, carajo. Ahora nos dedicamos de plano a la pura falsificación de mascarones, de jainas, y seguimos echándole a la producción de las muñequitas, de las bailarinas de Tlatilco, que es lo que más tenemos... Producimos figuras hasta con pedazos de seis distintas piezas. Y cuando ya estamos hartos de buscar una manita pues ándale buey, échatela toda nueva. Y es que ya nos da flojera hacer los pernos y hacer los hoyos ¿no? Así que nueva es retefácil. ¡Sale! Bailarina de Tlatilco, vámonos... Y a veces, cuando hay tiempo, bueno, pues algo para los cuates —rubricaba, poco amigo de precipitaciones—, y ahí me tienen buscando entre todo ese pedacerío hasta que doy con chingaderas como esta ¿no? Miren qué cabecita de jaguar ¿no? Increíble. Y las bases laqueadas pues las hace el Farfonflas y también es para ustedes, sí, con todo y todo, espero que les guste —sonriente, como los toreros cuando salen a pasear... Quedábamos fascinados con esas figuritas que luego brillaban en la oscuridad de nuestro cuarto como dioses paganos extrañados de no poder obrar.

—Estamos clavados en la pura falsificación —decía Lobo.

¿Qué quería decir *falsificar*? ¿Lobo era un falsificador por excelencia? Crear ídolos a partir de pedacerías es un signo de habilidad poco natural, no podemos negarlo. Falsificar una bailarina de Tlatilco, y al hacerla no sólo imitar la acción de quienes la hicieron, sino prolongar y restaurar las fuerzas creadoras que fundaron un día el mundo mesoamericano, es relevar a los dioses anteriores al Cristo sanguinolento, y si nos atreviésemos a ir un poco más lejos, crear, crecer, acrecentar y participar en los secretos que crearon las pirámides o del secreto de las pirámides que se crean a sí mismas en un juego de metamorfosis inclemente.

Lobo empezaba a jugar con fuerzas turbadoras, quizá sin saberlo, fuerzas que lo llevarían pronto a ser un artista. ¿Será que el artista es un falsificador por excelencia? ¿Sería Lobo un verdadero creador? Digamos que el término parece muy fuerte, muy cargado de ideas recibidas y mal controladas, y además muy pretensioso. Y a pesar de eso había que crearlo todo, nuestros deseos y miradas, *todo*.

El mundo como estaba no era respirable.

LOBO ACOSTUMBRABA LLEGAR temprano al enorme taller de San José Insurgentes con el fin de restaurar piezas que expropiaba para su colección particular o para hacer regalos personales. Farfonflas, en cambio, faltaba en nombre de francachelas delirantes...

—Oiga —advirtió Lobo a su patrón—, mi compañero falta mucho y pues yo necesito que me aumente el sueldo porque hace tiempo que me vengo aventando el trabajo de los dos...

—Bueno —aceptó el hombre con tono soñoliento—, puedo pagarte el doble, sí, pero entonces te vienes a fletar todo el día ¿cómo la ves desde ahí?

—Pues qué más quisiera yo, patrón, pero no puedo dejar la escuela, digo, no me conviene...

—¿Y qué más quisiera yo? —carraspeando con arrogancia de traficante con experiencia—, darte una beca y mandarte a Harvard ¿no?

Lobo trató de replicar, pero prefirió darse tiempo para encontrar un argumento contundente. Faltó tres días y cuando volvió halló el salario duplicado.

Se quedaba hasta tarde inventando figuras: nahuales con gestos feroces y ojos de búho, guajolotes, serpientes emplumadas, zancudos de agua y palomas de tres picos. La soledad del lugar y la presencia de tantas piezas prehispánicas, rotas y llenas de polvo, lo llevaban a pensar en la fragilidad y la grandeza de nuestros antepasados: fragilidad de su grandeza: grandeza de su fragilidad...

Mientras manipulaba la arcilla una nueva corriente de vida rompía la costra de la rutina y transformaba su conflictivo presente y el ritmo mecánico de sus días en una suerte de música distinta, de impulso mágico y alegría *otra*.

Emiliano, el muchacho que barría el jardín, se acercaba a verlo trabajar.

—Tú eres un artista, me cae —afirmaba al ver a Lobo mezclar las gotas de limón y armar con rapidez un brazo o una cabeza—. No entiendo para qué estás aquí, yo que tú me dedicaba a falsificar por mi cuenta, digo y perdóname, pero le estás haciendo el favor al pinche dueño y luego ni te lo va a agradecer...

Salían juntos y Emiliano lo arrastraba al California Dancing Club, al Prado Floresta o al Salón Los Angeles.

—No, yo me voy por las orillitas —decía, intimidado por el furor del sonido—, porque ahí donde están los gargantas pues nomás no, luego hasta te mochan las viejas...

—Pues yo sí me voy a aventar —arriesgaba Lobo.

—No, mejor no, compadre, a lo mejor luego tienes una dificultad.

—No jodas, hombre, ánimo —y empezaba a caminar rodeando el salón vibrante de ritmo y energía, esquivando a las parejas que se sacudían como condenadas.

A Emiliano lo que más le gustaba de estar vivo eran las mujeres y bailar. Le daba lo mismo que fuesen bonitas o feas, y se agitaba frente a ellas enseñando los dientes

de caballo muerto, bullicioso y zarandeado como por una corriente eléctrica.

Allí nadie se quedaba parado.

En el taller de San José Insurgentes, Emiliano barría la azotea y hablaba con las sirvientas de las casas vecinas.

—Vénganse para acá ¿no?

—No, pues mejor vente tú...

—Es que somos dos —explicaba Emiliano y volvía a invitarlas. O bajaba por Lobo y lo urgía a acompañarlo.

—No —decía Lobo—, yo no voy, deveras que no, manito, áhi si que no le atoro...

—No me vas a dejar morir solo, pinche artista ¿qué no ves que son dos?

—Pues tú vete con las dos, no seas buey.

—No, pues cómo crees que con las dos. No van a querer...

Lobo accedía por curiosidad.

—Pues órale ¿no?

Saltaban la barda del jardín e inmediatamente trataban de desvestir a las mujeres. Lobo les hablaba para borrar la infinita distancia que lo separaba de ellas; las tocaba y reían. ¿De qué podía hablarles? Olían a masa, a sudor y almidón, a escoba y polvo de los rincones. Mientras forcejeaban les secreteaba frases románticas para que hubiera algo de común entre ellos. Pero sus palabras, en vez de excitarlas, animaban su risa.

—¿Qué están haciendo?

Hasta el cuarto llegaban las voces de la casa.

—Nada, señora —arreglándose los cabellos y el delantal.

Lobo se asustaba con semejante algarabía. Ante su falo erecto el humorismo, siempre distanciador, encontraba finalmente su zona prohibida. Si bien la sexualidad de los otros era fuente de toda su ironía y capacidad de sarcasmo, no reía en el despertar de la suya ni durante su ejercicio, ni al final: una vez poseído se acababan las bromas. Y es que presentía que las risas iban a dificultar su funcionamiento, a distanciarlo de sí mismo, a desposeerlo de esa pasión que es el lubricante imprescindible para ejercerse con tino en el jadeo y cumplir con el rito del orgasmo. Pero ¿por qué pensar en esos momentos? ¿O era que el conocimiento despierto mataba el amor? Cualquier deficiencia o vacilación en materia erótica lo aislaría en una soledad e incompetencia siniestras. Emiliano ya había vencido la resistencia de su pareja y forcejeaba con los broches de la ropa interior. Lobo debía realizar una invasión similar. En ningún otro aspecto era tan fundamental alcanzar lo que los demás conseguían. Y fracasar lo comprometía y angustiaba.

—¿Qué pasa allá arriba? —Volvían a gritar desde la casa—. ¿Qué están haciendo?

Lobo volvía a la carga preguntándose si el deseo no era una coartada que le permitía acercarse a esas mujeres, soportar su presencia e incluso hallar cierto agrado en su compañía. El amor le brindaba esa ilusión de proximidad justificada; todas las

demás formas de compañía eran gratuitas, artificiales, postizas. Después de todo no iba a estar allí para hablar de historia de México. Era extraño que esos uniformes almidonados que se interponían entre sus cuerpos, lograran desinteresarlo, más que excitarlo, y que en razón de su rigidez se revelara el amor como una excusa para padecer y gozar gratuitamente.

—Para carne buena y barata —se oía con frecuencia en aquella época—, no hay como la carne de gata...

Al retirarse una vez, Emiliano tropezó del otro lado de la barda y se sujetó de un tubo de desagüe demasiado débil. Lobo lo vio caer junto con ladrillos y pedazos de revoque, y por precaución, aceleró su descenso al taller, incapaz de integrarse al escándalo de la familia que comía y había salido al patio con servilletas y hasta cubiertos en la mano.

—El jardinero que cayó del cielo —reía Lobo, para sí, y hasta dudó en sentarse a trabajar. Se sentía ridículamente prudente y tímido—. La amistad no se aprende en la escuela —gruñó, *o me dijo que gruñó* y de reniego en reniego caminó hasta la salida, imaginando pulverizar a la familia de la casa vecina, jugar con innumerables argumentos y convencerlos de la inocencia del jardinero, detener su linchamiento o maniobrarlo a su capricho. Pero encontró a Emiliano en la puerta de la casa, sonriente y dando explicaciones inverosímiles.

—¿No me vas a dejar morir solo, verdad? —rogaba Emiliano otra noche recargado en su escoba de varas—. ¿Qué no ves que son dos?

Lobo aceptaba cansado de esperar al saqueador de centros arqueológicos.

—Mira, nos las llevamos a bailar —seguía Emiliano—, y ya después, cuando las tengamos cansadas, pues a ver qué podemos hacer...

—Pero de veras ¿no son las del otro día?

—No, pinches viejas, deja nada más que me las encuentre y vas a ver cómo las voy a madrear...

—¿A poco eres capaz?

—Claro que sí, no saben lo que les espera...

—Pero ¿qué culpa tienen, Emiliano?

—¿No, buey? ¿Y qué tal si me mato?

—Pues la culpa es tuya ¿no? Ellas ¿qué tuvieron que ver? ¿Quién te manda andar allí de caliente? Ni que estuvieran de uyuyuy...

—No, buey, pero ahora sí, son dos hermanitas y me cae que sí la hacen, y además están a todísima madre...

—De dónde las sacaste...

—No, pues las conocí la otra noche en el Prado Floresta...

—Parecían luchadoras, compadre, y eran de Cuernavaca —contaba Lobo— y ni eran hermanas, eran de esas que se dicen así pero no eran hermanas, compadre. Y mira, tenían unas tetas así como de este tamaño. Unas piernotas que uy, para qué te cuento, pero feas hasta decir basta, no vayas a creer que eran agradables ¿verdad? Pero eso sí, jóvenes, hasta eso, no creo que tuvieran arriba de veinte años ¿no? Bueno, una de ellas, sí, es posible ¿no? Y tenían una punta de pelos que ¡híjole!, compadre... Y pues ya habíamos hecho el plan de llevarías a bailar, pero ellas querían tomar una copa antes ¿no? Y pues yo traía como doscientos cuarenta pesos y Emiliano pues no sé, un poco más ¿no? Y dije bueno ¿pues qué hacemos? Ni modo de sacarlas a caminar...

—No, pues hay que llevarlas a tomar una copa...

—Pero pues a dónde...

—No, pues a un lugar barato...

—Pues no sé, yo no sé dónde hay...

—Pues ahí por Guerrero hay un lugar donde también se baila y la copa cuesta quince pesos...

—Pues vamos...

La rockola tocaba *Tu rica boca* y frente a ellos giraban tres parejas mascando chicle y sonriendo alegremente. Lobo le guiñó el ojo a una muchacha que le gustó y que estaba bailando, con el fin de comprometerla para la pieza siguiente. Se sentó casi encima de su compañera y pidió dos cervezas. Hablaban de un capataz iracundo y del trenzado o peinado de algunos hilos, ya que trabajaban en una fábrica. Emiliano empezó a meter mano y pronto los cuatro estaban enfrascados en centenas de balbuceos y suspiros, caricias afanosas y astutas, alegrías calculadas con habilidad y desesperaciones exasperadas al verse frustrados o ligeramente rechazados, entregándose, en suma, a un mecanismo que les dictaba irremediabilmente sus gozos y los llevaba a un delirante arrebató. Pero llegó una pandilla ruidosa y cancelaron la tercera ronda, pidieron la cuenta y se fueron al California Dancing Club.

—Entonces ahí las viejas gozaban como locas, compadre —decía Lobo—, pero no sabes la bronca que era, porque como estaban dizque muy buenotas, y bueno tenían unas piernotas y unas nalgotas y traían los vestiditos hasta acá, entonces de golfas no las bajaban, compadre. Y los pelos largos así, una güera y una morena, una con el pelo negro, la que estaba conmigo, y la otra con el pelo rubio, pintado, por supuesto. Total, las bailamos ahí pero mucho, mucho, mucho, hasta que estaban ya cayéndose de sudadas. Hasta que nos salimos y caímos ahí cerca, no me acuerdo bien, comimos unos pozoles y nos aventamos seis o siete cervezas...

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues ya no tenemos dinero...

—¿Adónde las llevamos?

—No, pues vamos a nuestro hotel —dijeron ellas—, nada más vamos a comprar

una botella de algo porque apenas tenemos cervezas y creo que galletas...

—Pues juega...

Compraron una botella de Bacardí y otra de Reserva San Marcos, además de varios Tehuacanes.

—Primero vamos a entrar nosotras dos —dijeron—, y luego uno y después el otro, pero después de un rato y cuidándose de que no los vean en la administración ¿eh? Se ponen abusados. Y si los ven, que no los vayan a relacionar con nosotras ¿eh? Nosotras ni los conocemos...

A Lobo le fascinaban esas picardías: volver aventurado el entrar a un hotel. Ponían eso en juego y él perdía hasta la posibilidad de la angustia. ¿O la ganaba? Le hacía falta dejarse ir hacia la felicidad de la carne, aceptar el reto y cercar, cruelmente, la ganancia en ese juego casi idiota.

—¿Pues qué vamos a hacer? —preguntó al cruzar la puerta del cuarto.

—¿No te vio nadie?

—Pues hay que jugar un pócar —propuso Emiliano—, un estrippócar ¿no?

—Y ¿de dónde vas a sacar la baraja, buey?

—No, espérate tantito —y sacó del bolsillo cinco dados de cubilete—. Tráiganse un vasito ¿no?

Quien perdía cada tanda tenía que quitarse una prenda de ropa. Y mientras las mujeres insistían en sacarse en primera instancia los zapatos, Lobo se despojó de pantalones y calzoncillos. Media hora después los cuatro estaban desnudos y bebían con movimientos de alegría salvaje.

—No es lo mismo Emeterio, Zacarías, Saturnino y Guajardo —recitó Emiliano—, que meterlo, sacarlo, sacudirlo y guardarlo.

—No es lo mismo huele a traste que atrás te huele —reía la güera, lasciva y loca.

Emiliano se cernía sobre ella con extremada dificultad; parecía embriagarse con ella.

La morena ponía en juego nuevamente a Lobo; separaba las piernas abriéndose lo más posible a lo que ni siquiera era ella, a la existencia impersonal, viscosa, de la carne. La sensualidad no era nada sin ese deslizamiento turbio en el que el clítoris, enorme como un dedo de bebé, era percibido súbitamente. Al entreverlo el corazón de Lobo latió con esperanza demencial... Pero lo jalaron de los cabellos, lo derribaron y besaron, empujándolo, apretujándolo, ahogándolo casi. Un beso insensato, sofocante y desgarrador. Era la güera. Lobo vio con un ojo implorante hacia Emiliano.

—No, está bien, pues si estamos entre amigos —dijo Emiliano—. ¿Cuál es el problema?

—Bueno —aceptó Lobo. El deseo lo inquietaba.

—Si te pasa mi amiga entonces cambiamos...

—No, no —dijo la morena—, yo quiero con él y nada más con él.

—Bueno, pues está bien, pues ni modo, no hay problema, total... —Para Lobo el

juego era siempre una especie de renuncia. No importaba perder. La suma apostada debía considerarse siempre perdida, y si no se perdía, con lo ganado había que aumentar la siguiente apuesta. El dinero del juego, ya se sabe, quema las manos.

—Tu novio es aquel —explicó Lobo—, yo ya empecé con tu hermana, así que ni modo, vete con él...

Seguían bebiendo, desnudos los cuatro.

—Y que pongan música...

Tenían un radio y lo encendieron. Sentían que la noche enigmática les hurtaba, con su silencio, lo mejor del placer, todo escándalo y resoplidos. Lobo derramó su bebida sobre el pubis de la morena y luego se echó a un lado de ella como apremiándola a compartir su suerte. Emiliano lanzó un botellazo contra la lámpara que oscilaba en el cielorraso y consiguió una confusa oscuridad. Lobo cerró los ojos para no ver a su pareja, que a pesar de lo oscuro no le gustaba. En eso la güera abrió la puerta y salió corriendo, desnuda.

—Hija de la chingada, ahorita la traigo —gruñía Emiliano—, ¿cómo chingaos no? Van a ver... —Se puso los pantalones y una camiseta y agarró como bandera el abrigo de la mujer, saliendo tras ella.

Lobo bizqueaba amargamente hacia la vagina de su amiga. Ese clítoris brillando en la oscuridad parecía guiarlo. De pronto su cuerpo entero le reía ciegamente a la vida, entraba en otro cuerpo con la ligereza de un niño, se agitaba sobre ella, acosándola, provocándola, estimulándola. El irreal sonido de los genitales lo invadía todo.

Emiliano regresó golpeando a la otra mujer. Vio a Lobo conjugado con la morena y les dio una patada en la oscuridad.

—Si te portas mal con mi amigo a ti también te parto el hocico, pinche vieja.

—No, no, pero si me estoy portando bien ¿verdad que sí?

Pero Lobo se había separado, humillado un poco por la escena, disgustado consigo mismo, inquieto como el deseo. Tiraron nuevamente los dados para ver quién se quedaba con la cama y luego no encontraban los dados. Finalmente ganó Lobo, pero tenía frío y la erección le fallaba. ¿O era el cuerpo de esa mujer que se derramaba por todas partes? ¿O la vulgaridad de sus estertores? Atrajo pensamientos lascivos y estimuló su sexo manualmente, reconociéndose después de extraviarse, asistiendo, como su propio espectador, a esa experiencia penosa y turbadora, casi eunuco. ¿O quizás estaba demasiado borracho? Pensaba en cuartos de hotel, burdeles, citas clandestinas, episodios aletargados, amores fraudulentos. ¿Es que no iba a enamorarse nunca? Era su propio enemigo. Expiaba con su impotencia su desprecio a ese otro cuerpo inquieto y morbosos.

Trastabilló en la oscuridad, se asomó en la sala y vio a Emiliano o lo presintió atareado, feliz de su exudación y su escándalo.

—Pues tenemos que esperar a que terminen —le dijo a la morena—. ¿No te vas a vestir?

—Acércate —ronroneó ella—, ven, no seas malito...

Pero Lobo buscaba el baño y encontraba más y más oscuridad.

—Yo te animo la cosita —seguía la morena.

Volvió el estómago sobre un sillón y después tropezó con Emiliano.

—Oye, pues ya vámonos ¿no?

—No, compadre, pues ¿qué no vas a pasar con la güera?

—No, yo creo que no voy a pasar con la güera...

—Ah, pues entonces yo sí voy a pasar con la morena...

—Pues, pasa con la morena, a ver si ella quiere contigo...

—Cómo no va a querer, pinche buey...

Encendieron la luz del baño y empezó a localizar su ropa y a vestirse. La güera le murmuraba cosas que lo hacían parecer prudente y aburrido. El calor del juego la consagraba al juego.

—Fíjate que ya me tengo que ir —decía Lobo—, es que no me siento muy bien y además ya es muy tarde. Pero áhi te dejo a mi amigo ¿eh?

Saltó sobre sus piernas desnudas y aspiró con nostalgia el olor ácido de ese cuerpo y el cuarto desordenado y sucio. Pronto descubrirían su estrepitosa vomitona y lo maldecirían con palabrotas. Después de todo había entrado allí en busca de una eyaculación tumultuosa. Lástima que no había vuelto el estómago sobre el cuerpo de las mujeres. Debía haber un buen nombre para esa perversión, porque era una perversión, no cabía duda, lo mismo que ese movimiento voluntarioso que lo separaba de las mujeres con preguntas o consideraciones disparatadas. ¿O era sólo que esas mujeres no le gustaban?

—Oye, este —lo sorprendía Emiliano—, tengo una movida, pero pues viene con una prima y me tienes que hacer el quite...

—No —decía Lobo—, si son luchadoras, la mera verdad yo paso.

—Cuáles luchadoras —reía—, si estaban rebuenotas...

—No —seguía Lobo—, no te imaginas, pero con un chichazo de esos te matan, verdad de Dios. Cuídate que no te vayan a pegar un día porque no lo platicas, me cae...

—Es que ésta es una vieja increíble, no sabes, compadre, una vieja preciosa. Venía sentado junto a ella en el trolebús y entonces, bueno, venía haciendo cerebro para echarle el verbo y como no sabía qué decirle y vi que traía libros dije pues ha de ser estudiante ¿no? ¿De qué le hablaré? ¿De qué le hablaré? Y no se me ocurría nada. Entonces dije ya sé, de Berlín ¿no?

—Pues ¿qué está pasando en Berlín?

—Pinche buey, que ¿no sabes lo que está pasando en Berlín?

—No, no sé.

—Pues la guerra, buey.

—¿Hay guerra en Berlín?

—¿Qué no lees los periódicos, pinche pendejo? Pues claro que hay guerra en Berlín. Hasta levantaron un muro y cosas así...

—Entonces qué...

—Bueno, pues ya platicamos de la guerra y me preguntó que cómo me llamaba y le dije que me llamaba Renoir...

—Esos nombres no te los creen, Emiliano, porque no son nombres cristianos ¿verdad?, que la gente entienda. Invéntate otros nombres, más creíbles... Si lo que quieres es que no descubran tu nombre para no meterte en problemas, pues invéntate otro más real ¿no? ¿Quién va a creer que te llamas Renoir?

—Pues entonces me llamo Marx.

Un domingo fueron a Tequesquitengo y acamparon en la azotea de una casa que sobresalía del lago. Iban mujeres y hombres y mientras ellas preparaban la comida, ellos se dedicaron más que a nadar y bucear dentro de las casas que el lago había cubierto no hacía demasiado tiempo. Nadaban entre muebles flotantes y rescataban cucharas, un mango de sartén o alguna otra cosa sin valor abandonada allí por los habitantes. Pero un velador los había estado observando desde la costa, llamó a una patrulla, y cuando los muchachos iniciaron la retirada se encontraron con dos policías.

—Ustedes son rateros.

—Cuáles rateros...

—Todo eso que llevan es robado.

—Cómo creen. ¿Cómo creen que nos vamos a robar estas cosas?

—Es que además está prohibido estar aquí...

Entre todos juntaban cien pesos y se los ofrecieron junto con lo que sobró de comida.

—No —protestaron—, cien pesos no.

—Bueno, si quieren traigo un cheque —dijo Emiliano.

—Bueno, eso sí.

—Oye, Lobo, pásame la chequera porque tengo que hacerles un cheque aquí a los amigos para pagarles...

—Bueno, pues ni pedo, si quieres darles un cheque pues ni modo...

—Bueno, pues que de cuánto.

—No, pues cuatrocientos pesos por lo menos. Es que venimos desde Cuernavaca, y desde hace rato que nos teníamos que reportar, y el comandante ¿no?

—¿Al portador?

—Sí, al portador está bien.

—Bueno, un cheque al portador, cuatrocientos pesos, firmado Carlos Marx.

—Gracias, gracias, jóvenes, gracias —y se fueron deslizando como cortejo de

novia el día de una boda.

Lobo vivía en la casa de Farfonflas, a quien seguía viendo en la Escuela Superior de Arte Aplicado.

—Oye —le había dicho—, dame chance de quedarme aquí unos quince días ¿no? Nada más mientras me organizo...

—Sí —aprobó el otro—, no faltaba más. Sólo tengo que consultarlo con mi cuate el pintor...

El Gran Caruso pretendía ser libre frente a los lienzos y que sus cuadros jadearan de crímenes y sueños. Aceptó a Lobo si compartía los gastos y Lobo se quedó durante año y medio.

Cierta vez los tres decidieron participar en un concurso. Se trataba de dibujar sobre fibracel una escena de caza donde todos los participantes estuvieran ataviados con taparrabos; debía haber mujeres dedicadas al cultivo del maíz, cargando leña o hilando, y en el paisaje había que destacar tanto plantas mexicanas como animales: venados, perros, conejos, aves, etcétera: todo desde el dominio de un estilo absolutamente realista.

El gran Caruso se encargó de comprar el bastidor, Farfonflas hizo el trazado general y Lobo empezó a dibujar las figuras humanas, pero el saqueador de centros arqueológicos lo mandó un día al Museo de Antropología, entonces en construcción, y oyó que un hombre que parecía el jefe le encargaba a otro que le llevara dibujitos de animales.

—Mañana —insistía—, quiero ver cómo dibuja animales...

Lobo tenía apuntes y al día siguiente se los llevó.

—Mire usted, yo escuché ayer que necesitaba ayudantes y le traje estos apuntes para que los viera, ya los tenía ¿verdad? Pero si le parece bien, véalos y si quiere me encarga cosas nuevas...

—No, está muy bien —dijo—, quédese ya con nosotros...

Le pidieron que practicara sobre una tablita y le dieron varios pinceles y un bote de pintura azul. Empezó: era la misma pincelada que emplearía para iluminar enormes extensiones de cielo y mares.

A los dos días de practicar, el jefe le dijo:

—No, pues usted ya puede salir al bastidor...

—Perdone, y ¿cuánto me van a pagar?

—Hable con mi ayudante.

Le ofrecieron doce pesos la hora. Y previo renunciar a su trabajo en el taller de San José Insurgentes, seguir asistiendo a la escuela por las mañanas y pasarse cinco o seis horas diarias coloreando murales para el Museo.

Cuando lo contó a Farfonflas y al Gran Caruso descubrió que el fibracel que estaban pintando era para concursar y ganar la plaza que él ya tenía. Entonces

prometió conseguirles trabajo, ya que conocía al jefe. Y como los acontecimientos los enfrentaban con sensaciones contradictorias, decidieron hacer una fiesta para festejar y reafirmarse de nuevo.

Lobo invitó a Emiliano.

—Este, oye ¿puedo llevar un cuate?

Visitó a la vieja pandilla y le pidió al Ratón Vaquero que le avisara a todos. Estaba lloviendo, y sin embargo, fue hasta nuestro cuarto de azotea. Amparo Carmen Teresa Yolanda lo instó a esperar a que pasara la lluvia y le ofreció una taza de café.

—Yo creo que el buey de mi amigo te deja mucho tiempo sola.

—Pues fíjate que no comparto tu opinión. Él está trabajando y la vida es así.

—Pero es que tú no tienes amigas ¿no es cierto?

—La verdad es que no me gusta recibir visitas —y paseó la mirada por las paredes del cuarto—. Nada más vienen a quitar el tiempo. Y pues la verdad, la verdad, en lugar de oír estupideces prefiero estar aquí haciendo cosas que me gustan...

—¿Como qué? —y también recorrió el cuarto con la mirada, reparando en las imágenes religiosas en la cabecera de la cama, en los libros amontonados en el rincón y en la estufita eléctrica que hacía hervir el agua con ruidos de locomotora. Parecía el lugar natural del pecado y el equívoco.

—Coser, por ejemplo...

—Ya me lo imaginaba —rió Lobo y se incorporó, dispuesto a retirarse.

—¿No te vas a tomar tu cafecito?

—Sabes que tengo que llegar al Museo, y la verdad pues nada más venía a invitarlos a la fiesta, pero tu marido no está... Y más vale que me vaya ¿verdad? No quiero que piensen mal de nosotros...

—¿Y te vas a salir así, lloviendo?

—Bueno, lloviendo no, pero sólo si prometes salir después a tomar otro café, porque no se vale que tú nada más me invites.

—¿No que tienes que irte al Museo?

—Bueno, sí, pero no digo ahorita, sino cuando quieras.

—No, pues mejor ahorita, porque mi esposo llega dentro de unas dos horas. Y ¿adónde vamos?

—Adonde quieras. Hay un café chiquito, muy íntimo, aquí como a tres cuadas.

—No, pues la verdad es que prefiero ir a Sanborns porque podemos ver las revistas.

—¿Qué revistas te gustan?

—Las de modas.

—¿Sabes? Allí en el Museo tengo un amigo que es contrabandista y me gustaría regalarte alguna cosa...

—¿Y para qué quieres regalarme cosas?

—No sé, la verdad es que se me antojó. ¿Te opondrías? ¿O te regaña tu marido?

—Bueno, la verdad es nada más que me sorprendes un poco...

—¿Y cómo es tu vida de casada?

—¿Cómo es de qué?

—Digo, ¿te gusta? ¿Te sientes satisfecha?

—Y ¿por qué me preguntas eso?

—Es que ¿sabes que me quería casar hace dos años? Pero mi novia era medio estúpida y no valía la pena.

—¿Y por qué te expresas así de ella?

—Es una historia de radionovela, no tiene mucho sentido que te la cuente, en fin, era medio puta...

—Caray, pues te debe haber hecho mucho daño ¿verdad?

—Las mujeres por lo general, hacen daño —sentenció Lobo y terminó de un golpe con el contenido de su taza—. ¿Vamos a Sanborns? Parece que ya dejó de llover...

Era extraña esa mujer, esforzándose en mantener una distancia que la noche de la fiesta iba a convertirse en una especie de fluido eléctrico. ¿Cómo imaginarse allí, en la azotea, a esa ama de casa tan segura de sí misma, fluyendo, noches después, hacia afuera, abriéndose hacia los que se acercaban a ella? Amparo Carmen Teresa Yolanda bailaba con Emiliano, con El Grapa y Farfonflas al mismo tiempo, acaparando huidizos juegos de luz y enfebrecidas caricias, ardientes recorridos que la volcaban en risas dionisiacas.

Bajo la influencia de la música se abría a la lujuria como a una fuente de vida. Derruía su integridad de mujer casada, su dignidad de esposa, y recibía al erotismo. Era un acuerdo voluntario, una traición hasta cierto punto *inocente*, que exigía para que ella viviera que yo retrasara mi llegada a esa fiesta.

El Ganso se había dormido sentado arriba de un canasto, trastornado por la bebida.

—¿Sabes qué? —dijo el Ratón Vaquero, tambaleándose—, tengo que irles a partir la madre a unos cuates ahorita, compadre. Acompáñame ¿no? Vamos, les partimos el hocico y nos regresamos ¿ya vas?

—Caray —dijo Lobo—, es que no puedo irme ¿que no ves que soy el de la fiesta? Digo ¿qué no nos podrán esperar?

—Bueno, compadre, pues yo me voy, no tardo ¿no?, luego luego regreso, ahorita vengo...

La fiesta estaba empezando y Lobo se dejaba llevar por la corriente. Puso un disco de Pérez Prado en el tocadiscos y con el fin de transfigurar las cosas en el departamento, subió y subió el volumen hasta ahogar cualquier otro ruido. Saltó entonces en medio de la habitación y comenzó a bailar, contorsionándose como equilibrista en una cuerda floja, escudriñando el techo sin fin preciso, más allá de sí

mismo, emplazándose en espera del despertar de su deseo. Le pediría a Amparo Carmen Teresa Yolanda que lo adivinara...

Sólo los ojos del deseo se bastan para ver lo bastante lejos.

El Gran Caruso deambulaba de un lado a otro blandiendo un desarmador que, gritaba, iba a encajarme a mí.

—¡Nada más que encuentre a ese desgraciado!

Yo estaba en mi oficina todavía, esperando pruebas de plana de la edición del día siguiente. Había abierto mi ventana hacia la noche, hacia las calles negras y el cielo negro. La angustia me acechaba por todos lados. De haber sabido que el gran Caruso me buscaba para asestarme un golpe mortal, hubiera añadido a mi depresión un poco de cómica amargura.

El Gordo Sarro abandonó la fiesta con tres mujeres, las subió a su coche y volvió a secretarse con Lobo.

—Oye, compadre, pues ya nos vamos a mi casa pero no tenemos alcohol ¿verdad? ¿No puedes pasarme una botellita?

—Pues sí —aceptó Lobo y le regaló dos de vodka.

Llegaron tres compañeros de trabajo del Museo, y pidieron Presidente.

—¿No has oído las canciones de José Antonio Méndez? Son sensacionales —empezaron—. Ya las analizamos palabra por palabra y puta, no te imaginas...

Llevaban sus propios discos y se sentaron cerca de la enorme bocina de guitarra eléctrica donde desembocaba el amplificador de la tornamesa. Llevaban también dos garrafones de Bacardí.

Amparo Carmen Teresa Yolanda bailaba dando vueltas, sola, rodeada por El Grapa, Farfonflas y Emiliano que saltaban como faunos desafiantes. Lobo se había quitado los zapatos y los calcetines y bailaba cara a cara con una actrícita neolonesa. Odiaba la pedantería de sus compañeros del Museo, sus risas cacareadas.

El Gran Caruso lo interrumpió para darle a guardar el desarmador que iba a encajarme.

—Yo me voy al Tijuana —le dijo—, áhi me alcanzas con los que quieran...

—Ya estoy cansada —dijo Amparo Carmen Teresa Yolanda, sudando, arreglándose malamente los cabellos revueltos—. Pero no me puedo ir.

Tenía que esperarme.

Lobo la tomó de la cintura, y aprovechando que desde el tocadiscos se oía una y otra vez la misma canción, se deslizó sin acrobacias alrededor de su cuerpo, bailando como sólo él podía hacerlo, llevándola a un estado de inaprehensible transparencia, casi inerte, intensamente excitada y disponible. Susurraba en sus oídos aventuras con dos mujeres con quienes hacía el amor sin cesar, por separado y juntas, intercalando algunos elogios a su manera de bailar, lo esbelto de su cintura y lo voluptuoso de sus brazos. Lobo presentía que para una mujer como ella nada más excitante que sus aventuras de libertino.

—Te quiero mucho —rió ella, y lo abrazó con fuerza.

—¿Sabes qué hago con las mujeres que me quieren mucho? —sentenció Lobo, repentinamente serio, odiando su risa fácil, quizás porque lo excitaba y al excitarlo lo agredía—. Una risa de puta —comentaría después—, todas las mujeres se ríen como putas ¿verdad?

—No tengo la menor idea —se alarmó Amparo Carmen Teresa Yolanda—. ¿Qué haces?

Tenía tal mirada de indefensa que Lobo sintió un remordimiento de conciencia o algo parecido, y deseo con todas sus fuerzas que tocaran la puerta.

—Las engaño con la primer mujer que me gusta —empezó, pero realmente tocaron en la puerta y suspendió el sermón.

Era el Ratón Vaquero, desfajado, con la bragueta abierta y la cara llena de sangre. Y Lobo había salido a la calle descalzo.

—Pasa —le dijo—, lávate y ahorita te llevo en un coche ¿no? Pedimos un coche aquí en el sitio y te llevo ¿no? Aquí a la vuelta está el sitio, este, te llevo a tu casa, nada más deja que me ponga los zapatos, pásale —y regresó a calzarse.

Emiliano bailaba con Amparo Carmen Teresa Yolanda.

*Hay un enigma azul en tus ojeras
que yo descubriré cuando me quieras...*

Cuando Lobo salió de nuevo, el Ratón Vaquero ya no estaba. La calle hedía saturada de toda clase de olores, mezclados y neutralizados. Caminó hasta la esquina buscándolo y decidió dar una vuelta a la manzana, un poco por ver si daba con él y otro poco para escapar de Amparo Carmen Teresa Yolanda. Si cuando volvía yo no había llegado iba a tener que proponerle que se acostara con él y ella seguramente lo rechazaría. O mejor intentaría abrazarla y besarle el cuello y los ojos, recorrer el lóbulo de sus orejas con la punta de la lengua hasta que ella temblara, o se pusiera rígida y terminara apartándolo; diría que amaba a su esposo, que no era lo que él pensaba, que no tenía derecho alguno... La noche estaba llena de amor. Cada noche amenazaba constantemente hundirlo en el absurdo, donde ninguna relación era posible, donde toda fórmula carecería de sentido, donde no había misiones que cumplir ni fines que alcanzar. La cultura, el trabajo, la gente, eran las fuerzas que querían arrastrarlo, construir su existencia coherentemente, imponer orden, cifrar su pensamiento y su conducta en lo claro y lo distinto. Lo queríamos lúcido y eficaz, y él se negaba a traicionarnos, pero no podía negar a la vez la potencia oscura que lo gestó no sabía cómo ni cuando y desde la cual había venido hasta sí mismo. Caminando ¿no se hundía en la noche? ¿La lujuria no era su mejor defensa contra la noche? ¿No había querido siempre, apasionadamente, realizarse en la noche? Ser una pasión que lo arrasara todo, entregarse a sus impulsos, rebelarse contra toda norma; ser lo que era y no lo que debía ser, sin remordimientos por lo que destruía, ávido siempre de victorias, sin nostalgia ni esperanza; ser el gran negador en la soberbia de

su propia afirmación. Una mujer descendió de un taxi y la deseó ferozmente. Ella le pidió un cigarro. Sus manos se rozaron y él miró sus ojos y sintió que cierto magnetismo animal los envolvía. Quiso empezar a acariciarla allí, en plena calle, en un zaguán lleno de sombras. No sabía nada acerca de ella, aparte del olor de su cabello y su cutis, y del susurro de su ropa.

—¿Podemos subir a tu casa? —preguntaría Lobo respirando agitadamente—. ¿Puedes invitarme? —O mejor—: ¿No quieres venir a una fiesta, aquí a la vuelta? Vivo aquí a la vuelta —rogaría. O llevaría las manos hasta su cuerpo, intentaría besarla—. Cierra los ojos —recomendaría para crear una necesaria intimidad—. Y qué rico besas, carajo...

Cuando regresó a la fiesta, yo había pasado ya por Amparo Carmen Teresa Yolanda y nos habíamos retirado. El Sapo vomitaba en el baño y el Ganso caminaba dando bandazos.

—Échate una copa para la cruda —gruñó Lobo, malhumorado, y brindó con sus compañeros del Museo presa de ligeros temblores, quebradizo bajo su apariencia de brío. Su pasión por la noche no era la voluptuosidad del amor, ni su abandono al alcohol. Su pasión por la noche tenía que precipitarse en la nada. Un hombre de la noche no puede aspirar a salvarse ni siquiera en la noche, pues toda aspiración responde a la ley del día. La noche tiene que declarar vano e ilusorio cuanto tenga relación con el mundo. Su pasión por la noche tenía que ser traición absoluta a la existencia. Por eso era indescriptible: toda descripción condiciona la noche al día y se contradice en cuanto quiere ser descripción de la noche. Debía morder a las mujeres, debía devorarlas en ritos canibalescos llenos de ira y furor. Cometería cientos de crímenes siguiendo los llamamientos oscuros de la noche, y ya no podría trabajar nunca más. Se emborracharía arrastrando una existencia obsesionada por su doble traición: haber traicionado al mundo en su entrega a la pasión por la noche, y traicionar a la noche en la impotencia para abandonar el mundo.

Las canciones de José Antonio Méndez lo sacaron de su ensimismamiento, y comenzó a extrañar una relación tranquila, sin frenesís desesperados, en la que las sensaciones deberían ir y venir dulce y fácilmente, como las mareas. Empezó a hablar arrebatadamente y a saltos, describiendo los orgasmos de mujeres a las que ni siquiera había penetrado. Creía reaccionar contra la noche perdiéndose en la familiaridad con el sexo, el alcohol y la alegría carnavalesca. Quería llegar al amanecer acompañado por todos esos alegres borrachos. Pero la noche estaba allí, forzándolo a dudar de sí mismo, y hasta a presentir que todas las cosas eran otras cosas. De cualquier modo, la noche era la potencia oscura que seguía sustentándolo.

Amparo Carmen Teresa Yolanda y yo caminábamos un poco asustados. La noche era una representación majestuosa y conminante de quién sabe qué destinos. Nuestro devenir salía de la noche, retornaba a la noche, era resultado de la noche inmutable.

Las tiendas de la avenida Juárez simulaban un juego de espejos en el que nos perdíamos infinitamente. La calle parecía estar llena de transparencias impersonales... Apretábamos la cabecita de jaguar o la bailarina de Tlatilco recién adquirida y la vida se nos presentaba como debilidad, comedia o sed de sufrir. La ciudad misma adquiriría visos fantasmagóricos. Revisábamos reglas e implantábamos prejuicios, estrujándonos las manos con énfasis en nosotros mismos, caminando cada vez más aprisa...

—Yo diría que el verdadero creador tendría visos de destructor y maldad de criminal —carraspeaba el viejo librero entre tragos de café con leche y pedos escandalosos.

Polo me prestó una cámara de 35 milímetros.

Fotografié las piernas de Amparo Carmen Teresa Yolanda, su pulso sombrío, la delicada turbación en sus venas cerca del cuello, la boca entreabierta, cerrada; su sexo hambriento, oscuro, húmedo, abierto; el ombligo rodeado de piel sedosa, los senos casados con la cama, las nalgas como frutas, las mejillas con gotas de semen desvergonzadas, los ojos dilatados en una mirada de abandono más claros que nunca...

Dejamos esa vez nuestro cuarto de azotea y caminamos hasta la calle Bucarqli, hacia El Gran Taquito, que en esa época se llamaba La Michoacana y hoy ya no existe. Comimos tacos allí, bañados de crema y salsa verde, distraídos por las sirenas de ambulancias y carros de bomberos que irrumpían constantemente frente a nosotros. Queríamos esperar la luz del crepúsculo que bañaba de ocre y dorados los árboles del Paseo de la Reforma para tomar otras fotografías allí, con Amparo Carmen Teresa Yolanda delante de la gente y el tráfico de esa hora, antes de que las huellas de la vida corrompieran su mirada y su risa. Pero al salir una densa columna de humo nos llamó la atención. La ciudad se había vuelto caótica: era como reconocerla en la enfermedad, caminar por avenida Juárez la noche de la derrota de Hernán Cortés u otro día vuelto noche por un eclipse de malos augurios. El humo roía la somnolencia vespertina y las sirenas esbozaban el peligro, permitían la infiltración de incertidumbres, la intrusión de signos de interrogación y de curiosidades morbosas.

El humo emergía del otro lado de la Alameda, franco y grosero. Podía ser el hotel Cortés, el cine Capitolio, el mercado de Guerrero, la iglesia de la Santa Veracruz o alguno de los cabarets o de los hoteles de paso de la calle Mina...

—¡La librería! —gritó Amparo Carmen Teresa Yolanda.

Su descubrimiento nos oprimió el corazón y empezamos a caminar aprisa, cada vez más aprisa, respirando hondo, como si nos fuesen a fallar las fuerzas. En la Alameda mucha gente parecía al acecho de sensaciones emocionantes...

Nos acercábamos y parecía confirmarse la hipótesis de Amparo Carmen Teresa

Yolanda.

—¡La librería!

El humo negro y gris llenaba el cielo de tristeza. Pensaba en los libros destruidos por el fuego y el agua, y luego en si los bomberos o la policía podrían contener el saqueo de una muchedumbre desquiciada por el incendio. Hubo una explosión y nos detuvimos por un instante. Muchos verían cumplirse sus obsesiones macabras. Volvimos a correr, tomados de la mano, sujetando la cámara para que no chocara contra el cuerpo, hasta que el anciano librero y su hijo nos detuvieron.

—Aguas con mi cámara, buey —advirtió Polo.

Ardían un restorán y una mueblería a dos edificios de distancia de su tienda. Nos quedamos allí, en el límite de la zona prohibida, sin supersticiones de elegancia ni civismo, como parte de una muchedumbre de condenados en las orillas del infierno.

—Qué pinche espectáculo es un incendio...

—El matrimonio del cielo y del infierno —sentenciaba su padre, como recordando títulos de libros—. Oscuridad en la tarde. Esta casa en llamas. Las hijas del fuego...

—Con permiso —y empecé a tomar fotos tratando de enfocar el corazón de la zona prohibida, la iluminación sistemática de lugares ocultos, el paulatino oscurecimiento del resto.

—La noche ilumina la noche —seguía el viejo librero—. La oscuridad pentecostal: el cielo será convertido en oscuridad...

Un bombero lanzaba maldiciones. El incendio, indispensable para su acción y pensamiento, parecía estimular sus sentidos y espíritu de combate; sin él no habría acto de valor, ni siquiera de cobardía. Pero de pronto las llamas eran desmesuradas, invadían todo y desbordaban no sólo los inmuebles sino la noche misma. La calle anegada hacía temer a Polo desgracias mayores. Había tanta gente como en un estadio o en la plaza de toros de Cuatro Caminos...

Tomé todas las fotos que pude.

Cuando mermó el incendio acompañamos al viejo librero a velar por la seguridad de sus palomas. Se inclinaba sobre ellas para desviarlas de nuevos apetitos o antiguos vicios. Parecían asustadas. Esos animales obsesionaban al viejo librero a veces más que los libros: aludía a ellos sin cesar. O los acariciaba sin descanso, más viejo a medida que avanzaba la noche, más derruido e incluso hasta sucio de cacas verdosas y plumas pequeñas.

No sabíamos...

Polo nos llevó hasta la redacción de un periódico. Nos recomendó con uno de sus antiguos clientes, que resultó nada menos que el Jefe de Información. Mandaron revelar el rollo y me permitieron escribir la nota. ¡Nunca había disfrutado tanto el ruido de los linotipos! Nos regalaron lingotes con nuestros nombres...

Polo se despidió y decidimos pasar por La Peña Deschavetada, pensando que daríamos con Lobo, y un poco también para pasar el tiempo, para regresar al

periódico en el momento en que salieran los primeros ejemplares.

—Me decían quiúbo, ¿te echas una palomita con nosotros? —evocaba Lobo frotándose su nariz y sonriendo pícaramente—. Pues ya van ¿no? Pero todavía no estoy pedo, les decía, y es que sobrio empezaba a temblar de nervios y de miedo y pues no, no podía, compadre. Y pues aviéntate dos chingadazos rápidos. Y me aventaba dos tequilas así, al hilo ¿verdad? ¡Sale! Ahora sí, manito. Y entonces sí ya fui agarrando más callo. Y a cada ratito: oye ¿vas a agarrar la paloma con nosotros? Les decían El Chita Grande y El Chita Chico. Pero tenemos un gallo ¿vas? Sí, los gallos eran de a ciento cincuenta pesos, compadre, cómo de que no ¿verdad? Seis canciones de a veinticinco pesos más la propina y el coche ¿no? Pues sí, sale. Y ya me empecé a quedar con esos cuates. Y el otro, el primera voz que faltaba, cuando regresó se acomodó con los otros cuates y ya me quedé allí como dos años. Y todo lo que ganaba, compadre, ahí se quedaba, esa misma noche o la noche siguiente...

Hablábamos al borde del alelamiento en la trastienda del Chivo Encantado. Lobo era angustia, era sudor, era súplica, era guerra, era locura. Todas mis actitudes al lado de las suyas parecían torpes remedos...

—Una vez fuimos a un gallo ¿no? —seguía, desprendido de todo y abierto a todo, cambiando de tono y de rostro según la frase—. Llegó un cuate y estuvo pidiendo canciones allí. Nada más quería oír tríos ¿no? Y después nada más quería oírnos a nosotros, que quién sabe qué y que la chingada. Al Chita Grande le faltaba un ojo y hacía primera en las canciones que yo no alcanzaba, y el Chita Chico hacía un requinto sensacional, así que nuestros numeritos eran solicitados ¿no? Y me acuerdo que nos llegó un cuate, llegó y nos oyó cantar como tres canciones. Sí, que a todo dar, a toda madre, y nos daba unos abrazotes que para qué te cuento. Y ahorita le vamos a llevar gallo a mi vieja, decía, pinche vieja, es una puta pero ahorita le vamos a llegar ¿no? Y échense otra, total. Sí, yo nunca decía que no ¿verdad? Y me decían tú échate un ruso, buey, luego te va a agarrar el aire, te vas a poner malo, no vas a durar. Vamos, decía yo, écheme una copa. Me la aventaba y después salía más pedo que nada. Y el que nos había contratado me decía pimpollo, véngase mi pimpollo, sabrá Dios por qué razón. Ya está pedo, pensaba. Y total, llegamos ahí por la Colonia del Valle y nos echamos una canción ¿no? *Te traigo serenata a la luz de la luna...* A la segunda se prendió la luz y nos hicieron pasar. La vieja de la casa era así como putona ¿no? Se veía que era así como la casa chica del cuate este, y debe haber sido rumbera o tiple porque por ahí había ropa de teatro ¿no? Seguimos chupando y cantando y ya nos vamos ¿eh? Ya fueron las seis. No, no, no ¿a cómo me van a cobrar las piezas aquí? Pues a diez varos... No sean cabrones, pues si allá me las cobran a cinco ¿no? Sí, allá, pero a domicilio son a diez. Bueno, pues ahí están cien pesotes para otras diez. Y nos echamos otras diez. No, pues ya nos vamos, muchas gracias. Cómo que se van, no, nada de eso, ahí están otros cien pesotes. Y seguíamos chupe y chupe ¿no? Hasta que me encerré en el baño ¿no? A volver el estómago. Y ya vomité y me estaba lavando la cara cuando entró el otro buey. ¿Te sientes bien? Sí,

gracias, vine a lavarme la cara. No, mejor vuelve el estómago, no seas pendejo, y me agarró por detrás, vuelve, vuelve. Y yo le dije no, no, cálmala buey, cuál es tu negocio... Porque me andaba dando mis llegues ¿verdad? Y no, que sí, pimpollo, y unos pinches abrazotes que hasta parecía que me quería besar, compadre, ahí en el baño. Y de repente que entra su vieja. ¡Putra madre! La hubieras visto... No, pinche par de putos, que quién sabe qué... ¡La que se armó, compadre! Y ya nos corrió a escobazos y la chingada, y nos salimos...

Es la imposibilidad de contarlas lo que conserva en nosotros el gusto por las cosas y las hace existir todavía: impide que agotemos su sabor y nos apartemos de ellas...

En La Peña Deschavetada, Amparo Carmen Teresa Yolanda y yo, sin dinero para canciones pero escuchando fascinados lo que se tocaba para otras mesas, medíamos la posibilidad de fotografiar el enorme lugar, *limitado tan claramente como el contorno de este libro*; fotografiar los ojos secos de las prostitutas, las miradas lúgubres de los trasnochadores...

*Estoy perdido y no sé qué camino
me trajo hasta aquí...*

Para escapar de ese estancamiento de los deseos, de ese embotamiento de las facultades que nos invade cuando queremos dormir y no podemos, de esas sonrisas petrificadas, de ese lugar y esa noche, evocaba la desnudez de Amparo Carmen Teresa Yolanda...

El ombligo...

Los senos...

El lunar junto a la boca...

Uno de sus ojos...

Los muslos que aún recordados parcialmente eran ella...

El diálogo entre dos personas que se aman profundamente, en los instantes de su más intensa profundidad, se hace silencioso. Cada uno intuye lo que el otro piensa y ninguno de los dos tiene necesidad de hablar. La intuición del amor corre delante de cada palabra, la hace superflua y la anula. Los cuerpos hablan, dicen sin hablar, vibran plenos de mensajes eléctricos. El silencio canta por todas las palabras no dichas...

Cuando nos desnudábamos y hacíamos el amor entrábamos en una zona silenciosa. El mundo era transparente y tranquilo y sólo nosotros insistíamos en una vocación de ferocidades y cataclismos. Eyaculaba sobre su estómago, como Onán, y ella se embarraba el semen en las mejillas, los senos, la frente, la nariz, los ojos, y luego se lamía los dedos. Hacía del semen el agente y la substancia de su felicidad, se

bañaba y perfumaba con él, con gestos de oficiante de misa negra, ciega, como si ese acto fuese la sola y única realidad.

Quizás eso es el amor: una sensación de grande, de extrema satisfacción...

Pero no lo sabíamos...

En el Museo, los dibujantes de arquitectura ganaban ocho o diez pesos la hora. Uno de ellos se acercó a Lobo y a Farfonflas:...

—¿Y por qué ustedes los pintores ganan doce pesos y nosotros nada más diez?

—Pues por eso —dijo Lobo—, precisamente por eso ¿no?

—Fui seis meses nada más a la escuela —contaba, forzado a describirlo todo, a convertir en voces amables los alaridos del deseo, la incertidumbre de su corazón, las oscuras fuerzas de la autodestrucción—, y por cierto que ya iba muy irregularmente y que tenía problemas con los exámenes ¿no? Y pensé que en el Museo iba a aprender más ¿verdad? A fuerza, digo, porque ya era otra cosa, con verdaderos pintores. Y yo pensé que la experiencia de estar ayudando en un mural, pues iba a ser muy buena para mí ¿no? Total, y empecé a pasarme los días haciendo rayitas azules, compadre, aguada aguada la pintura para lograr más o menos lo que Covarrubias quería, ¿verdad?, mano tras mano. Pero lo más curioso del caso es que nadie le daba la pincelada para los mares. Y entonces siempre le echaban a perder todo. Y entonces pues Lobo, oye ¿le podrías parchar aquí? Y yo le decía pues sí se puede pero se nota la unión. Siempre, no se por qué, compadre, pero este no podías este igualar nada. A la hora de juntar una parte con otra se veía otro color, otra clase de blanco; algo muy raro ¿no? Y había que tapanlo y volver a hacer todo. Entonces cada vez que alguien metía la pata había que tapar otra vez todo y yo me tenía que pintar el Golfo de México pincelada por pincelada ¿no? Hasta estuve enfermo un buen tiempo, compadre, de que no podía dormir porque apenas me acostaba empezaba a hacer pinceladitas ¿me entiendes? Pinceladitas y pinceladitas. Y en el sueño veía que esos murales se desplomaban, se desbarataban o se manchaban, y yo tenía que volver a empezar, compadre. Y además había otra cosa. Que el arquitecto equis, o el jefe de producción, o un primo del arquitecto jefe de producción, pues tenía una novia o una amiga que pintaba ¿no? Y luego luego que si no le podían dar chamba, ¿pues cómo de qué? Pues de ayudante. ¿Pues con quién? Pues con Covarrubias. Y es que Covarrubias tenía casi todo el Museo, compadre, tenía la sala teotihuacana, tenía la sala mexicana, la sala de occidente, en fin, casi todo iba a estar ilustrado por cosas de él. Y entonces les daban a las nuevas ayudantes una tablita para que practicasen la pinchelada como le decía yo, y te juro, compadre, que hubo gente que se pasó un año practicando la pinchelada. Porque yo era el que daba el visto bueno ¿no? Para ver si ya podían pasar al muro, pero casi siempre prefería que no, porque regresaba de comer y veía el horror que habían hecho, compadre, no lo puedes creer...

Iba casi llorando con Covarrubias.

—Oiga, maestro...

—No me digas maestro.

—Oiga, maestro ¿ya vio lo que hicieron?

—No me digas maestro.

—No, maestro, pero es que ya ni la chingan, mire nomás, mejor déjeme solito ¿no? Prefiero pasarme la vida haciéndolo que estar tapándolo una y otra vez y volviéndolo a hacer.

—Pero iba llegando más gente, compadre, más gente, y además Covarrubias era muy débil y no podía negarse. Llegaba un cuate ¿no? Oiga maestro Covarrubias, pues yo vengo de Puebla y este pues soy muy amigo del maestro fulano, y él me mandó con usted, que a ver si me puede dar trabajo. Y Covarrubias no, pues si ya no puedo, ya tengo como treinta ayudantes, ya no sé dónde ponerlos, pero este, Lobo, déle una tablita y ahí que lo pongan en la lista. Entonces, mira, no teníamos horario establecido, podías llegar a la hora que quisieras, y los fines de semana te preguntaban ¿cuántas horas trabajaste? Dieciséis, decías, o catorce. ¿Pues a qué horas llegabas? Pues llegaba a tales horas y no salía ni a desayunar ni a comer ¿no es cierto, fulano, que acá me comí nada más unos tacos? Y los días de quincena eran unas hinchadas que no veas ¿no? Y que a fulanito lo recomendó el arquitecto equis, y que es muy buen pintor y que no sé qué. Y como tenía el pelo medio cano y era muy alto y muy gritón, pues usted se va a hacer responsable de este panel ¿no? Y se trata de hacer un mapa con las culturas de occidente ¿verdad? Y Covarrubias me decía: ponte de acuerdo con él porque tú te vas a echar el mar de ese mapa ¿no? Por eso te digo que yo era marólogo, marista, cielero y no sé cuántas cosas ¿no? Tenía una silla adonde tenía todos mis títulos puestos atrás. Y yo me autonombré *El Cielito Lindo*, porque era lo único que hacía ¿no? Cielo y mar. Pero trabajaba, compadre, me ponía una pinche sillita arriba del andamio y ahí me estaba las horas, compadre, pinchelada tras pinchelada. Y cuando me paraba, me desperezaba como si saliera de un sueño prehistórico ¿verdad? Y brincaba desde el andamio a un restirador, gritando como Tarzán, y todos se cagaban de risa. Y del restirador daba otro brinco a una plataforma, y de allí a otro restirador. Los restiradores se pandeaban refeo, compadre. Y de allí saltaba y estrangulaba a una de las muchachas, y en una de esas volteaba y estaba atrás de mí el superjefazo, compadre, y entonces, puta madre, me hacía pendejo, que qué estás haciendo allá, que la chingada. Que a ver el color, el azul ¿quién tiene el azul? Entonces la primera vez no hubo pedo ¿no? Después una vez estaba yo hasta arriba del andamio, en la sala mexicana, y teníamos el radio ¿no? Y de repente que tocan *Cielito Lindo*. Y dije ay, esa es mi canción, esa yo la bailo, compadre, y me andaba echando un zapateado allá arriba del andamio, pero retesuave, y que volteo y el arquitecto Ramírez Vázquez allá abajo, viendo nada más así, con el jefe de producción, otro arquitecto ¿no? Entonces a mí no me dijeron nada ¿no? Se fueron y luego me habló Covarrubias.

—Oye, Lobo, fíjate que me dijo Arias que te tienes que ir porque te agarraron

bailando...

—Sí, maestro, sí es cierto.

—No me digas maestro. Y me dijo que te agarraron bailando el *Cielito Lindo* allá arriba...

—No maestro.

—Pero yo le dije a Arias que no te vas —subrayaba Covarrubias—, porque eres de las gentes que sirven, y que lo que haces pues lo hace todo el mundo, nada más que tú tienes mala pata ¿no? Porque siempre te han cachado...

—Porque Arias le dijo no, es que ya van varias veces que sorprendo al tipo ese. O está pegando de gritos, o de brincos, o anda nada más chacoteando con las muchachas. Y es que siempre tenía miles de quejas. Yo creo que me odiaba ese cabrón con toda su alma porque una vez me encontró cantando solo. Yo creo que pensó que estaba loco ¿verdad? Y como voltié, lo vi y seguí cantando igual... Bueno, mira, yo estaba solito en todo el Museo y estaba el bastidor a esta altura del piso y había que pintar una lunita. Entonces yo me senté y estaba pintando una lunita y cantando, chíngale y chíngale áhi. Y en eso que volteo y estaba Arias atrás de mí, compadre, pero dije no estoy haciendo nada malo ¿verdad? Y seguí cantando. Buenas tardes, arquitecto. Entonces nada más me vio y se fue. Tenía un sentido del humor como de carcelero, compadre, más o menos. Y Covarrubias dijo no, pues no te vas a ir, pero ten cuidado, me decía, ten mucho cuidado. Y el siguiente cuidado fue que me caí del andamio, compadre. Andaba en alguno de mis desmadres y me apoyé en un pasamanos muy débil y se tronó, compadre, y áhi te voy, de plataforma en plataforma como ocho metros. Me rompí una costilla, fue todo lo que me pasó, pero se armó un pedo en el Museo que no veas. ¿Qué pasó? Pues no sé, mire nada más, le dije al jefe de área, cómo hacen aquí las cosas, le dije, esos pinches pasamanos, nada más está uno aquí arriesgando la vida... Pero lo que pasaba es que andaba yo en una de mis correrías. Nos agarrábamos de los andamios de lado a lado, como changos ¿no? Mira, había un cuate que era como cirquero porque era doble en las películas. Hazme el pinche favor ¿no? Y estaba allí de pintor, un *stunt man* ¿no? Pero era un tipo muy fuerte y muy hábil, un auténtico cirquero. Y entonces él y yo hacíamos nuestros numeritos de circo. Llegábamos con nuestras batas de lentejuelas ¿no? Ah, y nos quitábamos las zapatillas, todo simulado, claro, llegaba alguien por atrás y nos quitaba las batas. Entonces este era un tipo que se agarraba del andamio con una mano y luego se agarraba así y se levantaba ¿no? Se levantaba todo y luego se daba la vuelta, en escuadra, y se metía ¿no? Entonces yo llegaba y hacía lo mismo que él, pero con puras mamadas ¿no? Porque ponía un banco abajo, vamos a decir, o cualquier cosa, puros chistes. O me caía y me equivocaba ¿no? Eramos el número fuerte. Con decirte que un día Covarrubias nos lo pidió. Y eso que lo hacíamos nosotros a escondidas.

—Oiga, Lobo, hagan lo de los trapecistas ¿no?

—¿Cuáles trapecistas, maestro?

—No me digas maestro y no te hagas, el cirquito que hacen cuando no estoy aquí...

—¿Nosotros, maestro?

—Lo de las batas y todo, y no me digas maestro.

—Se sabía todo y se lo tuvimos que hacer. Después se encabronó. Nosotros dijimos ¿por fin, maestro? ¿No que quería ver el numerito? No me digas maestro. Bueno, y fíjate que cada día llegaban más muchachas. Claro, a nosotros nos encantaba, porque generalmente eran muchachas preciosas, compadre. Y ¿qué hacemos con fulana? Súbanla al banquito, aquí, aquí al andamio y que quién sabe qué, que se siente en el banquito, áhi, con las pincheladitas. Y nada más pasábamos todos a verle las piernas, hasta que un día, puta madre, me interrumpí, ¿y esta reina de dónde salió?

A partir de esa visión trastornadora disminuyeron sus incursiones en la escandalosa perversidad infantil, volviéndose incluso insatisfactorias y acompañadas de sentimientos de culpa. Desde ese momento empezó a acecharla. ¡Lo mantenía despierto! En el rumor de la ropa contra ese cuerpo creía oír la voz del deseo.

—Se llama Patricia y es muy apretada —explicó Farfonflas—. Su papá es embajador de algún país de América del Sur...

La promesa del placer sexual, el placer que él conocía en verdad no importaba. Ver a esa mujer era como asomarse a los sueños. Caminaba con la cabeza en alto y tan frágil que apenas tocaba el suelo. Lobo no tardó en asaltarla con gesticulaciones de payaso.

—A ver, Lobo, vamos a echarnos unos toritos —empezaba ella—. A ver, dime ¿de quién es esto? *Puedo escribir los versos más tristes esta noche. Escribir, por ejemplo: La noche está estrellada y tiritan, azules, los astros a lo lejos. El viento de la noche gira en el cielo y canta...*

—Putá, pues no sé.

—¿Deveras no sabes?

—Pues no.

—Pues es de Pablo Neruda...

—¿Y quién es Pablo Neruda?

—¿No sabes quién es Pablo Neruda?

—Pues no, nunca he oído hablar de él ¿a qué se dedica?

—¿Tampoco sabes quién es Calderón de la Barca?

—Ese sí sé quién es —decía Lobo—, juega en el Atlante.

Quería parecer como ignorante, porque la ambivalencia es la ley de la vida. Desear el triunfo es anhelar la derrota. El placer pide dolor. Cualquier deseo gesta su antítesis.

—Oye —propuso Lobo. Estaban cernidos sobre un muro, ella equivocándose

constantemente y él corrigiéndola—, ¿no quieres tomar un café conmigo?

—Sí —respondió, con cierta timidez—, sí —haciéndose gradualmente más pequeña, como en un cuento de hadas.

Cuando terminaron el café parecía una niña de dieciséis años y sin embargo era de la edad de Lobo. Él la compadecía ligeramente. Quería abrazarla, decirle que no temiera la realidad, que la luz de la Luna y los sueños exageradamente dulces son mentiras demasiado viejas y simples.

Estaban otra vez en el Museo, frente al muro a medio pintar.

—¿Tú nada más trabajas aquí?

—Bueno —decía Lobo—, esto yo lo hago para distraerme, porque en realidad me dedico a otras cosas.

—¿Cómo qué?

—No, pues es un trabajo que me heredó mi mamá.

—Pero ¿qué trabajo?

—Pues es que me da pena decirlo, pero pues vendo cueros allá en Tijuana ¿no?

—¿Cómo que cueros?

—Pues sí, muchachas ¿no? llevo viejas de aquí a Tijuana y las vendo allá...

—No seas mentiroso.

—Sí, Patricia, pues me da pena decirlo, pero la verdad es que me voy los viernes y no regreso a veces sino hasta el martes o miércoles... —Por borracheras que prefería mantener secretas.

—¿Y cuánto te dan? —abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pues no sé, depende. De doce a trece años pues todavía alcanzo que seiscientos, que setecientos pesos, porque todavía rinden...

—¿Y por mí cuánto te darían?

—A ver, ponte aquí junto a mí, a ver de qué rodada eres, más o menos —se comparaba con ella, siempre sonriendo—, a ver, déjame ver... —Los brazos delicados y los senos del tamaño de las manzanas—. Pues unos cuatrocientos pesos ¿no?

—¡Cómo cuatrocientos pesos!

—Pues ¿cuántos años tienes?

—Pues tengo veintitantos —como diciendo mírame y asómbrate.

—Pues sí —confirmaba Lobo, con aire de conocedor—, cuatrocientos pesos nada más, porque en dos años pues ya, no sirves para nada...

La llevaba al cine y otras veces a tomar una copa. Les gustaba la noche y el cielo no parecía más mazmorra ni tapa de ataúd, sino la expresión misma de la voluptuosidad. Y como un mes después fueron a Cuernavaca, a una casa que les prestó Katuflin, y Lobo se sorprendió de su manera de acostarse, casi descoyuntada, y más aún de encontrarla virgen en medio del cataclismo del deseo, en la conquista de esa piel blanca y esos largos cabellos que le abrían nuevos ojos sobre los suyos.

—Y ahí empezó un romance increíble —contaba Lobo blandiendo una cerveza en

ceremonia celebratoria—. Y ella se portaba conmigo... ¡puta, compadre! Como no tienes idea. Además yo no sabía si era pendeja, era ingenua o era como un ángel ¿no? Y me decía: ándale, cuando quieras me quedo a vivir contigo, aunque no nos casemos, no me importa. Yo vivía en ese pinche departamento con Farfonflas y El Gran Caruso. Entonces me daba pena, digo, ella era una mujer rica, refinada, y me decía: fíjate que si me salgo de la casa me dan por muerta, se acaba mi familia y todo. Entonces el que empezó a negarse fui yo ¿entiendes? Espérate tantito, espérate tantito, deja que me cambie de casa, que gane más, en fin, no sé cuántas máscaras había en eso, cuánto había de evasión por mi parte ¿no? Ella decía: ora si te amolaste, Lobo, mañana vengo y ya no me voy, lo que quiero es estar contigo. Y sufría mucho, por su familia y por su situación, pues era hija de diplomáticos. Carajo, compadre ¡teníamos que escondernos y hacer el amor a horas inverosímiles! Pocas veces pasamos una noche juntos. Es de no creerse, verdad de Dios. Le hablaba por teléfono a su casa con nombres falsos. Y si no contestaba ella, tenía que pedir un tanque de gas ¿no? O preguntar ¿está el doctor fulano? Pero todos se daban cuenta...

—El deseo es el gran problema —opinábamos, repitiendo al viejo librero.

Eran confidencias entre dos amigos sobrepuestos a un sinfín de prejuicios, despatarrados y atentos en la trastienda del Chivo Encantado. Pero eran también revelaciones que acusaban que ya quedaba poco en común entre nosotros. Sólo palabras, nada más palabras. Lobo nunca estaba en el mismo plano que yo. Era otro y llegaba de otra parte, extraño a mí y a todo. Se expresaba y con sus palabras se proponía como Lobo, un extranjero en el día, un habitante de la noche. Si me preguntaba sobre algún detalle en particular, le hablaba como a un desconocido a quien no podía alcanzar ni reducir a mi antojo. Si me decía cosas lo hacía a través de la infinita distancia que lo separaba de mí, y sus palabras, precisamente, no hacían otra cosa que subrayar esa distancia.

Ésta es la paradoja de la amistad...

Decía Oscar Wilde que el camino de las paradojas es el de la verdad, que las verdades sólo se juzgan cuando se hacen acrobáticas, que para captar bien la realidad es necesario verla en la cuerda floja...

LOS DOMINGOS VISITÁBAMOS a Lobo, pero Amparo Carmen Teresa Yolanda fue a verlo un día entre semana y lo encontró solo. Lobo despertaba hasta bien entrado el mediodía porque se emborrachaba por la noche, y Farfonflas y El Gran Caruso cubrían su ausencia en el Museo. Los encuentros que tienen lugar en la continuidad del mundo, curiosamente, rompen siempre esta continuidad.

—Oye ¿no me dejas bañar?

Lobo estaba en bata, despeinado y barbón, incluso atónito ¿o contrariado? Esa muchacha con nombre por cuadruplicado no tenía nada que ver con su pasado ni con la esposa de su mejor amigo. A esa hora y con semejante solicitud era más bien algo desconocido, y cierto instinto dentro de Lobo quería ver la posibilidad de hacer sensible y real una afirmación orgiástica.

—¿Puedo usar tu regadera?

—Pásale, sí —hablar lo despertaba—, úsala, sí, ahora te doy toallas limpias...

—Gracias, no te preocupes —sonrió ella con otra cara, otra voz, otra presencia—. Yo traigo... —Atravesó la estancia a grandes zancadas y se encerró.

Lobo volvió a acostarse y trató de dormir. Quería convencerse de que la situación lo tomaba por sorpresa. No sólo era desconocida sino que era lo desconocido mismo. Pero en vano. Lo desconocido no existe sino en ninguna parte, es decir que no lo vemos nunca, siempre falta, siempre es ajeno al paisaje en el que parece perfilarse, siempre es distinto al enigma dentro del cual se entregaría al conocimiento. También pensó que saldría desnuda y con el cuerpo salpicado de gotas de agua, dócil y con los ojos cerrados, que él la lamería como un gato ¿o como un lobo? Y descansaría el rostro sobre su vientre húmedo como el espejo del baño, y frotaría suavemente la nariz contra el pubis lleno de rocío, y secaría con sus manos una a una las vértebras y los senos estremecidos y renovados bajo su mirada...

Pero salió Amparo Carmen Teresa Yolanda y sólo le faltaba peinarse. Lobo cerró los ojos fingiéndose dormido y la vigiló sin moverse, viéndola ir y venir, complacido de su posición.

—Bueno, gracias —dijo ella, acercándose y sacudiéndolo—. Ya me voy —con cierta tensión en la voz. Y solícita—: ¿me das un beso?

—Pues sí —aceptó Lobo sintiendo despertar sus sentidos, medio obnubilado por la presencia femenina y sin atinar a besarla con labios secos y apretados.

—No, así no —reclamó ella, un poco en broma y un poco asustada porque algo turbador empezó a palpar en la cavidad más dulce de su cuerpo—. Quiero *un beso*... —Y con una voz que no parecía suya, repitió—: Un beso de a verdad.

—Espérame tantito —dijo Lobo, saltó afuera de la cama y entró al baño para lavarse los dientes. Se miró un rato en el espejo interrogándose si rasurarse o no. Entrechocó los colmillos tres, cuatro veces como anuncio de goces inmediatos, y en cuanto salió, con una aprensión exquisita se inclinó hacia ella y la besó. No se había abrochado la bata y sintió el falo incorporándose. Trató de atraer las manos de ella.

—No, no, no, yo no quiero que pase nada —sollozó abriéndose ya a las dulzuras

de la carne.

—Pues yo tampoco —gruñó Lobo y metió sus manos bajo el vestido—. Este... —Se sacudió porque desgarró sin querer la ropa interior y dio con las nalgas desnudas y tibias.

—Me, me, mejor me voy —ebria de experimentar la vanidad del placer, rechazándolo y confirmándolo al mismo tiempo.

—Sí, yo también me voy... —apartándose bruscamente, agitado por la voluptuosidad y saboreando la interrupción como un medio para conseguir mayores placeres.

—¿Qué vas hacer? —preguntó Amparo Carmen Teresa Yolanda sin atreverse a verlo de frente.

—Pues voy a comprar unos zapatos y este, pues a pagar unas cosas al banco...

Seguramente no esperaba esa respuesta. Y menos que se estableciera tan pronto ese vacío enorme entre los dos, Lobo paseándose por el cuarto momentáneamente desnudo mientras se vestía, feroz e insatisfecho, sabiéndose listo y apto para pasearse sobre ella, pretendiendo un improbable apaciguamiento, casi jadeando, y al mismo tiempo ávido de no saciarse jamás.

—Si quieres te acompaño porque quiero cambiar un cheque de la escuela —dijo ella con cierto orgullo desconcertado o desconcertante.

Lobo terminó de vestirse.

Allí estaba Amparo Carmen Teresa Yolanda en el centro mismo de la habitación, en la posibilidad de quitarse la ropa y exhibir sus partes secretas, y a la vez experimentando esa posibilidad como prohibida, confirmando la palpitación del deseo, real, tangible, o mejor dicho, no tan real, o no más real que la vacilación, el miedo o la incertidumbre...

Fueron al banco y Lobo hizo unos trámites.

—¿Y tu cheque? —como si preguntara por la urgencia sexual o las novedades de su cuerpo.

—Ay, se me olvidó en la casa.

—Bueno, entonces nos vemos... —como diciendo ¿a dónde vamos?

—¿Qué vas a hacer?

—Pues creo que voy a desayunar porque no he desayunado. Hoy no tengo que ir al Museo...

—¿Me invitas un jugo? —con la ansiedad con que hubiera preguntado si se acostaba con ella.

—Sí, como no, lo que quieras. Y oye ¿no sabes qué es bueno para el estómago?

—¿Por qué?

—No, pues me siento un poco mal...

—¿Qué te pasó? ¿Te duele?

—Pues es que me comí un pedazo de media...

—¿Cómo que te comiste un pedazo de media?

—Pues es que estábamos allí en el Museo, dizque pintando un mural, y como no había nadie aparte de Patricia y yo, pues no me fijé que traía medias y le di una mordida.

—¿Pues en dónde se la diste?

—Pues en una pierna...

Fueron a Sanborns de Madero y ella le habló de Pancho Villa y Zapata, que habían desayunado allí también, quizás en la misma mesa o bajo el mismo techo que ellos. Hablaban y reían como subrayando de un modo incisivo lo sorprendente de su encuentro, es decir, lo simple y naturalmente que estaban allí, lejos de miradas condenatorias, sin justificación y a partir de lo cual ciertas condiciones entre ellos y el mundo serían definitiva o momentáneamente cambiadas.

—Bueno —dijo Lobo al pedir la cuenta con un gesto—, tengo que ir a comprar unos zapatos...

—Voy contigo —propuso ella, dando a entender no sigas desconociendo mi dulzura y vamos hasta esa recámara que dices—. Me encanta ver a los señores comprando zapatos...

Lo acompañó a dos o tres tiendas por 16 de Septiembre, abrumada por la animación de las calles, por el ruidero ensordecedor de la vida. Lobo eligió unos botines acharolados de tacón alto.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Lo que tú quieras —acentuó ella con marcada voluptuosidad e incisiva malicia.

—¿Lo que yo quiera? —casi incrédulo—. ¿Deveras?

—Sí, claro, sí —reiniciando el juego de la seducción—, lo que tú quieras...

Regresaron al departamento e hicieron lo que Lobo quería, que en realidad era lo que ella quería. Uno y otro tenían sed de lujuria y no pretendían apaciguarse. Desconocían las amenazas, los episodios atroces que podían ocultarse al término de su encuentro. ¿O esos peligros los provocaban?

El momento del placer, leí después en un libro puede ser descrito como una caída en el inconsciente, pero una caída breve y sin continuidad, puesto que siempre hay para el hombre algún punto que lo retiene al borde del abismo.

Frenados en la frontera del abismo, Lobo y Amparo Carmen Teresa Yolanda se inclinaron pero no hasta el grado de alcanzar ese punto sin retorno en el que irremediamente se habrían perdido.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Nada —dijo ella, revelando el camino de vuelta—. Yo soy una mujer casada, quiero mucho a mi marido y estoy muy a gusto con él, me siento bien, deveras bien, así que mejor olvida lo que ha pasado y sobre todo olvida que pasó precisamente conmigo.

—Como quieras —entre convencido y preocupado.

—¿En serio? —revisaba sus pantaletas desgarradas y terminó desechándolas—. Yo creo que es lo mejor para los dos...

—Como tú quieras, deveras —en sus ojos brillaba el trivial fanatismo del sacrificio.

Ella sonrió.

Lobo la acompañó a tomar un pesero y se dirigió a una cantina, rumiando que se habían puesto en juego dos determinaciones de orden diferente, dos series evidentemente autónomas y cualitativamente distintas. ¿O tres? Porque también estaba yo, y nuestra amistad o muchos recuerdos en común le pesaban sobre algo íntimo e incuestionable.

En La Ópera se encontró con El Grapa y su costal de gatos.

—Oye, Grapa ¿crees que yo sea una persona atractiva? Digo, que pueda así atraer a una mujer, de pronto, que se me aviente y toda la cosa ¿me entiendes?

—Págate las cervezas y te digo...

Lobo se sentía trastornado, como si sospechara que su aventura real, con una mujer real, estuviera condenada a la irrealidad de la memoria, y que ese momento maravilloso de vida estaba juzgado y fatalmente perdido, ya que en esos juegos no era un maestro, y lo sabía bien, de ningún modo...

A la quinta cerveza se sentía como el cebo de una trampa.

Al domingo siguiente evitó vernos juntos, a Amparo Carmen Teresa Yolanda y a mí. Pero a media semana ella se las arregló para aparecer otra vez cuando estaba solo, llegando de lo más lejos de la improbabilidad. Se desnudó sin mediar palabras y se arrodilló cerca de un sillón, lejos de sus ropas, como diseñando o exigiendo un encuentro diferente para una relación diferente.

—Uyuyuy... —profirió Lobo con una sonrisa fulgurante.

Ella lo tomaba de la mano y lo ayudaba a animar las brasas de su deseo. Lobo se veía sin abrigo posible para su lujuria. Su cuerpo se abría permanentemente a la voluptuosidad. Eran los gemidos de Amparo Carmen Teresa Yolanda los que lo encendían. ¿O era la visión de su cuerpo? Cerraba los ojos como buscando la privacidad de los sueños. Bastaban los movimientos para entenderse. Los ojos preguntan mucho, traicionan demasiado. Y ella parecía desgarrarse gruñendo como animal marino. Pero el ritmo lo sostenía, sin miedo de nadie, ni de ellos mismos. Bastaba el ritmo.

—Me encantaría pasar la vida así —decía ella, después de su orgasmo y con las mejillas enrojecidas por el placer—, desnuda, a tu lado, amándonos en secreto, así, abrazados.

Lobo había hecho el amor con mujeres de manos frías, de pies fríos, de narices frías, de nalgas frías, pero Amparo Carmen Teresa Yolanda parecía arder sobre su cuerpo. Todo en ella irradiaba calor a temperaturas exacerbadas.

—Quiero que me prometas una cosa —murmuró. Y en su voz había algo que conmovía terriblemente.

—Lo que quieras...

—¿De veras?

La luz de la mañana los llevaba a plegarse entre sí, como asustados de los matices de su desnudez. Parecían a punto de darse instrucciones que debían aprender de memoria y recitarse todas las noches, ya en sus camas cuando llegara el momento de apagar la luz y enfrentarse a la oscuridad.

—Quiero —dijo ella, como si estuviera a punto de comenzar a entender, aunque se trataba de un conocimiento negativo, demoledor de ilusiones—, quiero que jures que nunca te vas a enamorar de mí. ¿Lo juras?

—¿Por qué?

Cierto desengaño había comenzado a insinuarse, pese a lo bien urdido de la mistificación.

—Porque tenemos que escapar de los errores de los demás: celos, discusiones, ejercicios más o menos feroces de poder, de posesión, esperas interminables, frustraciones, peleas, rompimientos definitivos —parecía a punto de llorar—. Quiero que jures que nunca te vas a enamorar de mí porque yo nunca me voy a enamorar de ti.

—Pero es que si no te enamoras —empezó Lobo, traicionando una vez más las leyes de la noche. Y explicó a su manera que somos una especie de máquinas deseantes cuyo funcionamiento sin objeto exige constantemente puntos de referencia, siempre insuficientes por lo demás, siempre desmentidos y siempre renovados. El Deseo: motor inapaciguable que hace de la insatisfacción la razón de la vida. ¿Y el amor? Uno de esos términos que acumulan en sí tal cantidad de contradicciones y tensiones que se convierte en una amenaza, en una fuente de desasosiegos y zozobras.

—Es como ir a la guerra dispuesto a no pelear —decía Lobo—, entrar en la batalla sin esforzarse previendo la posibilidad de que uno de los contendientes se va a joder, y por lo tanto estar dispuesto a perder desde el comienzo, imposibilitado de ganar. ¿Me entiendes? —Empezaba a ponerse nervioso. No enamorarse le parecía algo inalcanzable, no ya porque esa idea resultaba incompatible con la vida, sino porque de lo que se trataba en la vida era precisamente de enamorarse. El amor es el espejismo perfecto. Nada ejemplificaría mejor lo que pretendía decir que una nueva eyaculación. Quizá esos besos y esa nueva y dulce penetración demostraban su necesidad vital de transformar los hechos, azarosos e interpretables, por medio de ese delirio físico en vez de un desorden verbal, de una ilusión verbal. Sus cuerpos hablaban por todas las palabras no dichas. Allí estaban, conmovidos e inverosímiles, tratando desesperadamente de creer en algo que los salvaría por hipótesis... Enamorado o no, creía merecer satisfacciones innumerables, caricias audaces y eternas. Amparo Carmen Teresa Yolanda lo mordía en las clavículas: gozaría hasta no poder más y se emborracharía hasta la muerte. ¿Para qué enamorarse? Apartaría de su

vida a los amigos pusilánimes y se acercaría a las mujeres de senos generosos y vaginas sonrientes. Ni siquiera les preguntaría sus nombres, ni les daría el suyo, claro: sin identidad, podrían ser quienes realmente eran. Y nada lo haría escapar de esa búsqueda delirante, avanzada extrema de su vida... Pero ¿qué se ganaba enamorándose?

—¿Qué es el amor para ti? —se oyó preguntando al mismo tiempo que estiraba un brazo en busca de pañuelos del papel.

Amparo Carmen Teresa Yolanda tardó mucho en responder. Era como si en su cuerpo, tras ese nuevo orgasmo, una sucesión de innumerables descargas eléctricas se insinuaran en su centro de placer.

—¿Qué es el amor para ti? —repitió Lobo—. Porque yo creo que sin estar enamorados, los encuentros sexuales no tienen chiste ¿no?

—Estar enamorado es pensar todo el tiempo en el otro —empezó Amparo Carmen Teresa Yolanda ligeramente comprometida—, y por lo tanto, dar lugar a toda clase de chantajes y de traiciones, de dependencias enfermizas, de histerias. Por ejemplo, dar lugar a que el otro no llegue, a que se olvide de llamarte, a que entre a trabajar exactamente cuando tú sales de trabajar, a que llegue cansado del trabajo, a que se olvide de las fechas significativas...

—Pero eso no es el amor —replicó Lobo—. Eso es volverse dependiente, y además histérico. El amor no debe su prestigio a esas idioteces.

—Entonces no sé —dijo ella, ahogando un suspiro—. No sé, pero me da miedo.

—¿Te da miedo enamorarte?

—Me da miedo estar aquí contigo y me da miedo no venir a encontrarte. Tengo miedo de quedarme sola en mi casa, miedo de salir y miedo de que llegue mi esposo. Tengo miedo de que descubra que he hecho el amor contigo y tengo miedo de que no lo descubra. Tengo miedo de ser una ama de casa cretina y miedo de ser una puta.

Empezó a llorar con las manos sobre la cara.

¿No hacía el Amor de las oscuras fuerzas de Eros motivos racionales de comunicación? ¿No funda en esas fuerzas la dignidad última de la vida? ¿No era un sortilegio contra el miedo, una defensa contra la noche? ¿Confesaría el Amor su incapacidad para lograr la paz de la indiferencia, la tranquilidad del sueño o de la muerte?

¿Para qué enamorarse?, se preguntaba Lobo. ¿Es la ley de la vida la que nos exige enamorarnos? Estar enamorado sólo podía explicárselo si el amor no lo era todo. Enamorarse, sí, pero el olvido era también una posibilidad. El olvido, y la traición, y la indiferencia: rechazar esas posibilidades era negarse a volver a la noche de donde procedía. Enamorándose traicionaría a la noche... Las lágrimas de esa mujer sobre su pecho lo hacían sentir náufrago y culpable. Culpable por empezar a comprometerse más de la cuenta a pesar de la advertencia: *no enamorarse*. Pero ¿es que es posible no enamorarse? Su culpa era esa mujer que no elegía, que no había elegido y que sin embargo estaba allí, desnuda. Amar era estar sosteniéndola, casi consolándola. Era

proceder de ella, ir hacia ella, ser envuelto por ella. La existencia era tal a condición de naufragar y perderse, como existencia, en un amor devastador.

¿La amaba?

—Te quiero mucho —decía ella, desde las lágrimas.

Lobo sabía que la perdía, que pasara lo que pasara ella se alejaba de él porque todo exceso placentero tarde o temprano desemboca en dolor y separación.

—Te quiero —decía ella—, te quiero, me vuelves loca...

De pronto Lobo vendía una cerámica en doscientos pesos o un dibujito en trescientos. Amparo Carmen Teresa Yolanda se derretía a su lado casi todos los días, anhelante y enternecida.

—Cómprame un perfume...

—Pues tengo trescientos pesos nada más.

—Te alcanza...

Y si ganaba otros doscientos treinta pesos...

—Necesito unas mallas —decía ella—. El Gran Caruso va a ir a Estados Unidos.

Préstame para unas mallas ¿sí?

—Bueno, pues ahí están. Doscientos treinta pesos para unas mallas...

Iban a algún lado y se encontraban conmigo.

—Quiúbo —decía Lobo, ya en la sospecha de que las mentiras terminarían por separarlos, y al mismo tiempo en la certidumbre de que no podía entregarse demasiado ni perder su identidad en esa relación. ¿Su identidad?

Naturalmente, Amparo Carmen Teresa Yolanda lo abandonaba con un mohín de disgusto y me tomaba del brazo, cubriéndose la boca con la mano como si se avergonzara de sus dientes ¿o de su risa?

—¿Sabes que mi nueva amistad con Lobo me acerca más a ti?

Yo la miraba con incredulidad.

—¡Deveras!

Una tarde fueron a un bar y me descubrieron bebiendo con una muchacha. Certificaron que era yo y no alguien parecido, la hora, las bebidas que estábamos tomando y hasta trataron de averiguar el nombre de mi acompañante. Después se retiraron, sigilosos y calculadores.

—¿Para qué has vuelto?

Era Amparo Carmen Teresa Yolanda, esa noche y ya en casa, repentinamente furiosa y excitada.

—Ya mero no venías ¿verdad?

—Perdóname, amor, pero es que tuvimos que rehacer toda la primera parte del suplemento. Estoy cansadísimo... —O alguna otra respuesta igual de convencional.

Seguía la rutina de sacarme los zapatos y después la ropa, disponiéndome a desaparecer en la desnudez y la oscuridad.

—¿Qué hiciste en la tarde?

—Estuve en el periódico. ¿Por qué?

—Es que me dijeron que vas mucho al bar del Hotel Bamer y pensé que a lo mejor hoy habías andado por allí. ¿Por qué vas tanto?

—¿Yo? No voy tanto. Y menos a ese lugar...

—Pero alguien te vio.

—Pues no era yo, no podía ser yo...

¿O si era? Días atrás había pasado a la librería y me había encontrado con la mesera del café de la Preparatoria. Polo y su papá se habían ido a buscar libros en la bodega y ella quedó al frente del negocio. Estuvimos bromeando y le pedí un libro difícil de alcanzar, como no fuera subiéndose en la escalera. No me proponía comprar y ni siquiera tenía dinero para pagar, pero quería verla desde una perspectiva distinta, gozar con el espectáculo de sus piernas. Parecía que sus movimientos revelaban un afán constante de ejercer su nuevo oficio y servir a los intereses de su nuevo novio. Y yo estaba feliz allí, viéndola, buscando para nada un libro que no quería, danzando casi. La invité a tomar un café y convenimos en encontrarnos en otra ocasión. Pero los encuentros nos encuentran. Di con ella desesperanzada, caminando afuera de Sanborns de Lafragua porque no había lugar y había convenido esperar a Polo. Le propuse ir al Bamer y llamamos a Polo por teléfono para avisarle que estaríamos allí...

—Pero es que te vio alguien que te conoce muy bien.

—No era yo. Sería alguien que se parecía a mí.

No sé si trataba deliberadamente de engañarla, o si postergaba mi aclaración porque me inquietaba su encarnizamiento. Además, de cualquier modo la engañaría. Toda declaración sobre uno mismo es siempre falsa, a pesar nuestro, incluso, a pesar de que sea presunta o aparentemente verdadera. O precisamente por eso, pues vivimos en niveles muy diferentes: unos de total lucidez, otros de vacío o ausentismo; condicionamientos adquiridos y actos más o menos deliberados, circunstancias contingentes y otras realmente elegidas. Hora tras hora nuestras exigencias más profundas se oponen a las situaciones biológicas, históricas, sociales. La misma situación, horas o días después, repercute de modo diferente. No cabe duda que la vida de un hombre corre el riesgo de sufrir mucho al tornarse palabras. ¿Y cuando las palabras se usan para destruir las palabras? Allí estaba yo, sentado al borde de la cama, metiendo los dedos de las manos entre los dedos de los pies y utilizando las palabras al revés: si debían revelar, que ocultaran, que enmascararan, que envolvieran; si debían unir, que sirvieran para separar, para engañar.

—Mientes —gritó Amparo Carmen Teresa Yolanda, con son de triunfo y casi cantando—. Mientes con todos los dientes... —Bailaba alrededor mío, como si me tuviera atrapado en una pira funeraria, los ojos brillantes de pasión, dando saltos arriba y abajo de la cama.

Todavía no sabía que delatar es una forma de delatarse o denunciarse. Lo que

delatamos es siempre en el fondo nuestra propia sordidez. ¡Y cómo la acusamos! De tanto delatarla tenemos finalmente que delatarla.

Amparo Carmen Teresa Yolanda me acompañaba al periódico, como para cerciorarse de que me quedaba allí, y se dirigía a casa de Lobo. Volvían a hacer el amor y durante el coito pensaba que incluso en el placer ella era ajena a ese cuerpo siempre llameante y convulsivo, que su jornada laborable continuaba, que por mucho que se refocilara no dejaba de ser Amparo Carmen Teresa Yolanda, es decir otra, y que su primera afirmación no era afirmativa, gozar, sino negativa, prevenirse de la inmediata separación, lastimarme a mí para lastimarse ella. Pensaba entonces en aquello que llamábamos pomposamente «nuestro amor», siempre estremecida. No sabía lo suficiente de sí misma como para empeñarse en ser adulta. Jugaba cualquier papel pues no le correspondía ninguno. Era improductiva, inmerecida, irresponsable y por si fuera poco, lujuriosa.

—No hay nadie como tú —le dijo a Lobo—, te juro que no hay nadie como tú... —Y luego por voluptuosidad, y en la certidumbre de rechazar la dignidad, de escupir sobre sus creencias—, tú eres Dios —empezó—, sí eres Dios, Dios, Dios —hasta borrarse en los espasmos de una pretendida agonía.

—No, yo no soy Dios —decía Lobo, derrumbado a su lado—, yo soy muy cabrón, yo soy tu amante y párale de contar; yo no soy Dios, no, no seas hereje, por favor, no seas hereje...

Le limpiaba con la lengua las últimas gotas de semen, propiciaba una nueva erección y volvían a empezar.

Hasta que Lobo padecía la sensación de eyacular sin arrojar nada.

—Bueno —decía entonces, incorporándose—, yo ya me voy al Museo a descansar. Mejor me voy a descansar ¿no?

—A veces llegaba Covarrubias y nos encontraba jugando volados —silbaba Lobo—. Porque en el Museo todos los días, mira, teníamos la hora del chiste, la hora de la grabación, la hora de los volados, la hora del café, la hora de irse a comer, la hora de regresar de comer, porque ni modo que después de comer te pusieras luego luego a trabajar ¿verdad? Entonces estábamos jugando volados y entraba Covarrubias. ¡Era un corredero espantoso de cabrones para todos lados! Entonces se enojaba muchísimo. Decía ya los vi, cabrones, que estaban jugando volados, ¿por qué me tratan de ver la cara de pendejo? Y ahí estábamos metidos todos ¿verdad? Porque a la hora de los volados todo mundo bajaba de los andamios, de donde estuviera y ahí te va uno de a peso, y órale, puros de a peso. Además todos éramos ricos, digo, todos ganábamos ocho, nueve, diez mil pesos mensuales, según, y en ese tiempo era muy buena lana ¿no? Digo, fácil tú ganabas cien pesos en ese tiempo, y siendo pintor,

peor, digo, estábamos jodidísimos y nunca habíamos previsto una vida así. Imagínate, antes de terminar nos habíamos confabulado para poner unas bombas y que no se acabara el Museo ¿no? a ver si durábamos aunque fuera otros dos años ¿no? Y después vino otra cosa todavía, es decir, aunada a lo que ya teníamos para perder el tiempo. Había una caldera allí rarísima que era de combustible diesel, para que unos aparatos que había por allí no se fueran a torcer o algo así. Y era una época en que hacía mucho frío y la sala era un refrigerador. Pues a ver si prende el pinche aparato. Y mandaron traer al policía, a un mozo, a una gente que no sabía ¿no? Y ese buey trató de echar a andar el aparato y chíngale, compadre, unas llamaradas pero horribles, unos ruidos espantosos y nosotros todos arrinconados porque estaba exactamente frente a la salida. Y yo dije pues esto va a empezar a explotar y aquí vamos a quedar todos, pero muertos achicharrados, o en el derrumbe, porque unas lenguas de fuego que salían, compadre, como de diez metros, y el humo negro, pero negro, bien espeso. Todas las paredes quedaron llenas de hollín. Pero por fin se apagó solo. Digo, lo controlaron. Y a los pocos días llegó un cuate gordito, medio mamado. Y nos dijeron se tienen que apuntar algunos de ustedes porque necesitamos tener adiestramiento por si nos vuelve a suceder algo aquí o en cualquier otro lado. Vamos a tener un cuerpo de bomberos voluntarios. Y entonces, pues que el curso iba a durar dos horas dos veces a la semana, y que esas horas nos las iban a apuntar como trabajadas. Entonces pues éramos como cuarenta voluntarios. Hasta Patricia iba de voluntaria. Y el capitán estaba muy contento, el gordito ¿no? Un día me dijo a ver usted que se ve muy dicharachero, le voy a hacer una pregunta, fíjese bien. Usted entra en un cuarto con una manguera en la mano, y le van dando cuerda, el humo no le permite ver nada, y de pronto se encuentra usted a la señorita Patricia tirada en el piso ¿qué hace usted? Pues gano con ella. No, no, no, me decía, en serio, en serio. Y Patricia, vas a ver Lobo, vas a ver. Pues sí, Patricia, esa oportunidad cuándo se me vuelve a presentar, así que primero gano con la señorita Patricia y ya después a ver qué hago... Tenías que decir que le pondrías los tobillos juntos, y que la tenías que cargar así, de este lado. Y me decía muy bien, ya la cargó usted. ¿Y después qué hace? Pues vuelvo a ganar con ella. No, no, no, en serio, en serio, por favor esto es muy serio. ¿Por dónde se regresa? Como si fuera uno tan pendejo ¿no? Si habías entrado con la manguera pues la manguera era la guía. Y le decía pues no doy, me salgo por la ventana, le decía. Pues no hay ventanas. ¿Cómo no va a haber ventanas si está usted en un quinto piso? Pues no hay ventanas. Bueno, entonces pongo una escalera. Pues no hay escalera. Pero yo siempre le buscaba lo más rebuscado y nunca mencionaba la manguera, hasta que él me decía no, hombre, pues qué pasó, hombre, me está usted fallando, si entró con una manguera, pues obviamente la manguera tiene que sacarlo. Pues no, nunca se me hubiera ocurrido, digo, ya después de ganar tanto con Patricia no puede uno ni pensar, le decía. No, compadre, y siempre me la pasaba igual, puro desmadre por todos lados, pero te digo, lo bueno es que me defendía con la chamba. Y a veces me decía Covarrubias oye Lobo, este, me quiero

echar esto de Tula, me lo quiero echar al fresco, me decía ¿te vienes mañana a la una? Y le preguntaba ¿de la tarde? Decía no, de la mañana. Entonces juega. Entonces él llegaba desde las doce de la noche, compadre, yo creo que dormía su buena siesta ¿no? Y cuando yo llegaba pues ya habían terminado los albañiles todo el aplanado, y él ya estaba empezando dizque a trazar, así, todo con papel punteado y todo, y ya tenía todo el andamio puesto, y órale, me decía, tú échate todo el cielo mientras yo me echo lo de abajo, y después me llenas esto. Y bueno, desde la una de la mañana allí, compadre, hasta que amanecía y todavía estábamos arriba del andamio ¿no? Nos echamos así ocho días, compadre, al hilo ¿no? Y después me dijo pues tómate tres días de vacaciones y apúntate doce horas diarias. Y le dije pues juega ¿cómo chingados no? Y me los tomé, digo, claro que me los tomé, compadre.

Amparo Carmen Teresa Yolanda fue a la iglesia a confesarse y el sacerdote le dijo que ya no fuera, que si iba a seguir traicionando el santísimo sacramento del matrimonio y envileciéndose con otro hombre, que ya no fuera porque iban a negarle la absolución. Corrió en busca de Lobo.

—¿Pues qué hacemos?

—Pues mándalos a chingar a su madre.

—Pues que chinguen a su madre...

Y nunca más volvió a ir a confesarse.

Era como en sueños: con gestos conocidos y un acto acostumbrado, se colocaba en otro ser y se sentía restaurada. Se oía llorar en medio del placer como lloraba en sueños.

—Mañana no podremos vernos —dijo una vez—, porque fíjate que me siento mal, estoy muy desvelada y voy a quedarme a dormir toda la tarde...

—Pues ni pedo...

Lobo eligió entonces ir a un cine y allí la encontró conmigo. Me agarraba del brazo y daba zarpazos contra sus gestos de sencilla compasión.

—Me lleva la chingada contigo —rezaba.

Y cuando volvía a verla era herido porque recibía su despecho y altivez.

—Ayer me porté como una puta —por ejemplo—, después del cine fuimos a una fiesta y me acosté con dos jovencitos en la azotea.

—¿Por qué inventas eso? —increpaba Lobo.

—¡No estoy inventando nada! —gritaba ella totalmente fuera de sí—. Nada más quiero que sepas cómo soy...

Estaba desnuda y parecía dispuesta a irse. Sus gritos desordenaban sus senos y convertían las caricias en oscuras embestidas, ebrias de gozo. De su boca embravecida salían palabrotas. Era como si su libido se despertara al entrar en contacto con el desorden, como si sus ejercicios sexuales requirieran como telón de fondo y motor un desquiciamiento absoluto.

Después de dos o tres orgasmos se dulcificaba.

—Perdóname, es que estoy muy nerviosa ¿sabes? Creo que sospecha...

—¡Cómo no va a sospechar si nos ha visto miles de veces juntos!

—Sí, pero él cree que nada más somos amigos. Cuida que no nos vaya a ver besándonos o tomados de la mano. Digo, creo que se le reventaría el hígado ¿no?

—Y entonces ¿por qué sospecha?

—Ya van dos veces que se levanta y dice que no puede dormir, que sueña con cosas que te aluden, no sé, lo noto raro...

—Pues que venga a platicar conmigo para que le dé sus vergazos.

—Ay, mi Lobezno, cómo será usted malo ¿eh?

Le hablaba de usted y lo derretía.

—Bueno, pues yo no lo voy a buscar a él ¿verdad? Así que si quiere alguna cosa, más bien que me busque y a ver qué pasa...

—¿Y qué quieres que pase?

—Pues nos partiremos la madre o algo así ¿no?

Una noche traté de ver a Lobo para hablar de otras cosas y Amparo Carmen Teresa Yolanda quiso impedirlo.

—¿Sabes qué? —me dijo—. Su abuelita está malísima, yo hasta creo que se va a morir uno de estos días y la tienen encerrada en un sanatorio. Lobo se pasa todo el tiempo allí, no vas a encontrarlo en su casa...

Después corrió a ver a Lobo.

—Si viene niega todo —suplicó—, di que no es cierto, por favor, ya le dije que estás enamorado de mí pero que es un amor platónico, que nos queremos desde que éramos chicos, y que pues a mí me gusta venir a platicar contigo ¿verdad?, verte de vez en cuando y todo, pero que entre tú y yo no ha pasado nada, absolutamente nada, incluso que tú me platicas de tus novias, en fin...

—¿Sabes qué? —dijo Lobo—. Pues vas y chingas a tu madre. Porque cuando venga, si es que viene, le voy a decir lo que tenga que decirle o quiera decirle. Y además quiero saber qué es lo que realmente le has contado tú...

Amparo Carmen Teresa Yolanda empezó a lloriquear.

—No seas cabrón, no le digas nada.

Se hincó y abrazó sus piernas, le mordió suavemente los muslos y desabrochó los pantalones. Se enredaba en su cuerpo como si fuera una planta. Le pasó la lengua caliente por el sexo, recorriéndolo golosamente. Lobo la apartó.

—Pues que venga y a ver qué pasa ¿no?

—No, es que pierde la cabeza, tú crees que lo conoces pero no lo conoces...

—Mira, si no la pierde él todos vamos a perderla... —Se fajaba los pantalones y acomodaba la verga humedecida.

—No le digas nada, por favor...

—Pero si no le tengo que decir nada, él ya sabe ¿no?

—Sí, sabe de ti y está de acuerdo.

—Bueno, pues si está de acuerdo no hay pedo...

—Bueno, es que no sabe todo, y en cuanto lo sepa pues no va a estar muy de acuerdo.

—¿Entonces? Mira niña pendeja, vamos a dejar las cosas claras de una vez. Dices que tu marido te permite tener un amante ¿verdad?

Respondía con sollozos.

—Pues tu amante no te permite tener un marido ¿entiendes?

Farfonflas encontraba a Lobo golpeándose contra la pared.

—¿Qué estás haciendo? No seas pendejo.

Llegaba el Gran Caruso y entre los dos lo hacían recapacitar. Veía nuevamente a Patricia y se armaba de valor. Ignoraba que el amor tiene ciertas exigencias: o el otro escapa o uno escapa; que si no huiese de Amparo Carmen Teresa Yolanda ella huiría de él.

—No —rogaba en cuanto volvía a verla—, ya no te puedo seguir viendo. Me estás jodiendo mucho y estamos jodiendo a otras gentes...

Pero dos o tres noches después ella volvía a encontrarlo. Se quitaba el vestido y saltaba sobre él gruñendo o maullando, abierta a una libertad que excedía cualquier prudencia...

Lobo quería ser fiel a algunos valores pero su cuerpo lo traicionaba. ¡Era a tal extremo libidinoso! Su cerebro no enviaba otra cosa que señales de gozo y retorcido erotismo...

—Te amo —balbuceaba ella—, no sabes cómo te amo...

Él desarrollaba un rencor avasallador, una rabia cósmica en relación con su propia persona... Por momentos ese cuerpo suyo no era más que un encuentro fortuito de impulsos contradictorios. Hacía el amor con un cuerpo que no le pertenecía. Su excitación no estaba relacionada con ninguna traición ni con ningún secreto: era más bien el resultado de impulsos naturales que se le escapaban... Quería controlar su erección, mantenerse disminuido, yerto, matar todo pensamiento lúbrico; pero la lengua y las uñas de Amparo Carmen Teresa Yolanda volvían a estimularlo una y otra vez... Su cuerpo se animaba con un sinfín de trucos, pequeños rasguños, sonidos, mordidas cínicas, tiernas, obstinadas y jubilosas que lo llevaban hasta el límite mismo de la locura...

—No, deveras, ya no quiero volverte a ver, me haces daño y te puedo hacer daño —dijo Lobo con cierta amargura.

—Y ¿cómo creías que era el amor?

—No sé, pero desde luego no así, no llevándonos a buenas personas entre las patas...

—¿Te refieres a mi marido?

—Me refiero a mi amigo... Y es en serio, ya no quiero volverte a ver...

—Pues ni yo a ti, niño pendejo...

Pero volvía a encontrarla en una fiesta de Katuflin, pletórica de movimientos vivos, imperiosos y casi obscenos. Coqueteaba con todos. Las pocas posibilidades que había de controlarla o de conservarla volvían intolerable el deseo y sumían a Lobo en una turbación infinita. Amparo Carmen Teresa Yolanda se abrazaba a amigos y desconocidos, hundía los dedos voluptuosamente en los cuerpos vibrantes de los hombres. Lobo creyó ingresar en un lento, delicioso vértigo que prolongaba el efecto de su bebida. Y Amparo Carmen Teresa Yolanda parecía desarrollar así su carácter punzante y su capacidad diabólica de seducción.

Lobo la tomó del brazo y arrastró hasta el baño.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que quieres?

—Me quiero acostar con la mayoría de los hombres que están en esta fiesta... incluyéndote a ti.

—¿Estás loca?

—¿Loca porque quiero que te des cuenta de lo que soy?

—Bueno, pues si no estás loca estás mal del aparato.

—Tú no tienes derecho a decir eso, ni tampoco a traerme aquí...

Lobo se limitó a mirarla reflejada en el espejo. La tenía atenazada con las manos pero poco a poco la soltó.

—Mírame bien porque es la última vez que me vas a ver.

—No, espérate ¿qué te pasa?

—Suéltame —gritó ella—. ¡Nunca más quiero volver a verte!

Se fue de la fiesta que prosiguió hasta las cinco de la mañana, hora en que el Gran Caruso propuso huir hacia el Desierto de los Leones. Fueron diez o doce entre amigos y amigas, escalaron un cerro y cuando bajaron Lobo ya venía de novio de una muchacha. La había tomado del brazo para subir, se habían abrazado por un paso en falso y luego siguieron el ascenso tomados de la mano. Lobo la invitó a dormir y pasaron a casa de ella por una muda de ropa.

Era otra vez de noche cuando llegaron al departamento y allí estaba Amparo Carmen Teresa Yolanda. Lobo abrió la puerta y condujo a su nueva amiga hasta la recámara.

—Espérame aquí tantito ¿no?

Se veía a sí mismo irremediabilmente solo por lo ilimitado de sus deseos: ¡poder entregarse libremente al capricho, a la pasión de lo arbitrario, no verse obligado a reprimir ninguna fantasía por consideraciones sociales o humanitarias!

Abrió los brazos para cobijar a Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Perdóname por lo de ayer —empezó ella—, pero es que no puedo vivir sin ti...

—Y atragantándose de satisfacción abría las fauces y se ofrecía orgiástica y disponible: sus rasgos curiosamente puros, curiosamente frescos.

A fin de cuentas, nadie se conforma con menos de *todo*. ¿Cómo saber que somos libres si no podemos violar a todas las mujeres, imponerles lo abyecto o lo atroz? Feroz y altanero Lobo empezaba a desvestirse cuando se fue la luz. Cierta ruidosa lo hizo sospechar un cortocircuito y corrió a la recámara. La otra mujer había metido un par de pasadores en el contacto y estaba allí, acurrucada en su miedo. Lobo la sacó en vilo del departamento y cerró la puerta.

Amparo Carmen Teresa Yolanda se disolvía lentamente en risas, sus senos vibrando, las carcajadas borboteando contra la almohada, la vagina también sonriendo en la oscuridad.

Hicieron el amor cantando.

—Y ya me tengo que ir, Lobito, ya debe estar por salir del periódico...

Lobo se quedaba acostado pensando en la asimetría, en la discordancia esencial. Sus encuentros sexuales con Amparo Carmen Teresa Yolanda llegaban por sorpresa, arbitraria y necesariamente. Marcaban un hiato siempre escandaloso entre diferentes niveles de realidad, entre varios niveles de determinación, entre el afuera y el adentro, la verdad y la mentira, el día y la noche, la desnudez y la abstinencia, el ahora y el nunca.

Llegaban Farfonflas y el Gran Caruso y le contaban que me habían visto.

—Te anda buscando buey, pero encabronadísimo ¿eh? Y cuídate mucho porque te puede dar una cornada...

—Pues que no se haga pendejo —brincaba Lobo—, sabe muy bien dónde vivo y a qué horas me encuentro...

Pero volvía a ver a Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—No es cierto, no sabe nada, sospecha eso sí, sospecha, pero yo creo que ya lo convencí, de veras, ya lo convencí...

—Mi mujer es Patricia —decía Lobo para sí mismo—, y a ella es a quien quiero y la voy a ver los domingos y a toda madre...

Y Patricia llegaba el domingo. Hacían el amor y a Lobo le gustaba enredarse en sus largos cabellos. Pero Amparo Carmen Teresa Yolanda permanecía allí como un olor, como un recuerdo intenso e incisivo siempre en juego. Era como si vigilara si se llevaban a cabo esos encuentros para después poner en tela de juicio su cumplimiento, vejar o estrangular su evocación o su consagración.

—Hacíamos el amor a toda madre pero Patricia se iba —explicaba Lobo frunciendo el entrecejo al aguzar la mirada perdida sobre la espuma de un vaso con cerveza—. Pero qué a toda madre hacíamos el amor...

Como si hubiera mujeres que no supieran hacer el amor. Como si hubiera mujeres que por su ternura o su carga pasional sacaran al sexo de su carácter *nivelador*.

—Pero no sabíamos cuándo íbamos a vernos otra vez —seguía Lobo—, ni cuándo me iba a mandar una carta, porque estaba, te digo, vigilada hasta la madre, con policías y toda la cosa. Y nunca salía si no era con la mamá, o con alguno de los hermanos, o con su padre, o con el chofer de su padre. Entonces compadre, puta, me quedaba otra vez en el aire hecho un pendejo...

—La fuerza de un hombre reside en su capacidad de saber hasta qué punto está solo —decía el viejo librero.

Porque pasada la primera ilusión de compañía, el auténtico efecto en profundidad de cada amor es revelarnos nuevas facetas de nuestro aislamiento. Pero como esta revelación nunca es completa y como la ilusión se renueva en cada paso con fuerza intacta, el juego continúa indefinidamente. Y jugar, para Lobo, era una necesidad del corazón.

Aparecía Amparo Carmen Teresa Yolanda, la mujer inspirada y estimulante, envolviéndolo como siempre en una estela de excitación y locura. Le hablaba por teléfono.

—Óigame, Lobo, fíjese que no lo voy a poder ver al mediodía porque tengo una comida con mi suegro. Seguramente le parecerá raro, pero debe comprender que pretendo que el buen anciano no se entere de nada. Y como premio de consolación le advierto que voy a cenar con usted, digo, si me invita. Y como sorpresa adicional le advierto que hasta voy a quedarme a hacerle compañía toda la noche. ¿De acuerdo?

—No seas payasa —empezó Lobo—. ¿Desde cuándo puedes quedarte a dormir fuera de tu casa?

—Bueno, yo nada más le estoy diciendo que me invite a cenar, que después ya veremos si conviene quedarme más tiempo.

Lobo tendía las camas y arreglaba todo. Chantajeaba a Farfonflas y al Gran Caruso para convencerlos de que trasnocharan, o de que entraran sin ser vistos y sin hacer ruido. Salía a comprar cosas para la botana y tropezaba en la esquina con Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—¿Qué haces aquí?

—Pues si te dije que me esperaras a comer, que me esperaras acá...

—Pero si me acabas de decir que pensabas pasar la noche aquí.

—¿Yo? Lo que pasa es que eres un pendejo. Nunca te fijas en lo que una te dice, carajo ¿pues en qué idioma quieres que te hable?

Lobo hizo ruido con la nariz, la tomó del brazo y se volvió como buscando a algún vecino entrometido. Ya en el departamento abrió la puerta y la invitó a pasar.

—Mira, Amparo Carmen Teresa Yolanda —realmente sulfurado—, me hablaste esta mañana, no hace ni tres horas, y dijiste que ibas a comer con tu chingado

suegro...

—Lo que pasa es que no te das cuenta de lo que te digo.

—¿No me hablaste por teléfono? ¿No dijiste que tenías una comida y que pasarías la noche conmigo? ¿No te pregunté que desde cuándo podías dormir fuera de tu casa? ¿No ves allí la mesa puesta para festejarte?

—Lo que pasa es que estás borracho o que te agarré dormido. ¿Cuándo he podido pasar una noche contigo? Te dije que si me invitabas a comer porque tenía un compromiso en la noche. Justamente necesito cenar con mi suegro.

Lobo le dio una cachetada feroz.

—¡A chingar a tu madre!

Desde el suelo, Amparo Carmen Teresa Yolanda sonreía, maliciosa. Aspiraba a perpetuar fechorías incomparables, perseguía la ignominia como si quisiera cortar para siempre los lazos que la unían con el mundo de «la gente decente».

—Bésame —musitó desabrochándose la falda.

—No me estés chingando, no quiero saber nada de ti... —Pero *nada* ¿entiendes?

—Bésame —y se limpió con la mano la boca llena de sangre.

—Si estabas bromeando me parecen una pendejada tus bromas...

Lobo se paseaba como en una jaula.

—Bésame, infeliz...

Lobo se arrodilló y tomo su rostro como si fuera una copa de coñac.

—Yo te adoro.

—Pinche vieja cabrona, mentirosa.

La abofeteó dos o tres veces. Amparo Carmen Teresa Yolanda se esforzó en no llorar, obstinándose en coqueterías impertinentes.

—A chingar a tu madre, puta —seguía Lobo, pegándole siempre con la manaza abierta, babeante de odio y desconcierto.

—Es que yo te quiero —seguía ella, en un acceso de delirio, enfebrecida, como esforzándose para que sus extrañas ilusiones no se disiparan del todo.

El odio conserva, escribió Cioran, *en su química reside el misterio de la vida.*

—Chinga tu madre, chingala...

Pronto era un bulto desgredado e inconsciente y Lobo empezó a acariciarla y desvestirla. Lentamente y sin ruido fluía la sangre, desarreglados los músculos faciales. Lobo se recostó a su lado tremendamente conmovido, pero también receloso e irritado. Empezaron a despejarse sus ilusiones y a desvanecerse su fiebre. Y sin embargo, el fantasma de la dicha parecía rondarlo, como una nostalgia o un límite. Erguía su deseo por esa mujer contra el deseo que le despertaban otras mujeres, destinadas siempre a decepcionarlo. Ese cuerpo desguailado ponía su amor a la altura de lo irremediable.

—Pinche vieja —balbuceó, al mismo tiempo que lamía sus heridas—. Pinche, pinche vieja...

Pero el poder del amor se mide por los silencios que consigue provocar, así que

por incapacidad de perderse en discursos insuficientes o fútiles, Lobo se recogió en la muda sinceridad de sus caricias y en la plenitud del silencio.

Tres horas después empezaron a tocar en la puerta.

Amparo Carmen Teresa Yolanda despertó quejándose. Lobo parecía preocupado, más por los golpes en la puerta que por su escena de oprobio y amor salvaje.

—¿Qué vas a hacer? —arrastrando las sílabas.

—Pues no sé, pero desde luego no voy a abrir.

Tocaban cada vez con mayor insistencia.

—Haz lo que quieras —hablando con dificultad—, pero yo me voy en este momento —quejándose nuevamente, sucia de sangre—. ¿Crees que me chupo el dedo? —Y se incorporó como si saliera de su tumba—. ¿Crees que soy tu pendeja?

Lobo se acercó a la puerta y vio que deslizaban un sobre. Más que reconocerlo sintió el perfume peculiar de Patricia.

—¿Paty? —susurró lo más quedo que pudo—. ¿Eres tú?

—¿Lobo?

—Vete al café de la esquina, ahorita te alcanzo.

—¿Deveras?

—Sí, pero rápido, no te puedo explicar...

Se oyó ruido de agua en el cuarto de baño.

—Hijo de tu pinche madre —gruñía Amparo Carmen Teresa Yolanda, desgredada y con los ojos entrecerrados por los golpes, la frente dura de sangre seca.

—¿Estás muy lastimada?

—Carajo, debí habérmelo imaginado, ahora sí, pero vas a chingar a tu madre y ni se te ocurra volver a verme, carajo, nunca más ¿entendido? —Se recostaba en la pared al andar, incapaz de sostenerse, resbalando constantemente.

—Quédate aquí otro rato —musitó Lobo, terminando de vestirse—, voy a salir un momento pero regreso y te llevo a tu casa...

—Carajo, nunca más te vuelvo a buscar ¿entiendes? —Se había arrastrado hasta la mesa del comedor y se agarraba de las sillas para poder enderezarse.

Lobo salió dando un portazo, y alcanzó la esquina con unas cuantas zancadas. Patricia lo esperaba anhelante.

—¿Qué pasó, mi amor?

Sacudiéndose de todo, Lobo cambió de tono y de rostro. Creía registrar olores de esperma y sangre seca y levantaba a cada rato su cabeza nerviosa, lanzando sobre el rostro inquieto y sincero de Patricia una mirada condescendiente e interesada. Empezó a recitar una retahíla de sandeces, y al mismo tiempo a sospechar que quien hablaba no era él, ya que carecía de convicciones respecto a los demás...

—Eran los agentes, mi amor —se oía decir—, por el problema aquel, ya sabes, lo que quieren es chingar dinero y andan investigando a todos sus amigos ¿no? Ya te

conté, el lío aquel del Ratón Vaquero ¿verdad? Y vinieron los desgraciados y por eso no te podía abrir la puerta, digo, era peligroso ¿no? Y además me asustaste. Fíjate que hasta creí que era el Ratón Vaquero. ¿Cómo iba a saber que eras tú?

—Ay, pero ¿no te van a hacer nada?

Patricia siempre era encontrada, pero siempre había que empezar de nuevo a encontrarla. Se sustraía aun cuando se aferrase a Lobo con dulzura, prometida al rito sexual, asustada y secreta. Tenían que amarse con música de Mozart, o viendo como oscurecía, mientras en otro cuarto el radio perdía la onda o el tocadiscos giraba inútilmente.

—¿Me juras que no te va a pasar nada?

—No, ya no. Ya no hay pedo —decía Lobo y pensaba que se había especializado en la sonrisa fatigada de las ficheras, pues repetía con frecuencia el rictus semicómico de Margot.

Patricia reparaba en la mano rasguñada por los aretes o los dientes de Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—¿Qué te pasó allí?

—Los agentes —explicaba Lobo, como vacilando antes de dejar escapar las palabras. Todo parecía hostil: su propia lujuria, su audacia, su capacidad verbal, los placeres inverificables y aquella mujer pendenciera y tenaz. Por eso elegía mentir. Tenía que mentir para poder escapar, o por lo menos sentir que escapaba. Sólo prosperan los que mienten a propósito, los que aceptan con tranquilidad un momento razonable de inquietud. Si Lobo no mentía, la verdad se volvía contra él mismo. Se convertía en víctima y no podía más que llorar su amargura...

—Pues te vine a buscar porque un primo mío quiere hablar con nosotros —explicaba Patricia, muy pura, muy correcta y bonita—. Creo que es muy buena gente, va a ayudarnos con la familia, no sabes qué bien nos puede hacer.

—¿Quiénes vamos a hablar?

—Nada más él, su esposa, tú y yo.

—Bueno entonces está bien. ¿No quieres un pastelito? —volviendo la cabeza hacia todos lados, temeroso de que Amparo Carmen Teresa Yolanda apareciera, golpeada y sanguinolenta, como un fantasma.

—Fuimos a casa de sus primos —contaba Lobo semanas después, con voz profunda, deliberada y algo rasposa—, y empezaron a decir mira, tenemos muy buena mano, hemos casado siete parejas con oposición, igual que ustedes o peor, pero ustedes se quieren mucho y nosotros... En eso que tocan la puerta y entra el papá. Venía gritando primero muerto, desgraciado, usted nunca se va a casar con mi hija, primero me matan o la mato a ella, aquí traigo una pistola, dijo, para matarlo a usted, para matarla a ella, matar a mi esposa y después matarme yo. Total, que iba a haber una matazón del carajo...

Pero se refugiaba en Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—No —decía ella—, ahora sí vamos a hacer las cosas bien, Lobežno, es que usted es muy enojón, usted no quiere entender que si sigue así nos va a llevar la chingada.

—Por qué mis amores tenían que ser de desmadre —sollozaba Lobo en la trastienda del Chivo Encantado—, cuchilladas, dramas y toda la cosa...

—Es que usted es de pasión, de mucha pasión —le decía Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—¿No es lo más natural que un hombre se acueste con una mujer?

—Depende de qué hombre y de qué mujer —sonriendo.

—¿Por qué estamos haciendo todo tan complicado?

—Pero si lo hacemos como todo el mundo —decía ella acurrucada sobre el pecho de Lobo—. Y me gustaría que nos escondiéramos aquí, en tu cama, y permanecer así —y repitió—, y permanecer —con manifiesta amargura—, apretados uno contra el otro, así —y se estremecía con violencia.

Lobo pasaba las manos por el vientre y las caderas de ella. Lamía su sexo, recorría con los dedos las clavículas, el torso, el ano palpitante. No encontraba palabras al morder los pezones, delicados, quietos, fácilmente irritables. Avanzaba sobre ella como un borracho en mitad de la noche. Su unión sexual resultaba una manifestación sorprendente del azar: simultaneidad azarosa porque pocas veces más podrían estar juntos. Allí donde se efectuaba la unión era la desunión lo que regía. Lo que se ponía en relación quedaba sin relación. Y sobrevenían palabrotas que hacían trizas el extravío erótico...

Amparo Carmen Teresa Yolanda se vestía entonces con violencia y se iba tirando cosas y azotando las puertas para subrayar su mal humor.

—Y a ti qué te importa —le decían a Lobo Farfonflas y el Gran Caruso—. Tú quédate aquí tirado y espérala, recíbela las veces que venga y a todo dar ¿no? Hacen el amor y lo que tú quieras y ya ¿verdad? ¿Para qué te metes en pasiones y broncas y todo eso?

Pero es que no nos amamos para gozar los encuentros sexuales, sino para evocarlos, concienzuda y pormenorizadamente.

Sucedía que Amparo Carmen Teresa Yolanda no tenía prontitud ni determinación necesarias para lastimar verdaderamente, ni siquiera para avasallar, y que en cuanto lo reconocía, al saber que su papel en la vida sería deslucidamente magro, la invadía una desconfianza cósmica. Era sospechosa la generosidad con que se entregaba a otros. Sólo ella existía, sólo ella pensaba, sólo ella era. Y sin embargo podía hacer concesiones, sacrificar la parte más ajena o más indigna de ella misma, la que por orgullo no se atrevería a considerar «ella misma». Y todo esto ¿para qué? Para conseguir primero la admiración, cierta dependencia y después la obediencia. Pero ¿qué pasaba cuando no conseguía nada de eso? Inepta para el engaño y perezosa para la crueldad, se excluía de la vida encerrándose en un cuarto de azotea igual que años

atrás. Su propio pensamiento se tambaleaba. Arrojada a la soledad, incapaz de integrarse en una relación auténtica, huérfana de amor, empezaba a perder todo lo que podía protegerla. Había renunciado a la vida familiar, a la grandilocuencia, a la decencia, a la justificación, al mérito, a las creencias firmes e inmutables, y renunciaba ahora a la autosatisfacción. ¿Qué podíamos entender de sus problemas? Llegaba a nuestro cuarto y se encerraba con llave por dentro.

¡Cuando yo regresaba del trabajo no podía entrar! La primera vez ensayé la llave, nudillé, grité su nombre en alta voz. Y como ese día había ido allí por la mañana con la novia de Polo, pensé que debíamos haber dejado algún indicio: una mancha, un pañuelo de papel, algún otro objeto. Justificaba su supuesto silencio atrás de la puerta, así como su supuesta presencia. Estaría enojada, decidía y arrastraba mi cansancio a otra parte.

—Pues yo me puse a pintar y esa fue mi salvación —contaba Lobo—. Pero fíjate que cosa tan curiosa ¿no? Cada vez que estaba pintando pensaba que esos cuadros iba a restregárselos en la cara. Eso es lo que me motivaba a trabajar. Y pues no sé si eran buenos o malos, pero les ponía muchas ganas porque sabía que ella iba a verlos colgados algún día en una exposición ¿verdad? Esa era mi idea. Y quería aventárselos algún día en el hocico...

Empezó a asistir a La Esmeralda. Pero llegaba borracho a las clases o demasiado crudo, retiraba la colchoneta donde posaban los modelos y se acostaba a dormir. Hostigaba a maestros y alumnos, a las secretarias, a los mozos, a todos. Gruñía en medio del patio imitando una compresora o corría de salón en salón ofreciendo toallas y agua caliente. El director lo mandaba llamar y respondía que no tenía tiempo.

Lo seguía visitando Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Quiero comprarte un cuadro —le dijo una vez—. ¿En cuánto me lo das? Te lo pago de a de veras.

—No —respondió Lobo—, no te vendo ni madres.

—Bueno, entonces regálamelo.

—Es que tampoco te lo regalo. Ni te lo regalo ni te lo vendo.

—¿Se puede saber la razón?

—Simplemente no quiero que tengas nada mío.

—¿Simplemente?

—Bueno, pues complicadamente, si quieres.

Ella lo cercaba buscando la proximidad de los genitales. Cambiaba el tono de la discusión por caricias lentas, enredándose al mismo tiempo en sus brazos con la impaciencia de una buscadora de orgasmos, saboreando olores que la sorprendían, tirando de su cuerpo como de una prenda de ropa en la que pretendiera meterse violentamente, equilibrada sobre las puntas de los pies, mordiendo con cariño el

cuello y los tendones de los hombros. Celebraban semejante ceremonia hasta el advenimiento de la noche. Era como una danza, y a veces como una misa en la que cumplían determinados ritos antes de llegar a un verdadero vértigo y luego a un alelamiento de zombies...

—Ya no salíamos a ningún lado —contaba Lobo—. Nos quedábamos así todo el día ¿verdad? Comíamos o cenábamos, claro, y le seguíamos poniendo. Todo el tiempo era igual...

Pero terminaban por liberarse de toda clase de fiebres, delirios y locuras, y volvían a ser, aunque fuera por unos momentos, seres normales, una pareja que pese a su desnudez no iba a dejarse arrastrar por bajas pasiones.

Se bañaban juntos como personajes de una película paradisiaca.

—Bueno, ya me voy —decía ella—. ¿Cuándo te vuelvo a ver?

—No, pues ya no nos vamos a ver.

—¿Por qué?

—No, pues mira, fue muy padre esto y pues fue muy bonito que lo pudiéramos hacer y todo, pero pues ya, antes de que se haga un pedo más grande... Es mejor que terminemos...

—Bueno, pero esa es tu opinión. Falta lo que opine yo...

—Pues ya no hay nada ¿no?

Disuelto el placentario ámbito de la convivencia erótica, desnudos de todos sus prestigios y convictos de futilidad, pronunciaban y oían las palabras como una oración abiertamente denigratoria que se regodeaba en rebajar una relación siempre exaltada y en apariencia sólida y excitante. Cada nuevo argumento mostraba su reprochable inconsistencia. Y a medida que se sumaban más sinsentidos, las palabras dejaban de servir y sólo los cuerpos parecían decir cosas desde el silencio.

Amparo Carmen Teresa Yolanda se arrojó encima de Lobo y trató de estrangularlo.

—Mátame, sí, mátame —decía él, absurdamente tranquilo.

Lo golpeaba con los puños cerrados: le rasguñó la cara y el pecho, le pegó con la mano abierta, le dió de patadas y de mordidas. Cada golpe desvanecía los fundamentos de su relación, volatilizaba la coherencia de su amor. Lobo reía y ella se enfurecía aún más por sus pretensiones. Seguía golpeándolo, cada vez más obnubilada y menos fuerte, golpeándolo para ahogar el discurso que justificaría aquello, la melopea que fundamentaría su actuación, todas las formas de pedantería o ingenuidad que podrían haber suministrado una respuesta. Parecía fascinada por el espectáculo de su violencia.

—¿Te cansaste? —preguntó Lobo. Y como no obtenía respuesta a pesar de repetir la pregunta—, ¿te cansaste? —dio media vuelta abandonándola allí, en el baño enrarecido todavía de vapor—. Pues ya vístete y vete.

—Creo que realmente lo que pasó es que yo no soportaba que siguiera acostándose con su marido —contaba Lobo mucho después, nostálgico y pendenciero

—. Y dije no, ni madres, en fin, me salió este arranque, no sé. Y le dije ya no ¿verdad? Le dije ya no, hoy fue la última vez...

—Bueno, pues qué creías —vociferaba Amparo Carmen Teresa Yolanda—, que venía a visitarte una monja, o qué diablos. ¿Crees que he sido una puta? ¿Crees que tengo un farol rojo en la puerta de mi casa? ¿O qué? ¿Quién chingados crees que soy yo?

—No, yo sé que no —decía Lobo—, pero las cosas ya no van a ser iguales, yo sé. Ya te dije una vez que si tu marido te permitía tener un amante, pues que tu amante no te permitía tener un marido. Y además ahora a mí me dan celos y me siento horrible. Tengo problemas digestivos y comienzo a odiarte. Y no vale la pena ver desmoronarse todo esto que fue a toda madre...

—Yo te advertí que no te enamoraras de mí...

—No quiero discutir si estoy enamorado o no, quiero que simplemente nos dejemos de ver. Tú tienes a tu marido y yo tengo a Patricia...

—¿Y quieres que me vaya a chupar el dedo?

—No es eso, no, es que ya no quiero saber más de ti. Ya vístete y vete... —Hizo un gesto de dolor, pues tenía demasiados golpes en las piernas por las que subía un cosquilleo adormecedor, y una mordida punzaba y sangraba en un brazo.

Amparo Carmen Teresa Yolanda salió furiosa y tropezó conmigo en la puerta de nuestra casa.

—¿Quieres saber de dónde vengo?

—Pues realmente no importa —empecé yo, ajeno a su necesidad de conflictos.

—Claro, como *no quieres* que te pregunte de dónde vienes tú, no quieres saber de dónde vengo yo.

—No es eso, es que estoy demasiado cansado.

—¿De tanto trabajar, verdad? —Había abierto la puerta y se desabotonaba la blusa.

—¿Y de dónde más puedo venir?

—Eso es lo que quisiera saber yo —de pronto totalmente desnuda y retadora a un lado de la cama.

—Pues vengo de la oficina, porque hasta esta hora acabamos de cerrar la edición.

—Pues yo vengo de hacer el amor con tu mejor amigo —bramó. Su vehemencia era aterradora.

—¿Y te gustó? —no por agredirla, sino interesado, quizás para ganar un poco de tiempo y encontrar una respuesta más adecuada.

—¡Tengo el útero lleno de semen! —gritaba y trataba de embarrarme la cara con los dedos probablemente pegosteosos.

La golpeé derribándola sobre las cobijas.

—¿No reconoces este olor? ¿No quieres saber quién me dio estas mordidas en las

piernas? ¡Toca mi sexo, tócalo!

Gané la calle sollozando con los mismos espasmos con que gemía en el internado cuando era niño. Caminé sin rumbo fijo por la ciudad nocturna buscando un signo de vida, incluso un asidero... Ni siquiera podía llorar: me sentía invadido por algo que no era un sentimiento, sino la anulación de todos los sentimientos. El semen debía brillar en mi cara en la oscuridad: creía sentirlo y hasta olerlo. Y una suerte de tristeza comenzaba a arrastrarme a un vacío suave, dulce, diríase que hasta con todo cuidado... Y era una tristeza suspendida en sí misma, royéndome lentamente sin decidirse a hundirme. Era la incapacidad histérica de una conciencia que carecía de la posibilidad de elegir o decidir, o de no elegir y no decidir...

—¿No quieres saber quién me rasguñó? ¿No quieres saber por qué están erectos mis pezones? Mira mi vagina, mira...

Trataba de escapar de una buena parte de mi vida y me adentraba en una larga noche atravesada por risas estúpidas, sin más carga que mi angustia, esa angustia que me roía despierto, inequívocamente despierto, irreversiblemente despierto... ¿o es que no iba a tratar de escapar de ese largo sueño?

—VIVIMOS DRAMÁTICAMENTE EN un mundo que no es dramático —sentenciaba el viejo librero preocupado por mi desfallecimiento—. Pero en el fondo, desgraciadamente, no estamos jugando nada. Nada se pierde y nada se gana. Es muy triste, e incluso diría que desolador, pero todo es azar sobre azar, vacío inconmensurable, nada sobre nada...

—¿Y nosotros? —intervenía yo. Hablaba con dificultad, físicamente acabado, moralmente extraño. El Grapa y el viejo me sostenían mientras Polo cerraba la cortina metálica de Libros Escogidos.

—Nosotros terminamos poniéndolo todo —completaba el viejo, desperezándose nostálgico y hasta un poco somnoliento, apurándose para llegar hasta El Golfo de México, la cantina más próxima—. La pasión y el horror, el júbilo y la derrota, los *te quiero mucho* y los *jamás te olvidaré*, la verdad y la traición, el éxito y las palabras que tejen el orden y el sentido...

—Y por lo tanto las refutaciones de lo que llamamos amor, pasión, verdad, júbilo, derrota, esperanza, fracaso o lo que sea —traté de decir, *o pienso que pude haber dicho*, pero el enorme espejo del bar me devolvía una imagen monstruosa y toda mi capacidad de discernimiento se trocaba en piedad y autocompasión.

Polo y el Grapa encargaron caldos de camarón y tortas de pierna, una cuba libre y cervezas.

—Yo no voy a tomar nada de alcohol —dijo el viejo.

—Por eso nosotros tomaremos por ti —dijo Polo.

—Tráiganle un jerez aquí a nuestro amigo —pidió el viejo. Y como para ayudarme a reconocer tanta maldad en mí como en cualquier otro—, bastarán unas copas —murmuró—, y tú también serás capaz de ser adúltero y mentiroso, traidor y amargo...

Creí que iba a desmayarme, incapaz de afrontar una vida azarosa y turbulenta.

—Tómame una pochola aunque sea, papá.

—Gracias hijo, no. Eso sí lastima. El cigarro y el alcohol sí son vicios. Las mujeres, no. Las mujeres son un regalo para los sentidos...

Los cuidados de Polo con su padre me llevaban a pensar que no era causa de sufrimientos para nadie. Nadie, en efecto, dependía de mí, y no le importaba a nadie, ni a mi tía, ni a mi padre, ni a mi esposa, ni a mis pocos amigos, ni a mis compañeros de trabajo.

—Salud, compadre.

—Salud, Polito, y va por tu papá, porque el mundo le depare todavía una linda novia...

Chocamos las copas.

—Ya tengo —dijo el librero. Me serenaban sus ojos tristes y sufridos tras los anteojos—. E irremediablemente me voy a casar con ella... —Y quiso brindar con un vaso de agua.

—No —advirtió el Grapa—, chocar los vasos de alcohol con un vaso de agua trae

mala suerte...

—¿Y quién es su novia? —pregunté como desde el fondo de mi abatimiento, súbitamente esperanzado.

—Mi novia es la muerte —sonrió y comenzó a toser, la nariz torcida y cierto miedo reflejado en el rostro.

Polo y el Grapa comenzaron a golpearlo en la espalda.

—Salud, papá, salud...

—Cálmese...

Le dieron mi copa de jerez y se la bebió de un solo trago.

—Otro jerez —dijo Polo—. Y otro...

Después del séptimo comenzó a calmarse.

—Cada noche me agito más... —Sus labios temblaban.

Miró el reloj en su mano deformada por las arrugas de setenta años. Derrotado por la tos parecía inofensivo, sin avidez y sin la suficiente energía ni indecencia para enfrentarse a los demás. ¿O estoy queriendo ver en él lo que yo era esa noche?

—Come —incitaba—, come que buena falta te hace...

El caldo de camarón me hacía sudar.

—El problema es que los jóvenes como tú reducen el matrimonio al aspecto sexual... —Hablabla y carraspeaba cada determinado número de palabras—. Y el matrimonio es mucho más que todo eso... —Tenía a su lado la botella de jerez y se servía copa tras copa—. Tendrían que haber empezado por ser tolerantes uno con el otro, de ahí pasar a la amabilidad y la comprensión, y hasta a cierto sentido del humor. La lujuria no es tan importante...

—Échate una torta —invitaba Polo.

—Ándale, sí —decía el Grapa, y me acercaba un plato con una torta enorme, grasosa y partida en dos.

—Lo importante es ser capaz de ver esto —decía el viejo—, y pese a todo, seguir jugando, siempre jugando, sin segregar construcciones morales de ninguna especie...

Unos borrachos escandalizaban al fondo del salón.

—Mi corazón se asusta con tanto ruido —advirtió el viejo y trató de incorporarse pero el jerez lo derrotó—. Creo que he bebido demasiado, yo, que no bebo...

—¿Quieres levantarte?

—No —y apartó botellas y vasos de su lugar—, vamos a presionar a este hombre para que coma bien...

—¿Quieres un pedazo de pollo? —me preguntó el Grapa.

Había ido a buscarme al departamento de mi padre y me halló contrahecho y derrumbado a mitad de un pasillo. La casa entera olía al canal del desagüe.

—¿Sabes? —le dije cuando me ayudaba a incorporar—. Si muero creo que a nadie le importará...

—Cómo no —respondió con rapidez—, al viejo librero le importaría muchísimo...

Sonreí con los nervios a flor de piel, deshecho de hambre y desdichado por el encuentro. ¿Cómo podía estar agradecido? El Grapa me ayudó a desvestir e hizo bañar y rasurar. Había forzado la chapa con un desarmador, el mismo que El Gran Caruso quería encajarme alguna vez.

—Apúrate y te llevo a comer —decía y destendía la cama y abría las ventanas. Tenía que ayudarme a caminar...

Días atrás regresé al departamento completamente borracho, volví el estómago en las escaleras, pateé la puerta porque se me enredaban las llaves. ¡No daba con la cerradura! Cuando desperté me sentía inofensivo e indolente. Sobre la superficie pulcra del techo acomodaba palabras, frases, consejos y máximas de toda índole. ¿Quería ser más feliz o indiferente a la felicidad y a la desgracia? ¿Quería estar más satisfecho de mí mismo o ser más exigente, feroz, implacable, cruel o inexorable? ¿Quería volverme más inteligente o manifestar cada vez menos escrúpulos? ¿Buscaba ser más estimado o más temido? ¿O más despreciado? ¿Quería convertirme en tirano, en seductor, en maleante o en moralista? ¿Quería alcanzar una finalidad o huir de todas las finalidades? ¿Quería ser múltiple o más simple? ¿Quería volverme más tierno y complaciente, es decir, más humano, o menos dispuesto a las concesiones, es decir, más inhumano? Bastaba ser bello o feo ¿o era mejor optar entre útil o inútil?

Mi cuerpo se abría al inaprehensible fluir de palabras y palabras que me abrigaban en ese tiempo de angustia y tristeza que era el mío... ¿Quería tener a una mujer o amar a todas las mujeres?

Incapaz de tomar cualquier iniciativa permanecí durante días en esa cama, girando a veces para escapar de una mancha fría y desagradable de orines. Ese cuarto era mi proveedor de ideas negras... Nunca había coincidido más que con el intervalo que me separaba de cosas y seres, más que con el vacío que se abría en el centro de cada una de mis convicciones...

Si hablaba, trataba de llenar el vacío que me separaba de mi interlocutor, pero al hablar, y por medio de mi acto de hablar, no hacía más que dar realidad a ese vacío. Cualquier comunicación coloquial, por lo tanto, iba al fracaso. Así que era mejor no hablar, acceder a una existencia autónoma, diferir mi encuentro con los demás... Pero eso quería decir que mi libertad, mi independencia, sólo podían serme dadas por los otros. ¡Esto significaba que dependía de los demás! La experiencia del diálogo era la experiencia de los límites de ese diálogo. Cuanto más próximo estaba de otro, más me revelaba a él, más se revelaba él a mí, y más descubríamos nuestra mutua opacidad, nuestra irremediable separación...

Era más fácil vivir separado, solo, como un equilibrista en el vértigo de una realidad paradójica, consciente de la propia finitud...

Afligido, sin ninguna estimación por mí mismo, veía llegar la noche y me tranquilizaba. Una extrema lasitud me invadía. Algunos dolores comenzaron a

cernirse sobre mi cabeza y otros sobre el estómago y el bajo vientre...

A medida que avanzaban las horas más veía adelgazarse las posibilidades de arrastrarme de un día a otro. Creía reconocer que siempre había vivido así, en el absurdo cotidiano, en lo inconcebible...

En la memoria acumulaba frases sin sentido... Hasta que los pasos precipitados del Grapa me arrancaron del marasmo en que me encontraba, atento apenas al instante en que dejaría de existir...

El Grapa me llevó cargando hasta la librería y me hizo mascar un par de chocolates en el camino. El azúcar, en la boca, era como un milagro que se desprestigiaba a sí mismo. Las luces de los autos se extendían ante mí, nuevamente, como vastas posibilidades de vida. Entre los árboles de la Alameda veía aberturas repentinas, liberaciones fulgurantes. Y me quejaba. Quería reír pero no podía. Más bien mis intenciones, a pesar de enormes esfuerzos, no llegaban a ser risa ni tampoco otra cosa...

Polo y su papá se precipitaron a recibirme. Traté de mantenerme en pie pero me derrumbé a un lado del mostrador. Allí estaba mi cuerpo, agitándose como el interior de una iglesia durante un temblor, tras las fachada todavía representativa.

—La muerte también es una creencia —sugería una voz.

—El suicidio es un acto de fe... Una opción desesperada que se ilusiona sobre sus propias perspectivas...

En la cantina, sobre el bullicio de un grupo de borrachos que canturreaban en un extremo del salón, mientras el viejo librero se acomodaba para dormir inclinado sobre la mesa, el Grapa miraba al frente con la mirada fija, como buscando gatos que acechar, y al no encontrarlos, perdiéndose en un espacio nulo; y Polo pedía que guardáramos silencio, como si nos pidiera que bajáramos el volumen de nuestros pensamientos...

El sabor agresivo de los camarones, picante, casi belicoso...

Era la vida que volvía a empezar.

—Jugar —había dicho el viejo—, es buscar la suerte. Y encontrarla, suponiendo que podremos encontrarla, exige paciencia, amor, completo abandono...

Pero mi situación permanecía inextricable.

—Pásate el Ron Potrero —sugería el Grapa con voz de Lobo.

Y allí estaba el viejo, derribado encima de la mesa y casi dormido, la boca deformada al entreabrirse y dejar escapar un quejido desafinado, abstracto. Y yo atragantándome de comida y bebiendo sin parar, súbitamente esperanzado, mirándolo hasta el acuerdo, como esperando que sus ronquidos explicaran, aclararan, justificaran; riendo, brindando con Polo y el Grapa en memoria de históricas borracheras sobre el mostrador de la librería, pasando de una dulzura casi absurda, de una sospechosa felicidad física, al llanto más equívoco que puedo evocar... Lloraba

para soportar toda clase de golpes y heridas, no para evitarlos. Lloraba para poder ser duro, como en la infancia, cuando me bañaba en la fuente de la escuela siempre a medianoche, soñando en Sigfrido y la leyenda de los Nibelungos... Me abrazaría a la vida como a una mujer, pleno de consideraciones y ternura, incluso medio turbado y agresivamente puro y desnudo...

Estrujaría a la vida como a un ser amado...

—Cuando comas pinacates quítales las patas —canturreó Polo.

—¿Lo oyen ustedes? —Al Grapa lo alarmaban los ronquidos del viejo.

Yo le pasaba la mano por los cabellos revueltos y lo sentía estremecer. Descruzaba las piernas haciendo crujir la silla y se arrellanaba en su propio regazo.

—¿Y ahora?

—Pues vamos a tomarnos otras cervezas y después lo despertamos y lo llevamos a caminar al Congo ¿verdad?

—No, ni madres, vamos a beber hasta que se despierte solito.

—Es que ya me quiero ir a dormir —gimió el Grapa.

—No te hagas pendejo, lo que quieres es ir al Java y ahoritita ¿no?

—Pues vamos.

—Bueno, pues vamos, pero espérate tantito...

Yo empezando a presentir que desde esa noche debería construir mi vida de espaldas a lo percibido hasta entonces. Como si los conflictos y las incertidumbres que bloqueaban mi deseo de Amparo Carmen Teresa Yolanda, se convirtieran en una especie de ruido sordo, inconsciente, que servía ya de fondo a mi cotidianidad, poniendo en ella un punto de inexplicable zozobra; pero también alumbraba cada cosa con su luz depredadora, robando la solidez y el bulto a todo lo existente, contagiando cada palabra y cada justificación de una niebla muy especial que se introdujo en mi vida desde esos días. ¿Cómo vivir al acecho de esos desfallecimientos que cuarteaban la solidez del mundo, padeciéndolos como si se tratara de ofensas personales? Tenía una necesidad fisiológica de desmentirme, de desmentirlo todo, de reprochar a cada cosa su ser y su dejar de ser, la vaciedad ofensiva de sus pretensiones... Sentía correr la sangre con goce liberador. Ya intuía que nunca iba a perder por completo la nostalgia del desengaño, de los velos rasgados y de los templos que se tambalean, de la noche y su irreprimible carcajada.

Dice Polo que mi mirada, al no encontrar en la cantina el empleo de todas sus energías, pasaba y se perdía en el espacio, hacia un más allá sin retorno. Y Amparo Carmen Teresa Yolanda estaba en ese más allá, y mi mirada era arrastrada por el vacío vertiginoso que se formaba alrededor de ella (vestida de negro noche y rojo incendiario). Pero en lugar de retenerme se dejaba sobrepasar en una perspectiva imaginaria y una dimensión luminosa. Y pronto iba a encontrarla realmente, otra noche, en casa de Katuflin, y realmente iba a estar vestida de negro y rojo. Iba a verla

en cuanto abrían la puerta, y a mi mirada se unirían los movimientos convulsos de quien intenta ponerse en guardia. La miré obstinado, como animado por la esperanza de reconquistarla. Acechaba el más ligero de sus movimientos, intentaba encontrar el rostro detrás de sus máscaras, o introducirme en la fascinación de sus intereses para dar, en la superficie de su cuerpo, con el juego del deseo.

—Quiúbole, cómo estás —dijo, apartándose de un grupo de amigas escandalosas.

—Pues muy bien —dije—, muy bien. Vine a darle un abrazo a Katuflin...

—Pues yo también...

Trataba de expresar la intensidad de mi deseo con la sola mirada.

—Estoy viviendo aquí una temporada —dijo—, porque me fastidia la casa y bueno, tengo un cuarto arriba ¿por qué no subimos? Te enseño y explico qué estoy haciendo...

—Pues ya vas ¿no?

Y apenas abrimos la puerta, nuestros cuerpos roídos por el deseo, se enredaron dispuestos a perder pie inacabablemente. ¿Qué placer podíamos seguir sacando de pequeñas batallas cotidianas si podíamos desnudarnos, a solas, y caer en delirios arrebatados de lujuria? Desaparecidas todas las personas que nos obligaban a actuar de maneras determinadas, cumplido hasta la raíz nuestro ejercicio de exilio y desamparo, surgían nuestros cuerpos mismos como lo fascinante. La ira se convertía en inigualable riqueza.

Hasta que dijo:

—No, aquí no. Mejor vámonos a mi casa porque aquí me pongo nerviosa...

—Sí, aquí es muy feo, hay mucha gente abajo —sin dejar de mirarla, insatisfecho, aumentando mi fiebre por el acto de ver.

Allí estaban su ropa en desorden y su cuerpo desnudo. El mismo cuerpo y la misma boca temblando, sin apaciguar. Verla me abría por completo al deseo, pero ver no le bastaba al deseo. Y ya se sabe cuán triste puede ser la mirada ansiosa. Sobre este punto las mitologías son singularmente unánimes. Orfeo, Narciso, Edipo, Pandora, Psyché, Medusa y hasta las esposas de Barba Azul nos enseñan que a fuerza de querer extender el alcance de su mirada el alma se entrega a la perdición y a la noche.

Nos fuimos al cuarto de azotea y nos quedamos tres días allí. Íbamos al mercado y comprábamos cosas para hacer de comer en la parrillita eléctrica; caminábamos hasta un baño de vapor y sudábamos durante horas, siempre un poco asustados y asombrados. Cada momento de lujuria podía ser el último... En la fiebre podíamos instalarnos, de hecho estábamos instalados en ella; pero los recuerdos volvían penoso el equilibrio y hacían sospechar que no podríamos mantenernos largo tiempo. La principal e indubitable certeza que alcanzaba nuestro amor era que terminaría desvaneciéndose.

—¿Cuándo vamos a arreglar nuestro divorcio?

—Ah, sí, claro, por supuesto. A mí no me interesa seguir casada contigo.

—Sí, pues ya sé que no te interesa, por eso quiero que arreglemos el divorcio...

—¿Y para qué quieres estar divorciado? ¿No es mejor así?

—Realmente no sé. Me desconciertas demasiado.

La lujuria era el origen del embrujo y pretendía que mi vida fuese como una batalla permanente contra el embrujamiento. ¿Qué otra cosa puede hechizarnos sino otro cuerpo? ¿Dónde podrían radicarse nuestra fiebre y nuestro delirio sino en el cuerpo amado? ¿Para qué luchar contra eso? Quizá porque pasados los momentos de arrebatos venían largas horas de normalidad, horas de reproches interminables y de voluntades que no se dejaban arrastrar. Nuestra lujuria era inestable; las discusiones sobrevenían como intervalo entre accesos sexuales, peleas eléctricas que develaban nuestra turbia condición. Entre dos accesos, es decir, que las diferencias volvían siempre, una y otra vez.

—Bueno, si quieres te puedes quedar, es tan tu cuarto como el mío. Yo no sé si podré venir a dormir...

—¿Por qué?

—Tengo algunas cosas que hacer...

El destino disponía de nosotros aunque no creíamos en él.

—¿Por qué no me invitas a comer, no? Ya de despedida...

—Pues sí. Ya vas —respondí.

—¿No se te antoja Boca del Río?

—Donde quieras...

Terminamos comiendo tortas en San Fernando, en una rosticería inmunda. Tanta complicidad no nos convencía. Era como aspirar a un vértigo domesticado. Le tomaba la mano sobre la mesa y descubría que lo primero que debía hacer era soltarla, que debía renunciar a la superstición de los gestos de amor. Descubría mi voluntad de llegar a ser presa de algo desconocido, de reiniciar en mí el juego de las opciones, de las indecisiones, de los remordimientos y la simulación de remordimientos.

—Bueno, pues a ver si nos volvemos a...

—Yo te busco, sí, sobre todo si aceptas eso del divorcio...

—Claro que acepto. ¿Deveras crees que me interesa estar casada contigo?

Pero con sus palabras desaparecían las razones que daban sentido a nuestra relación. No había ninguna obligación de encontrarnos y esa era la prenda de nuestra dignidad amenazada. Nuestra vida no podía cerrarse hacia algo, no podía espesarse en torno a una cita: no podía orientarse.

Se iba caminando y la veía desaparecer con cierta veleidad, nunca plenamente eficaz, nunca desanimada. Quería atraparla, desvestirla, petrificarla, penetrarla, fascinarla, es decir, hacer brillar en ella el fuego de lo escondido. Y todo esto sólo con la mirada, una mirada que no estaría nunca saturada, una mirada que ella no alcanzaba a advertir tan segura y prepotente como se iba.

Caminaba soñando en alejarse del viejo escenario, sensible al secreto removerse

del mundo, ni anestesiada ni eufórica, gozando el movimiento de sus caderas y el vaivén de los senos, casi en acecho de los requiebros de los hombres. Pasaban los autos y los conductores sonaban sus cláxons para incitarla a voltear. Y como no hacía caso seguían acelerones y enfrenadas súbitas que le retorcían la vagina. Generalmente no reconocía a nadie, se echaba para atrás y los automovilistas ponían reversa y la alcanzaban rápidamente. Entonces venían las palabrotas.

Pero una vez Amparo Carmen Teresa Yolanda encontró a Lobo. ¿O el encuentro los encontró?

—Qué bien te va —le dijo—. Qué coche tan elegante tienes...

—No, pues no es mío —dijo Lobo—, es de un cuate del Museo... —Por no decir que era de Patricia.

—Te va muy bien allí ¿verdad?

—Sí, pues me va muy bien...

—Ya ves... Todo el tiempo que perdiste conmigo...

Porque las últimas veces que había ido a visitarlo lo encontraba jorobado sobre un restirador, siempre dibujando. O se iba y lo besaba de despedida allí, con un pincel o un lápiz en la mano.

—Carajo —decía Lobo—, pero si esto es lo que yo quiero ser ¿verdad? Esto es muy importante para mí ¿sabes? Yo quiero ser pintor, y pues a medida que me haga pintor y esté mejor, pues va a ser bueno para los dos. No te voy a dejar, estoy contigo, quédate tranquila...

Pero llegaba a desesperarse.

—No me pongas a elegir —gritaba Lobo—. No me pongas a elegir entre lo que yo quiero ser y tú —gritaba—, porque vas a perder. Si me vas a poner en esa alternativa vas a perder. No me pongas a decir lo que yo quiero hacer con mi vida... —Sus propias palabras se tambaleaban al borde de zozobrar en la desintegración definitiva.

Y allí estaba Amparo Carmen Teresa Yolanda, arrojada sobre él, despojándolo de todo lo que podía defenderlo de la lujuria. Sobrevenía la erección con insuperable arrogancia y caían en la cama. El falo erecto apuntaba a los cimientos mismos de la cordura y a todo lo que fundamenta primordialmente al frágil escándalo de la vida humana.

O terminaban de hacer el amor, y cuando Lobo se disponía a seguir dibujando...

—Llévame al cine —rogaba ella—. Yo nunca voy al cine, tú sí. Estás con tus amigos, te vas a la cantina, te vas a bailar...

—Bueno, pues te llevo al cine...

O lo rodeaba con brazos lánguidos y empezaba a besarlo dulcemente, y él tenía

que dejar en paz el pincel y tapan la tinta, cediendo otra vez al abandono de la razón.

Por eso en la calle, ante el adelgazamiento de todas sus otras creencias, privados por enfermedad o vicio de todas sus armaduras morales, se veían convertidos en histéricos erotómanos. Estaban parados frente a la puerta del coche.

—Toma tus libros porque ya me voy —decía Lobo.

Pero ya la tenía encima otra vez.

—No quiero que te vayas —gemía—. Te quiero...

—Es que tengo una cita...

—Te acompaño y te espero...

—Es que luego quiero ponerme a pintar.

—Te ayudo a pintar.

—Es que no sabes, parece que no entiendes...

—El que no entiendes eres tú —y se desprendía de sus brazos.

—¿Por qué dices eso?

—¡Quiero vivir contigo!

—¿Conmigo?

—Es que yo te amo —pegosteosa—, no sabes cuánto —perversa—, deveras — casi delirante, y sin embargo normal, ya que por naturaleza no tenía equilibrio, ni mesura, ni reflexión...

Lobo le pasó una mano por los cabellos. Pero los cabellos parecían evadirlo: no había uno que no le fuera hostil. Uno tras otro proclamaban su separación, su independencia, su dispersión, su abandono. Sintió la lengua de ella hurgándole detrás de una oreja y la apartó con relativa violencia.

—Tengo que irme, deveras...

—Como que siempre quieres escapar, como que temes estar conmigo ¿verdad?

—No es eso.

—¿O será que trabajas demasiado?

—No es eso, no es nada de eso.

—Pues yo no estoy tan segura... —Tomaba sus libros de encima del cofre y casi dándole la espalda—. ¿Me das un beso?

Besarla era partir a otro lugar. Los sentidos se anulaban descomponiéndose en otros nuevos. Y al mismo tiempo besarla no implicaba tomar ningún partido ni sacar consecuencias de ninguna clase. No era ese el final ideal de una lujuria creciente, pero al menos permitía no optar por otras acciones ni inventar el guión de nuevas locuras. Ella chupaba, apretaba, recorría el interior de sus labios con la punta de la lengua, gemía, pretendía devorarlo, y Lobo vacilaba entre la aceptación y el rechazo, las manos quietas sobre la cintura inquietante, temblando también entre la lucidez y la fiebre, y sin decidir perderse definitivamente en ninguno de los dos abismos.

—Soy un cabrón —decía Lobo con toda la ironía que podía juntar para hacerla sonreír—, y te quiero —seguía—, es lo peor. Pero te juro que me tengo que ir. Si quieres pasa por la casa un día de estos, me hablas al Museo y te dejas caer,

deveras...

—Hoy por ejemplo...

—Sí, cuando quieras —porque había que animarla. Después de todo Lobo era más que un hombre solo: un poderoso semental.

Volvió a besarla, aferrándose al beso como si tascara un freno, luchando con una mano de hierro que le impedía desbocarse. Luchando porque soñaba con caricias no enturbiadas por el delirio, con besos intensos limitados por extensas áreas de cotidianidad desexualizada. Quería encontrar besos que se satisficieran en sí mismos, que no fueran prelude de nada. O por lo menos besos que postergaran, para varias horas o días después, la azarosa ferocidad del erotismo, ese erotismo sobre el que se inclinaban allí, al borde de la calle, hechizados por el abrazo que cada vez más difícilmente los contenía.

—Haz un esfuerzo y ya no vayas a donde tienes que ir —decía Amparo Carmen Teresa Yolanda—. Reconoce que no tienes a qué ir...

—No puedo —susurró y se sintió temblar—, no puedo.

Ahora sufría la confusión de ella.

—Tengo que ir al Museo —murmuró, con voz más segura, conmovido e íntimamente responsable para expresar el rechazo que en ese momento nacía en él—. Al Museo —repitió, para sí, porque Amparo Carmen Teresa Yolanda se apartaba de su lado y escapaba a toda prisa. Y antes de subir al coche vio la espalda y las caderas de ella, el cuerpo que había rechazado con la sequedad de su frase. Se acomodó frente al volante y encendió el motor, aturdido por la seguridad que adquiriría al acelerar y alejarse en sentido opuesto.

En otras ocasiones Amparo Carmen Teresa Yolanda había dicho:

—Nada más vas a perder el tiempo a la escuela, no tienes a qué ir...

Y él traducía esa proposición en un extraño «tú puedes».

—Tú vas a poder, disciplínate, agárrate por tu lado y a chingar a su madre la escuela...

Entonces nada más iba a La Esmeralda para ver si convencía a Farfonflas y al Gran Caruso de que se salieran.

—¿Qué están haciendo aquí? —les decía, mientras dibujaban una penca de plátanos verdes—. Yo que tengo mucho menos de oficio y todo ya no quiero volver, me cae. Si no hay ni un pinche maestro que nos dé las diez. ¿Qué es lo que vienen a aprender aquí? ¿Qué esperan?

Y como lo ignoraban, encarnizados sobre sus telas, afinando valores, imponiendo luces, Lobo se encaramaba en un banco e imprecaba a las mujeres.

—Oigan, señoras ¿a qué vienen a la escuela? Deveras ¿a qué vienen? Nada más se la pasan platicando recetas de cocina y puntadas de tejido ¿verdad? Pues quédense en su casa —les decía—, miren, o estudien repostería, estudien cocina, cualquier otra

cosa. ¿Para qué vienen a quitar el tiempo aquí? ¿Qué no se dan cuenta que están ocupando el lugar que podría ocupar otro muchacho? Gastando materiales y todo...

O hacia el maestro, con verdadero desprecio:

—Oye, compadre, este explícame cuáles son los sinabrios ¿no?

—Pero ¿es que no sabes cuáles son los sinabrios?

—No, no —subiendo el tono, sonriendo, dejando escapar el aliento radiante de su total e inalterable superioridad.

—Mira —comenzó—, por ejemplo agarras ¿no? Y haces una base de cualquier color ¿no? Y ya después untas puro sinabrio parejo ¿no? Y los embarras como quieras, es una cuestión de gusto ¿verdad?

—Sí, pero ¿cuáles son los sinabrios?

—Pues son los que pones después —dijo.

—Sí, pero ¿de qué color son?

—No —decía—, son cualquiera, son cualquiera. —Derrotándolo amablemente—. Nada más tú agarras y pones pero pues sabroso, todo parejo... Bien parejito...

Y la venganza se imponía cuando el mismo maestro armaba un discurso sobre el espacio tiempo.

—Mira, compadre, a mí me parece que los pintores que hablan de espacio tiempo, ocupan espacio y quitan el tiempo...

—Y es que de repente inventaron que nos tenían que hablar de teoría —contaba Lobo—, porque éramos unos estúpidos todos, pero bien incultos. Y que los maestros tenían que dar también teoría. Pero los maestros estaban peor que nosotros ¿no? Había uno que hablaba como Cantinflas. Decía sí es así, es así, ahora este, de maravilla, de maravilla. Maestro ¿voy bien? Sí, sí, síguele, síguele. Pero le preguntabas algo y lo único que decía era vas bien, muy bien, de maravilla, de maravilla, síguele, síguele. Y nunca te corregía ni nada. Entonces un día nos dijo que nos iba a hablar de la sección de oro y se llevó un libro en inglés. Y yo me llevé unas notas que había tomado en el Museo y que me había dictado Covarrubias, que fue la primera persona y la única que me ha hablado de sección de oro y que me ha convencido, digo, que me ha enseñado por lo menos una aplicación, rudimentaria si tú quieres, rudimentaria, sí, porque me decía olvídате de ecuaciones y todo, la sección de oro es esto y esto y esto, y se usa así y así, y no sirve para nada. Pero en fin, él me explicó lo que era la sección de oro y entonces cuando el maestro empezó a hablar de sección de oro, yo dije pues fíjese que yo sabía que esto y esto otro, y el que estaba dando la clase era yo. Porque te digo, entre todos estábamos tratando de traducir el libro que llevaba el maestro, todos estábamos allí tratando de descifrar, este, esta palabra cómo se podrá decir o cómo se podrá entender, y que si la ecuación y que si el triángulo y que la pirámide. Puras tonterías, compadre. Hasta que bueno, dijo, mañana vamos a hablar de la Cruz de San Andrés. Y al día siguiente llegó con que la Cruz de San Andrés era así y que no sé qué, y que no era así, sino asá, y le dije oiga maestro ¿por qué mejor no hablamos de la Escoba de San Martín?

Por eso increpaba a sus amigos.

—Es que si no venimos a la escuela de ocho a diez —decían— no dibujamos...

—Pues entonces están jodidos. Porque si necesitan a alguien que les esté dando de latigazos para que dibujen pues entonces están muy mal ¿no?

—Entonces yo empecé solito, compadre, y a partir de nada —decía Lobo, plácidamente—. Porque ¿pues qué tenía, compadre? No tenía nada ¿no? Y empecé a hacer unas cosas así como intentos de dibujos con tintas y todo, horribles, compadre. Luego hacía cosas abstractas o cosas figurativas y a veces hasta cosas modernitas, según yo ¿verdad? Y todo estaba mal hecho ¿no? Muy torpemente. Y yo me azotaba mucho y decía puta madre ¿qué voy a hacer? Ya dejé la escuela y qué voy a hacer. Pero seguía ¿no? Es cosa de tiempo, pensaba, es cosa de tiempo. Hasta que de repente una vez descubrí que había hecho un cuadro que era ya como de un maestro de la escuela. Entonces pensé que tenía otro nivel, digo, ya podía creer que eso lo había hecho, digamos, un profesional, y eso me dio mucha confianza. Pero te digo que de repente hacía unas cosas que bueno, yo les decía las joterías ¿no? Y es que eran puras maripositas con caritas. Pero a la gente le gustaban y oye, éstas ¿las vendes? No, decía, no, ni madres, no las vendo, y andaba enseñando cinco dibujos. Y si alguien me pedía que se los vendiera, pues yo no quería. Hasta que me dije, qué pendejo, pues lo único que tengo que hacer es hacer más ¿no? Pero no las quería vender porque tenía miedo de que no me saliera otra igual. Era eso, fíjate. Porque advertía que había mucho de chiripa ¿me entiendes? Y entonces me entró el conflicto también. Si yo quería salvar a la humanidad cómo carajos iba a salvarla haciendo maripositas ¿verdad? Y yo sentía que me llevaba la chingada porque decía bueno, voy a hacer unos sombrerudos denunciando al pinche pulpo del imperialismo. Pero empezaba y no, decía, con los pinches sombrerudos no, porque yo sentía que no ¿entiendes? Y me decía y cómo Siqueiros sí puede, y cómo Orozco sí puede. Pero yo me jodía, compadre, y regresaba a mis maripositas. Hasta que Katuflin me dijo una vez: mira, Lobo, si pintas florecitas y maripositas es porque eso eres, me dijo, pero con flores y con mariposas también se pueden decir cosas, dijo, es decir, no importa lo que pintes o con qué intención lo pintas, lo importante es el resultado. Entonces yo pensé que lo que él decía era lógico ¿no? O por lo menos tenía cierto sentido y yo dije pues sí, voy a empezar a pintar lo que me salga, y de ahí en adelante ya me empecé a liberar de esa carga de que a huevo había que salvar a la humanidad con cada cuadro ¿no? Los niños del Mezquital, porque esos eran los que estaban de moda en esa época ¿no? Y después ya eran los de Biafra y los de Vietnam y todo, pero en esa época era el Mezquital. Si no pintabas cuadros que se llamaran «No hay agua», con unos niños así medio deshidratados y como momias, pues no, la gente te veía muy mal y te decían pinche Juan Vende Patria... Además yo andaba en unos enredos que cuidadete, compadre. Fíjate que entré a un salón, en uno de mis viajes a la escuela, y pues estaban constituyendo un comité estudiantil pro Naciones Unidas o algo así. Vi que había hartas tortas allí y dije pues chance ¿no? Y además tenían

desplegada en la pared la carta de las Naciones Unidas y querían redactar los estatutos o quién sabe qué madres. Entonces me dijeron: tú vas a ser el representante nacional de los estudiantes de artes plásticas. Pues sale, dije, chance y de aquí sale una grilla buena, y sí, muy bien, yo soy el representante nacional de los estudiantes de artes plásticas, cómo chingados no. Bueno, total, íbamos a las juntas, que un viernes, que un lunes, cada que podían ¿verdad? Y eran gente más o menos bien, porque decían: ahora vamos a hacer la junta en el despacho de mi papá. Y entonces nos íbamos a la calle de Allende, o a una calle así donde había muchos edificios de despachos, y allí hacíamos nuestras juntas. Entonces un día me dijeron que tenía que darles unas fotos, mi cartilla y no sé qué madres porque íbamos a ir a un congreso en los Estados Unidos. Y les dije fíjense que no tengo cartilla. Bueno, te podemos conseguir un permiso para que puedas salir del país, no hay problema, pero pues trae tus fotos y tu quién sabe qué. En fin, llevé todo y ya nos íbamos a ir en unos cuántos días más, en un avión especial, porque éramos como cuarenta burros ¿no? Y después me dijeron ¿sabes hablar inglés? No, pues ni madres, les decía yo. Bueno, ese no es problema ¿lo podrás leer? Bueno, pues si lo practico puede ser que pueda leerlo ¿verdad? Y sirve que aprendo el significado de las palabras, digo, me lo dan escrito y yo busco cada cosa en un diccionario, me lo macheteo y claro que lo podré leer. Bueno, dijeron, entonces si te toca hablar por cualquier motivo nosotros te apuntamos lo que tengas que decir y tú nada más lo lees, aunque sea mal pronunciado o lo que sea, pero lo lees en inglés. Y me dijeron: tú vas a ser el representante de Venezuela. Yo dije ¿de dónde? De Venezuela, dijeron, tú vas a ser el representante de los estudiantes de Venezuela. ¿De cuáles estudiantes?, pregunté, ¿de los estudiantes de pintura? De los estudiantes en general, dijeron. ¿Y yo qué voy a decir de los de Venezuela?, dije, si ni siquiera sé lo que está pasando aquí. No, pues a ti te tocó Venezuela, dijeron, y cada uno de nosotros va a ir representando a un país. Entonces yo dije no, pues esto sí como que ya está oliendo mal. Y entonces me rajé y no fui, y a la mera hora quién sabe quién iría a representar a los venezolanos ¿no? Pero el caso es que a mí me empezaron a enviar correspondencia de la embajada norteamericana, cualquier cosa ¿no? Que becas para alguna Universidad o artículos sobre estudiantes, en fin, me llegaban unos sobrezotes con el sello así de la embajada, mi nombre y mi dirección ¿verdad? Entonces yo llegaba a la escuela, bueno, tenía algunas monedas norteamericanas y unos treinta dólares en billetes distintos ¿no? Y llegaba con los cuates comunistas de la escuela y les decía a ver, déjenme ver cuánto me mandaron hoy, y sacaba el dinero de un sobre de esos ¿no? Carajo, ya necesito mandarles más información porque me están mandando muy poquito, comentaba. Y me decían Juan Vende Patria... Y yo decía pues los comunistas están muy mal, los imperialistas están muy mal, y lo que me gusta hacer es lo que me da mi chingada gana ¿no? Y eso es exactamente lo que voy a hacer. Y los problemas de la humanidad pues ya los está resolviendo Siqueiros y a ver quién le va a tomar el guante ¿no? El que va a resolver los problemas de la humanidad es Siqueiros, entonces yo voy a tratar de resolver mis

problemas, dije. Y después de que resuelva mis problemas a ver si puedo ayudar a la gente a resolver otros problemas ¿no?

Y uno de sus problemas era Patricia.

—Voy de noche a tu casa —le dijo una vez.

—¿Estás loca? No te creo nada...

Pero no pudo dormir y se quedó sentado en la cama, fumando, oyendo discos a muy bajo volumen y cambiando de un lado a otro sus trebejos de pintor. A las tres y media, Patricia empujó la puerta y se paró en medio del cuarto, mirándolo.

—No creí que vinieras...

—Pues vine.

—¿Nadie te vio salir?

—Nadie.

—¿Y cómo vas a regresar si no tienes llaves de tu casa?

—Salí por la puerta de la cocina y la dejé atorada con un cartoncito.

—¿Y si el viento la abre? —Hasta ellos llegaba el barullo del aire en la calle.

—Pues ni modo.

—¿Quieres dormir?

—Abrazame...

La abrazó y la sintió llorar. Gruesas lágrimas brotaban de sus párpados. Y él creía ofrecerle sólo una sosegada seguridad: le pasaba las manos por los cabellos olorosos a humo de habanos (del padre embajador, sin duda); sentía la ausencia de ropa interior al recorrer su cuerpo bajo el abrigo. Curioso desorden, sin embargo, como si algo en él siguiera emociones propias, como si esa mujer que desaparecía entre sus brazos le abriera heridas, algo para que llorara también.

La llevó hasta la recámara y la desvistió bajo las cobijas. Mantenían encendida una lámpara en el buró, y después del primer acto sexual él estuvo contemplando largamente su cuerpo: las piernas duras, largas, consistentes, sonrosadas, hasta el enorme triángulo velludo. Con las uñas dio vueltas insidiosas alrededor de los pezones, y rayoneó la espalda antes de hundirse en ella con desesperación animal. Quería verla adentro de sí, sentirse sorprendido y verse desde los ojos de ella, sentirla fundida en su cuerpo de Lobo —tuvo que entrecerrar los ojos— y vibrar en el corazón como si él fuera ella y estuviera dispuesto a recibirlo, a recibirse. A la vez dentro y fuera, estaba condenado a oscilar entre la adhesión a sí mismo y el desgarramiento de sí mismo: entre esa sinceridad que acababa de descubrir y que le permitía coincidir a partir de ese instante con lo mejor de sí, algo, incluso, que él no conocía, o la persecución infinita de proyectos, innumerables maneras de ser, papeles que representar, traiciones al presente en nombre de quién sabe qué proyectos. Era ahora un perfume, un escalofrío, una boca enloquecida que buscaba un pene y se cerraba sobre él, un deseo que se abría paso entre sus huesos, el roce de los senos,

una mano furtiva deslizándose, un gemido. Hubo un momento en que sintió que su corazón estallaba y reprochó a sus marineros que no lo hubieran atado al mástil y creyó ver a Patricia llevando sobre una bandeja su cabeza cercenada y a la misma Patricia bailando sobre su cadáver: era su eyaculación que llegaba como los veintiún cañonazos que celebran las victorias presidenciales en las fiestas constitucionales...

—Y ya después la llevaba a su casa ¿no? —contaba un poco alarmado y orgulloso—. Pero fíjate que una vez la llevé a cenar ¿verdad? Y estábamos cenando y de repente que un trío empieza a tocar detrás de mí y yo dije, puta, a estos bueyes voy a tener que darles propina, ya van a empezar a chingar. Y seguían dale y dale con la guitarra. Y dije ay, esta pinche canción. Y le dije a Patricia ¿sabes qué recuerdos me trae esta canción? Y que volteo y eran mis dos excompañeros, digo, el Chita Grande y el Chita Chico. Eran hermanos y parecían changos los dos, por eso les decían así. Y digo, fue un detalle retepadre que se acordaran de cuál era la que me gustaba ¿no? Era una que iba más o menos así: *Si me quieres déjame vivir, déjame saborear la vida entera*. Es una de Agustín Lara ¿no? Porque además les cambiábamos la letra ¿verdad? Y eso fue invento mío, porque yo sacaba muchas mamadas de esas ¿no? De que *y déjame seguir tomando vino y si piensas mandar una carta mejor ni la escribas*, decía una canción ranchera, de las que me gustaban a mí ¿verdad? Y yo decía *si me piensas mandar una carta mejor manda un giro* ¿no? Y sacaba cualquier mamada ¿no? Entonces, este, pues empezaron a tocar esa canción y ya pues cómo estás, manís, y quiúbole, compadre. Al otro ni lo conocía yo ¿verdad? ¿Y qué pasó, pinche Lobo? Pues áhi, que quién sabe qué. Te vamos a cantar una. Pues sí, pues cántenla, y ya ni les decía, ellos ya sabían cuál ¿no? Y ya que terminaron de cantar ya les di sus doscientos pesotes. Y no, cálmate, que quién sabe qué. Y no, no, no, ustedes están trabajando ¿verdad? Y claro, los aceptaron. Y otra vez fuimos al Derby ¿sabes cuándo? El día que inauguraron el Museo de Antropología. Y entonces estábamos Patricia y yo en una mesa como de quince gentes. Y me paré al baño y pasé por un barecito que estaba junto, y allí había un dueto. Y dije a esos bueyes yo los conozco. Y eran otra vez el Chita Grande y el Chita Chico. Entonces llegué y me dijeron quiúbole pinche Lobo ¿qué andas haciendo por aquí? Pues vine a cenar. Puta, en la madre, me decían, cálmate buey, que quién sabe qué ¿no? Y me dijeron échate una paloma ¿no? Porque estaban los dos nada más. Es que vengo con unos cuates les dije, no puedo. No seas cabrón, ¿que no ves que estamos cobrando como dúo? Está rejodida la cosa y ya con los tres pues podemos sobrellevarla ¿no? Bueno, pues ya vas. Les dije espérenme tantito ¿no? Entonces fui a la mesa y les dije: fíjense que están unos cuates míos trabajando aquí y pues quieren que les eche una paloma. Y claro, les encantó la idea ¿no? Patricia se vino conmigo al bar y ya nos quedamos como dos horas cantando allí, yo con mis maraquitas ¿no? Porque yo, la guitarra, toco muy poco, digo, hago como que la toco ¿no? Y las maracas pues más o menos las llevo, digo, no es que sepa, pero por lo menos marco el ritmo ¿verdad? Y de repente el Chita Chico me decía: mira buey, estas maraquitas. Y luego luego me

sacaba unas maraquititas con unos foquitos. Estás jodido, le decía yo, porque me daba vergüenza ¿no? Y además a mí me gustaban las tradicionales, una sorda y la otra más alta ¿no? Pero los Chitas me enseñaban así y a dar vueltas ¿no? Luego nos pedían algo así como *Bahía* y yo la letra ni me la sabía ¿verdad? Pero ahí los iba siguiendo y ya agarraba la cosa ¿no? Aprendí a hacer segundas y terceras y todo eso. Me costaba un trabajo encabronado hacer las segundas, compadre, porque pues no, no agarraba bien la onda ¿no? Y siempre cuando me tocaba hacer segunda me le encimaba al otro. Ora, buey, pues a dónde crees que vas, me decían. Puta pues qué ¿está mal? Sí, manito, tú te vas arriba de mí. No, pero te digo, poco a poco fui aprendiendo y a veces prendo el radio y me pongo, bueno, mientras estoy pintando ¿verdad? Le hago unas segundas a Olimpo Cárdenas que no veas, y estoy tratando ahorita de ponerle unas segundas a Celia Cruz y no me lo vas a creer, ¿verdad? pero en una que otra canción hasta me sale ¿no?

De Patricia prefería no hablar. Cruzaban pocas palabras entre ellos: apenas olores, el ruido de la respiración, recuerdos de suspiros y de contracciones musculares que acompañaban apoteóticos orgasmos. De lo que hacía cuando no estaba con él, aunque Lobo escuchaba atentamente lo que contaba, era imposible saber algo. Patricia se erguía como un secreto. Sabía tanto de ella como de su almohada, sólo que su recuerdo le inundaba la boca de un sabor áspero y amargo, que sin embargo saboreaba con punzante felicidad.

Una vez...

—Quiero que me acompañes hasta la puerta de mi casa.

—¿Deveras?

—Sí —con alegre desenvoltura—, y que toques el timbre y te enfrentes a mi padre. Quiero ver la cara que pone cuando le diga que me quiero ir a vivir contigo...

—E inmediatamente—, a partir de esta noche ¿verdad?

—Pues Salinas y Rocha —tembló Lobo y se sobó las manos.

Iban en el coche de ella, y sus palabras se mezclaban con el fragor del tránsito en la pasta blanda del anochecer. Hizo ascender la antena eléctrica y encendió el radio al mismo tiempo que cerraba la ventanilla. Podía verse buena parte de la ciudad, ya confusa de tierra y luces.

—Pero tu papá es capaz de sacar la pistola ¿no? —y habría querido decir algo sobre el juego que creía comenzar, la incertidumbre, el miedo y la ansiedad que sentía en la garganta.

—Sí —respondió Patricia—, es capaz. Incluso es capaz hasta de dispararte encima. Pero alguna vez vamos a tener que enfrentarnos con él ¿verdad? ¿Y por qué no esta noche?

Detuvieron el coche en una calle apartada para besarse y acariciarse.

—Pero soy como niña —interrumpió ella, porque de pronto cierta tensión en su

cuerpo le impedía gozar—. Sinceramente no sé si me estoy aburriendo, si quiero que vayamos a ver a mi papá, si quiero volver a casa, quedarme contigo o enojarme con todos y quedar sola.

—Pero si propusiste que fuéramos a verlo —protestó Lobo—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada. Yo sólo te estoy diciendo que ya no sé si quiero verlo. Inclusive te diría que no estoy segura de si quiero volver a verte o no.

—Mira, si de algo puedes estar segura es de que te gusta hacer el amor conmigo. ¿No me digas que no gozas los orgasmos, que no disfrutas la somnolencia después del amor?

—El problema es que ni siquiera sé si tengo orgasmo.

—Mira, Patricia, eso es contra mí y lo que tienes es ganas de joder... —Exasperado, porque le molestaba gastar tiempo discutiendo—. ¿Cómo no vas a saber si tienes orgasmo o no?

—Imagínate que ni siquiera sé si quiero estar viva o no.

—Cómo carajos no vas a saberlo. Entonces ¿te da lo mismo venir a verme que quedarte en tu casa? ¿Te da lo mismo que hagamos el amor o no? Lo único que pasa es que tienes miedo de que lleguemos con tu padre y te demos un par de coscorrónes.

—¿O nos los dé él a nosotros, verdad?

—Y como tienes miedo discutes para hacer tiempo. ¿Qué caso tendría discutir si en realidad no nos importa perder o ganar la discusión? Es decir, estar vivos o muertos.

—¿Ves? No me entiendes —lloriqueando.

—Claro que te entiendo. Eres una niña pendeja y me tengo que joder yo. Eres capaz hasta de suicidarte para que yo me sienta culpable. ¿No es cierto? De lo único que se trata es de chantajearme bien y bonito.

—Tú, siempre tú. ¿Así que lo único que importa si muero es tu estado de ánimo?

—Eso no es cierto, Patricia. Eso no es cierto —y atrevió perversas caricias para demostrar superioridad, cierto dominio de la situación, cierta ternura.

—No me toques —y se alejó bruscamente.

—Cálmate, nena —y se acercó porque el amor es fuego y los amantes frenéticos guerreros. Vivía la convicción de que sus noches habían sido, eran y serían fuego imperecedero; así que empezó él, mordiendo, magullando, hiriendo, oscuro y necesitado, arrancándose con la cabeza gacha, como un ariete, contra las protestas adolescentes...

—Me dices cosas muy feas, Patricia —y arrugó la nariz por el olor a lujuria rancia, a detritus pecaminosos, a noche pasada en claro. Hundía los dedos entre sus piernas—. ¿Cómo es que ni siquiera sabes si llegas al orgasmo?

—Es que lo que siento no se parece nada a lo que me dicen que sienten mis amigas...

—Pues que chinguen a su madre —gruñó y la obligó a acomodarse a horcajadas

sobre él.

Patricia era tan indolente que ni siquiera usaba ropa interior y Lobo la vestía casi a fuerza, pues quién sabe qué extrañas fuerzas lo presionaban a abandonar urgentemente el lugar de sus encuentros amorosos como si se tratara del lugar de un crimen...

—Pero yo te quiero mucho Patricia, no sé ni por qué, o sí, porque confirmas cierta confianza, porque me revaloro constantemente al enfrentarme a ti, porque me llevas a un conocimiento de mí mismo, de cosas que no sé o que no he aprendido demasiado bien, porque me gustan tus ojos, tus labios y tus manos —porque todo acto sexual tiene su parte de verbo, de instinto, de improvisación, sus golpes de suerte y hasta sus estados de gracia. Pero tampoco es necesario hablar siempre. Los ojos húmedos conmueven más que las lágrimas vertidas.

No estaban cómodos en ese coche de cristales cada vez más empañados, y sin embargo, cada detalle de sus cuerpos era adorado y glorificado: de ahí tantos besos pequeñitos, en apariencia a ciegas, tantas caricias al tanteo. Manos milagrosas que ungían, bendecían, santificaban, reconocían y buscaban ser reconocidas. Patricia empezó a respirar cada vez con mayor intensidad y Lobo la jaló de los cabellos, castigándola y deteniéndose por un momento.

—Ahora te gustaría estar muerta, ¿verdad, pendeja?

—No —suspiró ella—, no, claro que no.

—Entonces ¿por qué me dices cosas tan horribles? —resoplando furiosamente—. ¿Deveras no te gusta esto? ¿No te gusto yo?

Sus brazos creaban líneas de energía, flujos que conectaban los puntos erógenos, torrentes psíquicos, influjos, reflujos, catexias libidinales...

—Te gusta ¿verdad? —y casi a gritos—. ¡Dime que te gusta! —Era como si un toro embistiera, una serpiente envolviera, un delfín retozara, un gallo cantara, un perro gimiera, un tigre rasgara... (Escribió Freud que el hombre contenía en sí mismo a todos los animales y que estos le fueron extirpados por cruentos sacrificios...)

Así estaban los dos, los dos en uno y cada uno en dos, sin dudas de ninguna clase, animados por el deseo. Silencio del tiempo y del espacio, de la mente y de la voluntad, de la memoria y del futuro. Y de pronto golpes sobre el toldo del coche, voces terribles anunciando guerra, manos que intentaban hacer ceder las portezuelas; el coche que empezaba a oscilar de un lado a otro movido por diez o más rijosos... Lobo se desprendió de Patricia y su cabeza golpeó fuertemente contra el volante, experimentando en el acto un dolor vivísimo. Patricia empezó a llorar. Una andanada de puños y pies caían por todo el coche, hasta en el centro mismo del techo. Lobo pretendía encender el motor pero no sabía si desempañar primero el parabrisas, a tal punto sufría de dolor. Y los gritos: como si toda la humanidad, gozosa y sufriente, se hubiera congregado irritada y decisiva...

—Limpia el vidrio, por favor —y se arrellanó en el lugar del conductor, enredado en los pantalones de Patricia. Encendió y metió la primera con el acelerador a fondo:

los cuerpos de dos o tres personas encaramadas sobre el cofre terminaron por ceder. Con la mano izquierda y usando el puño de la camisa conseguía algo de visibilidad: vieron los rostros sorprendidos primero, contrayéndose luego. Abrió la ventanilla al mismo tiempo que cambiaba a segunda velocidad. Algunas piedras y una botella chocaron contra el coche. Luego tercera y setenta, ochenta, noventa kilómetros por hora, Patricia llorando—. Cabrones —decía Lobo, acariciándose la cabeza y apretando el volante con deseos de retorcerlo. Era como si se hubiera abalanzado en su contra, con maldad evidente—. Pinche volante... —Y limpió con el dorso de la mano el espejo lateral para ver si lo seguían— pero no, son pinches gandallas de a pie —musitó—. Y qué bueno que no desinflaron las llantas antes de empezar ¿te imaginas? Nos hubieran roto los vidrios y abusado de ti, me hubieran madreado, digo, o nos hubiéramos roto el hocico, carajo... —Pero Patricia no oía, acurrucada como estaba, desnuda de la cintura para abajo, llorando con desesperación infantil—. Ya vendré alguna vez por aquí y les partiré el hocico a uno por uno, infelices... — Casi rezando, rechinando los dientes carnívoros, el corazón sobresaltado, pisando con furia el acelerador, esquivando innumerables coches que se lanzaban igual que él hacia adelante, como si quisieran taladrar la oscuridad.

—¿Traes dinero?

Patricia no respondió, semidesnuda como estaba, indefensa, indefinible, abominablemente desolada y llorosa.

—Pinche suertecita —maldijo Lobo acariciándose el pene flácido y húmedo, casi pegosteoso.

Tomó el camino libre hacia Cuernavaca.

—¿Por qué no te vistes? ¿No tienes frío?

Pero Patricia seguía cerrada sobre sí misma, iluminando el interior del coche con su desnudez, trayendo a la memoria sensaciones reconocibles, abrazos, ternuras, sabores, instantes de inmensa felicidad e indecible alegría. Pero en todas partes, afuera, algo secreto, amenazador, solitario y enorme parecía aguardarlos. Por eso Lobo prefería acelerar gozando las curvas y el ronroneo del motor, rebasando, cambiando de luces altas a bajas y nuevamente a altas. Esperaba dejar así el sudor, el polvo y la violencia del Distrito Federal. Ya se cansaría Patricia de llorar...

¿Y por qué a Cuernavaca? Quizás porque Katuflin le prestó una casa, meses atrás, y fue allí donde ya desnudos Patricia y él, plenos de curiosidad y lascivia, convocaron a los más lujuriosos y pertinaces fantasmas...

¡Cuánto miedo en ella! Prejuicios, prejuicios y más prejuicios, y luego prejuicios alineados, cada uno con su collar de perro, sus gusanos, sus telarañas, su polvo. Estaba desnuda y se cubría con desesperación, sin tomarle gusto a ese juego. Lobo le mordía un pezón y ella arrugaba la nariz; hundía los dedos entres sus piernas y escuchaba sus pequeñas quejas repetidas y ¡en inglés! Se debatían debajo de las

sábanas como debajo de una carpa india.

—¿Sabes que nunca me habían acariciado así?

Lobo se levantó a voltear un disco de Nicanor Zabaleta con música española, y de regreso, la tomó de las manos y la hizo agarrar su centro. ¿Su centro o su cetro? Encantador o insoportable, aceptado o rechazado, sufrido o huido, su pene era tan potente como el infinito de su interioridad: miraba hacia arriba, casi vertical, enhiesto, siempre hacia arriba, cargado de él entero, cargado con un secreto inagotable, con un misterio inagotable, y además con cierta vitalidad, a veces sorprendente.

Y la desnudez de Patricia lo desvelaba *velándolo* para desvelarlo aún más, cada vez más abierta a medida que su deseo se intensificaba. Allí estaba la vagina que silenciosa y generosamente nos nutre. Allí estaba ese cuerpo evidentemente abierto y acogedor, destacando su evidencia de infinitos sentidos, de sugerencias múltiples, de alusiones en cadena, de sugerencias convergiendo desde direcciones lejanas e ilimitadas...

Pero en cuanto trató de penetrarla, ella lo rechazó.

—¿Te duele?

Volvió a intentarlo con kilos de dulzura. La plenitud del amor debía consistir en una penetración continua, implacable, que llegase a derramar su intraducible interioridad. Y ella permitió la invasión silenciosa con contenida resignación, para segundos después volver a rechazarlo. Entonces Lobo abandonó su interés por esa violación y preparó su lengua y paladar para saborear la vagina húmeda y amable. Pronto se confundió con el sabor subterráneo y los labios repetidos. Buscaba el clítoris, discurrir hacia el fondo y perderse allí sin retorno. Enterraba la lengua, intentaba lamerlo todo. Se detenía y soñaba, adormecido por la animación de extrañas zonas de su cuerpo: escozores, temblores, mareas repentinas, erupciones, ríos borrascosos, cosquillas y sobresaltos. Pero de inmediato volvía a su exploración indomable... La lengua, acosada por sus demonios, quería experimentar todas las pausas y todas las reanudaciones. La esperanza de un placer más intenso lo impulsaba hacia adentro: a lo orgánico, a lo primitivo, a lo originario, a lo bárbaro, a lo bíblico, a lo sagrado, a lo que había de *feminísimo* en el fondo de ella. Hasta que pensó que el amor no era sólo caricias genitales. ¿O se hartó? ¿No afirman que amamos para terminar con el amor?

Lo que pasa es que no hay guerra sin descanso. El reposo viene después de cualquier embestida sexual. El amor es caricias y descanso juntos. Por eso emergió de abajo de las sábanas, satisfecho y goloso, estremecido también y victorioso ahora que la sabía intensa e irreversiblemente excitada. Pero vio una expresión de horror en la cara de Patricia. Se pasó el dorso de la mano por las comisuras que supuso ensalivadas para alarmarse a su vez al retirarla llena de sangre. Ella saltó en la oscuridad y él se llevó a la boca pañuelos y pañuelos de papel que retiraba manchados. Patricia lo había visto como un vampiro. Un vampiro que volvía

inexistente cualquier lujuria.

—Un vampiro después de comer —sonrió y calculó que la había desvirgado, sin esperarlo, sin dolor, sin malicia, sin convertirse ni en seductor ni en estuprador. ¿La había invitado a violarse? Allí estaba enrollado y aguardando, como la serpiente en el Paraíso. ¿No la había obligado? Cualquier respuesta resultaba tardía e inoportuna. El misterio de su acción se haría mezquino si lo explicaba con palabras. El sentimiento que los unía debía retraerlos en sí mismos, esconderlos en abrazos polimorfos y apasionados...

Por eso bendijo el silencio de Patricia al volver del baño. Silenciosa y bella como ese hermoso incidente que no se vio ni se oyó y que estaba más allá de cualquier razón y cualquier previsión. Volvían a besarse, callados, conducidos por la mano de la noche, o por las oscuras fuerzas que actuaban en la noche y que los llevaban por uno de sus infinitos, invisibles caminos...

Y la boca de Patricia era como una flor encontrada después de un viaje a un planeta desconocido...

—¿Traes dinero? —volvió a preguntar y empezó a reducir la velocidad al ver el anuncio de una gasolinera. Frenó antes de llegar y tomó el bolso de ella: seis mil pesos—. ¡Guau! —e inmediatamente, entre tranquilo y cariñoso—. Vístete, por favor —y empezó a meterse en los pantalones. Respiró con aspasientos la fresca brisa nocturna y ayudó a Patricia con los botones de la blusa y una calceta que no aparecía por ninguna parte...

Después de la gasolinera ella se recostó apoyando la cabeza en sus piernas, de manera que cuando corrían por una recta sin sorpresas, alargaba la mano y tomaba sus senos como frutas, sopesándolos, reconociéndolos, o acariciaba dócilmente los cabellos dorados e hirsutos. ¿Y por qué hasta Cuernavaca? Encendió el radio intentando sintonizar alguna estación e hizo caso omiso de las señales camineras, de manera que iba a 130 kilómetros por hora y no sabía si en dirección a Acapulco, a las Grutas de Cacahuamilpa o a alguna ciudad industrial...

¿No tenía, desde hace muchos años, la ambición de perderse en la noche?

Pero se movía sin caminar. En Acapulco apenas «marcaba el paso». No era lo mismo encontrar a Patricia durante dos o tres horas para hacer el amor, festejarla un poquito y despedirla, que pasar todo el día con ella ¡y la noche! Se evadía permaneciendo siempre en el mismo nivel, es decir a la altura de su nariz; y por esto sus ojos continuaban mirando a lo lejos, inapagados y perdidos.

Una vez tropezó con unos borrachos a la entrada del hotel y los ayudó a salvar escaleras y obstáculos administrativos. Otra noche, por escapar de una discusión, topó con aquellos hombres, de pronto sobrios y agradecidos.

—Quiúbo, maestro. Este, te tenemos un tip muy bueno...

—¿De cuánto es?

—Pues de a quinientos pesos...

—¿Y cuánto tengo que meter para sacar esa feria y ganar algo?

—No, pues si es de cuates, buey, es de agradecimiento...

—Y entonces dije juega —recordaba, Lobo, decidido a escapar una vez más, aburrido de huir con la imaginación. Y es que su evasión no tenía paz: de una situación a otra, de una prisión a otra. Recostado junto a Patricia, por ejemplo, luego de hacer el amor—. Mira —decía—, qué chistoso, aquí pegaron el cordón del teléfono con grapas...

—¿Qué tiene de chistoso? En todas partes los pegan con grapas.

—No. Los de Teléfonos usan unos clavitos muy graciosos, color crema, que me gustan mucho. Clavan el cordón por el centro. Son como tachuelas, pero un poco más estilizados...

—Pues en mi casa está pegado con grapas.

—Pues en la mía tiene clavitos.

—Pues en mi casa, en la Embajada y en este hotel tienen grapas.

—Bueno, está bien. En tu casa, en la Embajada y en este hotel tienen grapas, pero en los demás hoteles, en las demás casas y en las otras Embajadas tienen clavitos.

Patricia, entonces, se volvía hacia otro lado, furiosa, y no volvía a pronunciar palabra. Lobo se exasperaba. No sabía si ese gesto era espontaneidad natural, capricho o arbitrariedad, pero lo cierto es que lo ahogaba, oprimía y humillaba obligándolo a huir. Sentía la necesidad de escapar de esa situación, y se levantaba y vestía bruscamente. Quería escapar de Patricia y enfrentarse a la noche, símbolo de la quietud, lugar de los silencios solemnes y profundos. Pero precisamente del fondo de la noche emergía la imagen de Patricia, la mujer desnuda esperada, deseada, consoladora. No había ni habría noche en su vida que no estuviera unida cruelmente al amor. Huir de Patricia implicaba enfrentarse a otros fantasmas, recortes y fragmentos de una tela inexistente.

—Y cuando dije juega —saboreaba Lobo, porque su evasión no tenía reservas; su aventura era una exploración indomable, sin cerrarse a ninguna posibilidad—, ya estaba temblando, compadre, de emoción, porque pensé, digo, ya hice muchas cosas menos gánster ¿no? Entonces voy a ver qué se siente. Y eso que me creía pintor, compadre, ya se nos estaban acabando los seis mil pesos y las tarjetas de crédito y dizque andaba consiguiendo una galería ¿no? Y dije sí, pues le voy a entrar, a ver qué sale ¿no? Entonces más o menos me explicaron cómo tenía que hacerle ¿verdad? Porque eran jugadores de jai-alai...

Sobre el mar inquieto, hinchado de viento, tendería sueños y más sueños...

—Hasta el tanto trece —dijeron—, el partido va a ir derecho ¿no? Pero desde el trece vamos a empezar a tirar todas las bolas ¿no? A perder. Y además somos maestros ¿no?

—Y sí, compadre, son unos actorazos. Nunca te das cuenta que están perdiendo a propósito, verdad de Dios. Dan la vida por una pelota y de repente se les cae o la echan para arriba o la disparan y pegan un centímetro abajo de la raya ¿no? La hacen muy bien, deveras. Y entonces a convencer a Patricia, fíjate, yo nada más tenía guardado para un camión de segunda y veinte pesos para unas tortas, y a ella le quedaban como dos mil pesos. Vamos a apostarlos, le dije —como dominando su incertidumbre.

—¿Y si perdemos? —mitad audaz, mitad asustada.

—¿Cómo vamos a perder?

Llegaba hasta ellos cierta humedad marina. Al hablar, aspiraban un poco de su verdad.

—Y no —recuerda Lobo—, no perdimos ni madres, ganamos otros dos mil y les dimos quinientos a ellos. Y entonces nos regañaron otros cuates.

—No, pues son unos pendejos, ¿para qué les dieron quinientos pesos?

—Pues es que ellos nos dieron el pitazo...

—No, pues no se les debe dar, hasta que ustedes cobran, entonces les dan el cinco o el diez por ciento, y eso si son muy generosos...

El riesgo no existía, no los rozaba. Caminaban por el muelle y las playas brumosas por el verano. Empezaba a lloviznar y Lobo se quitaba la camisa y cubría los hombros de Patricia.

—Así me parezco a mi abuelita —gruñía.

—Ándeme yo caliente —sonreía Lobo, y subrayaba—: tú me lo enseñaste.

—Sí, pero no tengo frío.

—Pero es que te vas a mojar y vas a resfriarte...

—Es que me voy a volver friolenta y luego no voy a saber andar destapada...

—Mi camisa no puede volverte friolenta...

—Tu camisa es cuatro tallas mayor que la mía...

—Nadie te va a ver a estas horas de la noche...

—No es que me vean sino cómo me siento...

—Coño —y le arrebató la camisa y caminaba decidido en sentido contrario.

Acapulco se extendía por las calles mojadas, negras como un ancho manto mortuario. La sirena de un barco respondía a sus imprecaciones.

Discutían todas las noches al final de la noche.

—Quién dijo: «Amar es desnudarse de los nombres...»

—¿Ya vas a empezar con eso?

O le hablaba en inglés.

—¡Ya te he dicho que no me jodas con esa pinche lengua de criminales!

Y cada noche tenía su continuación, pero la continuación no aparecía con frecuencia. Hasta llegaron a creer que estaba dentro de ellos, que había algo así, muy íntimo, que no conseguían agotar. Cada noche tenía una continuación a pesar del deseo de explotar cada noche, de desgarrarse una última noche. Pero la última noche era siempre la antepenúltima. Y salía a flote la imposibilidad de insultar al otro hasta el fondo y de ser insultados hasta el fondo.

Para confundirse con los demás se iban al frontón.

—Además nadie sospechaba que éramos apostadores —recuerda Lobo—. Nadie nos conocía ni como coyotes ni como nada. Entonces imagínate, llegábamos con cuatro o cinco mil pesos, porque te digo que íbamos ganando y todo lo metíamos, compadre, digo, nos quedábamos con sesenta pesos para regresarnos en camión, y todas las noches se nos duplicaba...

Con dinero, sus exigencias personales no coincidían con su situación, con ninguna situación: entre ellos y las situaciones por las que podían optar había un constante disentiendo, cierta inalterable desarmonía. El diálogo volvía a abrirse en el infinito: la paz era inalcanzable, el centro de gravedad interior escapaba y su existencia se dispersaba como en una borrachera...

—Patricia luego luego se caía y no sabía ni qué.

Gateaban por la Costera, desmadejados por el alcohol y los entusiasmos ficticios, las alegrías artificiales. Sus fiestas se consumían en inutilidad y hastío. Y ya se sabe que los ebrios no saben a dónde ir porque lo mismo da un lugar que otro.

Hacían comidas disparatadas. Le daban dinero a un cantante de un centro nocturno y él se encargaba de todo.

—Y este cuate era así, pero loquísima ¿no?, loquísima, loquísima. Y Patricia le decía no, déjanos a nosotros la comida y que no sé qué. Y le dábamos el dinero y compraba bisteces y conservas alemanas. Entonces nos íbamos a la Roqueta y hacíamos una fogata con todas las viejas del show y aparte una que otra pirujona, porque teníamos cada amiga, compadre... Y los putitos que invitaba nuestro cuate ¿verdad? Total, que hacíamos unas fiestas pero lindas, compadre. Y como los lancheros también eran nuestros cuates, pues las lanchas estaban allí hasta que se nos antojaba regresar ¿no?

Llegaba la crisis de su evasión. Se evadían de la evasión: salían del ritmo de la fiesta y se colocaban en el ritmo de las discusiones de antes de dormir. Se enfrentaban a noches de mera estupefacción ante el asombro de no reconocerse, faltos de sensibilidad, intolerantes e irascibles. En cada rechazo siempre hay algo de frustración, como en cada amor condenado a no ser mantenido, empeñado ya en despeñarse...

Entraban al hotel y empezaba el rabioso paseo de una habitación a otra, de la recámara al baño y de allí al balcón. Una bocanada de aire marino. ¿Eran incapaces

de amar? Las exigencias de su pasión no coincidían con ninguna situación. El malestar sofocaba cualquier brote de lujuria.

—Vamos a terminar —gruñía Lobo para sí mismo, y daba la espalda al amanecer.

—Y entonces vendieron el partido doble —recuerda Lobo—. Los rojos se los vendieron a unas gentes y los azules a otros, y entonces todos los jugadores salieron a ver quién perdía. Fíjate qué cosa tan horrible. Y había dinero, compadre, pero dinerales. La gente tiraba el dinero porque había una convención de vendedores de coches o algo así y se trataba de un partido especial. Y a mí me habían dicho pues los azules son los que van a perder ¿no? Y yo dije pues a toda madre y metí todo nuestro dinero a los rojos, pero los rojos estaban tranzados, compadre. Y entonces todos los coyotes, porque hay muchos, hay gente que se dedica a eso todo el año, y es gente que una noche pues mete fácil cien mil, compadre, doscientos mil pesos ¿no? Verdaderamente lo que sea ¿verdad? Y cuando una gente ha metido doscientos mil pesos y se da cuenta de una tranza, puta, pues la cosa se pone méndiga ¿no? Entonces en el tanto 29 iban empatados, imagínate. Es a treinta tantos ¿verdad? Entonces en el 29 iban empatados, porque si uno sacaba el otro no le contestaba ¿no? Entonces el público se dio cuenta, compadre ¿y a quién le iban a echar la culpa? Pues unos se la echaban a los rojos y otros a los azules. Y todos estaban agarrados del alambrado, abajo, ya ves que hay un alambrado, y rugían, rugíamos, digo, le mentábamos la madre al intendente y a los pelotaris. Cada que se acercaban, hijos, compadre, que hijos de su pinche madre, que van a ver cabrones y quién sabe qué. Entonces pararon el partido diez minutos para que apostáramos y le dije a Patricia que me esperara allí mientras iba a apostar. ¿Pues qué? ¿Un volado, no? La gente echaba dinero y dinero. Y cuando regresé Patricia me hizo señas con la cabeza. Estaba bañado en sudor y ella me decía que no. Y ¿no qué? Pues no entendía ¿verdad? Y no. Hasta que me agarraron los pinches agentes, compadre. Vi cómo la sacaban casi en vilo, sin permitirme hablarle, y empecé a recibir los chingadazos. Y yo Patricia. Y qué Patricia ni qué la chingada, y con el marro, compadre, y con un bóxer, carajo. Y de allí a la pinche cárcel de Acapulco hasta que al ojete padre de Patricia se le ocurriera levantar los cargos. ¡Putá, compadre! Me eché quién sabe cuántas semanas en el bote...

La evasión era un personaje en busca de un pintor. Pero el pintor no coincidía ni con el mundo ni con la historia ni con el pasado ni con el futuro incierto y acechante. El pintor iba a quedarse allí, presente: llamado a caminar activamente en su celda, a recorrerse febrilmente en su interioridad, a mantenerse durante un tiempo en inestable equilibrio sobre el trampolín...

NO SABÍAMOS QUE al salir de la cárcel Lobo iba a asistir a una función de teatro en la Casa de la Paz, y que al ver una exposición allí, ni pretencioso ni humilde, iba a acercarse al encargado.

—Oye, por qué no vienes a ver lo que hago, digo, soy pintor ¿no? A ver si me puedes recomendar, digo, si es posible ¿verdad?

—Claro, manis, no faltaba más —y es que era amigo de Farfonflas y se había impresionado por el arranque de sinceridad ausente de contemplaciones—. ¿Cuándo te invitas unas copas para ver tus cuadros?

Harían una cita y Lobo invertiría su dinero en toda clase de alcoholes, porque llegaría a creer que ese joven iba a allanar su camino hacia la publicidad y la fama; iba a diseminar por la sala toda su colección de dibujos y el muchacho aquel, asombrado y servicial, vería los cuadros como si estuvieran muy lejos, como experimentándolos sobre la propia carne, como oyendo su luz y como si su definido primitivismo, transfigurara su estado de ánimo y lo potenciara, le diera una capacidad nueva, inédita, excepcional, revelándole no el sentido del ritmo, las veladuras y el tenue humor de cada dibujo, sino un curioso y sorprendente estado de ánimo. Así que prometería conseguir una cita con el jefe de exposiciones del Organismo de Promoción Internacional de Cultura del que dependía la Casa de la Paz, y bebería el ron a sorbos, como si estuviera hirviendo.

—Están padrísimos —repetiría—, padrísimos... —Y contaría que era escritor, que se debatía en el último acto de una comedia musical que planeaba estrenar simultáneamente en México y en Nueva York—. Fíjate, para la puesta en escena ya tengo a Jerome Robbins, y el papel principal me lo va a hacer George Chakiris ¿qué te parece? Lauren Bacall va a ser la madrina ¿no? Y aquí en México, pues quiero ver si Dolores del Río acepta ese papel. Tú ¿no la conoces? —y sorbía de su vaso, irreflexivo y prepotente, como si quisiera ser alguien más importante para merecer el espectáculo de esos cuadros.

—O este es muy pendejo —se decía Lobo—, o piensa que soy más... —Desconfiando por lo tanto de su entusiasmo y de su prometida recomendación.

Y sin embargo era sincero...

No sabíamos que iba a acompañarlo para que repitiera su exposición en una oficina de la Avenida Juárez, ni que su entusiasmo haría comparecer al licenciado Antonio Gómez Serrano.

—A ver, vamos a ver...

Los cuadros dirían más que sus palabras. Empezó a sacarlos de un enorme portafolios propiedad de Katuflin, y a disponerlos encima del escritorio, sobre sillones y alfombras. No había hecho ninguna selección, porque si el arte era azar como lo sospechaba, allí debía llevar verdaderas obras maestras.

—Ay, qué bonito, pero qué bonito... —dijo una muchacha de enormes ojos azules

y cabello gris que irrumpió en la oficina—. Pero qué precioso...

—Sí, muy bien —subrayó el licenciado Antonio Gómez Serrano—, deveras que muy bien, de modo que ¿qué es lo que usted pretende?

—Bueno, pues él está viendo la posibilidad de conseguir una exposición en la Casa de la Paz ¿no? —intervino el escritor porque Lobo estaba fascinado con la muchacha.

—En el teatro —agregó Lobo.

—Claro, hombre hubieran empezado por allí, no hay ningún problema. O sí. Bueno, es que no tenemos fecha, vean ustedes... ¿No les gustaría más una galería?

—Es que prefiero el teatro —insistió Lobo—. Digo, porque va gente. Hay conciertos, hay cine club, hay espectáculos y el público que acude a todo eso pues de pasada se asoma a la exposición ¿verdad?

—Sí, está bien, si a usted le gusta ahí, pues ni hablar, aunque para mi gusto le iría mejor en una galería ¿verdad, linda? —La muchacha asintió—. Ahora bien, mire, le voy a pedir un favor... Véngase dentro de unos quince días para que ya dejemos todo listo. ¿Está bien?

—De acuerdo —dijo Lobo y empezó a recoger su material dedicando miradas lánguidas e intencionadas a la que suponía su nueva admiradora.

—Están bellísimos —dijo ella—, deveras...

—Te regalo éste —presumió Lobo y le extendió una mariposa estridente, asustado de pronunciar palabras feminoides, de no poder hablar sólo con el rostro, porque ella, por ejemplo, hablaba con los movimientos de su cuerpo, que no era sólo líneas, pesos y medidas, espíritu y animalidad, sino luz y música...

Durante quince días Lobo no pudo conciliar el sueño. Se repetía a sí mismo que había leído y pintado más que nunca en su vida. Y sin embargo tenía muy pocos cuadros, volvía una y otra vez sobre los mismos, febril, descabellado, tantas veces como acostumbraba bailar o hacer su gira por los centros nocturnos. Pero el mismo cuadro, planeado o vivido, no es el mismo cuadro: si se ha pensado solamente es una pintura sin representación; si se ha representado —sin planes previos— es una pintura que suena interiormente, incide y excava *insatisfactoriamente*. Lobo tenía muchos cuadros en la cabeza y necesitaba alcohol y mujeres para hacerlos salir del silencio de la conciencia. Cuadros comunes, triviales como lugares comunes; objetos de uso y cambio en el mercado del arte, donde todos vocean y gritan; donde nadie habla y nadie escucha. ¿Qué hacía falta?

Se cumplieron los quince días y Lobo caminó alrededor de la Alameda hasta que llegó la hora de la cita. Había hecho centenares de dibujos para disimular su esterilidad: no hablaban de ningún signo purificador, de ninguna forja ni del escándalo del dolor. Bastaría que la muchacha de ojos azules y cabellos grises dijera:

—Qué bonitos...

Para que los lanzara a puñados como confetis y serpentinas en una posada. Pero la muchacha no estaba y la secretaria lo recibió con disimulada frialdad.

—¿De parte de quién?

—Tengo una cita. Vine hace quince días y el licenciado Antonio Gómez Serrano me dijo que regresara ahora, precisamente a esta hora.

—Y ¿qué es lo que desea?

—Pues dígame que me tiene que dar una fecha para una exposición —buscando ansiosamente...

—Un momentito...

Sentado allí le dio por escuchar voces que lo llamaban: era Patricia, distante y desvelada; era Amparo Carmen Teresa Yolanda, como liberada de grutas subterráneas, ascendiendo hasta él consentidora y caprichosa; era Katuflin, ávido y distinguido: en su rostro todos los matices del rojo, del amarillo, del verdeamarillo, de la herrumbre, de la sangre, del hierro. Y la muchacha de cabellos grises se desvanecía y él se esforzaba por evocarla o peor aún, por convocarla lujuriosa y dispuesta.

—Pues sí, que pase —era la secretaria que volvía con cara intransigente—, por allí, por favor...

La desconfianza del licenciado Antonio Gómez Serrano era aún mayor. Reía mecánicamente, ensayando gestos de fiera.

—Dígame ¿qué se le ofrece?

—Mire —empezó Lobo, paternal—, yo estuve con usted hace quince días y le mostré mis dibujos. Vine con un amigo que trabaja en la Casa de la Paz...

—Ah, sí, ya recordé, muy buenas sus cosas, de veras, muy buenas. ¿Y qué le dije?

—Pues que viniera hoy y que íbamos a tener una plática más formal y todo. Esto es, que me iba a dar fecha y a facilitar quién sabe qué ¿se acuerda?

—Ah, sí. Y qué bueno que vino porque le tengo una noticia sensacional. Imagínese, vamos a inaugurar unas nuevas galerías en Tlatelolco, en el edificio de Relaciones Exteriores. Allí vamos a tener unas galerías especiales y me gustaría mucho que las inaugurásemos con su exposición, de veras que sí. Si usted acepta le va a convenir, porque imagínese, irían todos los embajadores, en fin, contaría usted con nuestro respaldo absoluto. ¿Qué le parece?

—Pues de maravilla ¿no? Una muy buena noticia, de veras. Y ¿para cuándo cree usted que estaría listo?

—Ya estamos terminando, fíjese. ¿No se toma un cafecito?

—No, muchas gracias...

—Pues nada más nos faltaban el papel tapiz y un par de aplanados, así que será cosa de un par de semanas, no creo que menos. Entonces le ruego que se dé otra vueltecita por aquí dentro de quince días para echar a andar las cosas. Ah, y por favor no se le olvide traer una fotos para mandar hacer el catálogo ¿eh? Le prometo que tendremos todo listo para su próxima visita y que no se irá usted de aquí sin la fecha definitiva.

Lobo salió brincoteando y atravesó la Alameda para presumirles a Polo y al viejo

librero.

—Fíjate buey —y empezó a tomar libros de los estantes y a distribuirlos por el suelo—, te invito a una papalina guapachosa porque aquí tu rey va a inaugurar la Galería de los Embajadores más chingones de por estos andurriales.

—Espérate, cabrón —reía Polo, tratando de recuperar los volúmenes que Lobo regalaba a los transeúntes.

No sabíamos que su amistad se estrecharía. Lobo rondaba todos los días el Hemiciclo a Juárez con la esperanza de ver a la muchacha de ojos azules y cabellos grises, después pasaba por una cerveza a El Golfo de México y se sumaba a la pandilla ociosa de Libros Escogidos...

—Oye —le preguntaron una vez—, ¿no quieres dar un cuadro tuyo? Fíjate que organizamos una subasta para ayudar a los estudiantes que están en huelga.

—Es que las subastas son pura tranza, compadre.

—Sí, pero ésta no, me cae. Fíjate que tenemos ya cosa de 200 cuadros ¿no? Mándanos uno, no seas chueco, es para ayudar a los cuates del Consejo Nacional de Huelga. Necesitamos un chingo de lana, me cae.

—Pues sí, pero no se las voy a dar yo.

—¿Y tu conciencia, buey? ¿Qué no sabes que se están llevando sus buenos chingadazos? Lo menos que podemos hacer es darles lana y por eso vamos a organizar la subasta. ¿Cómo la ves? Todos los cuates de San Carlos y La Esmeralda van a dar que tres, que cuatro óleos, así que tú ¿con cuántos te vas a caer?

—No, pues yo nada más con uno —aceptó Lobo tímidamente—, y eso, con desconfianza, porque en las subastas nunca se sabe a dónde va a parar el dinero, no me digas que sí, digo, está cabrón ¿verdad? Pasa de mano en mano hasta que se acaba ¿no? Y a los estudiantes no les llega ni madres, digo, nada más una carta ¿no?

—No exageres, compadre. Ya todos los cuates están cooperando y tú no te vas a apretar ¿verdad? Cuanto más que vas a rechazar mucho material ahora que pongas tu exposición ¿no?

—Pues sale, mano.

—Aquí no es el Monte de Piedad, buey, váyanse a hacer sus transacciones a otro lado —protestó Polo.

Entre todos lo despeinaron, le quitaron los pantalones y fingieron arrojarlos a un camión de pasajeros.

Bailotearon y se agredieron hasta la hora de cerrar. Entonces Lobo se apartó del grupo e invitó a Polo a tomar. Fueron al Java, y después al Caracol y al Gusano. Como muchas otras noches caminaron por todo Guerrero y pasaron al Rondalla, al Olímpico, al Jardín, al León Rojo y al Tres Equis.

—Quiero que sepas, Polo que no tengo nada contra ti.

—Comprendo.

—No sé por qué me embarré en esto de la pintura. No puedo pintar, no sé qué pintar, estoy jodidísimo, me cae —y dejaba su botella sobre la mesa mientras se secaba las palmas de las manos en sus pantalones.

—Pero si dibujas muy bien —vacilaba Polo.

—A veces creo que me estoy haciendo pendejo, verdad de Dios...

—A veces yo también me siento así...

—Nunca le he dicho esto a nadie —añadió Lobo—. Mis amigos se burlarían de mí. Jamás les diría tal cosa...

—Hay cosas que tienes que guardar para ti mismo. No hay nadie en quien puedas confiar en este mundo...

—Deberías poder confiar en algún pendejo, digo, debería haber alguien entre tantos millones de pinches mexicanos ¿verdad? —sorprendido de la vehemencia de sus palabras—. Carajo, no puedes decirle nada a nadie. No te comprenderían...

—Excepto a los cuadros —arriesgó Polo.

Porque la pintura es un nexo misterioso entre el silencio y nosotros. La pintura sale del silencio y vuelve a él para volver a salir del silencio como estimuladora de palabras. Si pintamos la pintura sale del silencio intraducible y entra en el silencio de quien está mirando para fermentar palabras nuevas, distintas de las nuestras, y al igual que las nuestras, expresivas o significantes o representativas de un silencio inexpresable e irrepresentable y por lo mismo siempre fermentador...

—Hasta el fondo, pinche buey —dijo Polo, y obligó a Lobo a terminar con su cerveza de un golpe. Un gritito agudo se escapó de su garganta y una mirada de incredulidad sobresaltó traicionando sus ojos—. De hoy en adelante yo te voy a decir lo que vas a pintar para que dejes de hacerte buey —sentenció Polo—. Y para terminar te me bebas esta otra...

Pero Lobo había puesto la cabeza sobre la mesa y estaba llorando...

No sabíamos que Polo iba a llevarlo a desarrollar temas bíblicos...

—¿Qué no has visto las películas, pinche buey? Taquillazos eternos... Y si Gustavo Doré y tantos otros cabrones de la antigüedad les sacaron provecho ¿tú por qué no?

Terminó vendiéndole una de aquellas Biblias que años atrás le habíamos llevado nosotros. Y Lobo simuló empezar...

Dotaba a sus pinturas de un peso psicológico que no encontraba en ningún discurso. Cada cuadro suyo estaba cargado con todo lo que había vivido, con todo lo que estaba viviendo y con todo lo que viviría. En los límites de una tela imponía todo el peso del tiempo de su vida: había que cargarla con todos los recuerdos, con todas las presencias y ausencias, con todas las esperanzas y desilusiones. En cada cuadro tendría que recoger la vida entera. Se sumergía en ellos. No por nada huía del mundo: los cuadros lo situaban frente a su propia vida, recapitulándola en un instante, toda presente. Pero era una recapitulación obsesionante, opresiva; una especie de escenario al que concurrían juntos los personajes de su existencia.

—Un consejo, muchacho... —Creía oír la voz del viejo librero dirigiéndose a mí, y aplicaba sus palabras a su tarea—. No escribas nunca una novela. No hay nada en el mundo más inútil que una novela. No la llenas nunca. Una novela... ¡Qué tentación! Empiezas echando en ella la primer tontería y luego no sabes qué cosa vale la pena de ser conservada realmente...

Salía entonces a la calle, otra vez al Java y después al Caracol y al Gusano. Alguna de las mujeres lo invitaba a dormir y cargaba con ella hasta el día siguiente. El alcohol tenía la capacidad de materializar o espiritualizar, de trivializar o sublimar. Le ocurrió ver los senos de una mujer como trozos de carne. Las desnudaba impulsado bestialmente por su naturaleza y les pedía perdón con expresiones que intentaban traducir su sensualidad. No había noche que no terminara borracho, ni noche que no cargara con alguna mujer. Era el deseo sin poesía, la prosa del sexo...

No sabíamos que una mañana iba a levantar un mensaje de abajo de su puerta: que no se fuera a presentar en la subasta...

No sabíamos que el muchacho que lo había invitado a participar era gobiernista, ni que golpearían o detendrían a todos los que llegaron a dar cuadros...

—A un joven extranjero —contaba poco después—, no lo echaron del país, ni amenazaron con echarlo ni nada, pero le sacaron cinco mil pesos. Y carajo, digo, era un cuate que si hubiera tenido cinco mil pesos, pues se iba a su país ¿verdad? Entonces, digo, le sacaron cuadros. Y él tenía algunas cosas, unas litografías que le había dado Siqueiros porque habían trabajado juntos, y en esa época de su vida pues Siqueiros lo había querido ayudar ¿verdad? Y aparte de los cinco mil tuvo que dar las litografías. ¿Qué les parece?

No sabíamos que Lobo iba a volver a las oficinas de la OPIC en la Avenida Juárez, más encarnizado y crudo que nunca.

—¿Qué deseaba?

—Pues mire —espetó ante el licenciado Antonio Gómez Serrano—, yo vine hace dos semanas y usted me citó para hoy y me habló de una galería que se va a inaugurar en el edificio de Relaciones Exteriores, adonde supuestamente podré exhibir mis cosas... ¿Usted lo recuerda, verdad?

—Ah, claro, claro, por supuesto, ya recuerdo, sí. Hace usted unas cosas preciosas ¿verdad? Muy buenas, de veras. Y ¿sigue trabajando?

—Sí, estoy trabajando...

—Muy buenas cosas, de veras, ya recuerdo. ¿No quiere un cafecito?

—No, muchas gracias... —y eructó.

—No, si ya veré, vamos a hacer esa exposición. Ya está todo listo, nada más que se nos ha empezado a retrasar el acabado de la Galería porque ya sabe usted cómo son los albañiles y los carpinteros y los pintores, que san lunes y quien sabe qué. Bueno, no sé si le expliqué. Es que son tres galerías juntas y queremos poner pintura latinoamericana en una; pintura norteamericana en otra, y la exposición de usted en la de en medio. ¿Qué le parece? Espero que advierta la importancia de este evento, y que por lo mismo acepte disciplinarse y tener paciencia. Es que deveras, no sabe lo que son los carpinteros y los albañiles en este país. De plano no se puede contar con ellos. Yo hasta creo que debemos esperarnos hasta que termine este mes, en fin, para estar seguros qué tal si se viene usted los primeros días del mes siguiente y ya veré como tenemos todo listo...

No sabíamos que íbamos a intimar con el crítico más popular de la época. Alguien lo mencionó en la librería, porque desde las páginas del suplemento cultural de *Excélsior*, cada semana zarandeaba o destacaba con adjetivos esotéricos a un artista. La eficacia de sus notas se medía por el escándalo que provocaban.

—Uy —dijo Lobo—, ese cuate cómo me gustaría que viera mis cosas porque es un buen crítico...

—Ah, ¿entonces es un crítico?

—¿Pues que no es actor?

—Pues no, yo no lo conozco pero todos los domingos sale su nombre y crucifica a algún pendejo, digo, porque les dice cosas horribles...

—Ay, pues cuando quieras te lo presentamos, hacía teatro con nosotros y quién sabe qué.

—¿Pues qué no estudia medicina?

Polo destacaba sus críticas recortándolas y exhibiéndolas bajo el vidrio del mostrador.

—Bueno, pues si lo quieres conocer vamos a hacerle una trampa ¿no? Vamos a decir que es santo de fulano, que fue muy amigo de él, y lo invitamos el domingo a tomar una copa en casa de este buey.

Lobo llevó su montaña de cuadros y recibió al crítico que entregó un regalito para el festejado. Venía de los toros, acompañado por un amigo, y muy pronto se lanzó a una charla que parecía iba a alargarse para siempre, sin silencios para meditar ni para reflexionar, riendo y enhebrando chistes no para persuadir ni convencer, sino para pasar el rato, para ser escuchado sin condiciones ni homenajes, hasta que terminó borracho como todos y comenzó a puntuar su discurso.

—Pues a propósito —interrumpió Lobo—, yo soy pintor...

—Ah, hombre, pues me gustaría ver alguna vez lo que haces...

—Pues aquí lo tengo ¿no? —orgullosamente teatral y displicente.

Sacó los dibujos en óleo y pasteles sobre tela y cartón. Fue como un momento de

distensión, un descanso para no decir nada y relajarse del haber dicho mucho.

—Hombre, muy bien, y ¿dónde vas a exponer?

—Pues creo que voy a exponer en una nueva galería de la Secretaría de Relaciones Exteriores...

—Ándale, me avisas y te saco una nota. No te ofrezco sacártela en Excélsior pues, este, porque es un suplemento muy serio ¿verdad? Ahí nada más escribo de gente grande ¿no? Pero te prometo hacer una notita en el Ovaciones, deveras...

—Bueno, pues donde sea está bien, muchas gracias...

Y empezó a recibirlo todos los días en su casa. Le llevaba libros y lo invitaba a desayunar.

—A mí se me hace que este cuate anda medio entradazo conmigo...

—¿Cómo crees? —decía Polo—. Lo que pasa es que no sabes valorar la amistad...

—¿No, buey? Lo que pasa es que me estoy haciendo pendejo ¿no?

—Entonces porque te regala uno un libro ya se quiere casar contigo, ¿no?

—No seas pendejo, buey, pero lee esta dedicatoria. Fíjate, pasó por mí en la mañana y me dió este libro. «Mi corazón en la mano es para ti, igual que mi sincera amistad». En la madre ¿no? Pero si me quiere pedir la mano te lo mando a ti ¿no?

Y Farfonflas:

—No te hagas pendejo, pues claro que anda detrás de ti.

No sabíamos que por él iba a conseguir sus primeras salas de exposiciones. No sabíamos que realmente escribiría la primera nota, misma que Lobo se aprendió de memoria porque no lo podía creer.

—Este suplemento va a muchas partes —decía—. Llega a toda la provincia y se va a Latinoamérica y a los Estados Unidos...

Lobo destacaba no sólo la sinceridad del crítico, sino también su seriedad. Consideraba su artículo responsable y respetuoso. Como era un crítico *sabía* lo que había querido decir, lo había meditado en silencio, durante días. Veía su nombre impreso y sentía un estremecimiento que no hacía más que incrementar su vanidad...

—Yo te voy a presentar con toda la gente que vale —prometió en otra noche de borrachera.

Y lo llevó con Antonio Rodríguez.

Lobo llevó todos los cuadros a su casa. Los extendió alrededor de la sala y el comedor, sin hablar, porque la presencia de ese hombre seco y vigoroso, le hacía temer que todo lo que pudiera decir revelaría su costumbre de no pensar, su vacío interior, su ligereza y su falta de responsabilidad. Don Antonio vio los cuadros con parsimonia, como inspirándose desde el silencio de sus reflexiones, de sus meditaciones, de su recogimiento, y dirigiéndose al silencio de los dibujos. Cuando habló sentía aún la necesidad de meditar y pausaba sus palabras. Saber callar en el

momento oportuno hace que siempre sea oportuno hablar.

—Pues sí me gustan —dijo—. Están muy bien y hay cosas muy buenas, están muy bien, de veras, me gustan, es magnífico... —Volteaba los cuadros de cabeza y los llevaba hasta la luz de un patio—. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuántas exposiciones? ¿Con quién estudiaste? Esta es una sorpresa para mí, muchacho, es una verdadera revelación y me intriga saber cómo es que nunca había visto pinturas tuyas, en fin, pero te voy a ser franco, te voy a ser sincero. Calculo que si hubiera dos o tres pintores iguales a ti, podría cambiar toda la fisonomía de la pintura mexicana en corto plazo. Y esto no es poca cosa ¿eh? Pero veo un peligro, y es que te puedes ir por un camino muy fácil. Tienes mucha facilidad y si los gringos te empiezan a comprar cosas entonces te vas a ir por allí, vas a ganar mucho dinero y te vas a perder como pintor. Piénsalo bien, de veras. Mira este pastel, aquí se ve el peligro que yo te digo, pero de este lado, en cambio, aquí hay buena pintura ¿ves? Aquí eres menos convencional, sin pretensiones de venderte...

Lobo fue a la oficina del licenciado Antonio Gómez Serrano con la noticia de que habían gustado sus cuadros.

—¿Cómo dice?

—Yo soy el de la exposición en una de las nuevas galerías que van a estrenar en el edificio de Relaciones Exteriores.

—¿Y en qué puedo servirle?

—Pues mire usted. He venido ya tres veces a ver lo de mi exposición, y dos críticos que han visto mis trabajos están de acuerdo en hacerme artículos...

—¿A qué exposición se refiere usted?

—La exposición en la galería de Relaciones Exteriores adonde vamos a invitar a todos los embajadores...

—Ah, ¿usted es chileno?

—No, yo soy mexicano. Ya hemos hablado antes y la última vez usted me dijo que regresara a principios de este mes...

—¿Y para qué? No entiendo cuál es su proyecto, qué pretende usted ni cuál es su juego. Además usted es crítico ¿verdad?

—No, yo soy pintor y usted me dijo que estaban haciendo tres galerías en el edificio de Relaciones Exteriores, allá en Tlatelolco, y que en una de esas galerías íbamos a montar mi exposición...

—Ah, sí, pero eso no se va a poder. Porque las galerías que estamos haciendo son para exhibir fotos. ¿Qué no le dije eso? Nunca se me hubiera ocurrido invitarlo a montar una exposición de pintura.

—Es que yo vine a pedir la Casa de la Paz.

—Ah, sí, la Casa de la Paz. ¿Y por qué allí?

—Es que allí hay espectáculos y va la gente de por sí, bueno, eso creo...

—No, no, no. ¿Sabe qué? Mejor vamos a hacerla aquí. Ya me acordé. Usted es el que hace las maripositas ¿verdad? ¿Qué le parece la sala de exposiciones de aquí?

Tráigame unas fotos. ¿Tiene fotos?

—Sí, sí tengo...

—Bueno, y vamos a seleccionar la obra.

—Pues va a ser muy difícil seleccionarla porque apenas y me alcanza para llenar la galería.

—Bueno, entonces dejemos eso y le voy a dar un consejo. Consígase a alguien muy importante que le haga un texto de presentación. Pero búsquese algo entre lo más alto que pueda usted llegar...

—Pues eso es lo que venía a decir, que ya tengo quién me escriba el catálogo. Qué le parecen...

—No, más alto, mucho más alto...

Katuflin sonrió lleno de satisfacción cuando se enteró del problema...

—Mira, te voy a traer una gente el sábado pero no te vayas a asustar ¿eh? No te digo quién para que no te asustes...

—¿Y por qué me iba a asustar? —dijo Lobo al recibir a Francisco de la Maza, impresionado a la vez por la sensibilidad que emanaba de ese hombre.

Su recorrido por las pequeñas habitaciones viendo los cuadros, adquirió la solemnidad de un rito; y su asentamiento frente a algunos sugería algo litúrgico.

—La verdad es que he visto mucha pintura de jóvenes artistas, y estoy seguro de que usted va a ser un pintor verdaderamente grande ya que tiene mucha facilidad...

—Se veía muy impresionado y eso lo llevaba a tonos dulcemente amables y joviales —. Yo le voy a escribir una presentación diciendo que es el mejor pintor de México...

—No, porque entonces es peor, nadie va a creer eso...

—Y a usted qué le importa ¿quién lo firma?

¿No lo estarían usando para una política de oscuros propósitos? La displicencia de Francisco de la Maza encarnaba cierta belleza espiritual. Allí estaban la cultura o cierta cultura, y una enorme sabiduría, transmutadas en un valor vivo, hecho carne.

—Que no le escriba nadie ni una palabra. Ya se lo dije: voy a escribir que es el mejor pintor de México...

No sabíamos que en realidad lo haría y que Lobo llevaría el texto a la OPIC.

—Aquí está lo que me pidieron.

—Y esto ¿qué es?

—Pues para el catálogo...

—¿Cuál catálogo?

—Pues el catálogo de la exposición que vamos a tener aquí abajo. Usted me dijo que expondríamos mis cuadros.

—Ah, sí. Usted es paraguayo ¿verdad?

—No precisamente...

Lobo le pidió un cigarro.

—O este tipo quiere que ya no vuelva, o quiere volverme loco, o le da un miedo del carajo negarme la exposición. ¿Quién diablos lo habrá puesto al frente de esta oficina? —susurraba.

—Y ¿para cuándo va a ser su exposición? —lo interrumpió el tipo.

—Pues yo no sé. Usted me dijo que trajera un texto para el catálogo, y que entonces ya me daría una fecha definitiva...

—Ah, sí, porque usted sabe cosas de tipografía ¿verdad?

—No, yo no sé ni qué es eso.

—Sí, sí, ya me acordé. Lo que usted dijo es que podría diseñar su catálogo ¿verdad?

—Bueno, pues no lo dije, pero yo creo que sí puedo...

—Entonces hágame una maqueta. Me la trae con las fotos y el texto así como usted lo quiera ¿verdad?, muy bien terminado, ya listo para negativar e imprimir ¿de acuerdo?

—Y ¿para cuándo lo necesita?

—Bueno, vea usted, vamos a tener un espectáculo de poesía que va a durar dos meses, así que tráigamelo dentro de dos meses. Sí, así es, véngase dentro de un par de meses...

No sabíamos que Lobo iba a acceder al afecto creciente de Katuflin y hasta a aceptar su masculinidad en la boca, de curioso sabor. Encontraba así lo que ni el alcohol ni la noche podían darle: cierta libertad, propósitos sólidos y fidelidades más seguras. Su sexualidad no tenía que pedirle permiso a nadie, y con su libido hacía tiempo que había dejado de hacer cálculos. ¿Quién supondría que Katuflin iba a sorprenderlo con los nervios distendidos? Su pecho velludo era la noche oscura de las palabras, pero en esa noche todas las palabras germinaban. Escuchaba atentamente su organismo y se inspiraba: lo escuchaba aún más intensamente y sentía bullir en su interior la necesidad de actuar. Quién supondría que esa piel dura actuaría como un tónico y que Lobo se dejaría acariciar por manos varoniles, apacible, tierno, tranquilo, abandonado, inmóvil, como después de un cataclismo. ¿Sería bisexual? *Bisexual*, es decir positivamente lo que la palabra *heterosexual* dice negativamente. Pero es que la vida se vive una sola vez y ¿quién puede decir que lo ha probado todo si no se arriesga a todo? De modo que su hombría iba a dejar de ser immaculada...

No sabíamos que la muchacha de ojos azules y cabellos grises lo visitaría en su casa.

—Ay, es que son muy bonitos —chillaba. Le habían dado su dirección en la oficina donde se conocieron, era bailarina y quería comprar un dibujo, pero a Lobo le apenaba vender.

—Pero pues sí, a ti sí, te vendo lo que quieras.

—¿Cuánto vas a pedirme?

—Pues dame cien pesos —un poco asustado y mirándola analíticamente. Ese rostro podrá envejecer, pensaba, podrá deformarse, deshacerse, pero nunca será feo...

—¿Por cada uno? —y agarró más de diez—. Pues me parece muy barato, porque estos dibujos enmarcados y en una galería no los consigues por menos de mil pesos.

¿Cómo decirle que él quería cien por todos?

—No —replicó Lobo, atormentado por no saber cómo atraparla— pues dame trescientos pesos y ahí muere... —Con la sospecha ya de que los cuadros se hacían carne, de que los sueños se hacían carne.

—Bueno, pues te voy a dar mil pesos por estos tres, y créeme que me voy sintiendo que te estoy estafando...

—Pero nos volveremos a ver ¿verdad? Me gustaría hacerte un retrato —sofocando la idea de que la estaba engañando o tranzando ya que había dicho cien pesos y no se atrevió a agregar que por todos. Cerró la puerta y se enfrentó a sí mismo—. Bueno ¿qué es lo que pasa? ¿O esta vieja es una pendeja o francamente no sé lo que estoy haciendo? ¿O será que la pintura es un accidente? Un cabrón accidente.

Farfonflas decía que era un aventurero.

—Ay, no, mi viejo, cómo te envidio, deveras, esa sangre fría que tienes. ¿Cómo te atreves a dejar que Franciso de la Maza venga a ver tus cosas? Yo no tendría valor para hacerlo venir, carajo.

El Gran Caruso lo apoyaba.

—No, compadre, tú estás muy bien, lo que pasa es que a nosotros no nos salen así, pero tú sí la haces, me cae de madre.

No sabíamos que vendería otros cuadros antes de exponer, que el crítico de *Excelsior* le llevaría a buenos compradores, orgulloso de conocerlo y relacionarlo. El primer óleo que colocó era un paisaje y se llamaba *Vista general*. Mezclaba ríos, mares, ciudades, campos de labranza, mesas de billar, cantinas, campos de fútbol, mercados, todo desde diferentes niveles o puntos de vista.

—De casualidad, maestro —empezó el comprador—, ¿usted no está emparentado con el Doctor Lobo del cuerpo diplomático?

—No creo, porque casi todos los de mi familia son mariachis, taqueros o policías...

—Ay, este maestro es muy bromista —intervino el crítico visiblemente apenado—, por favor no le haga caso...

—Yo pensé que usted estaba relacionado...

—A menos que sea otra rama —seguía Lobo—, pero no creo porque yo conozco nada más a puros mariachis, taqueros, boxeadores y policías, y eso que a los policías

ya como que me da pena mencionarlos porque son así como de avergonzarse ¿verdad?

Pero ya bajaban presurosos por la escalera perseguidos por el cacareo de su risa. No lo escuchaban y en el fondo, a él no le importaba ser escuchado.

No sabíamos que vendrían doctores, ingenieros, ejecutivos, licenciados, en fin, representantes de ese otro mundo competitivo y ruidoso que nos esforzábamos por alcanzar. No sabíamos que se interesarían por los cuadros y pedirían facilidades de pago. ¡Trescientos pesos en seis quincenas de a cincuenta pesos cada vez! Lobo se recogía concentrándose en pintar; prestando atención sólo a sí mismo y tendido hacia el Arte, o hacia eso que él creía que era el Arte. Su nueva tarea brindaba quietud y tranquilidad a la altura de sus exigencias, así como sus nuevas prácticas sexuales unidas al cotidiano alcoholismo le conferían calma y distendían, haciéndolo diligente y amoroso, armonizado con todo y en todo. Las telas no hacían más que señalarle su propio cuerpo, fijando sus contornos, de modo que él buscaba en sí mismo los puntos de equilibrio y atracción. Sentía que no cabía en el cuerpo y que necesitaba cumplir obligaciones misteriosas. *Pintar*, por ejemplo.

No sabíamos que uno de esos clientes ocasionales que el crítico le llevaba a casa, iba a recomendarlo con la mejor galería de la época y de muchas épocas.

—Pues ¿dónde exhibes?

Lobo contó la historia de las visitas repetidas al OPIC.

—No, pues fíjate que soy pariente de Inés Amor y ella me debe muchos favores, así que te voy a recomendar y no creo que vayas a tener ningún problema...

Y le dio una carta que era casi una orden.

—Cómo no, encantada —dijo ella—, ¿por qué no me invita usted a su estudio?

—Pues fíjese que me da mucha pena, pero si usted quiere le traigo mis cosas... —porque ya no vivía con Farfonflas, sino solo. Y en su cuarto de Puente de Alvarado no había más que una colchoneta y un restirador, sin sillas ni cortinas ni cubiertos ni vajilla.

—Bueno, si usted quiere, le mando mi camioneta...

—No se moleste, yo tengo un amigo que también tiene una camioneta y se la puedo pedir prestada... —casi quejándose, como sufriendo el interés honesto de esa mujer, como avergonzado de haberse presentado ante ella y sin conseguir verse allí, a su lado, solicitando atención y estímulos...

No sabíamos que cierta música resonaría bajo el pincel cuando lograba determinadas transparencias. La canción iniciada recorría su cuerpo hasta el corazón y su tristeza se

desvanecía, su soledad se olvidaba y sus dolores encontraban consuelo. La música guiaba su mano y lo limpiaba de culpas y disponía, con un impulso sin condiciones y una capacidad absoluta de entrega personal, a asumir el papel de pintor, a hacer suyos todos sus problemas y toda su condición humana, concentrándose hasta el punto de aniquilar en sí mismo su nostalgia por Patricia, por los bares de la colonia Guerrero, por los conflictos que representaban su querida Amparo Carmen Teresa Yolanda y las querellas con sus más borrachos amigos...

No sabíamos que imbuido de una segunda inocencia, Lobo iba a caer de nuevo en la oficina del licenciado Antonio Gómez Serrano.

—¿En qué puedo servirle?

—Pues le vengo a enseñar la maqueta para el catálogo...

—Ah, sí ¿usted es el pintor chileno, verdad?

—No, no soy chileno. Soy mexicano.

—Sí, ya recuerdo —y espulgando el material—: esta foto es muy mala y aquí en la OPIC tenemos un departamento de fotografía magnífico. Vamos a ver si le pueden hacer unas fotos ahora mismo ¿quiere usted? Y estas fotos de los cuadros, no hombre, usted debió venir con nosotros primero. Esto no sirve. A ver, llévenlo con el fotógrafo. ¡Señorita!

Lo llevaron y le tomaron unas fotos horribles. El hombre aquel eligió la peor, rompió la maqueta, mandó hacer otra y dos días antes de que se inaugurara la exposición, ya colgados todos los cuadros (veinticinco óleos de metro y medio por metro y medio, veinticinco pasteles considerablemente más pequeños y diez acuarelas), acompañó a Lobo y al licenciado Álvarez Acosta, titular de la dependencia, a recorrer todo el salón...

—Es bastante buen material —dijo el director—. Nada más que le voy a dar un consejo. Usted es muy joven y los jóvenes no saben muchas veces lo que debe ponerse en una exposición. ¿Por qué no quita usted ese cuadro y aquel otro y ese otro? —Los señalaba sin detenerse—. Quite usted esos seis óleos y la exposición va a quedar muy bien, de veras que ya la quisiera un pintor consagrado. Lo felicito...

—Muchas gracias, señor. Y tiene usted razón, mañana vengo por los cuadros que me ha señalado...

Pero esa noche, en el Java, sus amigos alborotaron.

—No, pues no los quites —alegaba Farfonflas—. ¿Por qué los vas a quitar? Pues total ¿no? Es tu exposición, así que tú eres el que se arriesga, ellos qué.

—Pues sí es cierto, compadre. No quites nada.

Sentía náuseas. No asimilaba las posibilidades que le brindaba su nueva actividad: pintor. Recibiría críticas y no iba a rechazarlas. Simplemente haría que se deslizasen en su fondo sin fondo. Estaba a unas horas de que el mundo supiera qué había hecho durante su aislamiento, y bebía para sentirse sereno.

—Pues tienen razón —dijo—. ¡No quito nada!

No sabíamos que la noche de la inauguración el licenciado Álvarez Acosta repararía en los cuadros que no le gustaban.

—¿No le dije a usted que quitara esos óleos? ¿Por qué no los quitó?

—Pues perdóneme, sí —en susurros—, tiene usted razón, pero es que pensé que la exposición era mía, y que si esos cuadros no le gustaban a la gente, a final de cuentas el perjudicado era yo ¿verdad? Y entonces pues decidí correr con el paquete...

—No, pues hizo usted mal. Ya verá que la crítica le va a ser adversa.

—Bueno, pues ni modo —rubricó Lobo y se precipitó a recibir a otros invitados.

Llegaron El Ganso y el Ratón Vaquero acompañados de sus esposas, ambas embarazadas. Llegó don Antonio Rodríguez seguido por el crítico de *Excélsior*. Lobo y el licenciado Antonio Gómez Serrano se interesaban por todos desviviéndose por atenderlos. Los orillaban a los extremos de la galería despejando el centro.

No sabíamos que Amparo Carmen Teresa Yolanda iba a aparecer responsable, hermosa, sabia y madura, ni que Lobo tendría paladar sólo para ella.

—Chíngale ¿no? —gruñendo a su lado, mientras la acompañaba a ver los cuadros—. Ya me dijeron que va a ser mi primera y última exposición —y adelgazando la voz—, porque la crítica me va a ser adversa...

—Como que es mucho catálogo —alcanzaron a oír—, para tan puta exposición ¿verdad?

—Pues mira —dijo ella con sincera admiración—, yo no te voy a decir que todos tus cuadros son sensacionales. Es peor, no te voy a decir nada aparte de que en todos se ve que vas a dar más, que tienes mucho más que dar, pero mucho más —y lo abrazó y besó con entusiasmo.

—Te amo —resopló Lobo.

—No confundas los jazmines con los cojines —y le apretó el sexo con un gesto travieso.

—¡Viva México! —susurró Katuflin cruzando frente a ellos.

No sabíamos que Lobo recordaría sus largas caminatas en la celda: andaba hacia adelante, alrededor de un vacío que de algún modo era y no era él mismo, siempre pensando en un más allá de los barrotes, subrayando su aislamiento y su insignificancia. ¿O era que no había salido nunca de la cárcel? Hablaba con el silencio y no pensaba porque nadie pensaba, y sólo podía optar por fraternizar con la noche, ser noche en la noche, acometer con las tinieblas del cuerpo las tinieblas de la

noche. No podía ver sino lo que era negro y sólo le quedaba velar el vacío que le nacía en mitad del pecho...

No sabíamos que la noche de su primera exposición iba a detenerse allí, en un rincón de la sala. Quien se detiene, camina. No tenía ya necesidad de tiempo para llegar. Había llegado. No requería espacio para moverse: estaba en su sitio. ¿O no estaba en su sitio? Alrededor le sonreían sus excompañeros del Museo de Antropología, el crítico de *Excélsior*, rubio y corpulento, y El Gran Caruso, siempre elegante. El licenciado Álvarez Acosta vacilaba antes de salir ya que afuera llovía; se veía intranquilo y permanecía de pie con cierta hosquedad.

¿Y si el lugar se desvaneciera?

No sabíamos que El Ganso y los amigos de antaño harían un círculo sentándose en el suelo, ni que Covarrubias llegaría con sus zapatones chasqueando sobre el piso encerado.

—Bienvenido, maestro —se precipitó Lobo.

—No me digas maestro...

—Pásenle y vayan pasando —invitaba el licenciado Antonio Gómez Serrano dirigiendo el escenario social—, no se mojen y acepten nuestras bebidas...

—Pues yo sí creo que la vas a hacer como pintor —afirmaba Covarrubias mirando en torno—. Aquí tienes cosas excelentes, de veras. Les vas a dar un susto a los grandes, caray, no sabes qué gusto me da...

—Muchas gracias, maestro.

—No me digas maestro.

—Cabrón —susurró Katuflin tambaleándose de borracho y con todo el veneno que podía reunir—, fíjate, yo me pasé quince años tragando mierda, cargando mis cuadros por todos lados para que alguien los viera, y quince años más para que alguien me hiciera una nota en el periódico o me escribiera la entrada en un pinche catálogo... Y llegas tú y luego luego. ¡Infeliz!

No sabíamos que allí, detenido en el centro de la galería, Lobo sentía que caminaba maravillosamente. Allí detenido se movía, marchando a plenitud, dueño del tiempo y dueño de la historia. Todo su pasado tendía a disolverse... Sentía muy lejos las clases de pintura en La Esmeralda, con el maestro jorobado y apestoso inclinado sobre su hombro:

—¿Cómo así, compadre? ¿Por qué aquí tan grandote? ¿Y esa nariz por qué tan chueca?

—Bueno —retaba Lobo—, ¿qué no puede haber alguien que tenga la nariz así?

—Pues sí, claro, una gente que esté muy enferma de la nariz puede tenerla así...

Y luego con Farflonflas en un café de chinos...

—Mira —escuchaba—, te voy a enseñar un truquito para darle vida a los ojos, mira, sombreas así, aquí pones una lucecita así. Y ahora te voy a enseñar otra movida para las venas y para los vellos. Agarras el lápiz así ¿te das cuenta?

El minucioso aprendizaje...

No sabíamos que llegarían los fotógrafos de los periódicos y que Lobo se apoyaría en el brazo y la risa de Amparo Carmen Teresa Yolanda.

—Para el chantaje ¿no? —Y después de los fogonazos—. ¿Sabes? Creo que ya no voy a volver a la escuela...

—No vuelvas, no...

La muchacha de ojos azules y cabellos grises se acercó a felicitarlo.

—Déjame tomar una foto contigo ¿sí?

—Claro que sí —como embriagado de santidad y antes de reconocer que no estaba pasando nada, que todo era o podía ser un espejismo, que todo estaba a punto de disolverse. No era que fuera a devorarlo el tiempo o a absorberlo el espacio: lo engulliría la noche, lo engulliría un abismo de silencio y oscuridad.

—A ese pinche güerito —oyó detrás suyo y le dejó la copa a su admiradora—, le voy a poner una madriza que no veas...

—Pues sí, estaría bien que se la pusieras —aflojándose la corbata y viendo al Ganso ajeno a la situación—. Nada más que ¿sabes qué, hijo de la chingada? Que para que le pongas una madriza al Ganso primero me la vas a tener que poner a mí ¿comprendes?

Pero interrumpieron los meseros de casacas blancas y charreteras doradas y se llevaron al rijoso.

—Porque el Ganso es amigo mío —lo seguía Lobo vociferando y acaparando la atención—, y cuando le quieras poner en la madre al Ganso primero me tienes que poner en la madre a mí...

—Y no, cálmate... —Eran Polo y el viejo librero, tenaces y esperanzados—. Estás haciendo el oso, cálmate. Ven y cálmate, mira...

Llegaba su padrino, el que tocaba el violín y guardaba la esperanza de que alguna vez se incorporara al mariachi. Le hablaba con respeto, de usted, con voz fuerte y llena de toses.

—Pues ya sabes, si no la haces de pintamonos, todavía tengo el requinto de tu tío. Lobo le besaba la mano como si se tratara de un obispo.

—Dios te haga santo, ahijado.

Y detrás de él toda una estirpe de taqueros entraba con absoluta libertad. Traían botellas descorchadas y Lobo bebió dos o tres tragos abundantes de rabiosa bebida...

—Compra mañana el periódico —le dijo el crítico de *Excélsior*, despidiéndose y

sonriendo malicioso.

Lobo creyó ver a Emiliano con una muchacha conocida: la cajera de un supermercado de la colonia Cuauhtémoc...

Recibió golpes cariñosos de su nuevo peluquero.

—¿Qué pasó, mi artista? ¿Cuándo va a ir a descabellarse?

Entró también un perro callejero, escurriendo agua y jadeando nerviosamente.

No sabíamos que realmente el crítico de *Excélsior* iba a cumplir lo prometido.

—Oye, maestro —le dijo Lobo la semana siguiente—. Pues yo te quiero corresponder en alguna forma, digo, este, pues te quiero hacer un regalo, ya tú me dirás ¿verdad? Ya me dirás cómo puedo ¿no?

—Pues invítame a los toros el domingo que entra.

—Ah, pues qué buen plan, me cae...

—Pero me regalas también esa fotografía...

—Pues sí, te la regalo...

Era una de las pocas fotografías que existen coloreadas por Manuel Álvarez Bravo. Ignorábamos que años después iba a exhibirse en el Instituto Nacional de Bellas Artes con gran crédito para el crítico... De modo que el primer comentario, una nota de media cuartilla plena de lugares comunes, había costado más de veinte mil pesos...

No sabíamos que Lobo terminaría acostándose con la muchacha de los ojos azules y los cabellos grises (casi sin hablar, el corazón latiéndole en la boca). Llegaría a llamarla «el sol de sus sentidos», dado que Patricia había sido «el vino de su vida», y Amparo Carmen Teresa Yolanda era «una llama permanente». Muchas otras mujeres vibrarían acompañando y originando sus cantos de amor. Su relación con Katuflin quedaría sepultada bajo un montón de piernas cuaternarias, y la admiración de los críticos que se decían sus amigos caería en un corazón inmenso, insípido y marchito que desgraciadamente era cada vez más el suyo. Todas las mujeres que habían pasado por su vida, en cambio, arderían en su interior: todas sus desnudeces las cubriría con su alma, hecha de sed...

No sabíamos que simultáneamente a nuestro alboroto en la galería, miles de personas afuera, por la Avenida Juárez, desfilaban bajo la lluvia rumbo al Zócalo en manifestación silenciosa. No eran sólo estudiantes, pues destacaban de inmediato mujeres de clase humilde vestidas de negro o con un brazalete luctuoso en el brazo, obreros espectrales que enarbolaban belicosas antorchas y policías disimulados...

No sabíamos que en la profunda inocencia de la noche nuestra carne virgen palpitaba desnuda...

No sabíamos que su silencio era el padre de su ira; que de su silencio podía manar otro orden moral; que marchando así, en silencio, evocaban lo sagrado, lo misterioso, lo que está más allá del mundo...

No sabíamos que palpitaba sobre la marcha, tácita, la afirmación de un reto: un sacrificio. Se ahogaban en las gargantas todas las palabras para conseguir la atención cósmica. La verdad que surgía de esa muchedumbre fantasmal sabía ya que la esperaban crímenes, azotes, espinas y clavos. Y sin embargo la multitud marchaba pérfida e inexorable, no por resignado martirio, sino por rabia. Las peores palabras eran dichas por el silencio electrizante o suscitadas por él.

Era un desfile en llamas. Las llamas de las antorchas improvisadas pero igualmente feroces no tenían a la muerte por compañera: agitaban la vida de las palabras de siempre. Era un desfile atávico y reflexivo: precedía al holocausto. Era el momento del amasado y la maceración, del esfuerzo inútil por formularse en palabras.

No sabíamos que sin esa manifestación silenciosa no habría comunicación de ninguna clase, ni poética, ni pictórica, ni musical, ni política, ni económica, ni generacional, ni amorosa: cesarían el pensamiento y la palabra. El silencio de esa multitud era el momento más alto de nuestra vida espiritual ¿o de nuestro fracaso? En el silencio resonaban los tañidos de todos los remordimientos, pasaban las sombras del mal hecho, llegaban de todas partes las llamadas de lo necesario y no hecho. El silencio era decididamente incómodo e inquietante; pero implicaba una toma de posición agitada y definida...

No sabíamos que nuestros ojos eran ojos sólo porque veían...

Excavaríamos en la memoria para beber el eco conmovido de nuestros silencios y vencer la soledad...

Sorberíamos la vida de los residuos y nos alimentaríamos de lo que parecería muerto por cansancio del tiempo...

No sabíamos que al salir de la galería, la noche de la inauguración, íbamos a topar con esa muchedumbre, representación de lo irrepresentable, visión de lo invisible,

sensación de lo no sensible. ¿De qué servía una pinche exposición? ¿De qué servía la cintura extraordinaria de Amparo Carmen Teresa Yolanda? El malestar, cierto malestar, se hacía visible y audible: el misterio encarnaba. El silencio testimoniaba la necesidad de rebelión que latía en cada uno de nosotros, encauzándonos lejos del alcohol y la noche devoradora...

En el silencio nos encontrábamos porque todo estaba dentro del silencio...

Cada persona se desvanecía porque dejaba de ser persona y pasaba a ser parte del silencio...

No sabíamos que nos fundiríamos con la noche dejando nuestra celebración para más tarde...

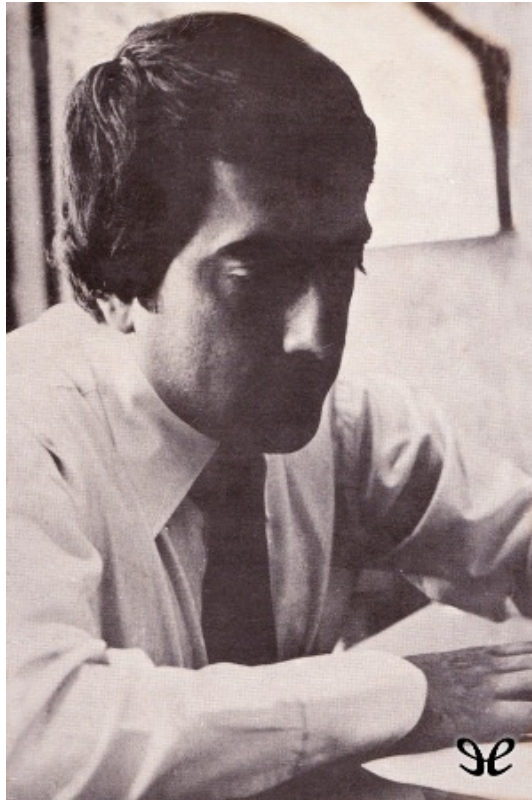
No sabíamos que escribir era una forma de delación. Afirma Eugenio Trías que escribir es una forma suburbial, sustitutiva de copular; que el alma del escritor es claramente vampírica, ya que se alimenta de la vida corporal, aún a costa de researla. «Concibe y monta espectaculares museos de los horrores que llega a animar para que sus espectros cobren un aliento postrero y comiencen, tímidamente, a encarnarse. De este modo logra una copulación *in extremis*... Por eso escribimos, no en razón de que queramos *comunicarnos* con ningún tú ni con ningún ustedes. Se escribe para alcanzar por los pelos esa unidad sustancial de alma y cuerpo que, por razones oscuras, ha sido retirada de partida. *Por eso escribir es un acto de amor*».

No sabíamos que escribir era un acto de amor, ni tampoco que el amor podía ser ese *punto* que llega a vivirse como instantánea fugaz, y en el cual *carne y espíritu* son absorbidos por un acto que los trasciende...

No sabíamos que escribir sería nuestra oportunidad de pensar carnalmente. *Después de haber escrito sentíamos aún la vibración orgiástica*. Después de este después empezaba siempre una resaca peligrosa: la noche revoloteaba a través del alma del escritor. Llegaba la hora del cansancio, del hastío, del silencio sobre el hastío, del aburrimiento y del final del aburrimiento. Porque llegaría también la hora en que nos aburríamos de nuestro mismo aburrimiento...

No sabíamos que el silencio iba a tomarnos de la mano...

No sabíamos.



GUSTAVO SAINZ nació en México, D. F., en 1940. Ha publicado cuatro novelas paralelamente a su actividad didáctica y periodística. *Gazapo* (1965), traducida al inglés, francés e italiano; *Obsesivos días circulares* (1969), *La princesa del Palacio de Hierro*, Premio Xavier Villaurrutia 1974, y *Compadre Lobo* (1977). Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores, de la Fundación Ford, del International Writing Program de la Universidad de Iowa y de la Fundación Guggenheim. Actualmente es profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en el Colegio de México, además de Director de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes.